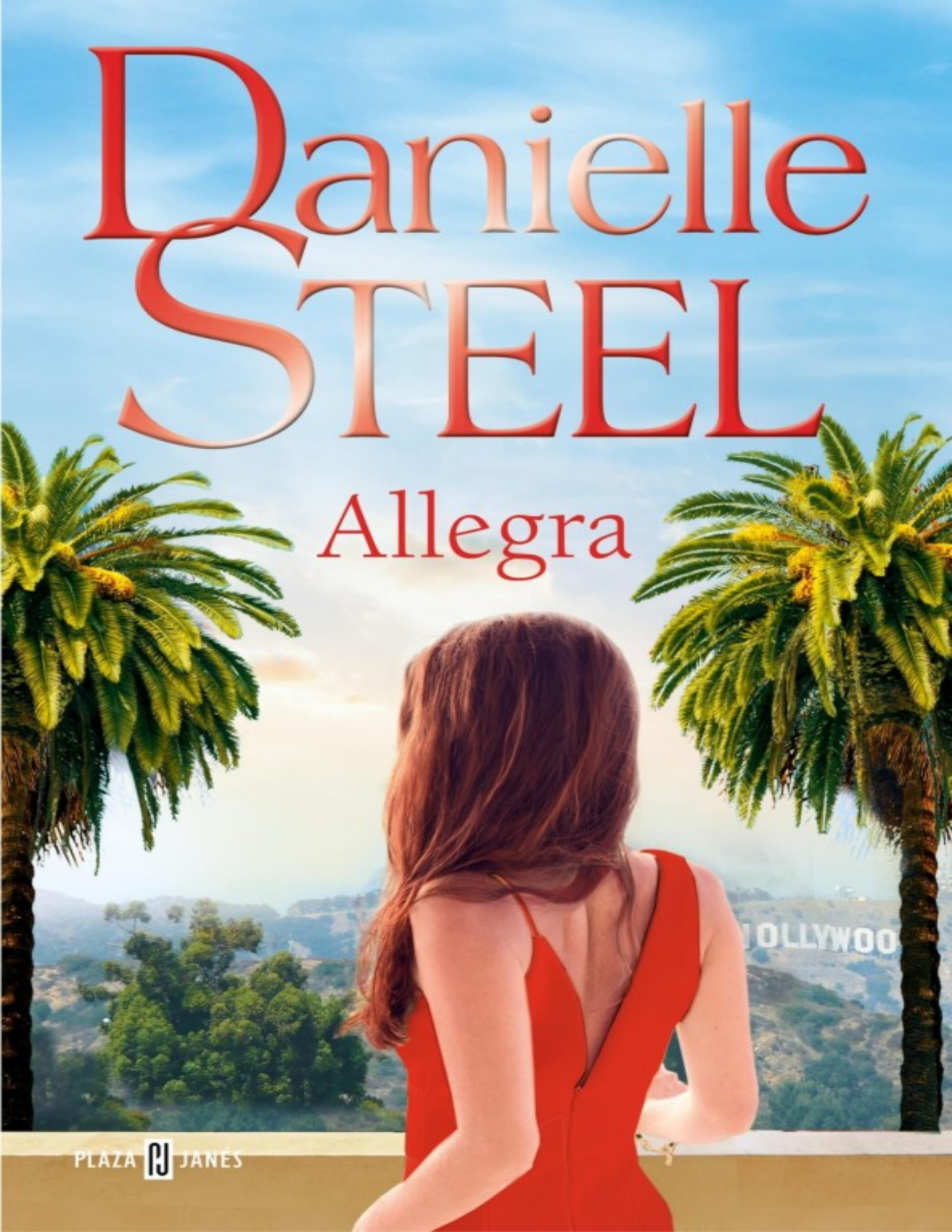
Danielle STEEL

Allegra



Danielle STEEL

Allegra

Traducción de
María del Mar López Gil

PLAZA JANÉS

Para mis adorados hijos:
Beatrix, Trevor, Todd,
Nick, Samantha, Victoria,
Vanessa, Maxx y Zara.

Que siempre tengáis alegría en vuestra vida,
y amor y coraje,
y gente amable que comparta con vosotros su alegría.

Es una luz que siempre está dentro de vosotros.
Valoradla, es un precioso regalo para compartir.
Os quiero con toda mi alma,

MAMÁ / D. S.

—Ser de verdad no depende de cómo estás hecho —dijo el Caballo de Piel—, es algo que te pasa. Cuando un niño te quiere durante mucho tiempo, y no solo juega contigo sino que te quiere de verdad, entonces te vuelves verdadero.

—¿Duele? —preguntó el Conejo.

—A veces —dijo el Caballo de Piel, que nunca mentía—. Cuando eres verdadero no te importa si duele.

—¿Pasa de repente […] o poco a poco?

—No sucede de repente —dijo el Caballo de Piel—. Vas cambiando. Lleva mucho tiempo. Por eso normalmente no les sucede a los que se rompen con facilidad, o tienen los bordes afilados, o a los que requieren mucho cuidado. Por lo general, cuando uno se vuelve de verdad, ya casi no le queda pelo de tanto que lo han acariciado, se le han caído los ojos, tiene las articulaciones flojas y está todo raído. Pero eso no importa, porque una vez que eres verdadero no puedes ser desagradable, salvo para los que no entienden.

MARGERY WILLIAMS,
El conejo de felpa

1

Allegra Dixon recordaba perfectamente el día en que su madre se marchó. Ella tenía seis años. Era el día libre de Anna, la empleada doméstica. La madre de Allegra, Isabelle, por lo general dormía hasta tarde, y su padre, Bradley, había regresado de uno de sus largos viajes. Ella había aprendido desde muy temprana edad a no molestarlos y a hacer el menor ruido posible. Bajaba de puntillas las escaleras cuando oyó a sus padres hablando en la cocina. Hablaban lo bastante alto para oírlos sin necesidad de entrar. Ante la duda de si hacerlo o no, se detuvo a escuchar.

Sus padres no gritaban. Eran respetuosos el uno con el otro. Cuando el padre de Allegra no se hallaba en casa, su madre reía mucho. A Allegra su risa le sonaba como cascabeles. Isabelle era exquisita. Tenía el cabello largo y pelirrojo, los ojos verdes y unas facciones bonitas. Se ponía vestidos y joyas elegantes, y un perfume que olía de maravilla. Cuando el padre de Allegra se ausentaba, su madre salía casi todas las noches, y la dejaba al cuidado de la empleada doméstica hasta que regresaba. Vivían en Washington, en una casa de Georgetown. Isabelle iba a menudo a Nueva York para ver a sus amigos, en cuyo caso Anna también se hacía cargo de ella. Los padres de Isabelle, los Vanderholt, residían en Nueva York.

Su padre era militar. Vestía de uniforme y era muy apuesto. Se desplazaba a lugares muy lejanos, donde permanecía largas temporadas, a veces hasta un año. Viajaba a países africanos como Libia y Liberia, y a Sudamérica. Regresaba a casa muy de vez en cuando. Entonces trabajaba en un sitio llamado Pentágono. Apenas hablaba con Allegra y, cuando lo hacía, daba la impresión de que nunca sabía qué decir. Le preguntaba por el colegio, o comentaba lo mucho que había crecido desde la última vez que la había visto, siempre después de un largo tiempo.

Ese día la conversación en la cocina parecía seria. Su madre no estaba contenta. Allegra la oyó decir que tenía intención de volver a Nueva York. Su padre le preguntó qué esperaba que hiciera él con «la niña». Generalmente se refería a ella de esa forma y cuando conversaban rara vez la llamaba por su nombre, de modo que Allegra asumió que la cuestión le atañía. Según dijo él, se marcharía de nuevo dentro de dos semanas. Isabelle respondió que Allegra podía quedarse allí, en Washington, con Anna. Que ella no podía llevarse a una niña consigo. Tenía previsto hospedarse en casa de unos amigos. El padre de Allegra repuso que eso era imposible. Que la cría necesitaba estar al menos con uno de sus progenitores, e Isabelle replicó que no iba a ser con ella.

Tras decidir que no era el momento oportuno para entrar en la cocina, Allegra se escabulló con sigilo. Estaba asustada y confundida. El corazón le latía deprisa. Si su madre se marchaba sin poder llevarla consigo, su padre se ausentaba de nuevo y ella no podía quedarse sola en Washington con Anna a menos que uno de sus progenitores estuviera con ella, ¿qué iba a pasar? ¿Cómo la afectaría eso? No veía a sus abuelos paternos prácticamente nunca, y eran

muy mayores. Su madre había dicho que sus abuelos maternos tampoco eran una opción. Allegra volvió a su cuarto, en la planta de arriba, y se sentó en la cama con su osito de peluche entre los brazos. Se llamaba George. Tenía que esperar a que le dijeran dónde la iban a dejar.

De camino a su habitación, Allegra vio el equipaje de su madre en la puerta de su dormitorio. La había visto hacer las maletas el día anterior, después de extender sus bonitos vestidos sobre la cama. Allegra supuso que iría a una fiesta en Nueva York. Siempre se llevaba una gran cantidad de ropa, pero esa vez había preparado aún más.

Allegra permaneció sentada en la cama en silencio durante un buen rato, a la espera de que fueran a verla. Se le había quitado el apetito. Entonces oyó que se aproximaba un coche, y voces en la planta baja. A continuación oyó pasos en el descansillo. Tras unos instantes de idas y venidas, la puerta principal se cerró. El coche se alejó, y nadie fue a su cuarto a verla.

Su padre no subió hasta mucho después. Allegra esperó todo el día. Por lo visto se habían olvidado de ella. A veces sucedía cuando estaban ajetreados. Y por fin la puerta se abrió y entró su padre. Iba uniformado y tenía la cara muy seria. La miró, sentada en la cama con el osito entre los brazos. Se quedó mirándola largo y tendido. Ella era como su madre en miniatura, con el mismo pelo rojo y los ojos verdes. Ahora posiblemente un recordatorio poco grato. Al cabo de un rato habló.

—Tu madre se ha ido —anunció en tono grave. Tras unos instantes de vacilación, añadió—: No va a volver.

Aguardó, sin saber qué más decir, y acto seguido dio media vuelta, salió de la habitación y cerró la puerta con suavidad. Había pasado por alto que no había nadie en la casa para dar de comer a Allegra, puesto que era el día libre de Anna. No importaba; de todas formas, Allegra ya no tenía hambre. Siguió sentada mirando la puerta, sujetando a George con fuerza contra su pecho. Su padre no le había dicho adónde iría ella, o si iría a alguna parte. La chiquilla no tenía la menor idea de qué sería de ella. Todo cuanto podía pensar era que su madre se había olvidado de despedirse al marcharse. Como su padre siempre le decía que fuera valiente, no lloró por si él se presentaba de nuevo en su cuarto. Pero no fue el caso. Se hizo un ovillo en la cama, aferrada a George, hasta que se quedó dormida.

El breve y tórrido idilio entre Bradley Dixon e Isabelle Vanderholt había durado unos meses, y el matrimonio, siete años. Estaba abocado al fracaso. Ella era una niña bien, una deslumbrante joven debutante que ingresó en la alta sociedad neoyorquina, la hija descocada de los ultrarrespetados Vanderholt. A los dieciocho años, tras cursar el bachillerato en un exclusivo centro de enseñanza femenino de Nueva York, no entraba en sus planes ir a la universidad. Había empezado a relacionarse con la élite alternativa de la ciudad, con Andy Warhol y su círculo. Era asidua a las noches de Studio 54, una discoteca conocida como «la Gomorra moderna», un hervidero de drogas donde las jóvenes de alta alcurnia se mezclaban con músicos, estrellas de Hollywood y un buen número de seductores canallas. Se respiraba un ambiente libertino y poco

recomendable. Hacía tiempo que sus padres habían desistido en su empeño de meterla en cintura; era su única hija. El fideicomiso constituido por sus abuelos paternos le proporcionó plena autonomía a los veintiún años. A sus padres les resultó imposible atarla corto. Era joven, guapa y alocada, con el aire de Rita Hayworth y un cuerpo en consonancia. La relacionaban con malas compañías, entre ellas sus amistades de The Factory de Warhol, y había hecho cameos en varias de sus películas, donde salía más bella que cualquier estrella de cine. Conoció a Bradley Dixon a los veintiún años.

Fue en 1979, y el coronel Bradley Dixon, un héroe con numerosas condecoraciones y veterano de Vietnam, tras las escaramuzas finales de la guerra había pasado los últimos cuatro años en Laos, Camboya y diversas zonas de conflicto africanas. Oficial de alto rango en el Cuerpo de Inteligencia Militar estadounidense, había desempeñado un importante papel en la firma de la paz en Vietnam. Tenía cuarenta y tres años la noche que entró en Studio 54 con unos amigos, vestido de esmoquin en vez de uniformado, y vio a Isabelle. Aquel no era el ambiente que acostumbraba a frecuentar, pero sus amigos insistieron en que los acompañara. Según ellos, necesitaba desinhibirse. No se equivocaban. Llevaba toda la vida viviendo en un entorno castrense. Hijo único del general Tom Dixon, Bradley se había criado a lo largo y ancho del mundo. Tras graduarse en West Point, había comenzado su carrera profesional formándose en inteligencia militar. Se casó con la hija de un militar de alto rango, como él. El matrimonio se fue al garete mientras él realizaba largos periodos de servicio en Vietnam. Para Bradley su profesión siempre fue prioritaria e incompatible con el matrimonio. Su esposa se había

divorciado de él en su ausencia, y con el tiempo se casó con otro oficial de carrera más modesta y menos ilustre. Bradley no tuvo hijos con ella y no volvió a casarse. Su primer amor fue su carrera, hasta que conoció a Isabelle aquella noche.

Nada más entrar en Studio 54 se fijó en ella, una despampanante pelirroja que bailaba con un famoso cantante negro. Ella también reparó en él, tan apuesto con su traje de etiqueta. Bradley se tomó dos copas y después le pidió que bailara con él. Tras pasar horas bailando, la dejó allí y regresó al hotel, prendado de ella. Estuvo destinado en Washington durante unos cuantos meses, y se desplazó a Nueva York a menudo para verla. Se casaron al cabo de seis meses. Ella tenía veintidós años y él, cuarenta y tres. Los padres de Isabelle albergaban dudas respecto a aquella unión y la disposición de su hija para sentar la cabeza. Al padre de Bradley tampoco le entusiasmaba Isabelle. Todo en ella auguraba problemas: su aspecto, sus amistades, su pasado y su actitud libertina.

Tuvieron a Allegra muy pronto, un inesperado contratiempo. A Bradley, en las raras ocasiones en las que se hallaba en casa, le sorprendía lo dulce que era. En cuanto a Isabelle, no era de la clase de mujeres que uno dejaba tranquilamente sentadas junto a la chimenea, o con un bebé en brazos. Pasaba más tiempo con sus amigos en Nueva York que con la niña cuando Bradley no estaba. Él tenía muy presente que no podía controlar a su esposa y cejó en su intento desde el principio.

Durante los siete años en que estuvo casado lo habían enviado a misiones por todo el mundo, dondequiera que hubiera un conflicto: Panamá, Oriente Medio, Libia, Corea… Isabelle moderaba su vida

social, en la medida de lo posible, durante las breves visitas de Bradley y se quedaba en Washington con él, pero la atracción que sentía por Warhol y su séquito, y sus otras amistades neoyorquinas, era más fuerte que ella. A duras penas disimulaba su alivio cada vez que Bradley partía. Cuando se conocieron, él la encandiló, pero no tardó en aburrirla. Era un secreto a voces que no estaba hecha para ser la esposa de un militar, y en ningún momento lo intentó siquiera. Detestaba a las esposas de los demás militares, y a ellas tampoco les caía en gracia. Vivía y jugaba de acuerdo con sus propias reglas. Formaba parte de un mundo distinto, más elegante y social. De primeras, él le había parecido fuerte y sexy, y descubrió demasiado tarde lo frío que era, aunque había sido fabuloso en la cama durante los primeros tiempos.

Su hija, Allegra, fue un desafortunado error. En cuanto Bradley se iba de la ciudad, Isabelle regresaba a Nueva York, donde se quedaba en casa de sus amigos. Nunca aflojaba su ritmo de vida, ni él tampoco. Estaba completamente inmersa en la vorágine neoyorquina. El hecho de vivir en Washington nunca la retenía en casa; allí resultaba fácil dejar a la pequeña al cuidado de la criada, de una niñera o una canguro, de quienquiera que encontrase para que se hiciera cargo de ella. Los padres de Isabelle jamás se entrometían; la conocían mejor que bien. Isabelle hacía y deshacía a su antojo. Los padres de Bradley asumían su carácter indómito y se consideraban demasiado mayores para inmiscuirse. Rara vez veían a Allegra, su única nieta. Los críos les incomodaban. En aquel entonces, el padre de Bradley, ya cumplidos los setenta, seguía involucrado en el Departamento de Defensa. La fascinación de su

hijo por Isabelle escapaba a su comprensión. Ella distaba mucho de ser esposa o madre.

A pesar de tener mil razones para lo contrario, Bradley se aferró al matrimonio. Quería evitar un segundo divorcio, pero no pasaba en casa el tiempo suficiente para arreglar las desavenencias con Isabelle o hacerla entrar en vereda. Poseía más capacidad para dirigir operaciones militares de mil efectivos o localizar a quinientas guerrillas en la selva que para manejar a una mujer como Isabelle. Al principio la amaba, luego la llama fue apagándose. Ella era como un caballo salvaje que uno adoraba poseer, pero imposible de domar. Y Allegra se convirtió en la testigo olvidada, en la observadora del desmoronamiento del matrimonio de sus padres. Bradley no se sorprendió cuando Isabelle anunció que se marchaba, pues ya no la quería. El problema era la niña. Él no tenía ni idea de qué hacer con ella, e Isabelle se negó rotundamente a llevársela. Nunca había deseado ser madre.

Bradley tardó dos semanas en convencer a sus padres para que dejaran a Allegra quedarse con ellos, al menos hasta que él regresara a Washington de nuevo. No disponía de tiempo para encontrar otra solución; ellos aceptaron acogerla durante unos cuantos meses. No era el arreglo ideal. No estaban en condiciones de cuidar de una cría ni les hacía gracia la idea, pero a su hijo le constaba que con ellos estaría bien atendida y a salvo, de modo que insistió. Residían en el norte del estado de Nueva York, a orillas del Hudson, cerca de West Point, en un entorno saludable para un niño. La noche anterior a la partida de Allegra, Bradley le dijo dónde iba a quedarse. Prepararon sus maletas y la despachó allí unos días antes de que él se fuera. Isabelle le había dejado claro que rechazaba la

custodia y que lo pondría al corriente de cuándo podría organizar las visitas, pero desde luego no de momento. A los veintinueve años, liberada de él y de Allegra por fin, habían soltado al caballo salvaje del establo y estaba a punto de retozar en libertad. Tenía previsto poner rumbo a Londres en breve, otro escenario que encajaba con ella mejor si cabe. Sus amigos londinenses eran igual de desinhibidos que los neoyorquinos.

El general Thomas Dixon y su esposa, Carol, recibieron a Allegra con la reserva que los caracterizaba. No estaban acostumbrados a los niños, y en los seis años desde que había nacido, a Allegra la habían visto en contadas ocasiones. Bradley rara vez disponía de tiempo para visitarlos entre viaje y viaje, e Isabelle jamás se tomó la molestia. Les consternó que la madre de Allegra la abandonara y endosara a su marido la carga de cuidar de ella, dado que él pasaba en el extranjero fácilmente diez meses al año, si no más. Se enorgullecían de la trayectoria profesional de su hijo, pero no tanto de su matrimonio. Bradley no había recibido noticias de los padres de Isabelle desde que ella lo abandonó, ni las esperaba. Tampoco ellos eran unos padres entregados, e Isabelle los veía muy poco. Los había extenuado en su juventud, se les había agotado la paciencia con ella y la evitaban en la medida de lo posible. Albergaban el constante temor de que provocase un escándalo, y no vieron con buenos ojos la perspectiva del divorcio.

Cuando el padre de Allegra la llevó en coche con sus dos maletas a la casa de sus abuelos, en el norte de Nueva York, tres días antes de la fecha prevista de su partida, ella no tenía ni remota idea de cuánto tiempo se quedaría allí. Tampoco Bradley; sus padres dijeron que verían cómo funcionaba el arreglo. Consideraban que era demasiado pequeña para estar separada de ambos progenitores, pero sencillamente no había otra alternativa. Anna rehusó marcharse de Washington. Allí vivía su prometido, y por otro lado a los padres de Bradley no les hacía gracia que un desconocido rondara por su casa. Bradley le había advertido a Allegra que tenía que portarse bien, cosa que ella solía hacer de todos modos. Era una niña sumamente callada y respetuosa con los adultos.

La casa de los Dixon era grande, sin alegría y de estilo impersonal. Se hallaba cerca de la academia militar. Bradley había matriculado a Allegra en una escuela cercana. El colegio público de la zona era bueno. Un autobús escolar la recogería cada día. De lo único que sus padres debían ocuparse era de proporcionarle comida y techo; no entraba en sus planes hacer mucho más. Disponían de una cocinera y una empleada doméstica, y según la madre de Bradley, el servicio podría cuidar de Allegra cuando fuera necesario. Ninguno de ellos se planteaba el acuerdo como algo a largo plazo. Se trataba de una solución temporal durante el tiempo que Bradley pasara fuera.

Estaba previsto que su misión durara once meses. A los abuelos les sorprendió que Allegra les causara tan pocos quebraderos de cabeza como Bradley les había adelantado. Era como convivir con un pequeño fantasma. Rara vez la veían. La niña pasaba en su cuarto la mayor parte del tiempo, lo cual era un gran alivio. Las dos empleadas le daban de comer y le echaban un ojo. La cocinera llevó

a Allegra a ver una película de Disney en las fiestas navideñas, y la empleada doméstica compró los regalos que los Dixon tenían pensado darle por Navidad. No eran muchos. Allegra estaba acostumbrada a las carencias afectivas ya antes de su llegada, de modo que ni exigía nada ni abrigaba ninguna expectativa. En la soledad de la casa de sus abuelos vivía en un rico mundo de fantasía. Leía todos los libros que podía. Su padre fue a visitarla cuando regresó de permiso; para entonces el arreglo daba la impresión de estar funcionando, y sus abuelos accedieron a quedársela a largo plazo. Puesto que Bradley había dejado la casa de Georgetown cuando Isabelle se marchó y buscado un apartamento, el tiempo que estuviera fuera era irrelevante.

Durante su mes de permiso, Bradley tan solo tuvo tiempo de ver a Allegra en dos ocasiones. West Point estaba lejos de Washington. Como por aquel entonces Anna se había casado y se había marchado de la ciudad, él había contratado un servicio de limpieza para que se ocupara del apartamento durante sus ausencias y no contaba con nadie que pudiera cuidar de Allegra cuando estaba en casa. Asistía a reuniones día y noche con el fin de preparar su siguiente misión. Isabelle seguía en Londres, y llevaba varios meses sin recibir noticias de ella. El divorcio ya se estaba tramitando y se hallaba en la fase final; se concedería la custodia a Bradley en exclusiva, con el pleno consentimiento de Isabelle.

A esas alturas, Allegra se había aclimatado a vivir con sus abuelos. Le encantaba estar al aire libre y vivir en el campo, y le gustaba el colegio. No le permitían llevar a amigos a casa. No había motivos para cambiar lo que estaba funcionando, y Bradley seguía sin encontrar una solución mejor. Los padres de Isabelle le habían

dejado claro que no podían hacerse cargo de una niña de la edad de Allegra.

Allegra vivió con sus abuelos paternos durante cinco años, pasando lo más inadvertida posible en el ambiente rígido y frío de su casa. Al principio procuró ganárselos y mostrarse cariñosa y servicial. Las expresiones de afecto incomodaban a sus abuelos, que no las fomentaban. Bradley la visitaba cuando se encontraba en el país, pero ella jamás volvió a vivir con su padre. Después de que Isabelle lo abandonara lo destinaron a Libia, al golfo Pérsico, a Panamá y a Liberia, y rara vez volvía a Estados Unidos para periodos prolongados.

A Allegra le gustaba West Point cada vez que iba con sus abuelos a ver las maniobras o un desfile. Le resultaba emocionante, y le traía recuerdos de su padre. Se le antojaba que todos los hombres uniformados se asemejaban un poco a él.

Sus abuelos la llevaron a ver a su madre dos veces en cinco años, cuando Isabelle fue a Nueva York desde Londres, donde se había afincado. Allegra pensó que su madre estaba tan guapa como de costumbre, y se quedó pasmada cuando la abrazó. Se encontraba tan privada de afecto que al instante sintió una súbita oleada de amor por ella. Se había habituado a la sobriedad de sus abuelos, que la trataban como a una adulta y nunca la tocaban. Cuando abrazaba a su padre, él siempre se ponía rígido, y ella sabía que había hecho algo malo. No tenía dónde canalizar el amor que albergaba en su interior, nadie a quien ofrecérselo. Yacía latente dentro de ella, como un profundo pozo que se llenaba de una fuente

desconocida. Por las noches aún dormía con su osito de peluche, cosa que su abuela desaprobaba pero consentía.

Las dos veces, a Allegra le encantó ver a su madre. Isabelle era de lo más exquisita y emocionante. Se hacía querer y abrazar, y se lo permitía a su hija. Era suave y delicada al tacto, y su perfume olía delicioso. Todavía usaba el mismo; Allegra aún lo recordaba. Pasó un día con ella, y luego, como una mariposa, su madre echó a volar y los vivos colores de sus alas desaparecieron del mundo de Allegra. Se fue a algún sitio a ver a sus amigos, y Allegra regresó al norte de Nueva York, al mundo gris de sus abuelos. El mayor temor de los abuelos era que la niña saliera a su madre, y hacían lo imposible por evitarlo y cerciorarse de que se convirtiera en una persona seria y responsable, con valores «normales». Bradley también trataba de inculcarle eso en sus escasas y breves visitas.

Los cinco años de austeridad casi castrense terminaron súbitamente cuando su abuela falleció a causa de un derrame cerebral; su abuelo, en un avanzado estado senil, era incapaz de cuidar de Allegra ni de cuidarse a sí mismo. Cuando Bradley regresó para asistir al funeral de su madre tuvo que buscar otra solución. La única que encontró fue meter a Allegra en un excelente internado privado. En su opinión, a los once años ya era lo bastante mayor. El centro disponía de secciones masculina y femenina, y servía de escuela preparatoria para West Point. Bradley había estudiado secundaria allí. Le dijo a Allegra que le encantaría. Y, una vez más, no había otra opción.

Bradley acababa de emprender una misión en la región del golfo Pérsico y en principio pasaría fuera como mínimo un año. Por primera vez, acudió a los padres de Isabelle en busca de ayuda.

Hasta la fecha no habían ofrecido ninguna. Le habían enviado a Allegra regalos de Navidad por compromiso, algunos jerséis y libros, y en una ocasión una muñeca. Pese a su avanzada edad, continuaban manteniendo una activa vida social. Ante la insistencia de Bradley, accedieron a que Allegra pasase Acción de Gracias y las Navidades con ellos, así como los días de vacaciones que no pasara en el campamento de verano en Maine.

Pese a que los Vanderholt no se encontraban en condiciones de cuidar de una niña, cuando vieron a Allegra se quedaron tranquilos. Era sumisa a más no poder. Por los años que había vivido con los Dixon tenía claro lo que se esperaba de ella. Debía abstenerse de cualquier exigencia, comportarse como una adulta, mantener una distancia respetuosa y pasar desapercibida, lo cual se le daba bien. Mientras estaba con ellos leía con voracidad y permanecía en su cuarto. Los libros eran la única válvula de escape de su existencia carente de afecto. Se sentía como una carga que los adultos presentes en su vida se endilgaban entre sí con renuencia y desgana. Isabelle llevaba tiempo afincada en Inglaterra y le había dicho a Bradley que ni se le ocurriera enviarle a Allegra con ella. No tenía tiempo para su hija, e incluso reconoció que su estilo de vida era inapropiado para una niña. Bradley se figuraba que era cierto y no lo puso en duda ni insistió.

Bradley regresó al golfo Pérsico, y Allegra comenzó su condena de siete años en el internado. Era una alumna aplicada y una niña brillante. Poseía la perspicacia de su padre y el aspecto de su madre; era una combinación ganadora. Gustaba a los maestros y, aunque hizo unos cuantos amigos, después de tantos años sintiéndose rechazada dondequiera que estuviera se mostraba retraída y tímida,

y le resultaba embarazoso el hecho de no tener familia cuando los demás estudiantes hablaban de las suyas. Ellos tenían hermanos, padres y abuelos, tías y tíos, primos y amigos, gente con quien pasar las vacaciones escolares y con quien habían compartido su vida hasta entonces. A lo largo de toda su existencia, Allegra había tenido un padre ausente y una madre que la abandonó a los seis años. Su abuelo paterno había fallecido menos de un año después que su abuela, cuando Allegra contaba doce años. Cuando se fue al internado no volvió a verlo. Asistió al funeral, celebrado con la pompa y la ceremonia que correspondían a un general del ejército. No había manera de explicar todo lo que le faltaba en la vida. Siempre pensó que en cierto modo debía de ser culpa suya. Que de haberse ganado el cariño de sus padres, o si hubiera estado más a la altura de sus expectativas, o quizá si no se hubiese parecido tanto a su madre, la habrían apreciado más e incluso habrían llegado a quererla. Era demasiado pequeña para entender que la falta de muestras de cariño por parte de su padre y sus abuelos se debía a que eran incapaces de amar a alguien. Su madre era tan narcisista que la única persona a quien podía querer era ella misma. Con seis años de maternidad había tenido más que suficiente. Las cartas que Allegra recibía de ella ocasionalmente en respuesta a las suyas eran como cartas de una amiga lejana, no de una madre. Isabelle aborrecía el rol de madre y lo evitaba a toda costa.

Sus abuelos maternos encararon las primeras visitas de su nieta con pavor, aterrorizados ante la perspectiva de que se volviera tan indomable y díscola como su hija había sido, algo que distaba mucho de suceder. Percibiendo la renuencia de sus abuelos a acogerla, solo salía de su habitación para las comidas. Vivían en la Quinta Avenida

de Nueva York y tenían una «casita» en Newport, Rhode Island. Era una de las residencias señoriales del lugar, una inmensa mansión revestida de mármol tan fría como ellos, pero tan espectacular que parecía un museo. Allí pasaban las fiestas y las vacaciones. La vivienda, repleta de objetos y obras de arte, derrochaba lujo. Disponían de una gran cantidad de personal, y Allegra cenaba en la cocina con los criados, que la trataban con suma amabilidad, mientras sus abuelos salían casi todas las noches con sus amistades, igualmente aficionadas a la vida social. Algunas veces organizaban veladas de postín en casa, pero ella era demasiado pequeña para participar, por suerte.

Allegra cenaba con sus abuelos una o dos veces a la semana, ratos en los que conversaban con ella sobre el colegio. En Navidad y en su cumpleaños recibía regalos que se había encargado de comprar la asistenta, y al terminar las vacaciones agradecía regresar al internado. Con ellos disponía de un lugar donde pasar las vacaciones y los días festivos, pero en ningún momento se sintió bien recibida ni como en casa. Era un estorbo. Ellos cumplían con una obligación por compromiso, forzados por su yerno. Con el paso del tiempo, Allegra se dio cuenta de que su padre los había puesto en un aprieto al pedirles que la acogieran en las vacaciones. Ellos eran su única familia aparte de su padre, que se hallaba en la otra punta del mundo la mayor parte del tiempo, y una madre que no sentía el más mínimo interés por ella. En resumidas cuentas, Allegra estaba sola en el mundo. Su padre iba a verla al internado cuando volvía a Estados Unidos, pero nunca se quedaba mucho rato, ya que estaba muy ocupado en el Pentágono. Eran extraños el uno para el otro, siempre lo habían sido. A esas alturas, los muros que él había

levantado entre ellos eran infranqueables, y Allegra aceptó los límites impuestos.

Allegra tenía dieciséis años el verano en que conoció a Shepherd Williams, un chico alto, guapo y avispado de pelo oscuro y ojos azules. Los padres y los abuelos de Shepherd pasaban los veranos en Newport en una casa casi tan grande como la mansión donde ella se alojaba. Sus respectivos abuelos se conocían. Shepherd procedía de una familia de Boston conservadora y muy respetable. Tenía veinte años y estudiaba en la academia de West Point, que ella conocía bien. Sus dos hermanos, ambos casados y bastante mayores que él, vivían en la costa oeste, así que no mantenía una relación muy estrecha con ellos. Le dijo a Allegra que no estaba seguro de querer ingresar en el ejército, pero sus padres lo habían convencido de que West Point ofrecía una educación de calidad mientras tanto; además, su abuelo se había formado allí.

Shep era sensible, detallista y muy inteligente. Allegra y él se hicieron buenos amigos y confidentes, y se consideraban almas gemelas. Él jamás había tenido una amiga como ella. Podía contarle cualquier cosa, y ella, abrirse en canal con él. Shep estaba fascinado con ella. Allegra hablaba sin tapujos y era indefectiblemente honesta, pero nunca desconsiderada. Era una persona de buen corazón. Conocerlo le cambió la vida. Compartía con él las ideas y los sentimientos que hasta entonces no había tenido posibilidad de expresar a nadie. Se escribían durante el curso, y se veían también en Navidades, en Nueva York o en Newport.

La amistad dio paso al amor el verano en que ella cumplió los dieciocho. La habían aceptado en la Universidad de Columbia y comenzaría el curso en otoño; él acababa de graduarse como alférez en West Point y, sin saber qué otra cosa hacer, decidió permanecer en el ejército. El padre de Allegra no asistió a la ceremonia de graduación en el instituto. En aquel entonces estaba a caballo entre Afganistán y Sudán, pero prometió pasar la Navidad con ella. Sus abuelos sí fueron a la graduación; a pesar de que fue incómodo, le pareció un bonito gesto por su parte. Ahora que estaba a punto de ir a la universidad se sentía como una adulta.

Shepherd y ella se hicieron amantes ese verano, y ella volcó en él todo el amor que albergaba, amor que llevaba la vida entera a la espera de dar a alguien. Era una relación tierna, y él, un joven sensible. Quería ingresar en el área de inteligencia militar, como el padre de Allegra, «pero solo durante una temporada». Se disponía a iniciar un curso de formación de liderazgo militar de un año en Washington, y luego dirigiría una unidad de inteligencia militar. Tenía por delante cinco años de servicio activo. Allegra le advirtió que la vida castrense y el ejército lo engullirían y lo devorarían; él prometió que no dejaría que eso sucediera.

Ella había visto lo que la carrera militar había hecho con su padre. Era frío como el hielo, parecía casi inhumano. Allegra había llegado a pensar que su padre era incapaz de permitirse albergar sentimientos hacia otro ser humano. Se había mostrado cumplidor con sus padres, pero no afectuoso, ni ellos con él. Dos mujeres lo habían decepcionado, y Allegra tenía la sensación de ser, lamentablemente, el vivo retrato de una de las dos. Cada año que transcurría se parecía más a su madre, sin su exuberancia arrolladora y su extra-

vagante comportamiento, pero con unos rasgos y una belleza extraordinariamente semejantes. Volcándose en su profesión, Bradley había rehuido los vínculos profundos y duraderos, incluso con su única hija. Parecía acongojado cada vez que la veía, y casi temeroso de que aflorara a la superficie alguna emoción con la que evitaba lidiar. Cuando se hizo mayor, Allegra leyó sobre las guerras en las que él había participado y se dio cuenta de que seguramente su trabajo lo había hecho presenciar horrores inimaginables. Eso era lo que temía que le pasara a Shepherd. Él se creía capaz de lidiar con ello, pero pocos podían. O bien se convertían en robots, como su padre, o bien se rompían por dentro en mil pedazos.

El abuelo paterno de Shepherd había sido militar, su padre se dedicaba a los negocios, y, si bien no eran personas de trato afable, se mostraban más abiertos que la familia de Allegra, y amables con ella. Los Vanderholt habían dedicado su vida a los compromisos sociales y a los valores superficiales; eran, sobre todo, egoístas y egocéntricos. Sus abuelos paternos, los Dixon, eran fríos como el hielo. Para cuando cumplió dieciocho años, tras haberse pasado la vida entera observando, lo comprendió. No quería que nada de lo ocurrido a su padre le pasara a Shepherd. El joven era una persona muy sensible, y precisamente eso era lo que le encantaba de él. El Cuerpo de Inteligencia Militar lo enviaría a zonas de conflicto a lo largo y ancho del mundo, lo cual podía arruinarle la vida, como a Bradley. Ignoraba si su padre fue alguna vez una persona afectuosa, pero ciertamente ahora no lo era, al menos desde que ella podía recordar.

—No voy a seguir en el ejército tanto tiempo como para llegar a ese extremo —le aseguró Shep—. Cuando cumpla mis cinco años de

servicio activo en inteligencia lo dejaré. Y luego pasaré a la reserva. Hay que permanecer en activo mucho más tiempo para que haga mella en ti.

—No siempre es así. ¿Quién sabe en cuántas guerras en lugares poco civilizados hay que participar para llegar a ese punto? ¿Por qué no intentas dejarlo antes? —sugirió ella con ingenuidad, y él sonrió.

—No sería honorable. Además, no te lo permiten. Les debo los próximos cinco años después de la formación en West Point. Y, por lo menos, el servicio de inteligencia es interesante.

—Esto es lo que me preocupa. Lo que no quiero es que estés en las últimas cuando lo dejes.

—Créeme, no lo estaré. No permitiré que eso suceda. Todo irá bien. Más o menos para cuando te gradúes estaré casi a punto de licenciarme, y a partir de ahí podremos decidir qué hacer más adelante.

Lo tenía calculado, y ella abrigaba la esperanza de que no se equivocara. No estaba tan convencida como él de que fuera capaz de evitar el perjuicio que podía causar pertenecer al servicio de inteligencia militar, dependiendo de dónde lo destacaran. Pero ambos aún tenían un largo camino por delante. Ella iba a comenzar sus estudios universitarios en Columbia, y a él lo esperaba la formación en inteligencia militar y un puesto al frente de su propia unidad. Permanecería varios años en Washington, en la Universidad George Washington, que a ella le traía recuerdos. Aunque Allegra no había vivido en la capital desde que su madre se marchó, aún la recordaba con cariño.

Shepherd prometió a Allegra visitarla con frecuencia en Nueva York. Eso también sería divertido. La ilusionaba la perspectiva de ser

adulta, de poder tomar sus propias decisiones, en vez de que la endilgaran a familiares reacios a tenerla por medio. Ahora anhelaba llevar su vida, y había tenido la gran suerte de conocer a un chico que la amaba de verdad. Por primera vez desde que nació, se sentía querida. Había acumulado una vida entera de amor para dárselo a Shep, como el dinero guardado en el banco que va acrecentándose y generando intereses. Jamás había sido tan feliz como cuando el verano de 1998 tocó a su fin.

2

La sincronización fue perfecta. Shepherd no tenía que presentarse en Washington hasta tres días después de que Allegra se instalase en la residencia de estudiantes de Columbia, en Nueva York, donde se registraría y recibiría la charla de orientación. La llevó desde Newport en una furgoneta llena con lo que había ido comprando a lo largo del verano. El padre de Allegra le había mandado una asignación para que se equipara y le costearía los estudios universitarios, del mismo modo que había sufragado el internado y todos sus gastos e imprevistos. Era lo único que había hecho por ella en su vida; consideraba su deber proporcionarle una educación, junto con lo básico para el colegio, la universidad y ahora su estancia en Nueva York. Allegra comentó a Shep que su padre le daba ese «dinero sucio» para no tener que estar presente. Era una especie de padre virtual que se limitaba a cubrir todos los gastos de su hija sin protestar.

Shep la ayudó a instalar el equipo de música y cargó con el baúl. Hizo lo que hacían los padres de las demás, y por la noche salieron a cenar. Habían pasado juntos cada minuto del verano; a ella le resultaría raro estar sin él cuando se marchara a Washington. Los abuelos de Allegra pensaban que se trataba de un inocente coqueteo, ajenos, al igual que los ultraconservadores padres

bostonianos de él, a que ya habían ido más allá. Ninguno puso la menor objeción a que salieran juntos, asumiendo que la relación se enfriaría una vez que ella se fuera a la universidad y él a Washington, sin tener en cuenta la estrecha amistad que los unía desde hacía dos años. Sus familias no se tomaban en serio su relación. Opinaban que Allegra y Shepherd, con dieciocho y veintidós años respectivamente, tenían la vida entera por delante y que conocerían a las personas adecuadas con las que entablar relaciones serias. Los mayores le restaban importancia a la suya, como si fuera una ilusión pasajera, un romance de verano; no eran conscientes de lo unidos que estaban. Shepherd siempre se había sentido como el bicho raro de su familia. No tenía nada en común con sus dos hermanos, que vivían lejos y rara vez iban a casa y con quienes se llevaba diez y doce años, ni con unos padres mayores, rígidos y remilgados a más no poder. Allegra, que carecía por completo de lazos familiares, lo entendía.

Shep y Allegra habían hablado ya del futuro, y ambos estaban seguros de que se haría realidad. No discutieron con sus familias acerca de ello. Que no se tomaran en serio la relación que mantenían facilitaba las cosas. De lo contrario, les habría preocupado que se distrajeran de sus obligaciones en el ejército y en la universidad.

A Shep le llevó dos días ayudarla a instalarse en Columbia, donde se quedó otro más simplemente por estar con ella. Incluso la acompañó a la charla de orientación. Allegra estaba emocionada con la universidad, y Shep, contento por ella. Ahora era libre.

—Te echaré de menos —dijo Allegra la última noche que estuvieron juntos.

Shep se hospedaba en un pequeño y modesto hotel en el West Side, donde ella pasó la noche con él, esgrimiendo al salir de la residencia de estudiantes el pretexto de que iba a quedarse en casa de sus abuelos. Había conocido a sus dos compañeras de habitación, aunque de pasada, y no les debía ninguna explicación. Ellas estaban ocupadas con sus padres. Por una vez, no le importó que los suyos no estuvieran allí con ella. Su padre se hallaba en Irak y había prometido volver para Navidad. Allegra no contaba con ello, así que había acordado con Shep que, si al final su padre no regresaba esos días, pasarían juntos las fiestas, ya fuera en Nueva York o en Newport, dependiendo de donde estuvieran sus respectivos abuelos.

Allegra y Shepherd se marcharon del hotel temprano a la mañana siguiente para que él pudiera coger el tren a Washington y ella llegar a tiempo a su primera clase. Él le había prometido que, si podía escaparse, volvería ese fin de semana o el siguiente. A diferencia de todas las demás personas que formaban parte de su vida, Shepherd jamás la decepcionaba, especialmente desde que habían mantenido relaciones íntimas ese verano. Él pasaba todo el tiempo que podía con ella, y nunca le fallaba. Ambos ardían en deseos de comenzar sus clases en otoño: Shep su curso de liderazgo y después la formación en inteligencia militar, y ella sus estudios de Literatura Inglesa en la universidad. Con Shep destinado en Washington, se les presentarían numerosas oportunidades de pasar fines de semana juntos. Eran buenos estudiantes, y tenían mucho que aprender, aunque Allegra debería hincar los codos con los trabajos y las tareas académicas, y también los exámenes.

Durante el primer curso universitario de Allegra lograron pasar juntos una asombrosa cantidad de fines de semana. Shep cenó con Allegra y sus abuelos en Nueva York el día de Acción de Gracias. Sus hermanos mayores planeaban celebrarlo con sus familias políticas, y como sus padres habían decidido irse de crucero, estaba libre de compromisos, así que agradeció pasar la festividad con Allegra y los Vanderholt. Había nevado con especial abundancia en Rhode Island, por eso prefirieron no ir a Newport. A Allegra, Newport le parecía más divertido en verano, y disfrutaba de Nueva York en invierno.

Como cabía esperar, su padre no consiguió regresar de Irak para las Navidades. A ella ni le extrañó ni le importó. En lo tocante a sus compañeras de la residencia, le caían bien, pero no había trabado amistad con ellas. Tenía la costumbre de guardar las distancias, excepto con Shep. Estaban más unidos que nunca. Le concedieron un permiso largo y, como sus respectivas familias se fueron a pasar las fiestas a Newport, estuvieron juntos allí y después, poniendo ambos como excusa que iban con amigos, se fueron a esquiar a Vermont. Se hospedaron en una pequeña y romántica posada, que Shep pagó. Ella contribuyó a los gastos en las comidas y se compró unos esquís de segunda mano a buen precio.

Para Allegra fueron unas Navidades perfectas, mejores que cualquiera de las anteriores, porque estuvo con Shep. Su padre le prometió regresar a Estados Unidos en mayo, pero ella sabía lo difícil que le resultaba cumplir sus planes. Si en Irak se corría la voz de que se urdía cualquier actividad subversiva, lo retendrían allí sin más remedio. Ella nunca contaba con verlo en la fecha anunciada. Así era la naturaleza de su trabajo.

Allegra recibió una tarjeta de Navidad de su madre, junto con un cheque de doscientos dólares y una nota en la que le decía que se comprara un regalo. Fue la primera vez. Lo usó para pagar los esquís de segunda mano. Se preguntaba si su madre podía imaginarse que George, el osito de peluche, aún yacía sobre su cama. Durante muchísimos años había sido el único confidente y amigo de Allegra. Ahora tenía a Shep. Se lo contaban todo, hablaban hasta altas horas de la noche, por teléfono o en persona. Siempre tenían algo que decirse o confidencias que hacerse el uno al otro. La infancia de ambos había sido solitaria. Shep había sufrido con la actitud fría y distante de sus padres. Sus hermanos se habían ido a la universidad cuando él aún era pequeño, cuando contaba seis y ocho años respectivamente. Sus hermanos mayores mantenían un estrecho vínculo entre ellos, no con él. Él había llegado por accidente, y la mayor parte del tiempo le parecía que los demás actuaban como si no existiera. Su presencia era embarazosa. Las circunstancias de Allegra fueron más extremas, con ambos progenitores ausentes y unos abuelos que nunca se encontraban a gusto haciéndose cargo de ella. Isabelle los había agotado con su comportamiento alocado y rebelde, y el mero hecho de convivir con una adolescente en casa, aun cuando fuera modosa, se les antojaba un desagradable *déjà vu*. Para ellos fue un alivio que se marchara a la universidad y no quisiera estar con ellos mucho tiempo. Habían cumplido con su deber como abuelos durante las vacaciones a lo largo de siete años, y estaban encantados de que se hubiera hecho mayor. Se mostraron conformes con su relación con Shepherd porque conocían a sus abuelos de Newport y procedía de una respetable familia bostoniana de banqueros.

—¿Te das cuenta de que todas las personas con las que estamos emparentados son unas esnobs? —le comentó Allegra a Shep una noche. Él se echó a reír—. Si tú procedieras de una familia normal y corriente que no tuviera una casa en Newport, mi familia te vería con malos ojos. Es un asco.

—Así es como funcionan las familias de este tipo. Se sienten más seguras con los de su misma clase. Y puede que tu abuela me haya dado el visto bueno, pero no me dirige la palabra. Mi familia no es lo bastante distinguida, su casa no es lo bastante grande para impresionarla, y dudo que le guste que sea de Boston.

Allegra sabía que tenía parte de razón. Sus abuelos eran más distinguidos que los de Shep, y más ricos, lo cual también contaba para ellos.

—Y tu madre siempre menciona que mi padre es militar. Pues lo mismo que su suegro, y ahora tú.

—Ella me lo perdona todo porque soy su hijo.

Shep sonrió a Allegra. No podía evitar fijarse en lo guapa que era. Se sentía el hombre más afortunado del mundo porque ella lo amaba. Eran unos jóvenes muy atractivos y hacían una bonita pareja.

—Para mí que piensa que mi padre es un asesino, puesto que es militar de carrera. Y es probable que tenga razón —dijo Allegra, aunque la ponía enferma pensar en ello.

Estaba segura de que si supiera las cosas que su padre había hecho, se horrorizaría. Pero jamás lo sabría. No quería que Shep fuera por ese camino; lo destruiría. En cambio, él decía que disfrutaba de las clases de inteligencia militar, aunque no podía

hablar de ellas. Era el único tema de su vida que no trataba con Allegra. Eran como dos cuerpos y una sola alma.

Su segundo año en la universidad fue igual de bien, y el tercero. Las clases se estaban poniendo más interesantes. Su relación con Shep se había vuelto más profunda. A principios del último curso ya llevaban tres años de noviazgo, y dos más siendo amigos íntimos.

Shep tenía otros dos años por delante antes de finalizar el servicio activo, y cuatro semanas libres en verano, que pasó en Newport. Allegra se instaló en casa de sus abuelos a fin de estar cerca de él. Eran inseparables. En aquel entonces ella tenía veintiún años, y él, veinticinco. Ella apenas había visto a su padre en los últimos dos años. Estaba en Irak como jefe de la inteligencia militar. Tenía sesenta y cinco años, y planeaba retirarse a los sesenta y ocho. Era teniente general, con una prórroga presidencial para prolongar el servicio activo hasta cumplir los sesenta y ocho. Entonces tendría que retirarse. Pero el ejército era su vida, y poseía vitalidad y fuerza. Por su pericia y experiencia, el ejército lo necesitaba. Seguía en Oriente Medio cuando Allegra comenzó su cuarto curso en la Universidad de Columbia. Por aquel entonces, Shepherd trabajaba a jornada completa en el servicio de inteligencia militar en Washington, un trabajo con el que disfrutaba. No obstante, su idea era abandonar el ejército al cabo de dos años, al año siguiente de que Allegra se graduara. Sus planes en común cuadraban a la perfección, tal y como había sucedido desde que ella estaba en la universidad.

El suceso más impactante que jamás habían vivido los dos se produjo poco después del inicio del curso en septiembre. Se encontraban ella en Nueva York y Shep en Washington el 11 de septiembre, la mañana en la que los aviones colisionaron con las Torres Gemelas. Las clases se suspendieron de inmediato, y Allegra se dirigió a toda prisa a su apartamento para mirar las noticias por televisión. Al ver la crónica de la colisión contra el Pentágono en Washington, entró en pánico pensando en Shep. Al principio temió que hubiera estallado una guerra. Lo que estaba aconteciendo en realidad resultaba tan inconcebible que nadie le encontró explicación en un primer momento. Observó cómo las Torres Gemelas se desplomaban y lloró mientras lo presenciaba. Pasaron horas hasta que logró contactar con Shep, y una semana hasta que lo vio, cuando a él finalmente le fue posible desplazarse a Nueva York.

Fuera cual fuese la información privilegiada de la que él dispusiera, no podía revelársela. El país entero se hallaba profundamente conmocionado, y en Nueva York se respiraba un ambiente sombrío y apagado. Transcurrió un mes entero hasta que en la ciudad se reanudó una aparente normalidad y la gente pareció estar de mejor ánimo. Shep le dijo que, tras un atentado tan devastador en suelo estadounidense, el día a día ya no volvería a ser igual.

En octubre, un mes después del 11-S, mientras hacían planes para Acción de Gracias, Shep se presentó en Nueva York un martes por la noche de improviso. Siempre la llamaba para avisarla antes de ir. En aquella época, Allegra vivía en un pequeño piso para estudiantes,

sufragado por su padre, en las inmediaciones de la universidad. Shep disponía de una copia de la llave y entró directamente. Ella, que estaba estudiando, de pronto levantó la vista y lo vio allí plantado. Tenía el semblante pálido y atribulado.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, al tiempo que se levantaba para besarlo.

Él la estrechó entre sus brazos.

—Tengo que hablar contigo —respondió mientras se sentaban.

—¿Quieres comer algo? —Él negó con la cabeza. Ella sabía que traía malas noticias, y sintió un escalofrío de arriba abajo—. ¿Qué pasa?

—Hoy he recibido órdenes. Van a enviarme a Afganistán —dijo con mirada atormentada.

—Pensaba que iban a dejarte en Washington… —Consternada por la noticia, frunció el ceño.

—Esto es lo que dijeron. Han cambiado de parecer. Pueden mandarme dondequiera que dispongan. Y cuento con la formación necesaria. —Hasta la fecha jamás lo había mencionado.

—¿Es por lo del 11-S? —le preguntó Allegra, y él asintió con la cabeza—. ¿Puedes negarte a ir? —inquirió sin aliento, al tiempo que alargaba la mano hacia la suya.

Él se la agarró con fuerza mientras seguían sentados en el sofá. El anuncio de la misión también lo había conmocionado.

—No. Estoy en el ejército. Maldita sea, tendría que esgrimir una razón de peso, como motivos de salud, para no ir, y no la tengo. Solo van a enviarme fuera seis meses, y luego estaré otros dieciocho meses en Washington hasta finalizar el servicio activo.

—No puedes ir.

Allegra parecía desesperada. Había sido testigo de los estragos que destinos como aquel habían causado en su padre. Para ella, Bradley era infrahumano, al margen de lo bien que se le diera su trabajo, o probablemente debido a ello. Quería evitar que a Shep le ocurriera lo mismo. Lo destrozarían. Era la persona más tierna que conocía. De ningún modo sobreviviría en un conflicto bélico semejante, ni a las cosas que allí sucedían. Por su padre, sabía lo suficiente acerca de la inteligencia militar para estar aterrada por Shep.

—No me queda otra —dijo él—. Son órdenes, no una sugerencia. Mientras esté allí, formaré parte de la unidad de inteligencia militar. En teoría se trata de un puesto estratégico de oficina.

Lo habían entrenado para una situación como esa.

—En una zona de guerra no existe tal puesto. Todo el mundo se involucra en el trabajo sucio, y, en lugares así, es sucio a más no poder. —Allegra se había informado acerca de ello—. ¿Cuándo tienes que irte?

—Dentro de tres semanas —respondió él, sin dejar de estrujarle con fuerza la mano.

Había preferido comunicárselo en persona. No podía darle semejante noticia por teléfono. Le constaba lo mucho que se disgustaría. Él también, pero nada podía hacer al respecto. No tenía más remedio que ir.

—No estarás aquí en Acción de Gracias —dijo Allegra, que se sentía tan aturdida como si se hallara sumida en una espesa niebla.

—Lo sé.

—Ni en Navidad. ¿Cuándo regresarías?

—En mayo —dijo él en tono inexpresivo.

A ambos se les antojaba una eternidad. Si es que antes no le disparaban o mataban.

—¿Y ahora qué hacemos? —le preguntó ella, aún aturdida.

Se sentía como si los hubiera golpeado una bola de demolición.

—Quiero casarme —respondió él con voz ahogada.

—¿Ahora? —Ella no se lo esperaba.

—Antes de marcharme. Me da la sensación de que me protegerá. —La declaración de Shep hizo que a Allegra se le empañaran los ojos—. Y, de todos modos, queremos casarnos.

A menudo habían comentado que no deseaban una boda de postín. Allegra asintió con la cabeza, pensando en su proposición. A ella también le atraía la idea. Así reafirmarían lo que sentían el uno por el otro desde hacía cinco años. Habían madurado juntos.

—¿Quieres organizar una boda como Dios manda y todo eso? —le preguntó ella, para cerciorarse.

Resultaría difícil de llevar a buen puerto. Su abuelo había caído enfermo recientemente, y su abuela estaba cada vez más delicada y no se encontraba en condiciones de planificar una boda, si es que aceptaba hacerlo. Allegra siempre había dado por sentado que tendría que organizar su boda por su cuenta algún día, aunque fuese modesta, pero tres semanas de margen no bastaban para hacerlo. A ninguno de los dos les importaba, ni les había importado nunca, la ostentación. Lo único que les importaba era casarse.

—No, vayamos al ayuntamiento, y listo. Podríamos conseguir la licencia de matrimonio mañana, antes de que me marche, y casarnos este fin de semana. Me parece que hay que esperar un par de días después de tramitar la licencia.

Ella asintió con la cabeza.

—Me saltaré la clase de primera hora mañana. ¿Vas a avisar a tus padres? —le preguntó Allegra.

Le cabía la duda de si darían o no su beneplácito. Aún creían que ella era demasiado joven para comprometerse en una relación tan seria.

—No sé. Si se lo digo, querrán que esperemos y organicemos una boda de esas por todo lo alto en Newport. Siempre hay tiempo para planear algo así más adelante. Esto nos atañe solo a nosotros, si quieres hacerlo —dijo a modo de tímida proposición. Suponía un gran paso para ambos.

—Sí que quiero —afirmó ella con determinación. Todo estaba sucediendo muy deprisa—. Mi abuela opinará lo mismo. Dejemos al margen las opiniones de los demás y hagámoslo, sin más.

Al escuchar su respuesta, él sonrió y no se sorprendió. Siempre coincidían en todo, como almas gemelas. Ella abrigaba la esperanza de que el hecho de casarse lo protegiera frente a las fuerzas del mal contra las que lucharía cada día, los peligros que entrañaba una zona de guerra, especialmente en aquella parte del mundo. Su padre estaba allí. Se preguntó si debía avisarlo de la llegada de Shep, y si le darían a este el mismo destino. Tal vez Bradley podría echarle un ojo, aunque lo dudaba. Carecía de instinto paternal para ella y para cualquier otro.

Permanecieron despiertos tumbados en la cama conversando durante la mayor parte de la noche, y finalmente se quedaron dormidos. Se levantaron temprano, aún de noche, salieron y fueron en metro al centro, donde se colocaron en la cabecera de la fila para esperar a que abriera el ayuntamiento. Entraron derechos a la oficina de licencias y rellenaron los formularios. Cuando les

entregaron el documento, Allegra lo puso a buen recaudo en su bolso. Shep la besó, se sintieron como dos conspiradores en una misión secreta, y a continuación él cogió el metro hasta la estación de Penn para tomar el tren hacia Washington, y ella realizó el largo trayecto de vuelta a Columbia, al norte de la ciudad. Resultaba emocionante saber que llevaba su licencia de matrimonio en el bolso. Casarse con Shep era lo más importante que haría en toda su vida. La cambiaría por completo. En adelante sería una mujer casada, y algún día tendrían hijos. Lo de ahora era el principio, y, cuando él regresara, si así lo querían, podrían organizar una boda en toda regla digna de Newport en la mansión de los Vanderholt, con tal de complacer a sus familias y darle un cariz más oficial. Sin embargo, esto le parecía mucho más auténtico. Sería su esposa cuando Shep se marchase, y durante el resto de su vida hasta que uno de los dos faltara.

Estaba contenta de que él deseara contraer matrimonio. Esa tarde, a la salida de clase, telefoneó a su padre, en Afganistán. Allí tenía un despacho, donde esperaba encontrarlo si es que no estaba en una misión de campo. El motivo de la llamada no era comunicarle que iba a casarse. Quería decirle que a Shep lo habían destinado a Afganistán, y que estuviera pendiente de él. A su padre le sorprendió recibir noticias suyas; Allegra nunca lo llamaba, salvo para felicitarlo por su cumpleaños, o en Navidad.

—¿Va todo bien? —le preguntó en tono formal. Sabía que el abuelo de Allegra no se encontraba muy allá últimamente.

—Sí y no —dijo ella con voz seria—. A Shep lo mandan a Afganistán dentro de tres semanas. Quería que lo supieras.

—Averiguaré dónde lo van a destinar. A lo mejor a mi oficina, o tal vez lo asignen a algún otro destacamento. Aquí, sobre el terreno, mantienen ocupados a los chicos de inteligencia militar. Capturamos a un buen número de espías con los que tenemos que lidiar —dijo con naturalidad, y el miedo volvió a encogerle el corazón a Allegra.

—Ojalá no lo enviaran allí. Le quedan menos de dos años.

—Todos acabamos pasando por sitios como este en algún momento. Hasta ahora ha tenido un recorrido sin sobresaltos. Afganistán lo convertirá en un hombre hecho y derecho.

Shep ya era un hombre hecho y derecho, y ella quería evitar a toda costa que siguiera los pasos de su padre. El concepto de hombría de Bradley difería mucho del suyo. Hablaron durante unos minutos más, y él dijo que averiguaría cuándo llegaba Shep y que lo buscaría. A Bradley le caía mejor ahora que se había enterado de que le asignaban una misión en un destino duro en vez de un puesto de oficina en el Pentágono.

Allegra no le dijo a Bradley que su plan era casarse tres días después. Se trataba de un asunto privado entre ella y Shep, y no tenía el menor deseo de informar a su padre. Algún día la conduciría al altar ataviado con su uniforme de gala, cosa que era pura fachada. La verdadera esencia de su matrimonio se gestaría en el ayuntamiento al cabo de tres días; Bradley no pintaba nada. No había compartido nunca ni las alegrías ni las penas de su hija, y este iba a ser el momento más importante de su vida. Ella deseaba compartirlo con Shep, con nadie más. Era la única persona que había estado a su lado en toda su vida. Sus abuelos habían aceptado a regañadientes acogerla durante las vacaciones, y su padre siempre se había desentendido de ella. No le debía nada, excepto una actitud

respetuosa cuando la visitaba durante unas cuantas horas una vez al año o año y medio.

Shep llegó el viernes a medianoche. Su actual puesto en inteligencia militar era un trabajo rutinario de oficina, cinco días a la semana, con las noches y los fines de semana libres. Había cogido el tren en Washington a la salida del trabajo, como llevaba haciendo todos los fines de semana desde hacía tres años. Todo había ido sobre ruedas hasta el momento. Y ahora debía afrontar el traslado a Afganistán.

Se encontraban entre los primeros de la cola en la puerta del ayuntamiento. Allegra llevaba puesto un vestido de lana blanco que ya tenía y un abrigo blanco que se había comprado esa semana con su paga; en el ayuntamiento le prestaron un ramo de flores. Con su pelo rojo liso cayéndole por la espalda, destilaba belleza y juventud. Incluso en aquel entorno institucional, de repente hubo un instante mágico cuando el funcionario del ayuntamiento que oficiaba las ceremonias ese día los declaró marido y mujer y Shep la besó. No hubo nada de la parafernalia propia de la boda que habrían celebrado en otras circunstancias, pero fue un momento que ambos sabían que atesorarían para siempre. Allegra devolvió el ramo cuando se disponían a marcharse, y acto seguido salieron al sol de octubre. Hacía un maravilloso día de otoño en Nueva York.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó ella; tenía una sonrisa de oreja a oreja.

Por un momento olvidaron el motivo de su precipitado enlace; solo eran una joven pareja con toda una vida en común por delante. Shep, que tenía un plan en mente, paró un taxi. Le pidió al

conductor que los llevara al hotel Plaza, donde la condujo a una calesa blanca, y, tras dar una vuelta por Central Park, el cochero los llevó por la Quinta Avenida hasta el Club 21. Aunque ambos habían comido allí con sus respectivos abuelos en varias ocasiones, nunca habían ido juntos. Shep había reservado una mesa y pidió champán. Brindaron y, tras disfrutar de un opíparo almuerzo, regresaron al pequeño piso de estudiantes, al norte de la ciudad.

Pese a las circunstancias y sin nadie con quien celebrarlo, Shep y Allegra hicieron que ese día fuera especial. Incluso al llegar al apartamento tuvieron una sensación distinta a la habitual. Él cruzó el umbral con ella en brazos, e hicieron el amor con la ternura y la emotividad propias del día. Luego él se quedó dormido en sus brazos, mientras ella observaba su hermoso rostro. Shep transmitía una inocencia que la conmovía en lo más hondo. Algunas veces se comportaba más como un niño que como un hombre. Conservaba una cualidad juguetona, infantil, que ella adoraba y que hacía aflorar la suya.

Se acurrucaron en la cama, pues hacía frío aquella noche, y cuando él se despertó charlaron sobre las cosas que habían hecho el verano que se conocieron en Newport. Tendrían que aferrarse a los recuerdos para sobrellevar los seis meses posteriores a su partida. Procuraron abstraerse de la razón de su precipitada boda, pero se hallaba latente en todo momento, como un redoble de tambor en la lejanía, una tormenta a punto de engullirlos. No les quedaría otra que agarrarse fuerte para capear el temporal. Ambos estaban preparados. A ella le resultaba doloroso saber que no volvería a verlo hasta mayo. Se le antojaba una eternidad. Desde que se conocieron jamás habían pasado tanto tiempo separados.

El domingo salieron a dar un largo paseo por el parque. Ella sonreía cada vez que contemplaba la fina alianza de oro que él le había puesto en el dedo el día anterior. La había adquirido en Washington; para acertar con la medida, cogió un anillo de Allegra sin que ella se diera cuenta. Él también lucía el anillo de bodas. Todavía no había decidido si informar al ejército de que se había casado. En caso de hacerlo, la noticia podía llegar a oídos del padre de Allegra, y ella no quería que se enterase. Se enojaría por que no hubieran esperado para hacerlo como era debido, con una formación completa de cadetes de West Point sosteniendo un arco de sables sobre sus cabezas, como correspondía a un oficial de la academia. Ella sabía qué tipo de boda le habría gustado a su padre. Aunque no había estado a su lado ni en uno solo de los momentos importantes de su vida, desearía toda la pompa y la ceremonia acordes con su rango, cosa que a ella le traía sin cuidado. No lograba recordar la última vez que la había abrazado, y, sin embargo, a él le haría ilusión conducirla al altar. La hipocresía de la situación clamaba al cielo.

Le bastaba con estar casada con Shep. No hacía falta anunciarlo a los cuatro vientos. Algún día lo harían, a su debido tiempo, cuando Afganistán fuera agua pasada.

El lunes por la mañana, Shep cogió el primer tren de vuelta a Washington, y estuvo ensimismado todo el día, pensando en ella, en el fin de semana de la boda y en lo que significaba para él. Se preguntaba cómo iba a ser capaz de separarse de Allegra en unas cuantas semanas. En cuanto llegase a Afganistán recibiría un riguroso entrenamiento de combate, si bien en teoría, al pertenecer al servicio de inteligencia militar, no tenía que participar en las batallas. Pero surgían imprevistos, y era preciso que conociera el

método de guerra local y a lo que podría tener que enfrentarse inesperadamente. No le había hablado de ello a Allegra. Tan solo era una parte del adiestramiento al desplazarse a la zona.

Fue a Nueva York cada fin de semana, hasta el último, entonces Allegra se desplazó a Washington. Se saltó algunas clases para despedirse de él. Deseaba apurar todos los minutos que pudieran compartir.

El último fin de semana que pasaron juntos fue duro. El tictac de cada minuto sonaba tan fuerte que casi podía oírse, como el polvo filtrándose en un reloj de arena. Segundo a segundo, lo estaba perdiendo, y se preguntaba quién ocuparía su lugar a la vuelta. Le constaba que las peores heridas que causaba la guerra eran las invisibles.

Shep tenía que presentarse en la base la noche previa a su partida. Ella lo llevó en un coche que habían alquilado; él la abrazó con fuerza antes de bajarse.

—No te preocupes, volveré, señora Williams. —Se recreó en el tratamiento y ella sonrió.

Le encantaba cómo sonaba. Lo besó y él le acarició la cara, como intentando memorizar la sensación, el roce, la ternura de sus labios sobre los suyos.

—Vuelve conmigo tal como eres, y punto —dijo ella en voz queda —. Te estaré esperando, Shep.

—Sé que lo harás.

Finalmente tuvo que hacer de tripas corazón para soltarla y salir del coche. Se quedó mirándola unos instantes, sonrió y acto seguido se encaminó hacia su barracón, con un último adiós con la mano.

Mientras ella observaba cómo se alejaba, sintió un estremecimiento en todo el cuerpo, consciente de que al día siguiente estaría en Afganistán y de que no podría hacer nada para protegerlo. Solo le quedaba rezar para que regresara con ella cuerdo, vivo y entero.

Llevó el coche al garaje donde lo habían recogido; Shep ya había abonado el importe del alquiler. Fue en taxi a la estación para subir al último tren de regreso a Nueva York. Ahora era su esposa. Acurrucada en el asiento del vagón, con la mirada perdida en la noche a través de la ventanilla, le venía a la cabeza un aluvión de imágenes de las últimas semanas. «No puedo perderlo ahora», pensó. La vida no sería tan cruel con ellos.

Cuando llegó a casa aquella noche era demasiado tarde para llamarlo, y por la mañana, al despertarse, él ya se habría ido. Estaría de camino a Afganistán. Acarició la alianza que llevaba en el dedo y rezó para que el amor que se profesaban lo mantuviera a salvo, y que el mismo hombre que se había marchado regresase a casa con ella.

3

El invierno sin Shep fue duro para Allegra. Trató de ocupar el tiempo con los trabajos de clase. Tenía que escribir la tesis de fin de grado. Se había decantado por las cuestiones de trasfondo en la obra de Shakespeare, que era un tema ambicioso, pero la tarea la mantuvo absorta las noches de invierno. Pasó Acción de Gracias con los abuelos Vanderholt, y le entristeció ver que su abuelo estaba confundido. Arthur, que tenía setenta y nueve años, se había encontrado estupendamente hasta hacía bien poco.

Sus abuelos se quedaron en Nueva York para las fiestas, y Allegra pasó la Navidad con ellos. Su abuela, Mariette, le preguntó por Shep y, cuando Allegra le dijo que lo habían destinado a Afganistán para realizar un servicio de seis meses, se quedó sorprendida.

Allegra recibía con asiduidad cartas de Shep, que la llamaba cuando podía. Parecía cansado al hablar por teléfono, y le contó que las condiciones allí eran duras y peores de lo que le habían adelantado, aunque no entró en detalles. Ella ignoraba si se refería a las condiciones del día a día para los oficiales y las tropas o al estado de la guerra. Shep había coincidido con el padre de Allegra en una ocasión, y conversaron durante unos minutos. Según dijo, Bradley parecía estar en todo su apogeo, cosa que a ella no le extrañó: que lo desplazaran a zonas de conflicto siempre lo revitalizaba. Allegra se

preguntó si se retiraría algún día. No obstante, le preocupaba más Shep. En algunas de sus cartas transmitía desánimo, y decía que se moría de ganas de volver a casa.

Se pasó la semana no lectiva de primavera en la biblioteca de la universidad, trabajando en la tesis. Debía terminarla antes de graduarse en mayo. A esas alturas, Shep ya había realizado más de la mitad de su servicio; ella contaba los días que faltaban para su regreso. Sonreía cada vez que contemplaba la alianza que lucía en el dedo. Cuando visitaba a sus abuelos se ponía otra sortija con el fin de que pasara inadvertida, pero el resto del tiempo era la única joya que llevaba encima. Le recordaba la promesa de sus votos matrimoniales y los tiempos mejores que estaban por llegar, cuando ya no estarían separados.

Aguantaban el chaparrón; Allegra le escribía casi a diario, compartía todos sus pensamientos desde la lejanía y le contaba lo que hacía. Le hablaba de las pocas amigas a las que veía cuando no estaba estudiando, de las cuales tan solo una o dos sabían que se había casado. Shep decía que gracias a sus cartas seguía adelante y que significaban muchísimo para él. Se había llevado consigo un puñado de fotografías de ella, y las miraba cada dos por tres. Para él, era la mujer más guapa del mundo. Allegra sonreía siempre que se lo decía. No le creía, pero resultaba agradable escucharlo y saber que eso era lo que sentía.

En Semana Santa, el abuelo de Allegra sufrió una aparatosa caída. Resbaló saliendo de la ducha y se rompió una cadera. Fue necesario operarlo, y, al contrario de lo esperado, la intervención no se

desarrolló sin contratiempos. Allegra, como correspondía, fue a verlo, y le dio la impresión de que había envejecido diez años. Su estado de confusión había empeorado. Él, creyendo que se trataba de su hija, se pasó el rato llamándola Isabelle. Allegra pensó que Arthur, a los setenta y nueve, era demasiado joven para padecer demencia senil. Y por primera vez se compadeció de su abuela. Consternada por la situación de su esposo, temía perderlo. Allegra fue a cenar con ella unas cuantas veces, e intentó reconfortarla. Mariette se quejó de que Isabelle solo había llamado en dos ocasiones para saber cómo estaba su padre y no había ido a Nueva York a verlo.

—Desde luego, es la mujer más egocéntrica del mundo —comentó Mariette, con una asombrosa lucidez, y acto seguido miró a Allegra —. ¿A santo de qué te estoy contando esto? Fue una completa irresponsable como madre, y nunca ha sido mucho mejor como hija. Esto para nosotros no tenía tanta importancia cuando éramos más jóvenes, pero ahora sí. Tu abuelo no para de preguntar por ella, y yo de recordarle que sigue en Londres, y pongo el pretexto de que está liada. Pero en realidad no hay excusas que valgan para no llamar. Y no le costaría nada dejarse caer por Nueva York alguna que otra vez. No piensa en otra cosa que en ir a fiestas. No ha cambiado desde que era joven. Ya tiene cuarenta y cuatro años, y lo lógico es que a estas alturas hubiera sentado la cabeza. El hombre ese con el que lleva saliendo desde hace un año no tiene visos de ser mejor que ella. Van a partidas de caza, fiestas y bailes por toda Europa. Sé más de ella por lo que leo en las revistas que por las noticias que nos da.

Por todas esas razones había abandonado a Allegra quince años atrás. Si bien a los padres de Isabelle les gustaba tanto o más la

vida social y eran igual de esnobs y superficiales, en ningún momento habían abandonado a su hija, sino a la inversa, y llevaban cincuenta años en un matrimonio sólido. Habían celebrado sus bodas de oro el año anterior con sus amistades, en una gran fiesta que organizaron en Newport. Invitaron a Allegra, que fue con Shep. Su abuela lució un elegante y discreto vestido dorado de Óscar de la Renta.

El estado de su abuelo no mejoró. Al regresar a casa del hospital contrajo bronquitis, que derivó en neumonía.

Allegra fue a visitarlos y se quedó muda de asombro al ver lo enfermo que estaba su abuelo. Parecía haber perdido diez kilos; él no la reconoció. Por primera vez, sintió algo verdadero por ellos. Su abuela daba la impresión de estar desesperada. Arthur disponía de enfermeras las veinticuatro horas, y el Domingo de Resurrección se apagó y falleció mientras dormía.

Su abuela la telefoneó temprano esa misma mañana para darle la noticia; Allegra se vistió a toda prisa y fue en taxi a su piso. Encontró a Mariette sentada en su dormitorio, deshecha, con un vestido negro liso, y, aunque solo tenía setenta y cuatro años, a su nieta de pronto le pareció que aparentaba cien. Ante aquella imagen, Allegra cayó en la cuenta de hasta qué punto Mariette había amado a Arthur, y pensó en el gran desconsuelo que sentiría ella si algo le ocurriera a Shep.

Ayudó a su abuela a hacer las gestiones. Telefoneó a la funeraria y escribió el obituario. No había gran cosa que decir sobre su abuelo. Arthur Vanderholt había sido banquero de inversiones durante muchos años y se había retirado quince años atrás. Pertenecía a todos los clubes selectos de Nueva York y había estudiado en

Princeton. Carecía de logros dignos de mención. Aunque procedía de una familia aristocrática, no poseía una inmensa fortuna. Mariette y él tenían dinero, pero no era famoso, tan solo muy conocido en los círculos sociales de sangre azul en los que se movían. En el obituario, Allegra escribió que había residido entre Nueva York y Newport, en Rhode Island, que le sobrevivía su viuda, Mariette Ashton Vanderholt, una hija, Isabelle Vanderholt, afincada en Londres, y una nieta, Allegra Dixon. Había escrito «amado» esposo y padre, y, tras largos instantes de vacilación, con la mirada clavada en la página, al final añadió «amado» delante de «abuelo». Fue su último tributo. Su abuelo jamás había sentido un interés especial por ella, y recordó lo reacios que él y Mariette se habían mostrado a acogerla durante las vacaciones escolares cuando tenía once años y estudiaba en el internado, y la frialdad con que la trataban, obligada a comer con los criados en la cocina. No obstante, al final, en el transcurso de los últimos diez años, habían hecho gala de una actitud medianamente decente y considerada como abuelos. El afecto mutuo había ido creciendo con el paso del tiempo, y nunca le habían dado la espalda como hicieron sus padres. De hecho, les causaba estupor lo poco que su yerno la veía, y mucho más el distanciamiento de su propia hija, que la había abandonado cuando ella tenía seis años, sin jamás enmendar su conducta ni hacer el menor intento de reparar el daño o conocer a fondo a Allegra.

Ahora Mariette se daba cuenta de que Allegra era una encantadora joven con principios y valores muy superiores a los de Isabelle, y que nunca había recibido ninguna muestra de cariño por parte de sus padres. A Mariette la consternaba y la avergonzaba que su propia hija se hubiese desentendido de Allegra toda su vida.

Pensaba que era un milagro que la niña hubiera salido tan bien, no precisamente gracias a Isabelle. Ahora lamentaba no haber pasado más tiempo con su nieta cuando esta era más pequeña, y le conmovió que no les guardase rencor por ello.

—Según dice, Isabelle vendrá al funeral —comentó a Allegra con un hilo de voz aquella tarde mientras tomaban el té. Parecía consumida. Había sido el peor día de su vida—. Es lo menos que puede hacer. No se ha dignado a visitarnos desde hace casi cuatro años. Siempre está muy liada, y tu abuelo no ha querido viajar en los últimos cinco años. Podría haber venido a vernos. Llegará por la noche la víspera del funeral, y solo se quedará dos días. Desde que murió su gran amigo Warhol ha perdido el interés por viajar a Nueva York. Tengo entendido que murió un año después de que ella abandonara a tu padre. Entonces fue cuando se trasladó a Londres. Para ella, aquí la fiesta había terminado.

Lo dijo en tono de reproche, y Allegra no hizo ningún comentario. Sabía por su padre, aunque no lo sacase a relucir a menudo y en absoluto en los últimos años, que su madre había formado parte de aquel ambiente. A esas alturas él jamás mencionaba a Isabelle.

Fiel a su palabra, Isabelle llegó la noche anterior al funeral; se hospedó en el Carlyle. Se presentó en el piso de su madre dos horas antes de la ceremonia vestida con un traje de Chanel negro de estilo chic, con un voluminoso sombrero negro que le confería un aire de lo más glamuroso y unas grandes gafas oscuras. Allegra, muy a su pesar, estaba emocionada ante la perspectiva de verla. Había visto a su madre en tan pocas ocasiones a lo largo de su vida que Isabelle

era como el Fantasma de las Navidades Pasadas, y sentía fascinación por ella. A los cuarenta y cuatro años, era bellísima y tenía gracia y desenvoltura. Tras abrazar a su madre, Isabelle abrazó a su hija y lanzó un beso al aire.

Allegra se había puesto un vestido negro liso, un abrigo negro y zapatos de tacón alto, y se había recogido la melena pelirroja en un sencillo moño. No tenía ningún sombrero negro. Iba bonita y discreta, muy poco maquillada, con tan solo un toque de rímel y brillo de labios de color rosa claro. El parecido entre madre e hija seguía siendo asombroso. A simple vista podían pasar por hermanas. Años atrás, tal vez Allegra le habría preguntado a su madre por qué se apartó de manera tan radical de su vida y si se arrepentía de ello, pero no era el momento. A todas luces, Isabelle no albergaba el menor remordimiento. Aparentaba sentirse feliz y a gusto mientras revoloteaba por la sala como una mariposa, que era lo que solía hacer. Aunque preguntó si podía echar una mano en algo, ya era demasiado tarde. Allegra y su afligida abuela se habían ocupado de todo.

—Allegra me ha ayudado —dijo Mariette en tono grave y recriminatorio.

—Qué buena chica —comentó Isabelle mirando a su hija con una sonrisa.

Allegra se fijó en que llevaba un gran solitario en la mano izquierda. Mariette se percató de ello unos minutos después.

—¿Qué es eso? —preguntó a bocajarro.

—Me he prometido —respondió Isabelle con un gesto entre coqueto y recatado—. Nos casaremos este verano en el barco de un amigo en Saint-Tropez. No tengo claro si estoy hecha para el

matrimonio, pero, después de tres años, nos conocemos a fondo el uno al otro. Somos almas gemelas. Él tampoco ha sido partidario del matrimonio hasta ahora.

—Al menos no tendrás más hijos —dijo su madre en tono cortante, en defensa de Allegra.

—Hubert tiene cinco. Es más que suficiente. Afortunadamente, viven en Sudáfrica y nunca vienen a Inglaterra. Su exmujer es sudafricana. Se los llevó a todos a Ciudad del Cabo cuando se divorciaron, hace siglos. Él no tiene una relación estrecha con ninguno de ellos —dijo con manifiesto alivio.

—¿Y eso es algo de lo que enorgullecerse? —inquirió Mariette, enojada con su hija de nuevo.

Allegra continuó callada.

—Facilita las cosas —respondió Isabelle con un suspiro, dirigiendo la mirada hacia Allegra. Su sonrisa no reflejaba el menor atisbo de culpa—. Tus abuelos han cuidado muy bien de ti —señaló a la ligera.

Fue una afirmación, no una pregunta. De hecho, nadie había atendido a Allegra, ni sus necesidades emocionales, en toda su vida, lo cual su madre ignoraba o desdeñaba. Isabelle era de una estirpe rara y fuera de lo común, sin el más mínimo instinto maternal.

Ya era casi la hora del funeral. Mariette fue a por el sombrero y el abrigo. Iba a ponerse un pequeño sombrero negro con velo y un abrigo de visón negro, dado que el ambiente aún era frío, y no llevaría joyas. Isabelle fue a ajustarse el sombrero y retocarse el carmín; Allegra se quedó con su abuela para ayudarla y a continuación se puso su abrigo negro liso, que le colgaba sin gracia sobre el cuerpo. No era chic ni bonito, pero sí de aspecto digno, cosa que su abuela apreciaba.

—Lo siento —le susurró su abuela mientras la ayudaba a ponerse el abrigo—. Nunca cambiará. Así es ella.

Allegra asintió con la cabeza, todavía algo perpleja ante la ligereza con la que su madre expresaba su desinterés por los hijos, incluso y quizá especialmente por su hija. Lo hacía sin ningún reparo.

Fueron juntas en la limusina hasta la iglesia. El coche fúnebre ya estaba en la puerta de San Ignacio de Loyola, en Park Avenue, y el féretro, junto al altar. Había multitud de gente sentada cuando entraron, y sonaba una suave música de órgano. Las copias del programa de la ceremonia diseñado entre Allegra y su abuela, con las fotografías que esta había elegido de su esposo, yacían sobre los bancos. Allegra advirtió que varias personas reconocían a Isabelle.

La misa comenzó poco después de su llegada y fue sencilla y respetuosa. Sin alardes de ostentación, la ceremonia fue digna y elegante. Había lirios y orquídeas en el altar y sobre el féretro, así como en dos grandes jarrones, además de las flores enviadas por la gente, que estaban dispuestas alrededor del altar. Los asistentes rindieron homenaje a un hombre sin nada reseñable, pero que había sido un buen amigo para muchos de ellos. Gozaba de simpatías en su círculo y en los clubes sociales. Allegra vio que el personal de la casa de Newport se encontraba allí. Lamentó que Shep no pudiera estar presente también.

Mariette e Isabelle conversaron brevemente con varias personas al término del servicio. Nadie prestó atención a Allegra. Siempre había sido la niña invisible, y la mayoría de la gente jamás había cruzado una palabra con ella. Estaban encandilados por Isabelle, tal como ella pretendía. Le gustaba ser la estrella del espectáculo.

Los empleados del cáterin se habían instalado en el piso para la pequeña recepción prevista después del funeral. Allegra se había encargado de llamar por teléfono a los amigos íntimos de su abuela en su nombre, que acudieron y pasaron allí una hora más o menos. En cuanto se marcharon, Isabelle fue a cambiarse y seguidamente apareció vestida con un traje pantalón negro que había llevado consigo, y anunció que había quedado con unos amigos para cenar. Según dijo a su madre antes de besarla, daba por sentado que estaría agotada y que tendría ganas de descansar, y le dijo adiós a Allegra con la mano. No le propuso que la acompañara, algo que a Allegra no le extrañó. Cuando Isabelle se marchó, con su pelo rojo suelto y envuelta en una nube de perfume, Mariette miró a su nieta y negó con la cabeza.

—No sé por qué todavía espero que cambie. Pensaba que a la larga maduraría, pero no ha sido el caso: siempre será una hermosa mariposa. Dudo que haya querido a alguien jamás en su vida. Abrigo la esperanza de que su nuevo marido sepa dónde se está metiendo. Según tengo entendido, son tal para cual. Gracias por ayudarme a organizar la ceremonia, Allegra. Ha sido muy bonita. A tu abuelo le habría encantado. Ha sido digna y perfecta.

—Gracias.

Allegra le sonrió. Sintió lástima por su abuela. La vida que había conocido hasta entonces acababa de terminar. Sin duda, no sería la misma sin su esposo. Su duelo era tanto por él como por la vida que habían compartido, sumamente gratificante para ambos y que a partir de ahora sería completamente diferente para Mariette, una vez sola.

—Deberías intentar descansar un poco —le aconsejó Allegra con dulzura.

Su abuela asintió con la cabeza y, al cabo de unos minutos, se dirigió a su habitación para tumbarse.

Allegra también se fue a su cuarto a quitarse el feo vestido negro y se puso unos tejanos y un suéter. Tenía a Shep en el pensamiento. Ella se graduaría dentro de siete semanas, y estaba previsto que él regresase dos semanas después. Su servicio en Afganistán estaba tocando a su fin. Lo habían superado. No les había resultado fácil, pero lo habían sobrellevado, manteniéndose en contacto permanentemente. Estaba segura de que había cosas que a él no le permitían revelar, sin embargo, aunque a veces parecía estresado, incluso desanimado, daba la impresión de que se encontraba bien.

Allegra volvió a ver a su madre al día siguiente del funeral en casa de su abuela. Isabelle pasó una hora conversando con Mariette, y revisó unos documentos y fotografías de su padre que su madre deseaba mostrarle. Mariette los había encontrado por casualidad mientras buscaba una fotografía para el programa del funeral. Había una instantánea especialmente bonita de Isabelle, ataviada con un precioso vestido blanco, junto a su padre en el baile de su presentación en sociedad. Estaba espectacular, y su padre, muy apuesto. Era un hombre de aspecto distinguido. En aquel momento rondaba los cincuenta y cuatro años, e Isabelle tenía dieciocho. Ella se casó con Bradley Dixon tan solo cuatro años después. En el intervalo entre las dos celebraciones se había desmadrado con el círculo de Warhol y en Studio 54. A menudo comentaba que aquellos

fueron los mejores años de su vida, y sin duda alguna los más divertidos. Veinticinco años después continuaba divirtiéndose.

Isabelle le enseñó la fotografía de su presentación a Allegra, que la contempló con admiración. Pudo apreciar el parecido entre ellas, si bien su madre era mucho más llamativa y extrovertida. Derrochaba entusiasmo y alegría. Allegra era una persona más bien callada, con un carácter bastante más mesurado. Bajo ningún concepto se habría atrevido a mostrarse tan efusiva como su madre. A lo largo de toda su existencia se había visto obligada a esconderse de las personas que no la querían cerca y a cuidar de sí misma cuando la dejaban desamparada o la abandonaban, como habían hecho sus padres. Nunca había tenido el lujo de estar tan segura de sí misma como Isabelle. Ni siquiera alcanzaba a imaginar qué sensación le reportaría eso. A Allegra no le había quedado otra que permanecer invisible durante la mayor parte de su vida, con tal de evitar que la lastimaran o rechazaran.

—Studio 54 era fantástico —le dijo Isabelle a su hija, con los ojos iluminados por el recuerdo—. No duró mucho, pero era fabuloso. La verdad es que en aquel entonces la gente se lo pasaba de maravilla. Ahora el mundo es mucho más tranquilo y aburrido.

—A lo mejor hay menos drogas —comentó Mariette, y cuando Isabelle se echó a reír, Allegra escuchó el sonido que de pequeña le recordaba a los cascabeles. De eso y de la fragancia de su exótico perfume era de lo que más se acordaba.

—Me encantaba tu perfume —dijo Allegra con expresión ensoñadora.

Su madre sonrió haciendo memoria.

—En aquellos tiempos me ponía dos: Femme, de Rochas, y Shalimar, de Guerlain. Yo misma los mezclaba. Ya no uso ninguno de los dos. Es curioso que recuerdes eso.

Por un momento pareció conmovida. Allegra se calló que guardaba tan escasos recuerdos de su madre a los que aferrarse que el de los perfumes destacaba, y, además, eran inconfundibles. Desde entonces nunca había percibido esos aromas en nadie más, y su memoria los asociaba a su madre.

Isabelle se levantó para marcharse poco después; dijo que había quedado para almorzar. Iba a reunirse con unos viejos amigos.

—Me voy en el vuelo de esta noche a Londres —anunció.

Llevaba una falda blanca con una chaqueta negra; se la veía con un aire muy chic de nuevo, y sexy, con unos zapatos de tacón de vértigo. Tenía unas piernas espléndidas, y Allegra cayó en la cuenta de que las suyas eran idénticas, pero jamás las lucía con faldas cortas y zapatos de tacón de aguja, como hacía su madre. Se fijó en que las suelas de los zapatos de Isabelle eran de color rojo. Todo en ella era llamativo y vistoso, mientras que en Allegra era discreto y sutil. Su madre no era cercana: era una mujer objeto que trataba de acaparar la atención en todas partes, y lo conseguía.

Allegra dejó a su madre y su abuela a solas unos minutos, por si querían despedirse en la intimidad. En todo momento mostraba una actitud prudente para no entrometerse, y, a pesar de ser familia, eran unas desconocidas las unas para las otras. Cuando regresó a la sala de estar al cabo de cinco minutos no vio a Isabelle. Se quedó atónita y miró a su abuela, extrañada.

—Se ha ido —dijo Mariette con un gesto de resignación—. Va y viene a su antojo. Es una mariposa de hierro. Tiene una apariencia frágil, pero no lo es. Es dura como una piedra y siempre consigue lo que desea.

—Quería despedirme de ella —dijo Allegra, abatida por unos instantes.

La partida de Isabelle reavivó un aluvión de recuerdos de cuando la esperaba el día entero en su cama, aferrada a su osito de peluche. Y la historia se acababa de repetir. Una vez más, su madre, la mujer que rehusaba serlo, había olvidado despedirse. O quizá en esta ocasión no se había olvidado, sino que simple y llanamente no le había dado la gana hacerlo. Las despedidas le resultaban demasiado complicadas, requerían emociones que no deseaba sentir.

—Así es ella —reconoció Mariette en voz baja—. Sabe Dios cuándo volveré a verla.

Allegra estaba pensando lo mismo. Quizá nunca más. Una vez cada cinco o diez años, Isabelle irrumpía como un torbellino y echaba a volar con la misma celeridad. Su abuela tenía razón: era una mariposa de hierro, con el corazón de piedra.

Esta vez, a Allegra el abatimiento le duró apenas unos minutos. Sin embargo, por un segundo recordó con claridad cómo se sintió aquel día, sentada en la cama apretando a George, su osito de peluche, con todas sus fuerzas, a la espera de que su madre se despidiera y su padre le explicara qué iba a ser de ella. Ahora, de nuevo, Isabelle había olvidado decirle adiós. Era una señal inequívoca de lo poco que su hija significaba para ella. Pero en esta ocasión, Allegra no se lo tomó tan a pecho. Tenía a Shep. Era su marido y volvería a casa dentro de dos meses.

Allegra se graduó en Columbia en mayo, sola. Su abuela, cuya intención era ir, la telefoneó aquella misma mañana temprano para avisarla de que no se encontraba con ánimos para asistir al acto. Mariette se sentía indispuesta a raíz del fallecimiento de su esposo, y apenas se había levantado de la cama desde el funeral. Temía, si iba, desmayarse y provocar una escena. Tras responder que lo entendía, Allegra colgó el teléfono. Shep había llamado la noche anterior para desearle suerte. Se sentía fatal por que ella hubiera tenido que pasar el trago del funeral de su abuelo y el encuentro con su madre sin él. Allegra le había contado que Isabelle se marchó sin mediar palabra. Esta vez, dieciséis años después, fue casi una anécdota. Allegra acababa de cumplir los veintidós.

La ceremonia fue muy emotiva, y le entregaron su diploma. Lanzó su bonete por los aires igual que todos los demás. No había nadie para celebrar sus méritos con ella, lo cual no le importó. Estaba con sus compañeros, había obtenido su título universitario y a partir de ahora podía buscar trabajo. Ya había enviado el currículo a varias editoriales. Aspiraba a trabajar como ayudante de edición. Los libros siempre habían sido importantes para ella.

Tras devolver la toga que había alquilado, junto con el bonete una vez que lo localizó, conservó la borla de recuerdo. Había entregado la tesis de fin de carrera a tiempo antes de la graduación. Su padre le mandó un telegrama para felicitarla, así que por lo menos se había acordado, y su abuela le había dado un sustancioso cheque la semana anterior.

Al término de la ceremonia, todos los graduados se fueron a celebrarlo con sus padres. Hubo fiestas por toda la ciudad, y en los pisos de estudiantes. En las residencias, los graduados hacían la

mudanza y los demás recogían sus cosas para las vacaciones de verano. Los apartamentos como el suyo se estaban vaciando. Allegra iba a conservarlo para cuando Shep regresara. Se trasladaría a Nueva York tan pronto como el ejército lo liberara; hasta entonces iría y vendría. Tenían toda la vida por delante, y las esperanzas puestas en el futuro.

La llamaron para dos entrevistas las semanas posteriores a la graduación, y por fin llegó el día que ella y Shep ansiaban. El regreso se había demorado unos cuantos días, y ella fue en tren a Washington para reunirse con él. Estaba previsto que su vuelo aterrizase a la mañana siguiente. Se alojó en el mismo hotel de las inmediaciones de la base donde se había hospedado anteriormente. Mientras esperaba en el área de visitantes a la hora acordada, lo vio enfilar hacia ella con su característico paso resuelto. Aún no alcanzaba a distinguir su rostro, pero lo habría reconocido por sus andares en cualquier parte. Echó a correr hacia él y se abalanzó en sus brazos. Se había dejado bigote, que le hacía parecer mayor, y Allegra reparó en lo delgado que estaba. Tras besarla, cuando se apartó de él unos centímetros, comprobó que tenía los ojos hundidos. Él se aferró a ella como si la vida se le fuera en ello y le resultase imposible soltarla. Cuando volvió a besarla tenía lágrimas en los ojos, y ella en las mejillas. Mientras la estrechaba entre sus brazos, ella supo que siempre recordaría ese momento. Aunque su mirada reflejaba una inmensa tristeza, estaba risueño. Intuyó que había presenciado cosas que jamás debió ver, pero ahora estaba allí, sano y salvo. Le ayudaría a olvidar lo que quiera que fuese que hubiera visto.

—Bienvenido a casa, Shep —le dijo con voz queda, mientras él la abrazaba.

—A veces pensaba que jamás volvería a verte —susurró él. A juzgar por cómo la miró al decirlo, a ella no le cupo duda de que era cierto.

—Estaba aquí, esperándote —dijo, al tiempo que Shep le pasaba el brazo alrededor de los hombros.

Se encaminaron despacio hacia donde ella había aparcado el coche de alquiler. Él prefería realizar el trayecto en coche con Allegra hasta Nueva York en vez de coger el tren. Deseaba estar a solas con ella. Los duros meses de separación se desvanecieron cuando se miraron el uno al otro, y Allegra sonrió.

—Vayamos en coche al norte mañana, a Newport. Podemos quedarnos en casa de mis padres. No hay nadie todavía —propuso él.

Disponía de tres semanas de permiso antes de presentarse en la oficina de inteligencia en Washington. Entretanto, tenía ganas de ver el mar y tomar el aire. Deseaba dejar atrás todo cuanto había vivido y estar con Allegra.

—Podemos hacer lo que te apetezca —dijo ella tranquilamente.

Ahora que había regresado, todo se le antojaba perfecto en su vida.

—He de ver a mis padres. Podemos ir a Boston dentro de unos días. Primero quiero estar a solas contigo.

—¿Cuándo vamos a decirles que estamos casados?

—Cuando usted quiera, señora Williams.

Le sonrió con picardía, y ella vio reflejado en su sonrisa al chico del que se enamoró a los dieciséis años. Su mirada era la de un

hombre que había sido testigo de demasiadas penurias y sufrimiento en los pasados seis meses, y que también las había padecido. A pesar de que el rostro se le había afilado, su expresión y su forma de mirarla aún desprendían un aire pueril. Ya tenía veintiséis años, y ella veintidós. Lo mejor de todo era que su esposo había vuelto a su lado, además de sano y salvo, entero. El tiempo que había pasado lejos no lo había destruido, y de nuevo era suyo, para tenerlo y entregarse a él todos los días de su vida.

4

De camino a Nueva York se sintió como si estuviera soñando y temió que al despertarse él se hubiera ido. Shep dejó que ella condujera; hicieron una parada para comprar provisiones y comieron en el coche, y, al llegar a Nueva York a media tarde, devolvieron el vehículo. En el edificio de Allegra reinaba el silencio, dado que los estudiantes que vivían allí ya se habían ido; los apartamentos permanecerían vacíos hasta que volvieran en agosto. Sin ellos, el edificio parecía desierto y tenebroso. Allegra abrió la puerta y, cuando entraron, Shep miró a su alrededor como si hubiera aterrizado en el paraíso. Sus ojos tenían esa mirada perdida que percibió en ellos la primera vez que lo vio. Daba la impresión de haber regresado de un lugar lejano, diferente y peor que cualquier cosa que ella alcanzara a imaginar.

Shep no tenía palabras para relatar su experiencia en los últimos seis meses. Tampoco pretendía hacerlo. Por nada del mundo deseaba que ella se enterase jamás de cómo había sido. Le habían mentido una y otra vez. Le mentían cada día, y luego, cuando llevaba a cabo las misiones que le asignaban, constataba la realidad. Las cosas que hacían a la gente, y lo que la gente les hacía a ellos. La tortura, que formaba parte de cualquier interrogatorio, era el procedimiento estándar. Cuando vio al padre de Allegra sacó el tema

al relucir, y Bradley se burló de él diciéndole: «A ver si te curtes, hijo, que ya no estás en Kansas. Esto no es *El mago de Oz*, es la vida real. Y no hay mayor realidad que esta». Lo dijo con satisfacción, y en ese instante Shep supo que jamás serían amigos. Bradley Dixon era un animal, y continuaba en el ejército al margen de la edad que tuviera con el fin de saciar su sed de sangre y su ansia de emociones fuertes. Los interrogatorios le insuflaban un subidón de adrenalina. Shep había coincidido con él en uno de ellos, tras el cual se pasó horas vomitando. Su único anhelo era vivir lo suficiente para regresar con Allegra. Ahora ya estaba en casa y, por primera vez, se sintió incapaz de hablar con ella, porque no podía contarle cómo era realmente aquello ni quería que descubriera de qué calaña era su padre, aunque sabía que lo sospechaba desde hacía años.

Allegra no le profesaba respeto a su padre. Ni siquiera le tenía simpatía. Bradley se había internado en el lado oscuro años atrás sin remisión. Allí había muchos como él, que era el líder de la manada. Ahora Shep tenía claro por qué jamás regresaba a casa por mucho tiempo: a estas alturas le resultaba imposible vivir en el mundo civilizado. Tan solo podía existir en el infierno que habían creado, del que él formaba parte. Era como una especie de culto satánico; Shep había sido uno más mientras estuvo allí, y quería evitar a toda costa que Allegra se enterase de lo que había visto y hecho.

Aquel destino casi le había costado el alma, y ahora, en casa, encontraba a Allegra tan intachable, pura e íntegra que temía tocarla, aun cuando eso fuese lo único que había anhelado a lo largo de tantos meses, estar de nuevo con ella y reanudar su vida en común donde la habían aparcado. Ahora, en cambio, ignoraba cómo

recuperar el rumbo. Ella lo percibió al mirarlo cuando Shep se sentó en el sofá y estiró las piernas al frente.

—¿Estás bien? —le preguntó con delicadeza. Aunque él asintió con la cabeza, tuvo la certeza de que mentía. Desconocía qué parte de él se había roto, pero así era, en lo más profundo de su ser. Lo notaba —. ¿Quieres comer algo?

Él negó con la cabeza. No le salían las palabras. Estaba bloqueado. Le había ocurrido antes, en Afganistán, cuando se vio sobrepasado por la situación, obligado a estar allí sin más remedio, a involucrarse en aquello y a aparentar que lo aprobaba.

Ella prefirió no preguntarle si tenía ganas de acostarse. Le daba la sensación de que no estaba preparado para ello. El choque cultural del regreso era demasiado grande, el trauma de lo que quiera que hubiera vivido demasiado reciente. Podía sentirlo en todos los poros de su piel.

—¿Te apetece ir a dar una vuelta? —le preguntó, y el titubeó.

—Sí, bueno.

Les habían dado charlas sobre cómo sería la vuelta a casa, pero lo que no esperaba era que estuviera tan guapa, su dulzura, pureza e inocencia, y el ambiente de aparente normalidad. Shep ya no pertenecía a ese lugar. Le constaba, aunque a ella no. No merecía estar allí.

Hacía una bonita tarde de junio; pasearon hasta los Claustros y cruzaron un jardín donde Allegra solía ir a estudiar algunas veces. Cuando regresaron al apartamento, él se tumbó en la cama y ella se tendió a su lado. Shep miró al techo y encontró algunas de las palabras que quería decir.

—La vuelta está siendo más dura de lo que pensaba. Da la impresión de que todo es de lo más normal. —El comentario, en apariencia intrascendente, era muy profundo—. Yo todavía no me siento normal. —Se preguntó si algún día lo haría.

—Estarás bien. Todo a su tiempo. Acabas de llegar —dijo ella en voz baja—. Tenemos toda la vida por delante. Y no tienes que volver allí nunca más.

Estaba contenta ante la perspectiva de ir a Newport. Pensaba que a Shep le sentaría bien regresar a los lugares que le encantaban de pequeño, donde todo era sencillo, a pesar de las mansiones señoriales. Allí podían hacer cosas normales y corrientes.

Permanecieron tumbados el uno junto al otro, agarrados de la mano hasta que él se quedó dormido. Shep llevaba meses soñando con hacerle el amor, y ahora era incapaz. No quería. No quería mancillarla con las escenas que había presenciado, como si pudieran impregnarse en ella.

Se pasó horas durmiendo debido al desfase horario, mientras Allegra trajinaba en el apartamento sin hacer ruido, haciendo la maleta para irse a Newport. También le hizo su equipaje. Él se despertó a medianoche con un hambre canina. Se comió prácticamente todo lo que había en la nevera; ella le preparó un bistec que le había comprado expresamente. Le agradó ver cómo se lo comía. Debía recuperar el peso perdido; estaba escuálido.

Cuando Shep fue a ducharse después de cenar, Allegra entró en el cuarto de baño, se desnudó y se metió en la ducha con él. Se quedó de pie bajo el agua a su lado, más guapa si cabe de como Shep la recordaba, con la mayor naturalidad. De pronto Shep se echó a llorar, la rodeó con los brazos y empezaron a hacer el amor,

volvieron a la cama e hicieron el amor allí, donde él se reencontró con ella. Pensaba que la había perdido, y que se había perdido a sí mismo. Seguía llorando cuando alcanzó el orgasmo, y entonces las lágrimas cesaron y se sintió en paz tendido a su lado.

—Bienvenido a casa —dijo Allegra, aún jadeante.

—No pienso volver a abandonarte —susurró él, y en ese momento lo dijo de verdad.

—No tienes que hacerlo. Estoy aquí, Shep. No me voy a ir a ninguna parte.

—Siento haber tenido que abandonarte para ir a Afganistán.

—Eso es agua pasada, como un mal sueño.

Jamás podría imaginar lo malo que había sido. No obstante, daba la impresión de que Shep estaba despertando. Continuaron tumbados en la cama juntos y charlaron de cosas intrascendentes, cosas corrientes, hasta que se durmieron. Era lo que a él le hacía falta. Allegra era consciente de sus necesidades en todo momento. Él formaba parte de su corazón y de su alma, y viceversa. Esa noche Shep tuvo una pesadilla, pero no se despertó. Ella lo sostuvo entre sus brazos hasta que volvió a sumirse en un sueño profundo. Mientras amanecía, Allegra se quedó dormida junto a él, inmensamente agradecida de que hubiera vuelto a casa.

El trayecto en coche hasta Newport fue más agradable de lo que ambos recordaban. Fue ideal. Él había telefoneado a sus padres para avisarlos de su regreso y de que los vería en unos días; ellos le dieron permiso para quedarse en su casa. A diferencia de los Vanderholt, no tenían empleados viviendo allí todo el año. Cuando

ellos iban se llevaban el personal de servicio de Boston; el resto del tiempo la casa permanecía cerrada. Shep y Allegra podrían estar a solas allí, que era lo que necesitaban. A ella no le apetecía quedarse en la casa de su abuela con todo el personal, y él necesitaba soledad. La vuelta a la normalidad le resultaría más fácil en el hogar de su infancia.

A su llegada, se dieron un baño en el embarcadero de sus padres y más tarde fueron a dar una vuelta. Pasaron por el colmado para comprar comida. Escogieron unas langostas para cenar, que Shep cocinó, se sentaron fuera y después contemplaron las estrellas. Más tarde hicieron el amor de nuevo, lo mismo que la víspera, pero esta vez de una forma más natural y familiar. En apenas unos días él había recuperado las fuerzas y lucía un aspecto más saludable. Se había afeitado el bigote y todo apuntaba a que volvía a ser la persona que fue.

Shep fue solo a Boston a pasar el día con sus padres; entretanto, Allegra le hizo una visita a su abuela. El personal se alegró de verla, y ella con el tiempo había llegado a adorar el bonito hogar de su abuela, a pesar de que allí de pequeña fue desdichada y se sintió como una intrusa. Ahora que su abuela sabía la clase de persona que era, sin ningún parecido con su hija, Allegra era bien recibida allí.

Se pasó la tarde entera leyendo recostada en una butaca en el jardín, hasta que Shep fue a recogerla al regresar de Boston. Él siempre se quedaba impresionado cuando iba a la casa de los abuelos de Allegra. Era una de las mansiones más imponentes de Newport, vestigio de una época de mayor esplendor y opulencia. Los Vanderholt la habían conservado a lo largo de sucesivas

generaciones. Los Williams, la familia de Shep, habían adquirido su residencia en una época más reciente.

Pusieron rumbo a la casa y, después de darse un chapuzón desde el embarcadero, volvieron a hacer el amor en el dormitorio de Shep. A ella le encantaba saber que había sido su cuarto de pequeño, y que ahora era su esposa.

—¿Cómo están tus padres? —le preguntó mientras preparaban la cena y se disponían a acomodarse en la amplia y anticuada cocina.

—Viejos. Han envejecido mucho en estos seis meses. Me preocupan. Mis hermanos deberían ir a verlos más a menudo. Ha sido una visita agradable —comentó con aire sereno.

En los escasos dos días transcurridos desde su regreso había empezado a recuperarse y a sanar las heridas de todo cuanto había sobrellevado. Pero necesitaba mucho más para recomponerse.

Pasaron allí dos semanas, que le sentaron de maravilla, y luego se marcharon hacia Nueva York. Ella tenía entrevistas con las dos editoriales que se habían puesto en contacto con ella. Sus planes eran turnarse para desplazarse entre Washington y Nueva York los fines de semana. Era el inicio de su vida como adultos. Los padres de Shep querían que se afincara en Boston en el plazo de un año, cuando dejase el ejército, mientras que Allegra y él preferían vivir en Nueva York. Era más emocionante. Él ardía en deseos de pasar los fines de semana en la ciudad.

Llevaba en el país tres semanas y junio estaba tocando a su fin cuando fueron a Washington para que se presentara en la oficina de inteligencia. Daba la impresión de que volvía a ser el mismo de siempre. Se iba sobreponiendo, y en la última semana solo había tenido una pesadilla, lo cual suponía un progreso considerable en

comparación con los primeros días, cuando tenía una o dos por noche. Había recuperado peso, se parecía más al Shep que Allegra conocía. Una vez en Washington, se alojaron en su hotel favorito, en Georgetown. Era pintoresco y acogedor, les chiflaba. Ella hizo unas compras mientras él se ocupaba de su papeleo; Shep había reservado una mesa para esa noche en el restaurante predilecto de ambos, el 1789, para celebrar su vuelta a casa. Había servido como militar durante cuatro años y sobrevivido a los seis meses de servicio en Afganistán. Se moría de ganas de que pasara el año siguiente y pudiera abandonar el ejército y reincorporarse a la vida civil. Tras cinco años en el área de inteligencia militar, contaría con recursos de sobra para encontrar un buen empleo cuando lo licenciaran.

Shep volvió muy callado de la oficina. Aún se fatigaba enseguida, Allegra se daba cuenta de ello, y continuó taciturno hasta la cena. Se preguntó si le habría resultado traumática su incursión en la oficina de inteligencia. Él no dijo ni pío hasta que se pusieron a cenar. Aun así, ella intuyó que tenía algo que contarle.

—Bueno, ¿te has instalado en la oficina? —dijo Allegra sonriendo.

Tras una larga vacilación, Shep respondió con semblante serio y en voz baja:

—Me han hecho una oferta. Con una remuneración extra.

—¿Haciendo qué? —preguntó Allegra con recelo.

A él no le quedó otra que contárselo.

—Quieren enviarme a Afganistán para otro periodo de servicio de seis meses, y más adelante, a la vuelta, que termine en Washington. Iré como capitán, con mejor salario base y un complemento por tratarse de una zona de conflicto. Allí me necesitan, Allie. —No la llamaba así desde que era una quinceañera.

—Mi padre continúa en Afganistán —dijo ella en tono apesadumbrado—. Eso nunca es buena señal. Él únicamente va a los peores sitios.

—Me necesitan de verdad, Allegra. Así podremos ahorrar. Me han dado su palabra de que regresaré para Navidad.

—¿Y cuándo te irías?

Se sintió mal mientras lo escuchaba, y se figuró que lo habían convencido. Shep deseaba ir: lo veía en sus ojos. Se habían salido con la suya. Ya le habían echado el guante.

—Dentro de dos semanas. Me concederían permiso para volver a casa pronto, unos cuantos días antes de Navidad —masculló con voz grave—. Trabajaré seis meses en Washington después de las fiestas, y listo.

—¿Esa va a ser la dinámica? ¿Convencerte para que regreses una y otra vez, y que algún día acabes como mi padre, como un autómata? Hace tres semanas sufrías pesadillas, y cuando llegaste a casa parecías hecho polvo.

—Ahora realizaré un trabajo de oficina en el ámbito de la estrategia y las estadísticas. Sin trabajo de campo. Sin interrogatorios. Sin torturas.

—¿Acaso no es eso lo que te dijeron la última vez? A lo mejor es así como engatusaron a mi padre, con la salvedad de que por aquel entonces se estaba librando una auténtica guerra en Vietnam. A lo mejor ese tipo de vida crea adicción. Pero no podrás recuperarte cada vez que vayas. Llegará un día en el que estarás en las últimas y te romperás para siempre, como él.

—Todavía no he llegado a ese punto. Y estamos hablando de otros seis meses en Afganistán, no para siempre. Puedo hacerlo. Y allí

hago algo importante para mi país. Seis meses hasta las Navidades es un servicio corto, no es lo mismo que un año o dos.

—Si sobrevives, física y mentalmente.

Le había estropeado la noche, y la celebración por su vuelta a casa duraría tres semanas escasas. Iba a marcharse; ella tenía claro que no podía hacer nada para impedírselo. Le habían echado el guante, estaba dispuesto a regresar a un lugar espantoso, y se lo devolverían roto.

—¿Me queda alguna otra opción?

—Igual no muchas —respondió él con sinceridad—. Siento que debo hacerlo. Le debo mucho al ejército. Les dije que tenía que hablarlo contigo. Todavía no me he comprometido a nada.

Ella asintió con la cabeza, aliviada de oír eso.

—Tienes que hacer lo que creas que es lo correcto, Shep, pero ojalá no fueras. Has vuelto relativamente entero, la próxima vez a lo mejor no es el caso.

Aunque se había recuperado en unas cuantas semanas, a su llegada se encontraba en muy mal estado mentalmente.

—Te juro que soy capaz de aguantar otros seis meses, y esta vez se trata de un puesto mejor, de rango superior.

—Entonces supongo que aceptarás —dijo ella con tristeza.

Shep sonrió apesadumbrado y le dio las gracias. Ya había olvidado hasta qué punto detestaba Afganistán. Le habían prometido que en esta ocasión sería más llevadero, y él no lo ponía en duda.

Allegra estaba triste de camino al hotel después de cenar. Con lo que disfrutaba teniéndolo en casa, ahora deseaba marcharse de nuevo. Él se sentía culpable por disgustarla, pero estaba convencido

de haber tomado la decisión acertada. La cúpula militar sabía perfectamente cómo lograrlo.

—¿Dónde te gustaría pasar las próximas dos semanas antes de marcharte? —le preguntó Allegra.

—¿Qué te parece una semana en Newport y después otra en Nueva York?

El tiempo que pasaran juntos ya tenía el sabor agridulce de la despedida. La ponía enferma la idea de que regresara a una zona de guerra. Simplemente quería evitar que acabara volviéndose como su padre, si bien no veía el modo de hacerlo; Shep era un hombre de lo más decente, simpático y afectuoso. Bradley, en cambio, era una máquina de guerra que había vendido su alma al diablo hacía muchos años, sin vuelta atrás: nunca había intentado dejarlo. Ella quería pensar que Shep sería capaz de sobrevivir a otros seis meses en Afganistán y salir entero. Quizá esta vez no le afectara tanto. Ahora sabía a qué atenerse. Allegra no tenía más remedio que abrigar esa esperanza.

Las dos semanas pasaron volando. Estuvieron una semana en Newport, en la casa de los padres de Shep, como él quería. Cenaron con ellos en Boston antes de poner rumbo a Nueva York; a ellos les sorprendió verla también a ella. Shep y Allegra habían pensado decirles que estaban casados, pero al final cambiaron de parecer. Eso tan solo supondría una preocupación más para sus padres. Con su regreso a Afganistán era suficiente. Aunque se llevaron un disgusto, lo mismo que Allegra, él estaba decidido a pasar allí otros seis meses. Ella tampoco le contó a su abuela que se habían casado.

Su abuela seguía atravesando un mal momento. Había perdido a su esposo tres meses atrás y aún se hallaba sumida en un profundo duelo. Qué necesidad tenía de enterarse de que Shep se iba a Afganistán.

La semana que Allegra y Shep pasaron juntos en Nueva York fue casi perfecta, con la salvedad de que su nueva partida era inminente, cosa que Allegra tuvo presente cada segundo. Antes de que se fuera ya estaba apenada. Él le prometió que esta sería la última vez. Y que no se reengancharía al final de los cinco años de servicio, después de los seis meses destinado en Washington. Cuando regresara de Afganistán iría a Nueva York todos los fines de semana, como hacía antes, puesto que en teoría para entonces ella ya tendría un empleo. Buscar trabajo en Washington no entraba en los planes de Allegra, ya que Shep pasaría fuera seis meses y estaría sola. Todas las editoriales en las que aspiraba a trabajar tenían la sede en Nueva York. Su intención era conservar el apartamento de Columbia, y más adelante mudarse para estar más cerca del trabajo. Sin más remedio tendría que arreglárselas sin Shep, pero el trabajo la mantendría ocupada, como la universidad en su época de estudiante.

Experimentó un doloroso *déjà vu* cuando lo acompañó a Washington de nuevo, y se sentía resentida con los militares por haberlo persuadido. Él, sin embargo, se encontraba de buen ánimo y optimista, convencido de que prestar al ejército otros seis meses de servicio en una zona de combate era lo que debía hacer por su país. Con veintiséis años, se sentía apto para ello y en disposición de aceptar cualquier puesto que le asignaran, pero no podía confesárselo a Allegra. Estaba claro que le gustaba. Además,

regresaría con rango de capitán, por lo que también estaba contento. No tuvo ni una pesadilla en el transcurso de la semana previa a su partida. Oficialmente se había recuperado de su última misión. Al menos esa era la impresión que daba. Ella lo había tenido en casa durante cinco cortas semanas, y ahora él se marchaba de nuevo, para vivir más de lo mismo. Tomaría el avión hacia Afganistán el 4 de julio.

—No te acostumbres a sitios como ese —le advirtió, y él le prometió que no lo haría.

Allegra no podía imaginar que permaneciese en el ejército. Después de cuatro años en activo hasta la fecha, más otro año de servicio por delante, estaba preparado para reincorporarse a la vida civil.

La última vez que hicieron el amor antes de que se marchara fue tan agridulce como los últimos días que pasaron juntos. Ella tenía la sensación de que ahora Shep era propiedad del ejército, que solo se lo habían prestado para que volviera a casa. Había conocido esa vida con su padre, y no la quería para Shep ni para ella.

Él la besó con ahínco cuando se despidieron.

—¡No me olvides! —Su voz destilaba desesperación.

—¿Cómo te voy a olvidar? —dijo ella.

Allegra tenía lágrimas en los ojos, pero él no parecía tan compungido. No es que simplemente le hubieran ordenado ir, sino que había decidido aceptar el puesto, lo cual era importante para él. Tuvo voz y voto en ello.

—Cuídate —añadió ella, y lo besó por última vez—. Te quiero.

—Yo también te quiero —dijo él, y echó a andar.

Se giró para decirle un último adiós agitando la mano; Allegra deseaba con todas sus fuerzas que fuese la última vez que la dejaba para ir a otra zona de guerra. Al menos estaría en casa por Navidad. La anterior la había pasado sola. No quería que se repitiera.

5

Allegra tuvo noticias de Shep cuando este llegó a Kandahar. Pensaba en él a todas horas y se sentía como si de nuevo se le hubiera caído el mundo encima. Sabiendo que su abuela seguía afligida por la muerte de su esposo, fue a verla. Mariette tenía planeado pasar el verano en Newport, aunque le entristeciera estar allí sin él, pero quería mantener sus costumbres y no le apetecía quedarse en Nueva York. Invitó a su nieta para que le hiciera compañía. A pesar de que Allegra había realizado varias entrevistas de trabajo más, de momento nadie le había hecho una oferta. Se las arreglaba económicamente con la asignación que su padre le daba todos los meses. No era derrochadora, y le bastaba para pagar el alquiler, comer y cubrir gastos menores sin caprichos ni lujos. Administraba el dinero con cuidado. Y Shep también contribuía con sus ingresos del ejército; el ascenso al rango de capitán supuso una diferencia. En cualquier caso, ella seguía necesitando trabajar y quería ganar su propio sueldo. No le gustaba depender de su marido y su padre.

Aceptó la invitación de su abuela para agradecerle con un gesto amable todas las vacaciones que la habían acogido con ellos. Desde su punto de vista, era lo mínimo que podía hacer. Mariette no había tenido noticias de Isabelle desde el funeral, cosa que a Allegra no le extrañaba.

Había lapsos entre las llamadas de Shep, y cuando Allegra por fin hablaba con él, le parecía exhausto y con él ánimo diferente de cuando lo desplazaron allí la última vez. No daba muestras de estar tan conmocionado como entonces. Ahora sabía bien a qué atenerse en una zona de combate en aquella parte del mundo. A veces ella lo encontraba más duro, y cínico. Ir a la guerra había comportado una pérdida de inocencia. Shep había visto cosas que la gente corriente jamás vería en Estados Unidos. Allegra temía que se traumatizara o se derrumbara durante su estancia allí. Ella permanecía siempre en vilo. Shep se mostraba tierno y cariñoso cuando hablaban o en sus cartas, pero, entre líneas, Allegra alcanzaba a percibir algo distinto, más áspero, que la inquietaba.

Newport no era lo mismo sin él. Se sentía tan sola como cuando era pequeña, sin nadie con quien hablar a excepción de su abuela. Mariette no estaba de humor para hacerle compañía. Había que animarla a levantarse, vestirse y comer, pues no tenía ganas de nada. Declinó todas las invitaciones de sus amistades y rehusó sus visitas. Allegra la persuadió para que pasease por el jardín, se sentase al sol y la acompañara a hacer recados en la ciudad. Aprovechó cualquier excusa con tal de mantenerla en movimiento y que saliera de su habitación. Daba la impresión de que la salud de Mariette estaba deteriorándose. Allegra se percató de que había perdido las ganas de vivir, y lo sacó a relucir cuando el médico de su abuela fue a ver cómo se encontraba. A él no le extrañó en absoluto: su situación era la habitual en la mayoría de las personas que enviudaban después de cincuenta años de matrimonio. Para Mariette el reto sería encontrar una motivación para continuar viviendo sin Arthur. Todos los esfuerzos de Allegra fueron de

provecho y ayudaron a Mariette a pasar el verano. Arthur y ella solían tener mucha vida social en Newport. Salían casi todas las noches, mientras que ahora Mariette nunca quería salir de casa ni ver a ninguna de sus amigas. En vez de comer en el comedor con Allegra, se llevaba una bandeja a su cuarto siempre que era posible.

—Abuela, si no comes conmigo alguna que otra vez, la gente va a pensar que soy muy mala compañía —dijo Allegra, tratando de hacerla cambiar de actitud bromeando, pero fue en vano.

Mariette sufría letargo y falta de interés por el mundo a causa de su aflicción. Era ajena por completo al estrés al que estaba sometida Allegra, constantemente a la espera de recibir noticias de Shep y rezando para que no resultase herido o lo mataran en Afganistán.

Dado que aún no había encontrado trabajo, pudo quedarse con Mariette hasta finales de agosto. Volvió a Nueva York después del día del Trabajo dispuesta a emprender una búsqueda más exhaustiva. Mariette decidió permanecer en Newport todo septiembre. Para entonces la temporada de veraneo había finalizado. La mayoría de sus amistades habían regresado a Boston, Nueva York o Washington, los lugares de donde procedían los veraneantes. Así había menos gente a quien evitar; de todos modos, en cuanto su nieta se marchó apenas se levantó de la cama. Allegra la telefoneaba con frecuencia para ver cómo estaba; los partes que le proporcionaba la interna eran desalentadores. A Allegra le daba lástima su abuela, pero a distancia no podía hacer gran cosa. Además, Mariette se mostraba remisa a hablar por teléfono.

Dos semanas después del día del Trabajo, las llamadas de Allegra a las agencias de empleo finalmente comenzaron a dar ciertos frutos. La citaron para realizar entrevistas en tres editoriales. Una de

ellas la emplazó a realizar una segunda entrevista, lo cual era una señal esperanzadora. Se trataba de una gran editorial muy respetada, que disponía de un puesto vacante de ayudante de edición.

Su expediente académico era excelente, y el título de la Universidad de Columbia suponía una gran baza a su favor. Aunque consiguió el empleo a cambio de una remuneración escandalosamente baja, pensó que se las arreglaría si se administraba con mucho cuidado; Shep se licenciaría al cabo de nueve meses, en junio, y a partir de entonces en teoría cobraría más que en el ejército. Se sentía agradecida de haber conseguido un primer empleo en una editorial importante. Haber pasado años leyendo todo cuanto caía en sus manos le resultaría provechoso ahora. Era una persona sumamente culta, una circunstancia en la que ahondaron los entrevistadores, y había leído libros muy raros, lo cual les impresionó.

Le enseñarían a trabajar en manuscritos de autores inéditos y desconocidos hasta la fecha, aprendería a editarlos y ponerlos a punto para su publicación. A Allegra, entusiasmada con el trabajo, le pareció emocionante. Disponía de una semana antes de empezar para buscarse un nuevo piso. La editorial estaba en la zona este de Manhattan; encontró un apartamento sin ascensor en la quinta planta de un edificio antiguo y bien conservado en Hell's Kitchen, un barrio en proceso de gentrificación situado lo bastante cerca del trabajo para ir caminando, y de paso ahorrar un poco. No puso pegas a las interminables escaleras. Eran lo que había disuadido a los posibles inquilinos de edad avanzada. Miraba al sur, y era soleado. Lo acababan de pintar de blanco. A pesar de sus pequeñas

dimensiones, era suficiente para ella y Shep. Con la asignación de su padre, sumada a su modesto salario y los ingresos de Shep en el ejército, sufragaría el alquiler. Bradley continuaba enviándole dinero, pues ignoraba que se hubiera casado con Shep. Ella tenía presente que ocultárselo era una falta de honestidad por su parte, pero necesitaba ese dinero extra. Cuando su marido regresara y encontrara un empleo como civil, se lo contaría.

Allegra tuvo que contratar los servicios de una empresa de mudanzas para trasladar los muebles al nuevo apartamento y subirlos por los cinco tramos de escaleras. Se desprendió de unas cuantas cosas que ya estaban bastante baqueteadas y conservó el resto con el fin de no gastar mucho dinero en el piso; disponía de lo suficiente para amueblarlo. Hizo todo lo que pudo ella misma. Había aprendido a ser frugal, con tal de no convertirse en una carga para nadie, en su época de estudiante. De vez en cuando, en su cumpleaños y en Navidad, su abuela le daba cheques, que ella reservaba para cuando necesitara algo que de lo contrario no pudiera permitirse. Con ellos renovó algunos muebles para que el apartamento estuviera bonito cuando Shep regresara.

A finales de septiembre ya tenía trabajo y un nuevo hogar. Supuso un paso significativo en la transición a la etapa de la madurez, y todos los días iba a trabajar con ilusión.

Su abuela volvió de Newport dos semanas después de que ella comenzara en su nuevo trabajo. Allegra fue a visitarla un sábado; se quedó estupefacta al ver que Mariette había adelgazado una barbaridad durante el mes que no había estado con ella. Era evidente que nadie la obligaba a comer, que estaban dejando que se consumiera. Se quedó hasta la hora del almuerzo y le contó a su

abuela los pormenores de su nuevo empleo mientras la animaba a comer un poco de lo que habían subido en una bandeja a su dormitorio.

—Vamos, abuela, tienes que comer un poquito más —le dijo con dulzura.

—¿Por qué? Ya no voy a ninguna parte. Desde que perdí a Arthur, no tengo ganas de salir ni de ver a nadie. Por tanto, ¿qué más da que coma o no?

—Esto no está bien. Al abuelo no le gustaría. Debes mantenerte fuerte.

—¿Para qué? Nunca veo a Isabelle. No me apetece ir a cenas sola. Y es un detalle por tu parte que vengas de visita, pero tú tienes tu vida. No recuerdo haber visto a Shepherd Williams este verano. ¿Habéis reñido y has dejado de verlo?

Era la primera vez que Mariette le preguntaba por él, y a Allegra le llegó al alma. Su abuela había tardado tres meses en percatarse de su ausencia.

—Sigue en el ejército. Está en Afganistán de nuevo. Volverá para Navidad.

—Ya me extrañaba a mí no haberlo visto por aquí. Normalmente sois inseparables. Debes de echarlo de menos —añadió Mariette.

Su forma de decirlo hizo que a Allegra se le empañaran los ojos. Evitó que su abuela se diera cuenta. No deseaba que supiera lo mucho que añoraba a Shep ni la inquietud que sentía por él.

—Sí que lo echo de menos —dijo Allegra en voz baja y, acto seguido, continuó intentando que su abuela comiera un poco más.

Las cortinas estaban corridas, y la habitación, en penumbra, aunque fuera hacía un hermoso día soleado. Trató de engatusar a

Mariette para dar un paseo, y ella se negó a levantarse de la cama. No había caminado al aire libre desde que su nieta se marchó de Newport hacía más de un mes.

A Allegra la apenó irse, pero poco podía hacer ella. Regresó al apartamento, montó una estantería que había comprado y colocó sus libros en las baldas. Le daba igual la falta de espacio: la luz del sol entraba a raudales y los muebles le daban al piso un aire confortable y acogedor. Se moría de ganas de que Shep lo viera. Las Navidades ya no parecían tan lejanas: él se hallaba en el ecuador de su estancia en el extranjero.

El trabajo la mantenía ocupada. Casi todas las noches se llevaba manuscritos a casa, los evaluaba y ponía en práctica sus nuevos conocimientos para realizar ligeras correcciones de estilo. Trabajaba hasta altas horas de la noche. Algunos de los manuscritos eran muy buenos, otros no tanto. Leerlos la inspiraba, y la hacía plantearse la posibilidad de escribir un libro algún día. Sin embargo, tenía una larga andadura por delante. Con veintidós años, se trataba de su primer empleo y aún debía aprender a ser editora.

En sus cartas hablaba a Shep de su trabajo, y este le decía lo mucho que la echaba de menos. En noviembre, ella ya estaba planeando lo que harían en Navidad, cuando llegara a casa. Todo cuanto él tendría que hacer a partir de esa fecha sería coger el tren de cercanías desde Washington los fines de semana durante seis meses, y luego serían como cualquier otra pareja, trabajando cada uno en lo suyo y viviendo juntos. La idea de organizar un banquete de bodas ahora le parecía una tontería. Ellos ya estaban casados. Tenía la sensación de haber sido suya siempre, y una boda con cadetes de West Point uniformados de gala se le antojaba absurda.

Su único deseo era que Shep regresara de una pieza. Era todo cuanto necesitaba.

Su abuela no celebró Acción de Gracias. No tenía el menor deseo de hacerlo sin Arthur. Cuando Allegra fue a verla por la mañana, seguía dormida. Allegra se dio cuenta de que Mariette iba a pasar el día en la cama, de modo que volvió a su apartamento. Shepherd la llamó aquella noche, cuando dispuso de unos minutos para hablar. Antes de colgar le contó que iba a salir para llevar a cabo una misión y le quedó el tiempo justo para decirle que la amaba. Antes de partir le había asegurado que esta vez no habría misiones de campo, cosa que al parecer no era verdad.

Se pasó el resto del fin de semana editando y adelantó una gran cantidad de trabajo. A la editora sénior con la que colaboraba siempre le impresionaba la dedicación de Allegra y el volumen de trabajo que sacaba adelante. A ella le resultaba fácil: carecía de vida propia aparte de la editorial. Era cordial con las otras mujeres que trabajaban allí. Había unas cuantas ayudantes de edición, todas mayores que ella, y aunque le caían bien, la mayor parte del tiempo guardaba las distancias. Era muy reservada en lo tocante a su vida personal, y muy profesional en la oficina. A pesar de que llevaba puesta la alianza y sabían que estaba casada, nunca hablaba de Shep ni mencionaba su servicio en Afganistán. No explicaba detalles de su vida privada en la oficina y se tomaba muy en serio su trabajo. Era discreta y digna, además de madura para su edad. Su editora sénior opinaba que Allegra era una persona fuera de lo común, y dio un excelente informe sobre ella a sus superiores.

Daba la impresión de que hubiera pasado una eternidad cuando por fin llegó el día del regreso de Shep. Allegra había adelantado las compras navideñas. Le había comprado dos jerséis para los fines de semana, cuando vistiera de paisano, y un reloj con la paga extra de Navidad. Cogió el tren rumbo a Washington la noche previa a su llegada. Él ya le había dicho que, tras el servicio en zona de combate, disponía de seis semanas de permiso.

Parecía un milagro que volviera ileso. Había tenido suerte, tanta como ella, de que nada malo le hubiera sucedido. Ella mantuvo el gesto risueño durante prácticamente todo el trayecto en tren hasta la capital, y se registró en otro hotel que conocía cerca de la base. El vestíbulo estaba engalanado con un luminoso árbol de Navidad y adornos navideños.

Allegra había adquirido un abeto pequeño para el apartamento y lo había decorado. Los regalos para él yacían a los pies del árbol. Pero el mejor regalo era Shep. Ardía en deseos de verlo y aquella noche no pegó ojo. Se levantó a las seis, a sabiendas de que su avión aterrizaría a las diez y él podría abandonar la base de inmediato. Tendría que someterse a un reconocimiento médico al cabo de un mes, pero hasta entonces no habría ningún procedimiento.

Se dirigió a la base a las once, así le dejaba tiempo para organizar su marcha. Acababa de llegar a la zona de visitas cuando lo vio, vestido de uniforme, con un macuto colgado del hombro. Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro al verla; Allegra echó a correr hacia él y chocaron al abalanzarse a sus brazos. Shep la abrazó con fuerza y la besó. Esta vez no llevaba bigote; ella notó que había adelgazado mucho de nuevo. Cuando Shep dio un paso atrás para verla mejor,

Allegra percibió una intensa mirada en sus ojos. No observó nada concreto, aparte de la pérdida de peso, pero sí vio que tenía un aire diferente. Él estaba deseoso de abandonar la base con ella.

Fueron en taxi a la empresa de alquiler de coches. Shep quiso conducir en esta ocasión. Tras ponerse al volante para emprender el largo viaje hacia Nueva York, la besó de nuevo.

—Ya te dije que estaría de vuelta para Navidad —comentó con gesto triunfal.

Se moría de ganas de pasar sus seis semanas libres con ella, de asentarse en su relación y su rutina antes de reincorporarse en Washington.

Charlaron sin cesar durante todo el viaje. Ella le contó más detalles acerca de su trabajo, y él le dijo todas las cosas que le apetecía hacer. Como en la ocasión anterior, no mencionó Afganistán. Así era la naturaleza de su puesto en el área de inteligencia: contaba con acceso a información clasificada de alto nivel. No obstante, tenía otras cosas que contarle y, cada vez que podía, se inclinaba hacia ella para besarla.

Le preguntó por su abuela, y Allegra dijo que no se encontraba muy allá. A esas alturas, rara vez se levantaba. No es que fuera tan mayor, pero había perdido las ganas de vivir a raíz de la muerte de su esposo.

—Creo que esto pasa a menudo con la gente que ha estado casada durante mucho tiempo. Lo lamento —dijo Shep.

Llegaron a Nueva York a las seis de la tarde. Los comercios estaban decorados para las fiestas, veían árboles de Navidad en cada escaparate, y él observó el nuevo barrio con interés.

—Tiene un aspecto un tanto descuidado —comentó mientras miraba los edificios antiguos y los pocos bloques de pisos de alquiler que aún quedaban.

—Está mejorando. Están revitalizando la zona. Tuve suerte de conseguir ese apartamento. Los alquileres en los edificios remodelados son mucho más elevados. Nuestro edificio es antiguo, pero está muy bien cuidado y limpio.

Subieron las escaleras a toda prisa y, nada más entrar y cerrar la puerta, Shep tiró de Allegra para abrazarla, y la besó. Atisbó el dormitorio desde la entrada, hacia donde enfiló derecho con ella en brazos, la dejó sobre la cama y, en cuestión de segundos, se desnudaron y fueron arrastrados por una oleada de pasión que llevaba seis meses creciendo; nada había cambiado. Él seguía siendo el hombre al que conocía y amaba y con el que había madurado. Allegra sintió un inmenso alivio al comprobar que Afganistán no lo había destruido ni le había pasado factura como en la ocasión anterior. Habían tenido suerte.

Después de hacer el amor, ella le dio su albornoz; él deambuló por la sala de estar, se sentó y miró a su alrededor. Reconoció los muebles antiguos, le gustaron los nuevos y se dio cuenta de lo bonito que Allegra lo había decorado todo.

—¿De quién son esos regalos de Navidad? —preguntó con una sonrisa pueril, y ella se echó a reír.

—¿De quién crees que son? Papá Noel los dejó para ti.

—Tengo que ir de compras. No te he traído nada de Kandahar. Nada de lo que hay allí te gustaría. Ahora mismo es un caos, y

nosotros no estamos ayudando. Es todo zona de combate. Me alegro de que me hayan dado permiso para regresar. Temía que no lo hicieran.

Allegra se acercó para sentarse a su lado y acurrucarse juntos. Él la rodeó con el brazo, la apretó contra sí y se quedó callado mientras contemplaba las luces del árbol. Tenía una expresión ausente, la misma que ella había percibido antes, en el coche. Era obvio que se había traído consigo los recuerdos. Su esposa sabía que hablaría de ellos cuando estuviese preparado, en la medida en que le fuera posible. Gran parte de lo que hacía no podía revelárselo. Allegra le había contado todos los pormenores de su trabajo en el coche de camino a casa, y él había echado una cabezada cuando ella se puso al volante.

Shep siguió mirando el apartamento como si fuese un palacio y le costara creer que se encontraba allí.

—En nuestra última misión nos enviaron a una de las provincias, donde nos alojamos en chabolas y chozas de adobe. No tienes ni idea de la impresión que me causa esto ahora. Todo es precioso, lo mismo que tú.

Recorrió sus facciones con el dedo, lo deslizó hacia abajo por su cuello hasta el pecho y la besó al tiempo que la pasión se avivaba en ambos. Estaban ávidos el uno del otro.

Tras hacer el amor de nuevo, ella le sirvió una copa de vino y preparó la cena. Había comprado un bistec para él porque le chiflaban. Se fijó en que le temblaba la mano con la que sostenía la copa, lo bastante como para darse cuenta enseguida. Prefirió no preguntarle nada la primera noche que pasaban juntos, pero se inquietó. Y cuando lo miró a los ojos percibió el mismo pesar que

reflejaban en su última visita. Afganistán le había pasado factura otra vez. Era imposible volver indemne de sitios como aquel. Aunque las señales eran más sutiles esta vez, en el transcurso de la cena vio que no sonreía como antes. Daba la impresión de que llevaba el peso del mundo sobre los hombros. Cayó en la cuenta de que simplemente había aprendido a ocultarlo mejor desde su primera misión.

Shep durmió de un tirón aquella noche y se despertó a las cinco debido al desfase horario. La despertó para hacerle el amor. Era viernes, y ella se había tomado el día libre, igual que la víspera para recibirlo en Washington. Empezaba el fin de semana anterior a la Navidad, que caía en miércoles. Tal y como le prometieron, estaba en casa para las fiestas navideñas. Allegra tenía que trabajar el lunes y la mitad de la jornada del martes, y después disponía del resto de la semana para estar con él. Shep tenía previsto ir a Boston el lunes a pasar el día con sus padres, pero antes quería estar con ella el fin de semana. Pasarían las Navidades juntos, solos en el apartamento.

Después de hacer el amor se volvieron a dormir, se despertaron tarde y Allegra le preparó un opíparo desayuno con tortitas, huevos y beicon. Shep lo devoró y, una vez más, ella reparó en que le temblaban las manos y se preguntó si habría caído enfermo en Kandahar y se lo había callado. Él se dio cuenta de que lo había visto, y se encogió de hombros al tiempo que dejaba el tenedor en el plato.

—Gajes del oficio —dijo, como quien no quiere la cosa—. No es nada.

—¿Te vio un médico allí? —preguntó Allegra, preocupada.

—Lo han visto antes, en zonas de combate.

—¿Pasaste mucho tiempo en zonas de combate? —preguntó con delicadeza.

No soltaba prenda. Se suponía que había ido a hacer un trabajo de oficina, pero ella sabía que no.

—El suficiente, pero nunca durante estancias prolongadas. Llevamos a cabo misiones específicas y volvimos con bastante rapidez. Los soldados rasos deben quedarse allí; los de inteligencia militar no. Nosotros nos desplazamos con una misión concreta, o para evaluar una zona. —Era lo máximo que jamás le había revelado.

—Debe de ser estresante a más no poder —comentó Allegra, pensando en sus manos temblorosas.

—Para eso estamos allí.

Shep sonrió y, por un instante, pareció un desconocido. Tenía la mirada de quien ha ingresado en una secta y se enorgullece de formar parte de ella. Esa mirada no estaba en sus ojos la última vez. Se había traído consigo la zona de combate.

Salieron a dar un largo paseo y contemplaron los escaparates navideños. Era un lujo disponer de un día libre para pasarlo con su marido. Mientras caminaban, él sacó a relucir a sus hermanos.

—Tendrás que conocerlos uno de estos días, cuando contemos a todos que estamos casados. ¿Sigue en pie la boda? —le preguntó.

Le resultaba raro estar de vuelta en un mundo normal con decoración navideña y bodas. Costaba acostumbrarse, pero sabía que no le quedaba otra.

—No lo sé —respondió Allegra—. Tendría que acompañarme al altar mi abuela, y no se encuentra en condiciones de hacerlo. Mi padre está en Afganistán, no sabría qué hacer, y es probable que le

trajera sin cuidado. Además, podemos destinar el dinero a otras cosas. De modo que no lo tengo claro. —Parecía un tanto desilusionada, aunque la euforia por tenerlo a su lado eclipsaba y compensaba la oportunidad truncada de organizar una boda—. La verdad es que da igual. Nos tenemos el uno al otro.

Él asintió con la cabeza, aliviado de no tener que lidiar con ello.

—Supongo que no hay más remedio que ponerlos al corriente —dijo—. Opinarán que eres demasiado joven. Yo no lo soy, pero tú sí.

Allegra ahora se sentía mucho mayor de lo que era a los veintidós años. Tenía la sensación de haber vivido varias vidas.

—En el fondo tiene su gracia guardar el secreto. Así nos evitamos las opiniones de los demás. A lo mejor se lo digo a mi padre la próxima vez que venga. ¿Has informado al ejército? —le preguntó.

Shep asintió con la cabeza.

—Tenía que hacerlo, para que consigas la pensión de viudedad en el caso de que muera —respondió sin ceremonias—. Pero especifiqué que era un dato confidencial.

A ella le pareció sensato. A estas alturas ya no lo consideraba un niño: ahora era un hombre hecho y derecho. Pronto cumpliría los veintisiete, aunque aparentaba mucha más edad. Lo que quiera que fuese que había visto en Afganistán no solo le había hecho madurar, sino envejecer. Era una guerra terrible. Todas lo eran, pero la de Afganistán, que había destrozado y desengañado a muchos hombres antes que a él, lo era en particular. Allegra advertía el desencanto y la tristeza en sus ojos.

Fueron a ver el árbol de Navidad del Rockefeller Center y a patinar sobre hielo, como hacían de pequeños. Ahora que estaban casados, Allegra se sentía muy madura, sobre todo teniendo a Shep en casa.

Con él a su lado, su matrimonio parecía más real. Cuando estaba sola poseía un cariz fantasioso.

Se dio cuenta de que él no hablaba del futuro como antes. No mencionó la perspectiva de buscar trabajo en junio, ni qué rumbo debería tomar su porvenir en la vida civil. Lo notaba más fatalista tras haberse enfrentado a la muerte día a día. Mostraba una actitud más cínica. Era muy inocente, y muy optimista de cara al futuro, en los primeros años de su juventud; ahora no tanto. Había comprobado los inesperados y aciagos derroteros que la vida podía tomar en zonas de riesgo. Había visto a hombres morir ante sus propios ojos, tanto camaradas como enemigos. Había sido testigo de ejecuciones, y de muertes fortuitas y repentinas que jamás deberían haberse producido.

—En ninguna circunstancia debería haber guerras —dijo él—. Destruyen a demasiados hombres.

Allegra se sentía afortunada de que no fuera su caso, de que hubiera vuelto con ella de una pieza, aun cuando las manos le temblaran. Se figuraba que eso desaparecía con el tiempo. Shep era joven y había sobrevivido.

Almorzaron tarde en un deli y luego volvieron caminando a casa. Hacía frío, pero fue agradable sentir el aire en la cara mientras cruzaban el barrio de los teatros de camino a Hell's Kitchen. Estaban poniendo los típicos musicales junto con una nueva producción de *Un cuento de Navidad.* A ella de pequeña le encantó *El cascanueces*. Su abuela paterna la llevó a ver la obra en un arrebato de generosidad navideña; Allegra siempre lo recordaba. Era su único recuerdo feliz de los Dixon.

Al llegar se acomodaron mientras fuera comenzaba a nevar.

—Por lo visto van a ser unas Navidades blancas —comentó Allegra sentándose en el sofá.

De buenas a primeras, él puso cara larga.

—A la mierda la Navidad. —Lo dijo con vehemencia, y ella se quedó perpleja. Ese arranque era impropio de Shep—. ¿Eres consciente de la cantidad de hombres que han muerto en Afganistán este año?

Su tono fue tan áspero que Allegra se quedó muda unos instantes, sin saber qué decir. A él siempre le habían encantado las fiestas navideñas.

—Lo siento. No pretendía ofenderte. Seguramente no estoy muy al tanto de las circunstancias de la guerra, pero tú nunca hablas de ello —dijo con delicadeza.

—Es que no puedo. Lo que sé es información clasificada, y algunas cosas, incluso de alto secreto. Pero, créeme, es un horror.

A tenor de su expresión, ella no puso en duda lo que acababa de decir. Había anochecido y, tras pasar fuera todo el día, se hacía cargo de que estaba cansado. Tan solo llevaba en casa dos días. Aún estaba adaptándose a la normalidad de Estados Unidos.

—¿Crees que sería conveniente que acudieras a terapia? —le preguntó con cautela mientras cenaban.

Tras su anterior regreso se sentía triste y roto. Esta vez estaba furioso; Allegra se daba cuenta de cómo bullía la ira bajo la superficie. Parecía una fuerza poderosa que procuraba reprimir.

—No necesito terapia, estoy bien —replico Shep con brusquedad, rechazando la sugerencia—. Estoy contento de estar en casa.

Allegra prefirió no decirle que a ella le parecía irritado; no deseaba herir sus sentimientos. Pensaba que acudir a un terapeuta no era

nada de lo que avergonzarse, pero como a todas luces él discrepaba, no volvió a sacarlo a colación.

Al regresar de Boston después de ver a sus padres, Shep comentó que había ido bien, sin entrar en detalles. Allegra los conocía desde hacía años. Siempre le había dado la impresión de que se mostraban distantes e indiferentes con ella; Shep aseguraba que su relación con ellos no era estrecha. Muy rara vez mencionaba a sus hermanos, igual que a sus padres, salvo para decir que estaban más unidos a sus otros hijos y que a él jamás lo habían entendido. Allegra no lo sonsacaba al respecto, dado que solo decía eso cuando estaba bebido, cosa que no sucedía a menudo.

Al día siguiente de su viaje a Boston, la víspera de Navidad, Shep tuvo una pesadilla y ella se despertó al oírlo gritar entre sueños. Decía algo sobre una mina terrestre, y después estalló en sollozos. Aunque lo intentó, no consiguió despertarlo; estaba profundamente dormido. Lo sostuvo entre sus brazos hasta que por fin se calmó y dejó de rebullirse. Se quedó desvelada un buen rato, observándolo con preocupación. Los cambios que apreciaba con respecto a cuando se marchó eran sutiles, pero bastaban para inquietarla, y se preguntó qué parte de él se habría roto esta vez. Fuera la que fuese, se hallaba enterrada en lo más hondo.

6

Shep y Allegra fueron a casa de la abuela Mariette a llevarle un regalo el día de Nochebuena. Como la interna les dijo que estaba dormida y que no se encontraba bien, se lo dieron a ella. Allegra intuía que Mariette estaba dejándose morir, llorando la muerte de su esposo, con la voluntad de no permanecer en la tierra de los vivos.

Pasaron el día de Navidad solos en el apartamento; a Shep le encantaron los regalos. Los jerséis le quedaban perfectos, y se puso el reloj de pulsera al instante. Él le había comprado a Allegra un suéter verde claro, de la misma tonalidad que sus ojos, y una fina pulsera de oro que a ella le gustó muchísimo también. Llevaba enganchado un pequeño corazón de oro, y Shep había encargado que grabaran la fecha por detrás. Eran las segundas Navidades desde que se casaron, y las primeras que pasaban juntos. En las anteriores él se encontraba en Afganistán, donde estaba también cuando fue su primer aniversario de bodas.

El día transcurrió tranquilo, vieron películas antiguas en la tele y comieron palomitas. Estaba nevando de nuevo, un tiempo ideal para quedarse en casa, acurrucados en la cama y haciendo el amor. Vivían en su mundo particular.

Shep esperó hasta la primera semana de enero, después de las fiestas, para anunciarle a Allegra que había tomado una decisión.

Ella intuyó que se trataba de algo importante. Le temblaban las manos cuando se lo dijo, aunque como casi siempre. Quería que fuera al médico, y él respondía que lo vería uno en la base cuando regresara a Washington. Seguía insistiendo en que no era nada, pero a Allegra no la convencía. A veces notaba que se estremecía de arriba abajo cuando estaba dormido, como si tiritase de frío. Si bien no lo atormentaban las mismas pesadillas que antes, con frecuencia sollozaba o gritaba en sueños. Afganistán había hecho mella en él. Más de lo que ella imaginaba. Le comunicó su decisión un domingo por la mañana.

—Voy a quedarme en el ejército —anunció—. Voy a reengancharme cuando finalice mi periodo de servicio. Me gusta la labor que desempeño. Es un buen trabajo, y considero que es la profesión adecuada para mí.

Lo dijo en tono resuelto, incluso beligerante, y Allegra notó que se le aceleraba el corazón mientras lo escuchaba. Era lo último que deseaba oír. El ejército había echado a perder a su padre. Se resistía a que echara a perder a Shep. Él no encajaba en ese perfil. No quería estar casada con un hombre como su padre, que se pasaba la vida fuera, siempre en algún lugar en la otra punta del mundo. Ella no se había comprometido con eso. Shep le había dado su palabra de que lo dejaría. Ahora había cambiado de parecer. Era una persona tierna, un alma sensible. El ejército lo destrozaría.

—¿Qué significa esto para nosotros? —le preguntó Allegra con voz ahogada.

—Que al final podré acabar en un puesto de oficina en Washington, llevando a cabo un trabajo interesante que me gusta

muchísimo. No me enviarán a sitios como Afganistán cada dos por tres. Esto es solo el principio. Después de esto, me asentaré.

—¿Y si no es el caso?

—Puedo solicitar puestos en Estados Unidos.

—Y ellos pueden mandarte a donde les plazca si consideran que te necesitan allí.

Sabía cómo funcionaba. Lo había comprobado a lo largo de su vida con su padre, aunque el suyo era un caso extremo: su padre deseaba desplazarse a zonas de guerra. Esa era su especialidad, y su punto fuerte. No era el de Shep: los dos periodos de servicio que había realizado en Afganistán le habían pasado factura.

—Me gustaría intentarlo como profesional. Si la cosa se tuerce, no tendré que reengancharme y podré conseguir trabajos interesantes más adelante, en el ámbito de la seguridad internacional, el espionaje industrial, en puestos donde use mis habilidades estratégicas.

—En el ámbito civil no existen zonas de guerra, Shep. En un trabajo normal y corriente no hay que ir por ahí asesinando y torturando a la gente. Y una vez que tomes ese rumbo, no habrá vuelta atrás. Mira en lo que se ha convertido mi padre; es una máquina de matar. Tú no eres así; nada que ver. Las únicas personas que consiguen dejar esto vuelven rotas o con graves secuelas. Fíjate en tus manos: así empieza. —Allegra le hablaba en tono claro y sereno—. Mi abuelo paterno era igual que él, tal vez peor. Es cosa de familia. Tú aspirabas a dedicarte a los negocios. Eso sería mucho mejor para ti, y para nosotros.

—He aprendido cosas de las que puedo sacar mejor partido en el ejército que en ningún otro sitio. En el ejército soy alguien. En la

vida civil seré un cero a la izquierda.

—Tarde o temprano, si vuelves a sitios como Afganistán, te romperás. Ya lo estás haciendo.

—Es estresante, pero puedo manejarlo —le aseguró él.

Aunque no lo creyó, Allegra supo con certeza que sería imposible hacerle cambiar de opinión. Le habían echado el anzuelo. Ahora pertenecía al ejército. Eso se les daba la mar de bien. Se trataba de un club secreto del que no había escapatoria una vez que te iniciaban. Y estaba claro que era su caso. Ahora era miembro del club en toda regla.

—¿A qué acuerdo has llegado con ellos? —le preguntó.

Cuando lo miró a los ojos supo que el acuerdo estaba cerrado. Pensó si no lo habría decidido antes de regresar y prefirió no revelárselo hasta pasadas las fiestas. Él se encogió al oír su pregunta. Era culpable sin remisión.

—Quiero renovar mi compromiso y ver hasta dónde soy capaz de llegar. Me gustaría ascender a un alto rango antes de abandonar la carrera militar. —Ya era capitán—. Tengo que estar de vuelta en Washington el 8 de febrero. Pretenden enviarme a Afganistán el 1 de marzo. En principio regresaría por Navidad de nuevo, y luego realizaría un servicio de seis meses en el Pentágono, antes de que me destinasen al extranjero otra vez. —Iba a ausentarse otros diez meses—. El día que deje el ejército tendré muchísima experiencia, y no habré cumplido los treinta. Para entonces tú ni siquiera tendrás veintiséis. Todavía somos jóvenes. A partir de entonces podremos formar una familia si quieres, y tendré la seguridad de que me quedaré por aquí, destinado en Washington el máximo tiempo

posible. Quiero seguir alistado hasta que cumpla los treinta. —Otros cuatro años jugando a la ruleta rusa.

—Nunca tendrás la seguridad de que te destinen a Washington. Si te dijeran eso, mentirían. Con independencia de lo que te prometan ahora, te mandarán a donde se les antoje. Has pasado dos semanas en casa y ya quieres volver a Afganistán diez meses.

El ejército se lo había arrebatado, estaba claro. Por mucho que intentaran demorarlo, ya les pertenecía. El veneno corría por sus venas. Por eso temblaba y gritaba por las noches. Y lo que quedaba de su antiguo yo sollozaba en sueños. Para ella era una tragedia, la pérdida de un maravilloso ser humano. Lo peor era que lo amaba y no deseaba abandonarlo.

—¿Y a mí qué me queda? ¿Que vuelvas a casa cada año por Navidad, como el Fantasma de las Navidades Pasadas, cada vez un poco más roto hasta que un día no tenga remedio? Lo único que recogeremos son los pedazos. Estás tirando tu vida por la borda. —Y la suya, pensó, aunque se lo calló.

—No te pongas tan dramática. Soy más fuerte de lo que piensas. Podré soportarlo.

—Nadie puede —repuso ella con tristeza—. Fíjate en la cantidad de hombres que acaban destrozados. Tarde o temprano te derrumbarás.

—Los que se derrumban son los débiles —afirmó Shep con rotundidad.

Allegra negó con la cabeza.

—No, esos son los que tratan de aferrarse a lo que queda de ellos. Se apoderarán de ti, Shep, y harán lo que se les antoje contigo. Y cuando estés demasiado destrozado para ser de provecho, te

desecharán o te endilgarán un trabajo de mierda que odiarás. Veneran a los hombres como mi padre, dispuestos a todo. Tú no eres así.

Él aspiraba a jugar en la liga mayor, pero ignoraba por completo el precio que conllevaría.

—Y no deseo tener hijos algún día con un hombre que se pasa la vida fuera. Yo me crie así. Me niego a hacer lo mismo.

—Todavía no estamos preparados para tener hijos. Podemos hablarlo cuando llegue el momento.

Allegra se dio cuenta de que era imposible disuadirlo, que lo tenía claro. Ellos habían ganado. Se lo habían metido en el bolsillo con la tentadora oferta de puestos jugosos.

Su decisión empañó el resto del tiempo que pasaron juntos en Nueva York. Ella retomó el trabajo y se reunía con él en casa por las noches. Los planes que abrigaba, hacer carrera en el ejército, se interponían entre ambos como un muro. El sentido de su estancia cambió. Era una mera visita, no una vida.

Shep regresó a Washington a principios de febrero, y luego fue a casa dos fines de semana. Su partida a Afganistán estaba prevista para el 1 de marzo. Esta vez Allegra no pensaba ir a despedirlo. Era superior a ella, y temía ver en qué se habría convertido a su regreso.

Por pura casualidad, su padre viajó a Estados Unidos para pasar una semana en febrero. Un día fue a Nueva York a ver a Allegra. Esta sacó a colación el tema, el hecho de que Shep no era el hombre adecuado para que lo convirtieran en una máquina de matar, en un

estratega de primera que presenciara todos los horrores de la guerra.

—Esto lo destruirá —dijo durante el almuerzo.

—Es más fuerte de lo que piensas. Ya lo han sometido a algunas pruebas duras, que ha superado con creces. Es lo que él quiere. Todas las esposas y las madres del mundo opinarían lo mismo que acabas de decirme. Esto no lo matará, Allegra. Hará de él un hombre.

Jamás la ayudaría a disuadir a Shep.

El último fin de semana que pasaron juntos fue un calvario para ambos. Shep se sentía culpable, y Allegra desconsolada, una mala combinación. Y en esta ocasión ella lloró más después de su partida que cuando se disponía a marcharse. No lo acompañó a Washington para despedirse de él; se fue a trabajar. Pensaba volcarse en su profesión durante los diez meses siguientes. Su ausencia era beneficiosa para su trabajo, pero no para su corazón, su alma o su vida. Estaba convencida de que la idea de permanecer en el ejército era una equivocación, para ambos.

Se dejó la piel trabajando durante aquellos diez meses. Rindió bien, y la ascendieron a editora a los veintitrés.

Recibía noticias de Shep y temía por su vida y su alma cada día. Ya alcanzaba a percibir cambios sutiles en él por teléfono. No lograba identificar con precisión en qué había cambiado, pero no le cabía duda de que lo había hecho. A raíz de la invasión de Irak por

parte de Estados Unidos lo transfirieron allí, a Bagdad, en abril. Ella cumplió los veintitrés estando él allí.

La vida no se interrumpió porque Shep estuviera en Irak. No obstante, supuso la pérdida de la inocencia para ambos.

En abril, casi un año después de la muerte de su esposo, la abuela de Allegra falleció a consecuencia de un infarto agudo mientras dormía. Desde hacía un año deseaba morir. Perdió las ganas de vivir cuando su esposo murió.

Esta vez Isabelle no viajó a Estados Unidos. El abogado de Mariette la telefoneó para comunicárselo, y ella dijo que no le daba tiempo a asistir al funeral. Estaba realizando un crucero por el mundo con su esposo en un yate privado, y, según aseguró, resultaba complicado regresar.

Allegra se ocupó de todas las gestiones y organizó un digno y respetuoso funeral para una mujer que, aunque la hubiera desatendido de pequeña, al final fue amable e hizo lo que pudo por su nieta, cosa que esta reconocía y tenía presente. En su corta vida había conocido bien la incapacidad de la gente para amar. Estaba convencida de que Isabelle aparecería en algún momento, a su conveniencia, con el fin de liquidar la herencia.

Mariette dejó a Allegra una pequeña pero respetable suma de dinero, que le proporcionaría cierto desahogo y le permitiría darse algunos caprichos, sin cambiarle la vida de manera drástica. Su abuela legó el grueso de su patrimonio a su única hija, Isabelle, según la voluntad de su esposo, aunque ella no estuviera de acuerdo del todo. En cualquier caso, había respetado sus deseos.

En junio, Allegra recibió otra desagradable noticia. Su padre, al que tenían previsto destinar a Washington, estaba planeando retirarse. No le quedaba otra. Bradley había alargado su carrera militar el máximo tiempo posible. Estaba a punto de cumplir los sesenta y ocho y era teniente general, pero, mientras llevaba a cabo una última misión en una de las zonas de combate iraquíes antes de su partida, un francotirador lo asesinó de un disparo. Allegra sabía que él prefería morir así en vez de languidecer a medida que iba envejeciendo y sufriendo achaques en su vida como civil. Murió mientras conservaba la fortaleza y la vitalidad. Un subalterno se puso en contacto con ella desde el Pentágono; no había nadie más a quien comunicárselo. Cuando recibió la llamada, pensando que guardaba relación con Shep, se le cortó la respiración al tomar asiento para oír la mala noticia. Fue casi un alivio para ella averiguar que atañía a su padre. Hacía cuatro meses que no lo veía, desde que le pidió que disuadiera a Shep de su idea de reengancharse y él se negó.

Tuvo sentimientos encontrados respecto a la muerte de su padre. Este jamás había sido cariñoso con ella, jamás la había cuidado, y era probable que jamás la hubiera querido. A su manera, su padre había sido en muchos aspectos como Isabelle. En su caso, había cumplido con su obligación a efectos prácticos proporcionándole una educación y ocupándose de darle un techo de pequeña con miembros de su familia, siempre y cuando no fuera con él. Y en cuanto alcanzó la mayoría de edad, le costeó un modesto apartamento y le envió una pequeña asignación. Sin embargo, la abandonó, tanto física como emocionalmente. No obstante, seguía siendo su padre, y ella sabía que debía quererlo, pero no estaba

segura de que fuera el caso. No se sentía culpable. Era un hecho inevitable, dado lo mucho que le había fallado como padre. Se sintió bloqueada al escuchar la noticia, incapaz de sentir nada. Y no era de extrañar que, al no tener otros parientes vivos, le dejara el dinero que poseía a su hija. No era una gran cantidad, pero sí mayor de lo que Allegra esperaba. Bradley Dixon carecía de posesiones; disponía de un pequeño piso alquilado en Washington. No daba ninguna importancia a los bienes materiales. Su carrera militar lo había sido todo para él, por encima de las personas o el dinero. Lo que legó a Allegra le proporcionó un colchón adicional, sumado a lo que había recibido de su abuela. Era una suma respetable.

No hizo falta que organizara el funeral, pues el ejército se ocupó de ello. Lo enterraron con todos los honores que correspondían a su rango de teniente general, en el cementerio de Arlington. Fue una ceremonia impresionante, puesto que había recibido numerosas condecoraciones por su servicio, y a Allegra le sorprendió lo poco que la afectó. Cogió el tren de regreso a Nueva York sola, ya que Shep se hallaba en Irak y le fue imposible asistir. Se encontraba en medio de una operación de alto secreto que requería su presencia allí.

Con la muerte de su padre, no le quedaba ningún familiar vivo excepto su madre, que, en realidad y por decisión propia, no contaba. Isabelle nunca había querido ser madre, y no lo fue. Comprender que no le quedaba a nadie en el mundo salvo Shep, con quien nadie sabía que estaba casada siquiera, le causó una extraña sensación. No se habían molestado en contárselo a nadie antes de que él se marchara. Y ahora no estaba segura de que eso tuviera

importancia. Con saber que estaba casada con él le bastaba. No quedaba nadie que mirara por ella.

Como la casa de Newport ahora era propiedad de su madre, Allegra no se sentía a gusto yendo allí. Por primera vez en más de una década, ese verano no fue. A fin de cuentas, no habría sido lo mismo sin su abuela. Se quedó en Nueva York trabajando todo el verano, lo cual le mantuvo la mente ocupada y la abstrajo de pensar en los importantes cambios que se habían producido en su vida en los últimos dos meses. Necesitaba tiempo para asimilarlo y digerirlo. Aunque salía con amigas del trabajo alguna que otra vez, pasaba la mayor parte del tiempo sola.

En octubre, Isabelle por fin apareció para liquidar la herencia. Puso a la venta la residencia de Newport; no tenía interés alguno en conservarla, puesto que estaba casada y vivía en Inglaterra desde hacía muchos años. Se había asentado allí, y la idea de mantener una gran casa en Estados Unidos no le resultaba atractiva. Antaño, en su juventud, odiaba el encorsetamiento y el tedio de los veranos en Newport. A Allegra le entristeció enterarse de que quería venderla. Guardaba recuerdos de su infancia en aquella casa, algunos de los cuales le eran queridos, los únicos recuerdos familiares felices que conservaba.

Isabelle pasó una semana en Nueva York, tomando decisiones relativas al piso de sus padres, que igualmente puso a la venta, y sacó los muebles a subasta. Se quedó con algunos cuadros, que eran valiosos, y vendió las joyas de su madre, salvo unas cuantas piezas que prefirió guardar. Para gran sorpresa de su hija, Isabelle

tuvo el detalle de telefonearla y pedirle que almorzaran juntas en el Plaza, donde se hospedaba. Allegra acudió más bien movida por la curiosidad que por abrigar cualquier esperanza de que se produjera una profunda conexión emocional. Sabía que eso no sucedería. No cabía ninguna posibilidad de conectar, y Allegra recelaba de su madre. Isabelle solo pensaba en ella misma: no le importaba nadie más.

—Por Dios, qué cantidad de trabajo supone deshacerse de todos esos trastos —comentó Isabelle nada más sentarse.

Tenía cuarenta y seis años, pero aparentaba diez menos. A Allegra le dio la impresión de que se había hecho algún retoque en la cara desde su último encuentro.

—Estoy intentando vender la residencia de Newport con todo su contenido. Es ideal para alguno de esos nuevos ricos de Texas que no tienen ni idea de qué hacer con su dinero y quieren dar la nota en los círculos sociales de Newport —siguió diciendo.

Sonrió. Iba a deshacerse de la totalidad de su historia familiar, y de Allegra, sin miramientos, aunque esta jamás hubiera formado parte de ella, salvo como visitante ocasional. Nunca la habían tratado como a un miembro de la familia de pleno derecho, aunque lo fuera. Era una extraña a la que a veces invitaban. Isabelle depositó un pequeño estuche forrado de ante encima de la mesa ante su hija.

—Por cierto, creo que a ella le habría gustado que tuvieras esto. A su manera distante, te quería. Fueron pésimos como padres, y me figuro que no fueron mejores como abuelos —comentó Isabelle a la ligera—. Yo los odiaba cuando era más joven. Ahora ya no.

Sencillamente, eran personas muy estiradas, aburridas, parte de una especie en vías de extinción.

Allegra abrió el estuche con cuidado; dentro había un broche con un rubí en forma de corazón que sabía que a su abuela le chiflaba, y se conmovió. Fue una delicadeza por parte de su madre regalárselo, y un gesto de generosidad impropio de ella. Sabía que no valía gran cosa, pues de lo contrario su madre se lo habría quedado.

—Gracias, me encanta —dijo Allegra, emocionada por un momento.

A renglón seguido, su madre se explayó sobre su viaje, la vida que llevaba en Inglaterra y el crucero que estaba planeando realizar, y Allegra, mientras, la escuchaba. No se dignó preguntar a su hija cómo le iba la vida, ni se preocupó lo más mínimo por la circunstancia de que ahora estuviera sola en el mundo. Tan solo eran dos mujeres, prácticamente desconocidas, que habían quedado para almorzar. Allegra llevaba camuflada la alianza, como de costumbre, con otro anillo. Al término del almuerzo tuvo la sensación de que tal vez jamás volvería a ver a su madre. No había motivos para reencontrarse. Isabelle había viajado a Nueva York con el objetivo de desprenderse de las posesiones de sus padres, no para ver a Allegra. Su hija era un cero a la izquierda en su vida, nada más. Cosa del pasado, el resultado de un desatino de juventud. Hacía diecisiete años que Isabelle había renunciado a Allegra y rehusaba tenerla de nuevo cerca. Habría sido una crueldad fingir lo contrario, y no lo hizo. Allegra era alguien a quien había apartado de su vida, de quien no se consideraba responsable, si bien no ponía reparos a reencontrarse con ella de vez en cuando si las circunstancias lo

propiciaban, siempre y cuando no se viera en la necesidad de hacer ningún esfuerzo o de preocuparse por ella.

Al despedirse ni besó ni abrazó a Allegra, ni prometió que mantendrían el contacto. Se limitó a decir adiós con un ademán, y se fue revoloteando como siempre; quizá algún día aparecería mariposeando de nuevo. Allegra abrigaba la esperanza de que no fuera el caso. Jamás habían establecido el menor vínculo. Isabelle se había encargado de eso. Sin Mariette y Bradley, no tendrían ninguna razón para volver a verse, e Isabelle no se tomaría la molestia de intentarlo. Allegra lo sabía bien. Regresó a su oficina con el broche del rubí guardado en el bolso. Era la única reliquia con valor sentimental que poseía. Y el único vestigio del pasado familiar que conservaba, salvo por los recuerdos que prefería olvidar de personas que la habían abandonado.

7

Después de que Isabelle se marchara de Nueva York, Allegra se concentró en el trabajo. Estaba tratando con dos escritores, un hombre y una mujer. Ambos eran interesantes autores noveles. El primero había escrito una novela de temática médica que ella encontraba fascinante. No lo conocía personalmente. Era un hombre mayor, de edad cercana a la jubilación, y residía en Cape Cod. Solo se comunicaban por carta. Su estilo resultaba algo pedante, pero la trama era excelente. Su editora sénior le había encargado que trabajara en el libro y ayudara al autor a pulir el texto. También le asignó el manuscrito de la escritora, de ritmo más ágil, moderno y vivaz, ya que la autora era muy joven.

Jane March había escrito una novela de suspense que, desde el punto de vista de Allegra, poseía un claro potencial cinematográfico. Allegra le comentó a su jefa, Philippa Parkinson, lo mucho que le había gustado. Philippa, o Pippa, como acostumbraban a llamarla, era una editora veterana que llevaba veintisiete años trabajando en la casa. De origen británico, tenía el pelo blanco níveo, cortado a la moda, y unos ojos azules chispeantes. Allegra la admiraba. Pippa, avezada en el sector, le había dado a Allegra provechosos consejos desde que esta comenzara a trabajar con ella, tras su ascenso. Según Pippa, Allegra poseía talento, y la estaba formando para que

se ocupase de escritores algo más experimentados. A pesar de su juventud, Pippa consideraba que poseía buen ojo para los libros e instinto para intuir qué se vendería.

Pippa hacía gala de un humor seco que a Allegra le gustaba mucho. Allegra le preguntó si creía que Jane March tenía posibilidades de vender el manuscrito para una película. Después de leerlo, Pippa coincidió con ella. Telefoneó a Charlie Zang, un representante de actores de la agencia de talentos William Morris Endeavor al que conocía, y se lo envió. Al cabo de dos semanas, él se puso en contacto con Pippa y le contó que quería mostrarles el libro a algunos productores a quienes podría interesarles adquirir los derechos con miras a adaptarlo al cine. La autora se puso eufórica; su agente literaria también estaba encantada. Jane era una joven oriunda de Utah que había escrito un libro impresionante. Agradecía profundamente que Allegra hubiera suscitado el interés de Pippa y Charlie Zang por el libro, con tan emocionante y esperanzador resultado. Uno de los productores de Hollywood a los que Charlie conocía adquirió los derechos. Jane recibió una cantidad ínfima a cambio de los derechos para el cine ya que era desconocida y el libro aún no se había publicado, pero si más adelante se convertía en película, tendría un prometedor porvenir.

Allegra invitó a Jane a almorzar para celebrarlo y pidió a Pippa que las acompañara para que pudieran conocerse. Pippa propuso ir a P. J. Clarke's, lo cual entusiasmó a la autora. Las dos jóvenes tomaron un cóctel de Pimm's, mientras que Pippa pidió un martini seco, cosa que les pareció muy propio de adultos. Para Allegra y Jane, era un almuerzo muy sofisticado. Jane contó que su familia era mormona, que tenía once hermanos y que se había criado en Salt Lake City, en

Utah. Trasladarse a Nueva York y conseguir que su libro se adaptara a la gran pantalla era lo más emocionante que le había pasado en la vida. Allegra estaba contenta por ella.

Jane se había marchado de Salt Lake hacía dos años, tras graduarse en la Universidad Brigham Young. Trabajaba en una librería de Greenwich Village y evitaba a su familia, que deseaba que regresara a casa. Estaba escribiendo su segundo libro. A Allegra le fascinó su historia personal. En desacuerdo con los preceptos eclesiásticos dictados hacía más de un siglo, su abuelo renegó de la Iglesia y se convirtió en el líder de un reducido grupo de fundamentalistas que practicaban la poligamia. Tenía cuatro esposas y veintiún hijos, el menor de los cuales era su padre. Jane March contaba veinticuatro años.

—Deberías escribir sobre eso —le sugirió Pippa mientras se tomaba el segundo martini—. La gente lo encontraría fascinante. Escribe acerca de lo que conoces —le aconsejó.

—No creo que nadie me creyera si escribiera sobre mi familia. A la gente normal y corriente le parece muy rara la poligamia. Hasta los mormones la desaprueban y la prohibieron.

—A la gente le cautivan las historias sobre temas como las relaciones polígamas —le aseguró Pippa mientras comían unas hamburguesas y seguían bebiendo.

Al final del almuerzo todas estaban un pelín achispadas, pero sin llegar a perder la lucidez. La editora estaba convencida de que la familia de Jane sería un buen material para un libro.

—Mis padres no paran de enviar misioneros a la librería donde trabajo para convencerme de que vuelva. Me temo que van a despedirme —confesó Jane.

—Si Charlie Zang, de WME, consigue vender tu primer libro para una adaptación cinematográfica y se filma, podrás dejar tu trabajo en la librería —dijo Pippa para tranquilizarla.

—Aunque no llegue a rodarse la película, no pienso volver a casa —afirmó Jane.

Era una chica guapa de pelo oscuro, ojos grandes de color marrón y un estilo normal y corriente. Compartía piso con cuatro chicas en el Village, tenía novio y le chiflaba vivir en Nueva York, lo mismo que a Allegra. Mantuvieron una animada conversación en el transcurso del almuerzo.

—Mi abuelo murió hace años —comentó Jane—, y aunque todos sus hijos son mayores, casi todos siguen viviendo en la zona de Salt Lake. Sus cuatro esposas aún conviven en la misma casa; son como amigas inseparables o hermanas. Una de ellas es mi abuela, que era la más joven de las esposas. Si no recuerdo mal, él tenía sesenta años cuando se casó con ella, que tenía veintiuno. Habla de él como si fuera una especie de dios. Es un fenómeno muy raro. A pesar de que la poligamia va en contra del dogma religioso desde hace años, en algunas zonas remotas de Utah hay pequeños grupos de fundamentalistas como mi abuelo que la siguen practicando. Se les considera fuera de la ley, y la práctica de la poligamia se ve con malos ojos, pero aún existe —explicó Jane.

Allegra y Pippa estaban embelesadas con su relato.

—A mí no me gustaría compartir a mi marido, en el caso de que lo tuviera, con un puñado de mujeres —comentó Pippa, y a Allegra también le resultaba inconcebible.

Sin embargo, sorprendentemente, Jane aparentaba ser una chica normal a pesar de su insólita historia.

—Yo perdí a mi abuela en abril —les contó Allegra.

Se sentía relajada y disfrutaba estando con ellas. Trabajaba duro y hasta la fecha no había trabado muchas amistades en la editorial. Era introvertida y tímida.

—Lo siento —dijo Pippa con empatía—. ¿Estabas muy unida a ella?

Conocía muy poco a Allegra y le picaba la curiosidad. Era una chica muy celosa de su vida privada.

—La verdad es que no, aunque un pelín más en los últimos años. Ella y mi abuelo eran muy conservadores y poco dados a relacionarse con niños. No llegué a conocerlos bien hasta que me vine a Nueva York a estudiar en la universidad. Aunque pasaba las vacaciones con ellos cuando estaba en el internado en Massachusetts.

—¿Tus padres habían fallecido? —preguntó Jane con cautela, pues también sentía curiosidad por ella.

—No. Mi padre estaba en el ejército, en inteligencia militar. También ha muerto este año. Se pasó la vida entera en zonas de guerra a lo largo y ancho del mundo. Yo lo veía durante unas cuantas horas más o menos una vez al año. Lo mataron en Irak justo antes de jubilarse.

La suya tampoco era una historia corriente; a Pippa le intrigaban ambas. Para ella, las escritoras jóvenes y sus protegidas en la editorial eran como sus hijas. Disfrutaba con la labor de mentora. Le resultaba más fácil que la verdadera maternidad, cuya idea nunca la había seducido.

—Da la impresión de que las dos tenéis historias interesantes que contar —manifestó—. Allegra, ¿te has planteado alguna vez escribir?

—Alguna que otra vez. No sé si tengo talento. Nunca lo he intentado, pero me apasiona la lectura. De pequeña era mi mundo de fantasía. Los personajes de los libros eran mis únicos amigos. —Hablaba de una vida solitaria que Pippa tan solo alcanzaba a imaginar.

—El noventa por ciento de la escritura es disciplina y dedicación, en la misma medida que el talento. Tengo la sensación de que se te daría bien —dijo Pippa con dulzura para animarla.

—No sé qué podría contar —dijo Allegra con timidez.

—Ya lo averiguarías —afirmó Pippa con convicción—. ¿Qué me dices de tu madre? ¿Dónde estaba?

—Ella vive en Inglaterra. Se fue cuando yo tenía seis años.

Allegra lo dijo con la mayor naturalidad, como si fuera una circunstancia de lo más normal. Y, para ella, a estas alturas lo era.

—De modo que tu padre viajaba a zonas de guerra por todo el mundo y lo veías una vez al año, tu madre te abandonó a los seis años y te criaste en un internado. ¡Lo que podría hacer con semejante material! —terció Jane, soñadora, y las tres sonrieron—. Yo nunca pude pasar un minuto lejos de mis hermanos. Tu vida me parece un sueño.

Pippa se olía lo contrario: que Allegra había llevado una existencia solitaria, y probablemente dolorosa.

—Nunca me ha parecido gran cosa para escribir sobre ello —señaló Allegra con modestia. No se había planteado la vida con la idea de relatar sus vivencias, aunque la perspectiva de hacerlo la tentaba.

—¿Tienes novio? —le preguntó Jane—. El mío se vino a estudiar Medicina a la Universidad de Nueva York. Apenas lo veo; ahora está

haciendo prácticas.

Allegra titubeó antes de responder a la pregunta de Jane. Con los cócteles de Pimm's su reserva habitual se había relajado.

—De hecho, estoy casada. Mi marido está en Irak. Trabaja en el ejército, en inteligencia militar, como mi padre. Ambos se formaron en West Point. No entraba en sus planes quedarse en el ejército, pero ahora lo tiene claro. Le encanta su trabajo. Trabajar en la inteligencia militar resulta adictivo.

—Debe de ser duro tenerlo tan lejos —señaló Jane— y que se encuentre en peligro a todas horas.

Allegra asintió con la cabeza. Era cierto. Se preocupaba por Shep constantemente, en especial desde su última partida, cuando volvió a Irak para realizar otro periodo de servicio pese a que le estaba pasando factura, algo evidente que él negaba.

—Volverá dentro de un mes, en diciembre —dijo Allegra.

Pippa metió baza.

—Eso me recuerda que organizo un gran almuerzo tipo bufet en Acción de Gracias todos los años, para gente que no tiene familia con quien pasar la fiesta. Las dos seréis bienvenidas si os apetece venir. —Anotó su dirección en dos servilletas de papel y entregó una a cada una—. Las dos dais el perfil. —Les sonrió.

Allegra no tenía familia y la de Jane vivía en Salt Lake.

—Es perfecto —dijo la escritora, al tiempo que guardaba la servilleta en su bolso—. Mi novio acaba de comenzar su residencia y estará de guardia en Acción de Gracias y, por supuesto, el día de Navidad.

—Mi marido pasará las Navidades en casa —dijo Allegra en voz baja, sin añadir: «Si es que para entonces sigo teniendo marido».

A tenor del estado en el que se encontraba antes de irse, con pesadillas y las manos temblorosas, era imposible prever en qué condiciones estaría a su regreso.

Se despidieron en la acera al salir de P. J. Clarke's. Tanto Allegra como Jane lo habían pasado de fábula, y a Pippa le había gustado conocerlas mejor y escuchar sus confidencias durante la comida. La vida de Allegra le pareció tremendamente triste, y la de Jane, en cambio, agobiante, en una familia de doce hijos, aunque la joven la presentara como una comedia televisiva. Sin embargo, no siempre era divertido, ya que había mencionado que su padre era un tirano y que su madre nunca le plantó cara para defenderlos. No obstante, Jane había comentado asimismo que con sus hermanos se llevaba fenomenal. A pesar de que los añoraba, decía ser mucho más feliz en Nueva York. Algunos de sus hermanos mayores tenían edad suficiente para ser sus padres, y se sentía menos apegada a ellos. Estaba más unida a los menores, aunque llevaran un año sin verse; no podía permitirse ir a Utah con la miseria que cobraba en la librería. Aun así, por lo visto disfrutaba de lo lindo viviendo en Nueva York.

Pippa no tenía hijos, llevaba veinte años divorciada y al encuentro que organizaba anualmente el día de Acción de Gracias, agradable y cálido, invitaba a editores con los que trabajaba y a otros a los que había conocido a lo largo del tiempo, a escritores de diversas edades y géneros y a gente ajena al mundillo editorial, así como a las

amistades que cosechaba cada año. Su vida era plena y ajetreada, poseía un don para encontrar personas interesantes y fuera de lo común, las cuales disfrutaban conociéndose en esa fecha señalada que en otras circunstancias posiblemente habrían pasado solas.

Su piso, situado en el Upper East Side, era ecléctico y estaba repleto de objetos que había ido acumulando en sus viajes a destinos exóticos. Le chiflaba ir a la India, había viajado a Nepal, Oriente Medio y por toda Asia. También había estado varias veces en Marruecos y lo pasaba en grande peinando los zocos. Los artículos que compraba eran tan variopintos y curiosos como la gente a la que reunía. Conocía a una joven chef, que se ocupaba de cocinar cada año. Había comida tailandesa y marroquí, así como manjares especiales de todos los rincones del mundo, además de un hermoso pavo asado con la piel dorada, trinchado con maestría, con tres tipos de rellenos diferentes. La comida era una delicia tanto para la vista como para el paladar.

Para Allegra fue un placer ver a Jane March allí. Charlaron durante unos minutos antes de mezclarse con otros grupos que conversaban sobre libros y publicaciones. Se trataba de una reunión idónea para gente que no tenía ningún otro sitio adonde ir ni nadie con quien celebrar la fiesta. Todos los parientes de Pippa residían en Inglaterra y, como ella no se había criado con la tradición de Acción de Gracias, su concepto de la festividad era menos convencional, así que la convertía en un acontecimiento especial para los demás todos los años. Los invitados habían sido convocados a las dos, y alrededor de las nueve muchos de ellos continuaban allí. Algunos habían llegado pronto, otros más tarde; a última hora de la noche ya se habían formado pequeños grupos de tertulia mientras Pippa mantenía el

ambiente animado con vino francés escogido con esmero, que acompañaba bien el surtido de comida.

Allegra hablaba con algunos de los editores sénior cuando Pippa se acercó a ella.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó, y Allegra le sonrió.

—Ha sido el mejor día de Acción de Gracias de mi vida, y la comida estaba buenísima.

Para entonces había media docena de tartas caseras, preparadas por la joven chef. Pippa la había descubierto en un pequeño restaurante francés y la contrataba año tras año. A la anfitriona le hacía gracia que una cocinera francesa y una editora inglesa organizaran una celebración internacional de Acción de Gracias en la que todo el mundo disfrutaba.

Allegra se fue con los últimos invitados a las diez; Jane ya se había marchado. Pippa se despidió de ella con un abrazo. Allegra lamentaba que Shep no hubiera podido asistir a la fiesta, pues le habría gustado muchísimo. Todas las personas con las que había conversado le parecieron interesantes e inteligentes, con historias fascinantes que contar. Y no se había sentido fuera de lugar, puesto que ninguno de los presentes parecía mantener lazos estrechos con su familia. Pippa había cubierto sus necesidades con una gran generosidad al invitarlos. Allegra había disfrutado de cada minuto, y se fue a casa con la sensación de haber conocido a un montón de nuevos amigos y gente a la que abrigaba la esperanza de volver a ver. Se sentía afortunada de que Pippa la hubiera invitado.

Shep la llamó por teléfono a medianoche, y ella lo puso al corriente. Él había celebrado Acción de Gracias con los oficiales del equipo de inteligencia en la cantina. Habían tomado pavo con el

relleno y la guarnición tradicional de la comida de Acción de Gracias, a pesar del entorno en el que se encontraban y de estar lejos de su país.

—Me alegro de que lo hayas pasado bien. Estaba preocupado por ti.

A Allegra le dio la impresión de que estaba triste. Podría haber sido un día duro para ella, teniendo en cuenta que su padre y su abuela habían fallecido ese mismo año y no tenía a nadie con quien festejar tan señalada fecha, pero Pippa la había salvado proporcionándole la mejor celebración de su vida. Como todas las festividades, se hacía cuesta arriba cuando faltaba una familia con quien pasarla, si bien es cierto que Allegra en realidad jamás la tuvo. Ella siempre era la que se acoplaba, a la que invitaban por compromiso a las comidas de Acción de Gracias en casa de sus abuelos, un deber que se consideraban obligados a cumplir, y no conseguía recordar la última vez que había pasado ese día con su padre. Él nunca estaba en casa en Acción de Gracias, y rara vez en Navidad. Shep le dijo que había hablado con su familia antes y que uno de sus hermanos había ido a ver a sus padres con su mujer y sus hijos.

—Volveré dentro de unas semanas —dijo con voz apagada.

Allegra lo encontró más alicaído que de costumbre. Él se calló que aquella mañana los había atacado un francotirador y que dos de sus amigos habían perdido la vida. Jamás la ponía al corriente de noticias como esa. No quería asustarla o inquietarla demasiado, y tampoco le permitían revelar gran cosa. Sus conversaciones tenían que ser superficiales. No podía contarle sus penas.

Allegra y Shep planeaban pasar el día de Navidad solos en Nueva York, ir a Boston unos cuantos días después y luego regresar para fin de año y ver la caída de la bola en Times Square. Lo habían hecho antes y les había gustado mucho. Ella empezaba a ilusionarse con la llegada de Shep; no se había atrevido a hacerlo hasta ahora. La vida se le antojaba muy frágil y efímera cuando él se hallaba en Irak. Se preguntaba en qué condiciones se encontraría a la vuelta, si los diez meses de misión lo habrían carcomido aún más o si estaría endureciéndose ante lo que veía allí. Ninguna era una buena perspectiva, y se preguntaba cuánto tardaría en sufrir pesadillas y si las manos todavía le temblarían. Eso era lo que había visto cuando él regresó a Nueva York; ahora no podía predecir nada por sus conversaciones telefónicas, solo por su tono de voz. Ni por asomo podía imaginar los horrores que Shep presenciaba. Y él nunca soltaba prenda.

Tal y como había hecho otras veces, decoró el árbol de Navidad antes de que él llegara. Este año no recibiría ninguna llamada telefónica de su padre. Ignoraba si lo echaría de menos. El día de Navidad se pondría el broche con el rubí en forma de corazón de su abuela. Lo había lucido en la fiesta de Acción de Gracias en casa de Pippa, y esta, que se fijó en él, le comentó lo bonito que era. Se trataba de una joya antigua que en su época perteneció a Katharine Hepburn, algo que la hacía más mágica y especial si cabe.

Allegra fue en tren a Washington la noche previa a la llegada de Shep a la capital. Ambos conocían la dinámica. Alquiló un coche en Washington para recogerlo en la base y realizar el trayecto de vuelta

a Nueva York. Estaría destinado en la capital durante varios meses; ella abrigaba la esperanza de que hubiera cambiado de idea respecto a continuar en el ejército. Estaba decidida a mover cielo y tierra para disuadirlo de que se reenganchara en junio. Quería que abandonara el ejército antes de que acabara con él. Confiaba en que no fuera demasiado tarde. Diez meses eran mucho tiempo, el suficiente para engendrar un hijo o destrozar a un hombre. Y en su vida en común no había hijos, ni podía haberlos de momento. Allegra no quería ninguno todavía. Lo único que quería era que Shep sobreviviera, tanto física como mentalmente.

Esta vez Shep no corrió a su encuentro cuando la vio, Allegra tampoco, ni se abalanzó a sus brazos. Al verse, una lenta sonrisa se dibujó en su rostro mientras su mujer se encaminaba hacia él. Shep acusaba el cansancio y el desgaste de la lucha. Una vez el uno frente al otro, alargó las manos y la abrazó. Ella derrochaba mucha más salud y vitalidad que él. La rodeó con el brazo y se dirigieron al coche de alquiler. Su aspecto y sus movimientos eran como los de un anciano, y Allegra se preguntó cuánto tiempo tardaría esta vez en lograr arrastrarlo al mundo real y hacer que se sintiera normal. Shep se metió en el coche y dejó que ella condujera. Se quedó roque en cuestión de minutos, mientras ella le hablaba. Aunque había dormido en el avión, estaba exhausto. Su semblante se suavizó al ver el árbol que Allegra había decorado para él, pero su mirada se endureció.

—No necesitamos eso, la verdad —dijo señalando el árbol.

Seguía afligido por la reciente pérdida de sus camaradas en el ataque de Acción de Gracias, y desde entonces se habían producido tres bajas más. El ejército estaba perdiendo muchos hombres en Irak. Pero él no se lo dijo, ni siquiera mencionó la muerte de sus amigos. Uno de ellos era de la misma edad que Allegra, pero la guerra no hacía distinciones: segaba vidas a su antojo, de jóvenes o mayores, y dejaba a los demás tratando de recomponer su alma una vez que regresaban a casa para no asustar a sus familiares con la verdad durante las fiestas. Agradecía que Allegra no tuviera familia a la que fuera necesario visitar. Con ella no hacía falta poner buena cara. Tan solo quería que lo dejaran en paz para sobrellevar el día a día lo mejor posible. Y, en un momento dado, empezaría a sentirse persona de nuevo, quienquiera que fuese esa persona ahora.

En los últimos diez meses, Shep había perdido cualquier noción de quién era y en qué creía, de cuál era su código moral y de qué le permitía hacer su conciencia, e incluso de sus aspiraciones de futuro. Había violado su propio código de honor tan a menudo que a esas alturas le daba igual hacerlo. Ya no se trataba de una cuestión de lo que estaba bien o mal, sino de pura supervivencia, y de a quién era preciso matar a fin de protegerse a sí mismo y proteger a su unidad. Los actos que cometían ambas partes eran igual de atroces; había presenciado cómo se torturaba y había torturado por iniciativa propia. Ya no le temblaba el pulso cuando era necesario hacer algo impensable. Se hacía lo que había que hacer, y no podía contarle nada de ello a su esposa. Tampoco habría sido capaz de describírselo ni de expresarlo con palabras. Ya no había límites que no estuviera dispuesto a traspasar. Su integridad moral se hallaba en suspenso hasta que la guerra terminara. No quedaba otra, pues de

lo contrario nadie sobreviviría, y, en cualquier caso, morían demasiados hombres, con independencia de sus convicciones y de cómo hubieran sido. Ya no eran los mismos que antaño.

Para entonces había pasado casi dos años en Afganistán e Irak, y sabía que no estaba preparado para volver al mundo real de antes. Ahora solo se encontraba en condiciones de vivir en la zona gris donde los principios morales quedaban suspendidos. En ese mundo no había sueños, ni planes ni amor, y cuando te concedían un permiso para regresar a casa había que fingir sin más remedio hasta regresar a ese otro mundo donde cualquier cosa podía suceder y, de hecho, sucedía cada día.

Las pesadillas comenzaron la noche de su llegada. A pesar de que ya no le temblaban las manos, sus ojos tenían un destello enardecido, una mirada abrasadora; se abrasaba por dentro. A la mañana siguiente tiró a la basura el árbol de Navidad. Se le antojaba un símbolo de todo aquello que ya no se merecía.

—Los árboles de Navidad son cosas de niños. Nosotros ya somos mayorcitos —le dijo a Allegra.

Ella guardó los adornos en silencio y no puso villancicos. Lo único que él tenía ganas de hacer era ver la tele y dormir. Cuando salieron a dar un paseo no le dirigió la palabra hasta que llegaron a casa. De nada servía fingir que era el mismo: no lo era. Había vuelto a casa un hombre con las chapas de identificación de Shep, no él, ni nadie que ella conociera.

—Vas a volver, ¿verdad? —le preguntó Allegra cuando estaban tendidos en la cama a oscuras, al día siguiente.

Él guardó silencio durante largos instantes.

—He de hacerlo —respondió finalmente—. Aquí no hay sitio para mí. Pensaba que sería capaz de adaptarme, pero no puedo. Al menos allí soy útil.

—Yo te necesito aquí, Shep —dijo ella, con lágrimas en los ojos—. Necesito que vuelvas a casa, de verdad. No como mi padre, que venía unas semanas y luego pasaba fuera otro año de nuevo. No puedes huir.

Tenía la certeza de que si se marchaba se echaría a perder para siempre, como le había ocurrido a su padre. Su marido era una persona más humana de lo que jamás había sido su padre. Se daba cuenta de que Shep estaba sufriendo mucho, pero esta vez ella no podía llegar hasta las heridas, tan profundas, para aliviarlas. Él se había cerrado en banda. Se mostraba brusco cuando hacían el amor, y sufría unas pesadillas tan espantosas que profería gritos agónicos de madrugada. Una noche, cuando llevaba en casa una semana, su mujer trató de despertarlo de una pesadilla y él se le echó encima súbitamente, aplastándola, la sujetó con fuerza por el cuello y la zarandeó. Allegra chilló, pero Shep apretó más fuerte y ahogó sus gritos, hasta que de pronto se despertó, bajó la vista hacia ella y se apartó de un salto. Se agazapó en un rincón, consciente de lo que había hecho, mientras Allegra pugnaba por respirar. Estaba aterrorizado. Preso de la rabia y el miedo, en los últimos diez meses se había convertido en una máquina de matar. Después se encerró en el cuarto de baño y rompió a llorar. Cuando salió, ella estaba sentada en el sofá con el albornoz puesto. Las marcas de sus manos aún se le apreciaban en el cuello, y apenas podía tragar. Se miraron a los ojos; los de Shep reflejaban un dolor lacerante, y los de Allegra, desesperación. Esta vez ignoraba cómo recuperarlo.

—Necesitas ayuda, Shep —le susurró—. Sé que esto les ocurre a otras personas, no solo a ti. ¿Irás a algún terapeuta?

Él negó con la cabeza.

—No servirá de nada. Es demasiado tarde.

Se sentó y hundió los hombros. Ni siquiera era capaz de volver a mirarla a la cara. Le avergonzaba demasiado haberse convertido en lo que era ahora y lo que había estado en un tris de hacerle.

—Por el amor de Dios, Shep, no vuelvas. Quédate y busca ayuda.

—No servirá de nada. ¿Y si una noche te mato mientras duermes, como he estado a punto de hacer?

Lo dijo con lágrimas en los ojos. Aún la amaba, pero por sus venas corría demasiado veneno. Tenía miedo de sí mismo, y por ella.

—Puedes conseguir ayuda. Soy tu mujer. Te quiero y estoy aquí.

—No deberías estar. Ya no me conoces.

Él tampoco se conocía, lo cual lo asustaba. Había traído a casa un monstruo, como una enfermedad; lo llevaba dentro. Un monstruo que lo controlaba. A raíz de ese incidente le dio miedo irse a la cama, y solo dormía de día, cuando Allegra estaba despierta.

Ella había pedido días libres para estar con Shep en casa, pero no salieron. Él dormía de día, vagaba por el apartamento de noche y, ante el temor de perder el control de nuevo durante una pesadilla, rehusaba acostarse con ella. Parecía exhausto, con bolsas oscuras bajo los ojos. En Nochevieja se negó a ir a Times Square, como habían hecho otros años, pese a ser lo acordado. No probó una gota de la botella de champán que ella había comprado; se compró una botella de tequila de la que bebía unos cuantos tragos de vez en cuando. Le ayudaba a relajarse. Apenas comía, y su esposa se dio cuenta de que estaba adelgazando incluso en casa. Después de diez

días tenía un aspecto más desmejorado que al llegar, y Allegra intuyó que estaba deseando marcharse.

Pasó otra semana de noches en vela y días extenuantes, dormitando con el tequila que tomaba. Hasta el día en que anunció que debía regresar a Washington.

—Yo te llevo —se ofreció ella, y Shep negó con la cabeza. Allegra tenía que reincorporarse al trabajo, pero llamaría por teléfono para decir que no se encontraba bien—. Estás agotado.

Ella también lo estaba, de observarlo constantemente, buscando indicios de peligro. Shep mostraba una irascibilidad inaudita en él hasta la fecha, y mal genio. Se ponía furioso sin motivo, le gritaba y acto seguido pedía perdón.

—Cogeré el tren. Tú debes volver al trabajo.

Allegra ya había hecho de niñera lo suficiente. La estancia de casi tres semanas había sido un infierno para los dos. El que había vuelto a casa era un animal peligroso, de lo cual ambos eran conscientes. Una fiera descontrolada, dispuesta a matarla en un santiamén. Allegra le tenía miedo, aunque intentaba con todas sus fuerzas evitarlo. A veces había momentos, unos segundos, de ternura, en los que él volvía a ser el hombre con el que se había casado, el chico del que se enamoró. No le cabía duda de que seguía ahí dentro, y anhelaba que Shep se reencontrase con él y se zafara de la bestia salvaje en la que se había convertido. Pero Shep era ambas cosas ahora, sin posibilidad de separarlas ni de controlar a ninguna. Los atisbos del Shep de antaño eran escasos.

—Puedo alargar el permiso —le aseguró Allegra—. Te acompañaré a Washington. Te han destinado allí hasta junio, así que puedes buscar ayuda entretanto.

Él la miró con gesto inexpresivo, como si le estuviera hablando en un idioma que ni entendía ni deseaba entender.

—He de regresar a Bagdad. Me necesitan allí.

—Pues yo te necesito aquí —repuso ella en un tono más cortante de lo que pretendía.

Pero lo necesitaba entero y cuerdo, y no lo estaba ni por asomo. Gritaba en sueños cada vez que se dormía y se despertaba empapado de sudor, con la cama hecha una sopa, como si hubiera vertido cubos de agua encima. Ella oreaba el colchón y cambiaba las sábanas en silencio cuando se levantaba.

—¿Por qué quieres tenerme cerca? —le preguntó con desánimo en uno de sus momentos más lúcidos, con manifiesto arrepentimiento en la mirada.

—Porque te quiero y soy tu mujer —respondió Allegra sin vacilación.

Había acumulado una vida entera de amor para Shep, y no se le estaba agotando ni mucho menos. Tenía la convicción de que podía curarse, y pretendía estar pendiente de él hasta que recuperara la cordura. Otras guerras habían creado hombres como Shep, muchos de los cuales se habían curado. Convencida de que el amor podía lograr cualquier cosa, estaba dispuesta a intentarlo, y se negaba a darse por vencida.

Cuando Allegra prolongó el permiso navideño con el pretexto de que se encontraba mal, Philippa la llamó para ver cómo estaba.

—Estoy bien —le dijo, aunque no lo parecía.

—¿Es por él? ¿Volvió en malas condiciones? —preguntó Pippa, preocupada.

Estaba al corriente de que Shep tenía previsto regresar. Allegra había vivido con esa ilusión todo el año.

—Se encuentra bien. La vuelta siempre requiere adaptación —dijo Allegra procurando aparentar más ánimo del que sentía.

—¿Puedo ayudar en algo?

—No, estamos estupendamente —respondió, al tiempo que contenía las ganas de llorar.

No quería que nadie supiera lo mal que estaba él, y no tenía a nadie a quien confesárselo. Por su parte, Pippa no podía hacer nada. Era preciso que Shep acudiera a los profesionales castrenses que trataban a hombres en su situación a diario, a hombres destrozados por las expectativas que imponía su condición de militares. Solo ellos podían curarlo. De eso estaba segura, pero Shep no daba su brazo a torcer. No quería ayuda, solo quería irse antes de volver a hacerle daño o incluso algo peor.

En efecto, trató de estrangularla de nuevo una noche, cuando se quedó dormido en la cama viendo la televisión y Allegra se tendió a su lado con tal de sentir su calor durante unas cuantas horas. El episodio se repitió otra noche de terror, y en aquella ocasión a punto estuvo de ahogarla. Ella ya estaba perdiendo el conocimiento cuando él se despertó. Tras cerciorarse de que se encontraba bien, se pasó varias horas encerrado bajo llave en el cuarto de baño. Temiendo que hiciera algo drástico, Allegra le rogó con voz afónica que saliera. Cuando lo hizo, llevaba puesto el uniforme. Iba limpio y afeitado, y al menos a simple vista parecía en calma y en su sano juicio.

—Voy a volver a Washington —anunció con una mirada que reflejaba todo lo acontecido—. No quiero hacerte daño, Allegra. No

puedo quedarme aquí.

Ella no discutió. Sabía que era cierto.

—Voy contigo —insistió—. Es necesario que ingreses en un hospital, Shep.

—Sí, en un hospital psiquiátrico —dijo él con la mirada desquiciada —, como un lunático. —En ese momento se odiaba a sí mismo por lo que le había hecho.

—No eres ningún lunático. Padeces un trastorno por estrés postraumático, fatiga de combate o como quiera que prefieras llamarlo.

—Igual que cualquier soldado en Irak. No es posible hospitalizarlos a todos.

Los demás no intentaban estrangular a su esposa durante sus horribles pesadillas nocturnas. No obstante, se suponía que debían asesinar prácticamente a diario. A esas alturas, Shep ni siquiera sabía quién era el enemigo; era él mismo.

—¿Por qué te empeñas en no dejar que te acompañe? —preguntó ella, suplicándoselo con la voz ronca debido a la agresión.

—Porque resolver esto es cosa mía. Tú no te mereces esto —dijo en voz queda, y por un instante aparentó estar en pleno uso de sus facultades.

El Shep al que Allegra conocía continuaba ahí dentro, en alguna parte, mantenido en cautividad por el enfermo. La miró fijamente con gesto anhelante, pero no se le acercó ni hizo amago de besarla. Ella, aunque deseaba abrazarlo y consolarlo, sabía que sería imposible. Él no lo permitiría; albergaba el gran temor de perder el control de nuevo, quizá incluso estando despierto. Ninguno de los dos podía predecir lo que sería capaz de hacer.

Enfiló hacia la puerta con el macuto en la mano. Había metido en él todo cuanto había traído consigo. Aunque no lo reclamaban en Washington hasta pasada otra semana, tenía claro que debía irse cuanto antes. Se volvió para mirarla y, sin mediar palabra, se fue. Instantes después ella cayó en la cuenta de que no se había despedido. Inmóvil, oyó el eco de sus pasos por las escaleras mientras le venía a la memoria un aluvión de recuerdos de su madre. Shep también se había olvidado de decirle adiós. Allegra confiaba en que regresara, en que tan solo se tratase de una mala racha que debían superar. Procuró ser valiente, pero rompió a llorar de todas formas. Se sentía como si hubiera perdido al único hombre al que había amado en su vida, el único que la amaba.

Sin embargo, Allegra no estaba dispuesta a claudicar. Iba a luchar para salvarlo y recuperar al Shep que conocía y amaba. También amaba al enfermo, pero era peligroso. Ambos lo tenían presente. Se sentó en el sofá, temblorosa, recordando la expresión de sus ojos al marcharse; las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Solo podía pensar en que a los seis años había sido más valiente. Pero en los diecisiete años transcurridos desde entonces había recorrido un largo camino. Se veía capaz de afrontar cualquier cosa menos perder a Shep. Todas las personas a las que había querido en su vida la habían abandonado, y ahora Shep también. Rezó para no perderlo, y le aterró la idea de haberlo perdido ya. Esta vez había regresado de Irak un desconocido que se había llevado consigo al Shep al que ella amaba, dejándola completamente sola de nuevo. La soledad era un particular infierno que conocía de sobra. Y ahora también era el infierno de Shep.

8

Tras pasar la noche en vela, al día siguiente de que Shep se marchara, Allegra se fue a Washington en tren. Trató de concertar una cita con el comandante al mando de la unidad de su marido, pero se encontraba demasiado ocupado para atenderla. Ella no era nadie, la simple esposa de un joven oficial; el comandante tenía cosas más importantes que hacer. Finalmente consiguió que la recibiera un psicólogo, al que informó de que Shep padecía algún tipo de trastorno por estrés postraumático y necesitaba tratamiento. Le relató los incidentes que se habían producido cuando intentó despertarlo de sus terrores nocturnos para calmarlo. El psicólogo escuchó en silencio, sin aparente extrañeza.

—A algunos hombres les cuesta aclimatarse a la normalidad. Existe un factor de choque cultural y, en algunos casos, de fatiga de combate. La mayoría de ellos lo superan una vez que finalizan la misión en el destino. Si se determina que el capitán Williams sufre un TEPT, es probable que pase una temporada aquí en Washington antes de que lo reasignen a una zona de combate.

No se inmutó por lo que Allegra le había explicado, daba la impresión de que lo ponía en tela de juicio, y la trató como a una chiquilla ingenua. Ella prefirió no enseñarle los cardenales del cuello a modo de prueba. No quería causarle problemas a Shep, o

humillarlo; deseaba conseguirle ayuda. Así pues, puso al psicólogo al corriente de que era nieta del general Tom Dixon y le dijo quién era su difunto padre. Eso sí que lo impresionó. Aun así, insistió en que Shep no había tenido ningún problema en cumplir con su cometido en Irak ni había mostrado ningún indicio de lo que ella describía. En vista de que no llegaba a ninguna parte con él, regresó al hotel.

Telefoneó en varias ocasiones a Shep, pero este no le devolvió las llamadas. Cuando finalmente la llamó, estaba enojado por que hubiera ido a hablar con el psicólogo.

—¿Qué pretendías? ¿Que me encierren o me recluyan en un pabellón psiquiátrico?

—Mi intención era conseguir ayuda. —La voz se le entrecortó al responder; la desesperación llenaba sus pulmones—. No quiero que te hundas por lo que te están obligando a hacer allí.

—Es demasiado tarde, Allegra —dijo Shep con tristeza.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó ella, aunque ya sabía la respuesta antes de oírla.

—Voy a volver. Aquel es mi sitio ahora. No quiero hacerte daño. Podría haberte matado cualquiera de esas noches. Ni siquiera me di cuenta de quién eras hasta que estuviste a punto de morir asfixiada.

Allegra era plenamente consciente de lo ocurrido. Desde el principio supo que el ejército lo echaría a perder. Shep no era un asesino nato como Bradley, al que el ejército, incluso así, también corrompió. Su padre había sido incapaz de sentir nada por otro ser humano, por su hija, por sus padres o por su esposa. Allegra no culpaba a su madre por haberlo abandonado. Le reprochaba no habérsela llevado consigo cuando se fue. Pero, claro, para Isabelle abandonar a Bradley fue la vía de escape más conveniente para

librarse de su hija al mismo tiempo. Eso era lo que Allegra le recriminaba, no que se divorciara de Bradley. Ella se habría divorciado de él también, o, para empezar, de ningún modo se habría casado con él. En aquel entonces, Isabelle desconocía dónde se estaba metiendo. Allegra lo comprendía mejor que su madre. Y se resistía a perder a Shep. No iba a huir, deseaba estar a su lado.

—No quiero que vuelvas a Irak —le rogó—. ¿Puedo verte?

Tras unos instantes de vacilación, él respondió en tono tajante:

—No, no puedes. ¿Acaso no has tenido suficiente? ¿Qué más quieres? ¿Que acabe contigo entre sueños la próxima vez que tenga una pesadilla? Olvídame, Allegra. No soy el chico del que te enamoraste a los dieciséis años en Newport. Ese chico está muerto.

—Eres el hombre con el que me casé —replicó ella con convicción.

—No, qué va. —Lo creía firmemente—. Ahora mismo no sé qué fue de aquel hombre. Se perdió en estos dos últimos años y no va a volver, Allegra.

—Podría volver si te quedaras y buscaras ayuda.

—¿Y qué pueden hacer? ¿Borrar de mi mente todo lo que he visto allí, hacerme olvidar lo que he hecho, lo que me obligaron a hacer? He asesinado. He presenciado torturas, incluso las he ordenado. Eso no se olvida. —Estaba llorando, lo mismo que ella—. Debo regresar. Aquel es mi sitio. Si vuelvo contigo, tarde o temprano acabaré haciéndote daño. Tú eres joven, tienes toda la vida por delante. Encontrarás a un hombre mejor.

—Yo no tengo nada sin ti, Shep. Te lo suplico, no renuncies a lo nuestro. No te vayas.

—Ya ni siquiera sabes quién soy. Y yo tampoco.

Los mayores temores de Allegra se habían materializado. Su peor pesadilla era una realidad: lo habían echado a perder, lo habían roto. Alcanzaba a notar cómo se le escurría de entre las manos, como si estuviera ahogándose, hundiéndose bajo la superficie.

—He de colgar —dijo él en tono inexpresivo.

—No te vayas otra vez, Shep. ¿Nos veremos mañana? —Él no respondió—. Por favor —musitó Allegra.

—Te llamaré —dijo Shep y, al cabo de un minuto, colgó.

Ella permaneció despierta tendida en la cama toda la noche, el día siguiente se quedó en la habitación del hotel esperando su llamada y por la noche lo telefoneó. La persona que le respondió en el cuartel le comunicó que se había ido. A Allegra le extrañó la manera en la que lo dijo.

—¿Adónde?

No se trataba de información confidencial, de modo que tenía claro que podía revelarlo.

—Ha tomado un vuelo a Bagdad esta mañana.

La noticia fue un jarro de agua fría para Allegra. Además, significaba que él ya tenía planeado marcharse cuando hablaron la noche anterior. Shep había solicitado que adelantaran su viaje, pues de lo contrario no lo habrían enviado allí con tanta premura. Ella, por su padre, conocía el procedimiento.

—Gracias —dijo con un hilo de voz, y colgó.

Se había ido sin despedirse de ella una vez más. Regresó a Nueva York en el último tren; era incapaz de pasar otra noche en la habitación del hotel.

Allegra llegó al apartamento a las dos de la madrugada. Se sintió muerta por dentro al entrar. En el armario había quedado la ropa de

calle de Shep, pero nada más. Se tumbó en la cama, donde había sufrido la agresión. No se lo echaba en cara; se hacía cargo de que estaba enfermo, y Shep también. Era el ejército el que lo negaba. Su estado era mucho peor de lo que se figuraban. Por supuesto, habían visto miles de casos como el suyo anteriormente, y no les sorprendía. Si agredía a alguien se verían obligados a tomar medidas, pero, hasta entonces, siempre y cuando continuase en activo y cumpliera con su cometido, harían la vista gorda. Despachar a casa a todos aquellos afectados por la dureza de la experiencia en lugares como Irak, donde las reglas eran diferentes, los dejaría sin nadie sobre el terreno para desempeñar la labor. Shep había decidido regresar a sacarles las castañas del fuego y abandonar a Allegra; la amaba demasiado para seguir con ella. Le había dicho que se merecía algo mejor, pero ella lo quería. Lo amaba, y era su esposa. Además de su esposo, él era su familia, la única persona que le quedaba del pasado. Habían sido siete años de amor por él, desde los dieciséis. Le profesaba todo el amor que albergaba su corazón y que nadie había querido jamás. Y ahora Shep también lo despreciaba, se lo devolvía todo. Ya no deseaba que siguiera amándolo. Era el último regalo que le hacía. Y la había dejado sola. Para ella fue un golpe mortal.

Con un esfuerzo enorme y una férrea disciplina, Allegra fue a trabajar al día siguiente. A Pippa le dio la impresión de que tenía un aspecto terrible y le preguntó si se encontraba bien. Estaba lívida, con bolsas oscuras bajo los ojos. Se había puesto un fular alrededor

del cuello para ocultar los cardenales, aún visibles. Su mirada reflejaba una absoluta devastación.

—¿Ha vuelto a Washington tu marido? —le preguntó Pippa con delicadeza.

No se le pasó por la cabeza que hubiera regresado a Irak, y Allegra no se lo aclaró. Aún se aferraba a la esperanza de que volviera, que cambiara de parecer, que los militares advirtieran que algo no iba bien, o que se derrumbara y lo despacharan de vuelta. Cualquier cosa era mejor que reanudar su labor, en otra misión, cosa que agravaría el daño que ya estaba hecho. Esperaba que la fortuna interviniera de alguna manera, por arte de magia, pero fue en vano; tampoco le había enviado jamás a su madre de vuelta ni había hecho que sus padres la quisieran.

Le constaba que Shep la había querido. Al principio, él esperaba que su matrimonio secreto lo protegiera, pero ni siquiera el amor de Allegra fue lo bastante fuerte para salvarlo de lo que se vio en la tesitura de afrontar en Irak. Aquello iba demasiado en contra de su naturaleza, le desgarró el alma y lo trastocó por completo. Shep tenía razón; el hombre que había regresado a Bagdad no era el chico al que había conocido en Newport. Estaba poseído por un peligroso desconocido, un dragón que lo devoraba, tal como ella anticipó que ocurriría. Ni siquiera los hombres como su padre salían indemnes de aquello. Su padre había vendido el alma al diablo muchos años atrás, incluso antes de conocer a su madre. El diablo con el que Shep se había topado en Irak engullía a los muchachos ingenuos como él de un bocado.

Durante las dos semanas siguientes, Allegra, sin la menor idea de qué hacer a continuación salvo trabajar, se limitó a realizar las funciones inherentes a su puesto como una autómata. Escribió una carta a Shep, en la que le dijo lo mucho que lo amaba. Tenía presente que se trataba de un gesto baldío, tan inútil como las cartas que le habría gustado escribir a su madre. Lo hizo de todas formas, con la certeza de que el mensaje llegaría a sus manos, aun cuando él no respondiera. Al menos se lo dijo de nuevo. Sabía que él la quiso en su momento, a pesar de que ya no fuese capaz de amarla. La había abandonado para protegerla, ya que la única forma posible de demostrar que seguía queriéndola era poniendo tierra de por medio.

Allegra consiguió editar dos manuscritos y terminarlos, aunque apenas podía concentrarse en el trabajo. Pippa percibía el tremendo bache que estaba atravesando, a pesar de que Allegra rehuía el contacto estrecho con cualquiera. Se mostraba parca en palabras y pugnaba por mantener el tipo a duras penas. Había sufrido reveses antes, pero nunca tan fuertes o devastadores como este. Se sentía como si le hubieran arrancado el corazón o cercenado una pierna. Luchaba para no morir desangrada, y todavía confiaba en que Shep recobrase la cordura, en que recuperase lo que quedaba de él, pese a que sabía que era improbable.

Jane March la llamó para invitarla a almorzar; Allegra no le devolvió la llamada. Era superior a ella. Se limitaba a sacar adelante el trabajo, nada más. Permaneció dentro de su caparazón, tan desgarrada como cuando la abandonó su madre.

Dos semanas después de que Shep se marchara a Irak recibió un grueso sobre del departamento jurídico militar con un puñado de documentos en el interior. Cuando les echó un vistazo, su corazón recibió el golpe de gracia: Shep había presentado la demanda de divorcio antes de irse. Se trataba de un trámite relativamente sencillo para un matrimonio de corta duración. Dos años no eran nada, y no tenían hijos ni propiedades. Alegaba diferencias irreconciliables como causa del divorcio. Había fijado una cuantía de acuerdo con la ley, tomando como referencia su salario, como manutención mensual durante dos años, la duración del matrimonio. Ella escribió en el formulario que declinaba el apoyo económico. No quería su dinero. Aun cuando hubiera estado pasando hambre, que no era el caso, lo habría rechazado. También la entristeció que su familia política nunca hubiera tenido conocimiento de su matrimonio. Cuando se casaron, Shep temía que sus padres se opusieran porque ambos eran muy jóvenes, y posteriormente, cuando se fue a Afganistán, resultó más fácil no ponerlos al corriente. Ahora jamás se enterarían de que habían tenido una nuera durante dos años. Estaba segura de que Shep nunca lo mencionaría, dado que había solicitado el divorcio.

Lo sintió como el rechazo más absoluto, igual que el abandono por parte de su madre. Isabelle abandonó a su hija, y ahora era su marido quien la abandonaba. El padre de Allegra también se había desentendido de ella a su manera. Tenía la sensación de haber comenzado la vida con mal pie. Era un esquema que por lo visto resultaba imposible de romper. Ahora no tenía a nadie. Ni siquiera a su abuela, que durante tantos años se mostró renuente a acogerla, aunque ella, de habérselo permitido, le habría dado su cariño desde

muy temprana edad. Sin embargo, fue un estorbo para sus abuelos hasta que se hizo mayor.

Siempre hubo alguna razón para que las personas importantes de su vida la abandonaran o la rechazaran. Shep era el único a quien había amado y que le había correspondido, y ahora también le fallaba. Fue el mayor revés de todos.

Tardó tres semanas en armarse de valor, pero rellenó los papeles del divorcio y los envió. Shep no respondía a ninguna de sus cartas. La había apartado totalmente de su vida. Llevaba ausente cinco semanas cuando ella cumplimentó los documentos con gran pesar. No deseaba divorciarse; quería seguir casada con él, y todavía no había tenido la oportunidad de disfrutar de su vida en común. Shep se había casado con Allegra porque lo iban a mandar a Afganistán y pensó que el matrimonio lo protegería por arte de magia. Ahora, en cambio, pretendía divorciarse para protegerla, o eso decía. Fuera cual fuese el motivo, la estaba dejando sola en el mundo, desamparada. No estaba dispuesto a luchar por su matrimonio ni a pedir ayuda. Al contrario, volvía a lanzarse de cabeza a aquello que tanto perjuicio le había causado desde el principio y a buscar refugio allí. Lo consideraba el único lugar al que podía ir, junto a otros que estaban tan rotos como él.

Todos los hombres con los que Shep trabajaba en el área de inteligencia eran militares de carrera, a menudo casados con personas que procedían de familias de militares y conocían y aceptaban esa forma de vida, de modo que entendían los inconvenientes que conllevaba. Los matrimonios de otros, casados con gente del «mundo de fuera», de fuera del ejército, por lo general duraban poco, con el marido ausente al otro lado del

mundo. Algunos cumplían sus promesas, llevar a cabo una misión y luego buscar un empleo en Estados Unidos, dentro o fuera de las fuerzas armadas. Él podría haberlo hecho, pero ni siquiera se lo había planteado. La guerra de Irak lo había abrumado, engullido y devorado, y ahora estaba atrapado por decisión propia.

Allegra no sabía qué hacer. Con lo que había heredado de su abuela y su padre, disponía de suficiente dinero para salir adelante durante una temporada. Podía arreglárselas con eso hasta encontrar otro trabajo. Pese a que le gustaba el que tenía en la editorial, y trabajar con Pippa y los escritores cuyos libros editaba mientras esperaba el regreso de Shep, ahora había dejado de tener sentido. Todo le recordaba a él: el apartamento que habían compartido en los intervalos entre misiones, la ciudad donde iban a establecerse. Ya no sentía ningún apego por Nueva York, nada que la atase allí excepto los recuerdos de lo que pudo haber sido y las esperanzas que se truncaron tan brutalmente cuando él se fue. Sin la casa de Newport, no tenía dónde escapar. Se había vendido en un abrir y cerrar de ojos, junto con todo el mobiliario, para gran alivio de Isabelle.

Allegra cumplió los veinticuatro en primavera y se sintió como una hoja arrastrada por el viento. Tras sopesar la idea durante dos meses, fue a ver a Pippa después de su cumpleaños. Allegra nunca le había explicado exactamente lo que estaba pasando, pero Pippa sabía que algo terrible había sucedido, aun así, prefirió no inmiscuirse hasta que Allegra deseara contárselo.

Allegra se sentía despreciada, rechazada. Había fracasado y la habían abandonado de nuevo. Ansiaba huir y esconderse, pero no tenía ningún sitio donde refugiarse, ni motivos para ir a ninguna

parte. Llevaba tres meses desolada cuando decidió presentarse en el despacho de Pippa, después de un solitario fin de semana en el que leyó acerca de varias ciudades que no conocía. Se había pasado la vida entera en la costa este: Nueva York, Washington, el internado de Massachusetts, el campamento de Maine, de visita en casa de sus abuelos en Newport después del campamento, antes de iniciar el curso.

En la costa oeste no había editoriales dignas de mención, pero eso era lo de menos. Necesitaba comenzar de cero, un lugar donde nadie la conociera ni supiera nada de ella. Se informó sobre San Francisco, pero llegó a la conclusión de que era una ciudad demasiado pequeña. Aunque allí se ofertaban buenos puestos para técnicos, carecía de formación para postularse. La industria cinematográfica de Los Ángeles le suscitaba interés, si bien tampoco contaba con experiencia en ese sector. Al final decidió elegir un destino al azar sin más, ir allí y buscar un empleo más adelante. Y si no le gustaba, siempre cabía la posibilidad de regresar.

Pippa había tratado con editoras jóvenes durante muchos años y, a juzgar por la expresión de Allegra y sus hombros hundidos, supo que no era portadora de buenas noticias. Había visto a otras chicas machacadas por Nueva York; era una ciudad dura. Se había encontrado con algunas que se marchaban debido a un desengaño amoroso, a relaciones que no funcionaban, a bodas y compromisos cancelados o a divorcios. Sin embargo, había una tristeza tan profunda en el semblante de Allegra que a Pippa se le partió el alma con solo mirarla. Saltaba a la vista que Allegra había pasado una mala racha en los últimos meses. Su rostro carecía de la luz y la emoción que reflejaba al principio, y todo cuanto Pippa percibió en

ese momento era aflicción; la envolvía como un manto. La pena y la pérdida eran patentes en sus ojos, y hasta su resplandeciente melena pelirroja, recogida en un austero moño, de pronto parecía apagada. Llevaba meses sin maquillarse y se había puesto zapatos planos, una vieja falda negra sin gracia y un suéter gris que conservaba desde la universidad y del que debía haberse desprendido cuando se graduó. Pippa le sirvió una taza de té y aguardó a escuchar lo que quiera que Allegra fuese a decirle. Fuera lo que fuese, intuía que no iba a contarle toda la historia, como tampoco le había dicho al empezar a trabajar allí que estaba casada. Era una persona muy reservada.

—Tengo la sensación de que las cosas no te han ido muy bien últimamente —dijo Pippa con tacto—. ¿Es por el trabajo?

Allegra negó con la cabeza con aire acongojado.

—No, el trabajo es estupendo, y tú te has portado de maravilla conmigo. Además, me caen bien la mayoría de los escritores con los que trabajo, salvo unas cuantas excepciones.

Sonrió, y a Pippa le hizo gracia, ya que sabía de quiénes se trataba. Lidiaba con unos cuantos veteranos difíciles, pero alguien debía editar sus obras, y en ese aspecto Allegra siempre se lo tomaba con filosofía y nunca se quejaba.

—Soy yo. En los últimos meses han cambiado algunas cosas. —Respiró hondo antes de continuar, y Pippa aguardó. Era una mujer paciente que congeniaba con la gente joven. Estaba acostumbrada a escuchar sus problemas—. Shep decidió seguir en el ejército y regresó a Irak. Está teniendo…, le está pasando factura trabajar en una zona de combate. Su permiso de Navidad no fue bien. Necesita

ayuda y se niega a recibirla. Solicitó el divorcio cuando se marchó —explicó con mirada pesarosa a su jefa.

—Oh, Allegra, lo lamento. Sé que debe de ser duro —señaló Pippa —. Ojalá me lo hubieras dicho.

—Ahora no me retiene aquí absolutamente nada aparte de este trabajo. No quiero seguir en el apartamento. Él no piensa volver, por lo menos no conmigo. Sin mi padre y mis abuelos, no hay nada que me motive a quedarme aquí. No tengo familia y no sé adónde ir. —Los ojos se le anegaron de lágrimas al decirlo—. Necesito un cambio. Estoy barajando la idea de irme a Los Ángeles, a ver qué tal.

—Pensaba que te apasionaban los libros y las publicaciones —comentó Pippa.

—Ya, he pensado acerca de ello. Igual pruebo en el cine. Lo mismo acabo de camarera —dijo Allegra con aire perdido.

—Yo creo que te mereces algo mejor. Puede que empezar de cero sea emocionante, pero poner tierra de por medio no siempre es la mejor solución. Te llevarás los problemas contigo.

Pippa consideraba que Allegra necesitaba encontrar al hombre adecuado, o un trabajo más estimulante. Su mayor problema era que no había ni un alma en el mundo que se preocupase por ella. No era justo, pero era la suerte que le había tocado, y Pippa tenía la sensación de que trataba de sobrellevarlo de la mejor manera posible. No resultaba fácil, y nunca lo había sido. Su madre la apartó de su lado cuando era muy pequeña, la huida de su padre no mejoró la situación, ni la frialdad y la avanzada edad de sus abuelos, a quienes en realidad la niña les estorbaba. Y ahora su esposo, aquejado de serios problemas emocionales y psicológicos, se

divorciaba de ella. Suponía un golpe tremendo para Allegra. Pippa lo notaba en su semblante.

—Vayas a donde vayas, siempre tienes la posibilidad de volver —le recordó—. No te sientas atrapada dondequiera que vayas. Supongo que dispones de suficiente dinero para ir tirando durante una temporada, así que no tienes necesidad de aceptar un trabajo que detestes.

Allegra asintió con la cabeza a modo de conformidad.

—No tengo gran cosa, pero sí lo bastante para arreglármelas si me administro bien. Rechacé el ofrecimiento de Shep a ayudarme. Si no me quiere, yo no quiero su dinero, y sus padres no me tienen en gran estima. Ni siquiera saben que estuvimos casados. Él prefirió mantenerlo en secreto hasta que regresara de Irak, nos asentáramos aquí y los dos tuviésemos trabajos decentes. Pero como cambió de opinión respecto a abandonar el ejército, no llegamos a decírselo. Nuestra intención era demostrarles lo responsables que éramos. Y ahora estoy aquí sola como la una —dijo con tristeza.

—¿Por qué Los Ángeles? —le preguntó Pippa—. ¿Conoces a alguien allí? —Le picaba la curiosidad.

—Qué va. Eché un vistazo a algunas ofertas de empleo, y tenían buena pinta. Por lo visto hay un montón de agencias de empleo. Los alquileres parecen razonables, y el clima es agradable.

Todo lo que aducía tenía sentido, pero a Pippa se le antojaba ambicioso aclimatarse a otra ciudad, sin conocer a nadie, con veinticuatro años. No obstante, Allegra era una chica fuerte, y Pippa imaginaba que se desenvolvería y le iría bien si el pánico no se apoderaba de ella. Tenía la cabeza bien amueblada. Había dado

pruebas manifiestas de ello a lo largo de los siete meses que llevaba trabajando para ella.

—Si las cosas se tuercen y decides volver, quiero dejar claro que te contrataría de nuevo sin pensármelo dos veces. Eres una editora muy capaz, Allegra. Y sospecho que posees un talento innato para la escritura, si alguna vez te decides a ponerlo en práctica. Yo tengo mucha fe en ti.

Pese a la gran competencia existente en el ámbito laboral para gente de su edad, Allegra ya contaba con siete meses de experiencia, y Pippa pensaba dar buenas referencias de ella. Era una joven brillante y atractiva. Alguien la contrataría.

Pippa solo esperaba que diera con una persona decente, y que acudiera a una buena agencia. Le aconsejó que tuviera cuidado en ese sentido, y Allegra asintió con la cabeza. Su jefa deseaba que encontrase un magnífico empleo y comenzase una nueva vida que la hiciera feliz.

—¿Cuándo tienes pensado marcharte? —le preguntó, con la esperanza de que no fuera demasiado pronto y pudiera formar a otra persona que la sustituyera. Tardaría tiempo en encontrar a una persona digna de confianza que ocupara su puesto.

—Si me voy, he de desalojar el apartamento en un plazo de diez días. Me estaba planteando irme dentro de dos semanas. Puedo hospedarme en un hotel los últimos días.

A Pippa no le hizo mucha gracia que la informara con tan escasa antelación, pero el margen era el adecuado. Asintió con la cabeza, triste de verdad por que Allegra se fuera.

—Bueno, supongo que entonces no hay más que hablar. ¿Me prometes que te mantendrás en contacto conmigo? Me gustaría

estar al tanto de lo que haces, para quién trabajas y qué tipo de empleo consigues. Oye, no nos olvides —dijo, como si fuese una tía preocupada, y Allegra se conmovió.

No había una sola persona sobre la faz de la tierra a quien le importase lo que estaba haciendo o adónde se dirigiera, ni siquiera Shep después de formar parte de su vida durante ocho años. Que alguien mirara por ella la hizo sentirse bien. Allegra siempre había sido reservada y tenía pocos amigos. La única persona con quien había creado un estrecho vínculo era Shep.

—Gracias —dijo.

Pugnó por no llorar mientras Pippa la abrazaba. Quería ser valiente.

El departamento editorial dio una pequeña fiesta de despedida para Allegra con una tarta, y a esta le llegó al alma. Pippa se encargó de organizarla. Para entonces Allegra había empaquetado sus cosas y enviado los muebles a una entidad benéfica, de donde procedían la mayor parte, salvo los nuevos que había adquirido por Shep. Se deshizo de todo; no deseaba conservar recuerdos de su vida en común. Regaló sus libros a la gente del trabajo y envió las pertenencias de Shep a sus padres a Boston, sin más explicaciones; él podía decirles lo que se le antojara cuando le preguntasen de dónde procedían. También donó a la entidad benéfica los escasos utensilios de cocina que poseía, junto con la tostadora y el microondas.

Llenó tres maletas de ropa, gran parte de la cual usaba para el trabajo y sería demasiado abrigada para Los Ángeles, pero no tenía

dónde dejarla y necesitaría algunas cosas para trabajar una vez que encontrara un empleo. Su vestuario constaba de faldas y jerséis de estilo austero, algunas blusas, unos cuantos zapatos y bolsos y un abrigo grueso. No era derrochadora ni le había hecho falta un fondo de armario elegante en el mundillo editorial. Podía comprarse lo necesario cuando consiguiese trabajo. Se dio cuenta de que destruir una vida resultaba más fácil y rápido que construirla. No conservaba ningún recuerdo de su padre aparte de sus medallas, en una caja que cabía holgadamente en la maleta, y un sobre con fotografías de él y su madre. Tampoco es que tuviera muchas. Iba por la vida sumamente ligera de equipaje; lo poco que había acumulado era una señal reveladora. Guardó las fotografías que se había hecho con Shep en un sobre aparte, sin intención de mirarlas, simplemente le agradaba el hecho de saber que las tenía. Al fin y al cabo, había pasado la tercera parte de su vida con él.

Se emocionó al despedirse de Pippa.

—Recuerda que puedes volver cuando quieras. Ya te buscaremos un hueco —dijo Pippa, y lo dijo de verdad—. Oye, Allegra, asegúrate de que, dondequiera que acabes, la gente te trate bien. Te lo mereces. Ahora mismo tienes la sensación de estar desarraigada, pero echarás raíces un día. Esto no te volverá a pasar, como le ocurrió a Shep. Él es una víctima de su propia vida, y esto es lo que te hizo salir malparada.

Se quedó apesadumbrada mientras observaba a Allegra meterse en el ascensor. Ella también estaba triste. Pippa era su única amiga hasta la fecha, y una buena persona. No habían pasado muchas así por su vida.

Allegra puso rumbo a Los Ángeles en el vuelo de la mañana siguiente; desde el avión contempló Nueva York empequeñeciéndose hasta perderse de vista, entusiasmada y apenada al mismo tiempo. Esperaba que Pippa estuviera en lo cierto y que esto no se repitiera, el no tener un hogar ni nada a que aferrarse. La próxima vez que entregara su corazón tenía que ser a alguien que lo apreciara de verdad, no que pusiera pies en polvorosa y se olvidara de despedirse, como su madre y Shep. Ella se merecía algo más. Por primera vez lo creyó, pese a que aún no tuviera pruebas de ello. Se sentía como un globo que todo el mundo había soltado, elevándose hacia el cielo, a merced del viento, sola.

9

Los Ángeles le pareció grande y caótica al principio. Como no tenía claro adónde ir o dónde alojarse, decidió demorar la búsqueda de un piso hasta encontrar trabajo. La gran extensión de la ciudad le hizo darse cuenta de que necesitaría un coche. Alquiló uno en el aeropuerto, en una de las agencias que tenían ofertas a precios reducidos, y fue hacia el hotel de Santa Mónica, cerca de la playa, que había encontrado en un anuncio antes de irse de Nueva York, donde alquilaban habitaciones por semanas. Le gustaba la perspectiva de vivir junto al mar, al menos por ahora. Al día siguiente de su llegada se sentó en la playa, con tejanos y descalza, a disfrutar del sol. Tenía la sensación de estar de vacaciones más que buscando un nuevo hogar.

Pasó el fin de semana recorriendo varias zonas de Los Ángeles, como West Hollywood y Beverly Hills, demasiado caras para vivir. El domingo fue en coche a Malibú y vio las enormes casas de playa que albergaba. En Santa Mónica se respiraba un ambiente acogedor, pero tal vez estaría demasiado lejos del trabajo. Le sorprendió la gran cantidad de kilómetros que recorrió, pero le agradó. Experimentó una sensación de libertad, y aquello era completamente diferente a Nueva York. Cuando se marchó de Nueva York todavía

hacía frío, y en Los Ángeles el tiempo era cálido y agradable. De momento estaba contenta con su decisión.

Shep le venía a la memoria sin cesar. Cada dos por tres veía cosas que le apetecía contarle y enseñarle, y tenía que recordarse a sí misma constantemente que ya no estaba. Que ya no formaba parte de su vida ni lo deseaba. Era preciso que se hiciera a la idea de que estaba totalmente sola en el mundo de nuevo. Le constaba que podía llamar a Pippa si perdía el norte por completo, pero no estaba dispuesta a permitir que eso sucediera. Tenía la firme determinación de hacer que su nueva vida fuese viento en popa. No escribiría a su antigua jefa hasta que encontrase un empleo y un lugar donde vivir. De momento disponía de opciones, y le bastaba con complacerse a sí misma.

Allegra había estado sola antes, pero nunca hasta ese extremo. Siempre había mantenido un vínculo con alguien, con su padre en algún destino lejano o con sus abuelos, que si bien no fueron cariñosos o atentos con ella, al menos estuvieron ahí. Con su madre, sin embargo, jamás había contado. A lo largo de los últimos ocho años pudo acudir a Shep, pero ahora no había nadie, ni un alma sobre la faz de la tierra, que se preocupase por ella a excepción de Pippa, y esta se hallaba a más de cuatro mil kilómetros de distancia y era su antigua jefa, no una amiga. La sensación resultaba aterradora y liberadora al mismo tiempo; hasta ahora nunca se había sentido tan plenamente libre. No tenía necesidad de complacer a nadie más que a sí misma. Ella tomaría todas las decisiones.

Había mirado qué agencias de empleo había e ignoraba por completo cuáles eran las mejores. Le llamó la atención la que tenía el anuncio más atractivo. Daba la impresión de que se trataba de

una gran agencia, y ofrecía una gran cantidad de opciones. Según afirmaban, gestionaban empleos en la industria tecnológica, en empresas emergentes y en el ámbito de la publicidad y otros sectores creativos. Si bien no mencionaban el mundo editorial, ya que las editoriales importantes se ubicaban en Nueva York, a Allegra le atraía la industria del entretenimiento, así como los «sectores creativos», expresión que parecía un comodín para referirse a cualquier cosa. Decidió telefonear a esa agencia primero, y explicó que estaba buscando trabajo. Una recepcionista le respondió en tono profesional que rellenara el cuestionario de la página web y que volviera a llamar más tarde para concertar cita con uno de los agentes.

Tardó una hora en responder a todas las preguntas relativas a su formación, experiencia laboral, orígenes, antecedentes penales, listado de expectativas para el tipo de empleo que buscaba y el rango salarial. Tomó como base el sueldo que había cobrado como editora júnior en sus primeros tiempos en Nueva York, que desde su punto de vista no era gran cosa.

Tras enviarlo, se fue a dar un paseo por la playa y, al cabo de dos horas, volvió a ponerse en contacto con la agencia. Le cabía la duda de que un agente hubiera revisado ya el cuestionario, pero estimó oportuno comprobarlo. Respondió la misma recepcionista, le pidió que esperase un momento y preguntó si alguien había procesado la solicitud. Una agente veterana lo había hecho, y le indicó a la recepcionista que concertase una cita para el día siguiente a las diez. Había varias cosas en las respuestas de Allegra que intrigaban a la agente y esta quería verla, comprobar si era sincera y cómo se presentaba, antes de asignarle alguno de los empleos que figuraban

en el listado de ofertas. Por pura suerte, Allegra se había puesto en contacto con una de las mejores y más pujantes agencias de Los Ángeles. La recepcionista volvió al teléfono y le comunicó la hora de la cita para el día siguiente. Allegra se sintió satisfecha por la rápida respuesta.

—¿Y con quién voy a reunirme? —preguntó.

—Con Carly Forrest. Es una de las dueñas —respondió la mujer.

La empresa se llamaba Forrest, Duvall & Stein. Allegra le dio las gracias y, después de colgar, se dirigió a la habitación del hotel, contenta. La cita suponía un avance, o al menos un comienzo. Tras revisar las maletas para decidir qué ponerse al día siguiente, se decantó por un traje de lino azul marino con una sencilla blusa blanca y unos zapatos de tacón, aunque no demasiado altos. Como en la habitación había plancha y tabla de planchar, repasó la blusa y el traje. Le extrañó no estar asustada; la emocionaba la perspectiva de la entrevista, y se preguntó a qué tipo de trabajos la enviaría Carly Forrest como candidata. No estaba segura de si su experiencia como editora sería relevante. Tendría que esperar a averiguarlo.

Le costó conciliar el sueño esa noche, y estuvo viendo la televisión hasta que se quedó dormida. Tuvo que apartar a Shep del pensamiento sin cesar. No podía ponerlo al corriente de la entrevista ni podría pedirle consejo después como hizo cuando buscaba trabajo en Nueva York. Esta vez se hallaba en Los Ángeles por él. Si él no hubiera dado al traste con su vida en Nueva York, dejándola en la estacada y presentando la demanda de divorcio, no habría ido a parar a Los Ángeles, a intentar labrarse un nuevo porvenir, de modo que no tenía nada más que decirle. Después de ocho años

admirándolo, le costaba acostumbrarse. Ahora era preciso que todo eso cambiase. Estaba totalmente sola.

Carly Forrest, una mujer alta, esbelta y rubia con un bonito corte de pelo, iba vestida con un traje pantalón beis y tacones altos. Allegra advirtió que la agente la examinaba detenidamente, con la esperanza de que diera su aprobación. El traje azul marino que había escogido era más propio del estilo de Nueva York que de Los Ángeles, pero le confería un aire profesional y discreto.

Carly le hizo una larga lista de preguntas muy específicas que no figuraban en el formulario, y a continuación se reclinó en el asiento y la observó. A la agente la intrigaba.

—Allegra, ¿puedo preguntarte qué te trajo a Los Ángeles? —Carly mostraba interés y prestaba mucha atención—. ¿Fue por un hombre?

En efecto, pero no por la razón que cabría pensar. Cuando Shep la abandonó, Allegra renunció a su vida en Nueva York y se trasladó al oeste, pero se lo calló.

—No, qué va —dijo sin más.

—¿Tienes amigos o familia aquí?

Allegra negó con la cabeza.

—No, me apetecía un cambio, este me pareció el lugar adecuado.

—¿Crees que te afincarás aquí?

—Eso espero. Me gusta lo que he visto hasta ahora. Nunca había estado en Los Ángeles.

—¿Había cosas relativas a tu trabajo en Nueva York que no te gustaran?

—No, me encantaba. Me gustaba trabajar en el sector editorial, pero sé que aquí no hay una industria editorial reseñable.

—Se publican algunas revistas, si surge algo en ese sector. Tú tienes mucho que ofrecer, Allegra, una excelente educación en un magnífico internado, un título de la Universidad de Columbia e inmejorables referencias de tu primer trabajo. Contamos con diversos clientes que estarían interesados en ti, si a ti te interesan los puestos que ofrecen. Por desgracia, en estos momentos no tenemos ninguno que requiera tus competencias para la edición. Recibimos una gran cantidad de llamadas de celebridades que buscan ayudantes. Se trata de empleos que pueden ser muy absorbentes y que interferirían con tu vida privada. En Los Ángeles mucha gente de la industria del entretenimiento se aprovecha del tiempo libre de sus ayudantes y los llaman a todas horas. ¿Eres flexible en ese sentido?

—En principio sí. No me importa trabajar durante largas jornadas, a menos que me llamen por teléfono a las cuatro de la madrugada —bromeó Allegra.

—Algunos lo hacen —dijo Carly Forrest—. Nosotros, como es natural, lo desaconsejamos, pero, dependiendo de quién se trate, se da el caso. Tengo algunas descripciones de puestos para que les eches un vistazo.

Carly imprimió cuatro folios y se los tendió a Allegra para que los leyera. Una de las ofertas era el puesto de gerente de un restaurante de moda, labor que Allegra no deseaba desempeñar. Requería trabajar hasta altas horas de la noche, y además ella carecía de experiencia. Otra era un empleo de ayudante personal de una estrella de cine muy conocida. Carly le advirtió que la actriz

exigía flexibilidad horaria y la condición de que su ayudante estuviera disponible las veinticuatro horas, además el trabajo requería viajar. Según la agente, se trataba de un puesto muy bien pagado pero exigente, e incluía un complemento para ropa que a Allegra le traía sin cuidado. Sus necesidades no eran excesivas.

Había una famosa pareja hollywoodense de avanzada edad que buscaba una ayudante para los dos. Eran octogenarios y llevaban una vida muy tranquila. A Carly le preocupaba que pudiera aburrirse, pero, como el marido estaba escribiendo su autobiografía, cabía la posibilidad de que incluyese labores de edición, cosa que a Allegra le gustó.

Por último, había un puesto de secretaria del presidente de un banco, estrictamente de nueve a cinco, sin horas adicionales.

—Todos me parecen interesantes, excepto el del restaurante —dijo Allegra.

—¿Aceptarías que te entrevistaran para los otros tres? —le preguntó Carly.

—Sí —respondió Allegra.

Había oído hablar de las tres estrellas de cine. Por otro lado, poseía los conocimientos de informática que requería el puesto de ayudante del presidente de la entidad bancaria, así que estaba cualificada.

—Me pondré en contacto con ellos para concertarlas, y te avisaré en cuanto tenga noticias —dijo Carly.

Allegra la había impresionado, aunque todavía le resultaba chocante que se hubiera trasladado a Los Ángeles sin tener el menor vínculo con la ciudad. El mundo de la interpretación no figuraba entre sus aspiraciones, de modo que ese no era el motivo de su

traslado allí. Carly la encontró un pelín misteriosa, si bien le agradó todo lo que vio en la entrevista. Allegra era cortés, educada, inteligente y, a simple vista, muy profesional y madura para su edad.

Carly telefoneó a Allegra a última hora; los tres clientes deseaban conocerla. La agente había fijado el encuentro con los clientes del mundo del cine para el día siguiente y con el banquero para el día después.

—Y ya veremos qué más surge.

Le envió las direcciones por correo electrónico, y la mañana siguiente, Allegra salió del hotel temprano para llegar puntual a la primera entrevista. La actriz, que vivía en Bel-Air, era la primera. Allegra puso el GPS para localizar la casa. Era impresionante; una criada la condujo a la planta de arriba, a lo que resultó ser el dormitorio de la actriz. Esta, metida en una bañera redonda en un cuarto de baño de mármol rosa que Allegra alcanzó a ver desde el dormitorio, la hizo pasar. Allegra se encaminó hacia el baño con vacilación: la estrella estaba desnuda en la bañera. Era una mujer hermosa, y se mostró muy agradable. Ella se sintió cohibida al reunirse con la actriz como Dios la trajo al mundo y procuró disimularlo mientras la mujer le preguntaba por su trabajo anterior y si estaba dispuesta a trabajar los fines de semana. Allegra trató de no mirarla al responder a las preguntas. A continuación, la mujer se puso de pie en la bañera y le pidió que le pasara una toalla, lo cual Allegra hizo intentando fingir naturalidad.

—Perdona, tengo una reunión con un director esta mañana y se me está haciendo tarde. Siempre organizo reuniones para cuando estoy en la bañera. Odio desperdiciar el tiempo. ¿Tienes marido, hijos o novio? —preguntó, al tiempo que se liaba la toalla.

Tenía un cuerpo espectacular, que a Allegra le incomodó ver tan al desnudo.

—Ninguna de las tres cosas —respondió.

—Bien. Es que a veces llamo a horas intempestivas. Según la agencia, no te importa trabajar hasta tarde. Y viajarías conmigo, por supuesto. ¿Se te da bien arreglar el pelo?

—¿El pelo? —Allegra se quedó perpleja.

—¡Sí, el pelo! —exclamó ella, recogiéndose la cabellera rubia sobre la coronilla—. Yo me llevo a un peluquero a los eventos mediáticos y a las galas con alfombra roja. Para los eventos particulares, podrías peinarme tú misma. Por cierto, qué chulo tu color de pelo. Yo siempre he querido ser pelirroja.

—Oh, gracias —dijo Allegra, sin salir de su asombro al descubrir que tendría que hacer las veces de peluquera.

Al parecer, el puesto de ayudante personal tenía más de personal que de ayudante, y ya se imaginaba atendiendo llamadas telefónicas a las dos de la madrugada. Todo indicaba que la actriz daba por sentado que Allegra no tenía vida privada en absoluto. Las condiciones le resultaban mucho más intrusivas de lo que estaba dispuesta a tolerar, en particular las reuniones mientras la mujer se bañaba.

Se escabulló de la entrevista educadamente mientras la estrella campaba a sus anchas por la habitación con la ropa interior en la mano, aún sin ponérsela cuando Allegra se fue. Una vez en el coche, soltó un suspiro de alivio y telefoneó a Carly. A la agente le indignó que la clienta se hubiera pavoneado desnuda y pidió disculpas a Allegra.

—Lo lamento. Hace eso cada dos por tres. Se siente muy orgullosa de su cuerpo. Nunca usa dobles en las escenas de desnudos en sus películas.

—Tiene un cuerpo estupendo. Es que me he quedado pasmada, nada más. Lo que pasa es que también pretende que le arregle el pelo. No creo que sea la persona adecuada para el puesto. A duras penas consigo arreglarme el mío.

Allegra se echó a reír, y Carly también.

—Lo lamento, Allegra. Esto es Hollywood, y aquí te topas con todo tipo de cosas. Su última ayudante personal era también profesora de yoga y masajista. Tiene una visión muy amplia del cometido de las ayudantes. Creo que los Johnson te gustarán mucho, y te prometo que irán vestidos.

Tanto Ed como Betty Johnson eran famosos intérpretes. Él, bien entrado en los ochenta y con un aspecto frágil, era un actor y director oscarizado. Ella fue una célebre belleza en su época; ahora rondaba los setenta, y conservaba su atractivo. Aunque su esposo se había retirado y estaba escribiendo sus memorias, ella seguía interpretando papeles en películas de vez en cuando. Formaban una pareja encantadora, atenta y respetuosa. Fue como ir de visita a la casa de los abuelos de alguien, con la salvedad de que ambos eran grandes estrellas. Sin embargo, se comportaban como la gente normal y corriente. Querían que se encargara de la correspondencia, que gestionara sus citas sociales y médicas, y que ayudara a Ed con el libro. Aunque eran muy majos y le cayeron fenomenal, se preguntó si realmente necesitaban una persona a tiempo completo, ya que todo indicaba que con su labor no ocuparía la jornada. Le sabía mal pecar de quisquillosa con Carly, pero el trabajo parecía

aburrido. Según dijo él, trabajaba dos horas en el libro cada mañana, y daba la impresión de que tardaría veinte años en terminarlo: solo había escrito treinta páginas hasta la fecha. Ella debía revisar lo que quiera que él escribiese a diario. En teoría, Allegra acabaría hacia las once de la mañana, y, después, se quedaría desocupada durante el resto del día, esperando que sonara el teléfono.

A ellos les gustó muchísimo y decidieron ofrecerle el puesto. Según decían, Allegra les recordaba a una de sus nietas. Para ella fue una oportunidad increíble conocer a dos personas tan famosas en su entorno doméstico, aunque el trabajo no le pareció gran cosa. Pero al menos no tendría que peinarlos y no andaban desnudos por casa. En un mismo día había tenido un asombroso encuentro con tres de las estrellas más importantes de Hollywood.

El puesto en el banco para el que se entrevistó al día siguiente era exactamente como se describía: con un horario fijo y tareas rutinarias de oficina, y después de las dos entrevistas previas, parecía muy tedioso. El presidente del banco se mostró de lo más profesional, muy educado pero no especialmente cordial. A ella le dio la impresión de que no le gustaría el trabajo o trabajar para él. Así pues, después de tres intentos fallidos, el miércoles al mediodía estaba fuera de juego, y se sentía desanimada cuando Carly la llamó en cuanto ella rechazó la oferta del banco.

—Me figuraba que no eran para ti, pero te sirve para ver el abanico de opciones que hay disponibles ahora mismo —explicó Carly.

Se trataba de empleos y jefes muy diferentes. Ninguno encajaba con ella. Carly se daba cuenta de que Allegra era discreta y más bien

tímida, pero también de que tenía agallas, si se había ido a Los Ángeles sin conocer a un alma. Mostraba una interesante combinación de fortaleza y vulnerabilidad; Carly deseaba ayudarla a encontrar un buen trabajo. Era una chica lista, y la agente intuía que brillaría con luz propia en el puesto apropiado. Expresaba una emoción contenida cuando volvió a telefonear a Allegra.

—Acaba de llamarme uno de mis clientes favoritos, y uno de los más exigentes. Es lo que yo considero un reincidente. Como jefe es maravilloso, tiene muchísimo talento y es un hombre afable, pero sus jornadas de trabajo son interminables y muy duras, y espera que sus ayudantes breguen a destajo como él, lo cual es imposible. Tiene un pelín de genio, aunque siempre se disculpa, y es un caballero. Busca a alguien que se ocupe de las cuestiones tanto profesionales como personales que entraña el puesto, o sea, llamar a su sastre en Londres, hacer que el peluquero vaya a su casa a cortarle el pelo entre reunión y reunión y concertar citas con su abogado y *The New York Times*. Es un compositor de música de cine que goza de gran éxito y ha ganado varios Oscar. Tiene sesenta y dos años, pero lleva el ritmo de un treintañero. Es incansable; por lo general, sus ayudantes renuncian al cabo de seis meses. Las agota, nunca superan el año, de modo que no será un trabajo con miras a largo plazo —explicó Carly, aunque pensaba que Allegra era lo bastante joven para durar al menos un pelín más—. Es un torbellino, y probablemente un genio. O te encanta o lo odias, y, como sabe lo exigente que es, paga a sus empleados muy pero que muy bien. Se llama Henry Platt.

Allegra había oído hablar de él, y le picó la curiosidad. Era el autor de las bandas sonoras de algunas de las películas más famosas de

Hollywood.

—Puede verte esta tarde a las siete menos cuarto. Como tiene que estar en su estudio a las siete y media, no te entretendrá mucho. ¿Estás libre a esa hora?

Lo estaba, y la propuesta resultaba intimidatoria pero fascinante.

—¿Hay algo más que deba saber? —le preguntó Allegra.

—Que es puntual a rajatabla. Tengo la fuerte corazonada de que esto podría funcionar, ¿sabes? Bueno, por lo menos durante una temporada. A ver qué opinas una vez que lo conozcas. Puedes llamarme a mi teléfono móvil para ponerme al tanto. Estaré camino de casa, atrapada en un atasco.

Carly le dio la dirección y le deseó suerte.

Allegra salió del hotel una hora antes para no retrasarse y llegó con cinco minutos de antelación. Henry Platt vivía en una imponente casa de Bel-Air con una brillante puerta negra provista de una aldaba de latón. Una mujer que llevaba uniforme negro y delantal blanco abrió la puerta y la hizo pasar. El estilo de la vivienda era muy formal y le recordó vagamente, en versión más pequeña, a la residencia de verano de Newport, si bien era cierto que se respiraba un ambiente más acogedor. Vio de pasada una amplia sala de estar, una biblioteca flanqueada de estanterías y, fuera, un primoroso jardín. Allegra le dio su nombre a la mujer y ella la condujo a la biblioteca, donde un hombre alto con una mata de pelo canoso estaba colocando libros en su sitio. Iba con una impecable camisa azul claro y pantalones de vestir de color gris, y llevaba unos auriculares colgados al cuello. En la sala había un piano de cola, encima del cual se apilaban tacos de partituras. El hombre era

apuesto, con el rostro curtido y líneas de expresión visibles, y esbozó una cálida sonrisa al verla.

—Ah, debes de ser la joven que ha venido a salvarme. Tu predecesora se fue ayer. Se va a casar y a trasladarse a Australia. Tú no estás prometida, ¿verdad?

—No, señor.

—Hoy he recibido ochenta correos electrónicos, y no tengo tiempo para responderlos.

Daba la impresión de que esperase que se quitara la chaqueta y se pusiera manos a la obra de inmediato. Por lo visto era un hombre atareado que hacía malabares con diez proyectos a la vez y confiaba en que ella hiciera el doble.

—Según Carly, acabas de mudarte aquí desde Nueva York. ¿Te manejas bien en Los Ángeles?

—Todavía no. Me he perdido dos veces viniendo. —Sonrió con timidez.

—Todo se andará. Yo también me mudé aquí desde Nueva York, hace treinta años. Acabas acostumbrándote. A mí me gusta el clima.

Era simpático, y tenía unos ojos vivaces que la observaban con atención. Parecía un hombre afable, aunque la habían advertido acerca de su mal genio.

—A mí también me gusta el clima. —Allegra le sonrió de nuevo.

Tras invitarla a sentarse, él le formuló las típicas preguntas sobre su trabajo anterior.

—¿Por qué querías ser editora?

—Me encantan los libros —dijo ella sin más.

—Igual escribes uno.

—No creo que tenga talento. Editar es más fácil.

—Nunca se sabe lo que uno es capaz de hacer hasta que lo prueba —comentó él, retándola—. Yo antes pensaba que no podría componer, y ahora es lo único que hago. Me formé para ser pianista de concierto. Mi trabajo actual es mucho más gratificante. Ven, te lo mostraré. —La condujo por una puerta a un estudio de grabación totalmente equipado y de última generación. Era impresionante a más no poder—. Aquí paso la mayor parte del tiempo. Trabajo veinte horas al día. Tu jornada será más corta que la mía, pero a menudo retengo a mis ayudantes más allá del horario establecido. ¿A ti te importaría quedarte hasta tarde si estoy liado?

—No, no me importaría —respondió ella, un tanto intimidada por él.

Era un hombre corpulento con una personalidad arrolladora. Se sentía impresionada por quién era, aunque él mostraba una actitud directa y abierta, sin pretender imponer.

—Realizo la mayor parte de mi trabajo aquí, en casa, y de vez en cuando voy a los estudios de grabación de los estudios de cine para los que trabajo. Tú me acompañarías.

—Parece muy interesante.

—Algunas veces lo es, y también muy sacrificado —manifestó él. La condujo de nuevo a la biblioteca—. Carly ha mencionado que tienes excelentes referencias; no lo pongo en duda. Necesito a alguien ya. Hay que responder a todos esos correos electrónicos. ¿Cuándo puedes empezar?

—Ahora estoy libre. Me instalé aquí hace solo cinco días.

—¿Dónde vives?

—En un hotel en Santa Mónica, hasta que encuentre un apartamento. —Y, primero, un empleo, lo cual se calló.

—Eso está lejísimos. Te quedarás atrapada durante una hora en el atasco viniendo hacia aquí. Deberías mirar en West Hollywood o Beverly Hills.

—Tenía pensado ponerme a buscar piso cuando encontrase trabajo —admitió al verse presionada.

—Es una decisión sensata. ¿Puedes comenzar mañana por la mañana? ¿A las ocho y media?

—Sí —respondió.

Le había caído bien, y quería el puesto. Aunque él no le dio tiempo a pensárselo, Allegra tenía la sensación de que era el trabajo adecuado para ella, a pesar de que intuyó que a veces él podría llegar a agobiarla; parecía de esas personas que lo quieren todo para ayer.

—Pues listo, entonces. Tengo una sesión de grabación la próxima semana. Puedes venir un rato para ver lo que hago. Y mañana he de reunirme con un guionista. Hoy va a ser un día ajetreado, con esos ochenta correos electrónicos a la espera de respuesta. Se multiplican exponencialmente por la noche, así que mañana habrá más. Espero que seas rápida, Allegra. No tendrás más remedio que serlo para mantener el ritmo.

—Sí, señor.

Él no intentó ocultar que habría una gran carga de trabajo, cosa que a ella no le suponía un impedimento.

—Eso es un pelín formal. Puedes llamarme Henry —dijo él.

A ella tutearlo le parecía demasiado familiar. Era un hombre de gran altura, tanto física como profesionalmente y, mientras la acompañaba a la puerta, se sintió algo intimidada por él. De la cocina llegaba un delicioso aroma.

—Louise es una cocinera fuera de serie, te preparará la cena cuando trabajes hasta tarde.

Le recordaba un poco a su padre, o al padre que le habría gustado tener, un dictador benévolo. Por otro lado, Henry Platt tenía el aire de un militar de alto rango, como su abuelo. A pesar de sentirse como si la hubiera arrastrado un tsunami, en la casa se respiraba un ambiente acogedor y se encontró a gusto allí. Lo único que debía hacer era acostumbrarse a él, y al ritmo que él esperaba que llevase. Tenía la sensación de que el trabajo no le permitiría mucho tiempo de descanso, pero parecía interesante, emocionante y dinámico. Era justo lo que buscaba, y Carly la había informado de la remuneración. Le resultaría muy fácil vivir con desahogo. Él pagaba tan bien como Carly dijo. No obstante, Allegra era consciente de que sudaría tinta para ganarse el sueldo. Parecía un trato justo: trabajo duro a cambio de una buena retribución. Trabajar a destajo no le daba miedo; cuando él cerró la puerta se fue sonriendo hacia el coche, aparcado fuera. ¡Había conseguido un trabajo! Su nueva vida en Los Ángeles comenzaba con buen pie. Lo único que lamentaba era no poder contárselo a Shep.

Llamó a Carly desde el coche en el trayecto de vuelta a Santa Mónica. No tendría más remedio que encontrar un piso durante el fin de semana.

—Le has gustado muchísimo —le comunicó Carly nada más descolgar—. No sé qué le has dicho, pero opina que eres fantástica. Quiere que empieces mañana por la mañana —dijo Carly en tono triunfal.

Si bien era cierto que cobraba una considerable comisión, también le gustaba juntar a las personas afines. Era como emparejar.

—Lo sé, me lo ha dicho.

—No dejes que te agobie. Aunque es puro nervio, simplemente confía en tu instinto. Él maneja un millón de cosas a la vez, y es posible que sus indicaciones resulten confusas. Ante la duda, pregúntale. De hecho, es muy humano y razonable. Estoy muy contenta de que esto haya cuajado, Allegra. Pienso que formaréis un tándem la mar de bueno. Tú eres lista y resuelta, le cogerás el tranquillo en un periquete. Puede que la primera semana se te haga cuesta arriba, pero te adaptarás rápidamente.

—No me da miedo trabajar duro —dijo Allegra con valentía.

—Ni a él. Mañana te pedirá que firmes un acuerdo de confidencialidad, una pura formalidad. Es una persona muy celosa de su intimidad.

—Yo también.

Coincidía con Carly en pensar que harían buenas migas. Abrigaba la esperanza de que se sintiera satisfecho con su trabajo.

—Buena suerte —le deseó Carly—. Me alegro de que hayamos encontrado algo para ti tan pronto. Y suerte en Los Ángeles. Llámame si surge algún problema, y lo meteré en cintura —añadió, y ambas se echaron a reír, Allegra porque pensaba que sería capaz de manejarlo, y Carly porque sabía que Henry Platt la haría ir con la lengua fuera.

Sin embargo, siempre que Allegra estuviera dispuesta a emplearse a fondo, encajarían a las mil maravillas, pensaba Carly. Realizó el resto del trayecto a su casa con gesto sonriente, igual que Allegra. ¡Tenía trabajo en Los Ángeles! ¡Su nueva vida estaba despegando!

10

Allegra puso la alarma a las cinco y media de la mañana para no llegar tarde; además, quería prepararse mentalmente ante su nueva aventura. Tenía la firme determinación de estar lo más atenta y pendiente posible a fin de aprender todo lo necesario. Llevaba un traje pantalón y una blusa blanca que solía ponerse para trabajar en Nueva York, y se había recogido la melena pelirroja en un pulcro moño. Tenía un aire serio y profesional. Tras la advertencia de Henry Platt la tarde anterior respecto al tráfico matutino desde Santa Mónica, se dio un margen de una hora entera para desplazarse hasta Bel-Air. Comprobó que su jefe estaba en lo cierto. Llegó a su casa justo dos minutos antes de las ocho y media, la hora acordada. Lo logró por los pelos. Quería ser puntual en su primer día, sobre todo teniendo en cuenta que, según Carly, él daba importancia a la puntualidad. Era puntilloso en lo relativo a la precisión y la fiabilidad.

Se dio cuenta de que le temblaba la mano al llamar al timbre. Le abrió la puerta la misma mujer que la víspera, esta vez vestida con un impoluto uniforme blanco, detrás de la cual había un hombre pasando la aspiradora. La vivienda ya bullía de actividad a aquella hora.

—Hola, soy Louise.

La mujer le sonrió. Aparentaba cincuenta y tantos años, y parecía agradable y hospitalaria. Fue un bonito modo de comenzar el día para Allegra, muy diferente al serio ambiente corporativo que se respiraba en la editorial de Nueva York.

—Según el señor Platt, eres una cocinera fuera de serie —le susurró Allegra, y Louise sonrió de nuevo.

—Él es fácil de contentar, siempre y cuando le sirva sus platos favoritos —comentó Louise con modestia, e hizo un ademán hacia la biblioteca.

Allegra le dio las gracias y se dirigió deprisa a la sala donde había conocido a Henry Platt el día anterior. Sentado a su mesa, con los auriculares puestos, tocaba en silencio un teclado eléctrico que yacía sobre el tablero y se detenía para tomar notas. Como Allegra no deseaba interrumpirlo, permaneció de pie, incómoda y sin saber qué hacer, a la espera de que reparase en su presencia. No consideró oportuno llamarle la atención con un ademán o un ruido. Se hallaba absorto en su tarea. Al cabo de unos minutos, al levantar la vista fugazmente tras apuntar algo, la vio. En un primer momento pareció sorprendido, y acto seguido sonrió y se quitó los auriculares.

—Perdona, estaba preparando una cosa para la reunión que tengo más tarde con un guionista, para una película en la que estamos trabajando juntos. Si vas al estudio, encontrarás un pequeño despacho. Es para ti; puedes dejar tus cosas allí dentro. Cuando vuelvas nos pondremos con los correos electrónicos.

Señaló la puerta que habían cruzado la víspera, cuando le enseñó el estudio de grabación, y ella localizó el despacho enseguida. Había un armario, donde colgó la chaqueta y dejó el bolso. Cogió el cuaderno y el bolígrafo que había encima de la mesa de despacho y

enfiló rauda hacia la biblioteca, donde él aguardaba. Henry Platt iba vestido en plan informal, con una camiseta negra y tejanos. Pero sus ojos rebosaban de chispa y vitalidad. Le indicó que tomara asiento en una silla al otro lado de su escritorio y empezó a recitar de un tirón respuestas a varios correos electrónicos. Ella consiguió seguirle el ritmo, aunque a duras penas.

—¿Voy demasiado deprisa? —le preguntó en un momento dado.

A ella le sorprendió la variedad de asuntos que trataba: una proposición para dar un concierto en Tokio que declinó, otra para un concierto en los Países Bajos que aceptó, un discurso que accedió a pronunciar en París, reuniones en Londres en otoño con motivo de una película… La lista era larga.

—Deja aparte los de índole personal; no hay muchos y me ocuparé de ellos esta noche. Si tienes preguntas, puedes hacer una lista y te responderé a la hora de comer. Yo no suelo almorzar, si acaso pico algo sentado aquí mismo, a menos que haya alguien. Tú puedes tomarte la hora de la comida cuando hagas un descanso —dijo, y ella asintió con la cabeza. A renglón seguido, le preguntó—: Por cierto, ¿tenía razón en lo tocante al tráfico?

—Totalmente. Este fin de semana buscaré un apartamento lo más cerca de aquí que pueda permitirme —dijo Allegra.

No obstante, con el salario que iba a cobrar, sus posibilidades habían aumentado considerablemente. Su jefe le pagaría casi el doble de lo que ella ganaba en Nueva York, y Los Ángeles no era una ciudad tan cara. Los alquileres costaban bastante menos, por lo que había visto en los anuncios de la sección inmobiliaria del periódico, si bien desconocía aún cuáles eran los buenos barrios y cuáles convenía evitar. Lo averiguaría cuando los recorriera. Él se

quedó mirándola unos instantes antes de que volviera al despacho para ponerse manos a la obra.

—¿Qué opina tu familia respecto a que te hayas mudado aquí? Dada tu trayectoria hasta la fecha, doy por sentado que todos viven en la costa este.

Había leído con atención su currículo esa mañana, antes de que ella llegara, a fin de conocerla mejor. Allegra tenía una buena educación, eso lo había percibido de inmediato, lo mismo que Carly en la agencia de empleo. Carly llevaba veinte años proporcionándole ayudantes y sabía qué era lo que valoraba. A él le gustaban las jóvenes bien educadas e inteligentes, con buena presencia y finos modales. No quería hippies, tatuajes ni mujeres que bebieran en exceso o consumieran drogas, salieran de fiesta hasta las cuatro de la madrugada y se presentaran allí con resaca y demasiado hechas polvo para rendir. Era un artista serio con una pujante carrera y quería contar con una ayudante capaz. Le agradó lo que leyó en el currículo de Allegra, así como las excepcionales referencias de Pippa. Y le gustaba su aire conservador; podría acompañarlo a las reuniones.

Allegra titubeó antes de responder. No quería inspirar lástima, pero, por desgracia, la verdad era muy simple.

—No tengo familia, señor —dijo en voz baja.

—¿A nadie?

Pareció sorprendido cuando ella negó con la cabeza. Era muy joven para haber perdido a todo el mundo.

—Mi padre murió el año pasado. Era militar y lo mataron en Irak. Mis abuelos fallecieron. No tengo hermanos, y mi madre vive en Londres.

Tan joven y no le quedaba nadie a excepción de su madre. En esas circunstancias, su decisión de trasladarse a Los Ángeles sola era aún más admirable. Tenía algo que le decía que se trataba de una chica fuera de lo común. La carta de referencia de Pippa, sin mencionarlo de manera explícita, también lo daba a entender.

—¿Vas a ver a tu madre a menudo? —le preguntó, y pensó que se entrometía demasiado, pero le picaba la curiosidad.

—No —respondió Allegra, mirándolo directamente a los ojos.

—¿Vendrá ella a verte aquí?

—No —respondió sin más. Su forma de decirlo lo disuadió de seguir indagando en su vida personal. Allegra dejó muy claro que no tenía familia—. No le hará falta preocuparse por mis encuentros y eventos familiares o las vacaciones. Estoy sola.

Henry se preguntó si habría ido a Los Ángeles por un hombre. No concebía ninguna otra razón para que una mujer de su edad se trasladase a una ciudad donde no conocía a nadie. Pero le incomodaba plantearle la pregunta.

—Bueno, estoy muy contento de tenerte aquí para ayudarme. Espero que disfrutes del trabajo y que te quedes hasta que envejezcamos juntos. —A Allegra le hizo gracia su manera de decirlo —. Soy viejo, por supuesto, pero tengo intención de trabajar durante otros cuarenta años, o sea, que tendré ciento dos cuando me jubile, así que prepárate.

Ella tenía el gesto risueño, igual que él.

—Estoy lista. Será mejor que me ponga con los correos electrónicos.

—Fenomenal.

Henry volvió a ponerse los auriculares y reanudó la tarea mientras Allegra se dirigía a su despacho, con el ordenador ya colocado encima de la mesa. Se quedó pensando en ella. Era una chica extraña, pero le gustaba su talante sin filtros y lo valiente que parecía, sin pecar de agresiva. Aunque aparentaba ser una persona sensible, él alcanzaba a percibir su arrojo, y eso le gustaba. Se preguntó cómo sería su novio; esperaba que fuera un buen tío y no le causara ningún problema. A menudo era por el novio por lo que perdía a sus ayudantes: o rompían con él y se marchaban de Los Ángeles o se casaban, como la última. Reconocía asimismo que les ponía el listón muy alto, porque él mismo se dejaba la piel trabajando durante largas jornadas. Había perdido a varias ayudantes que preferían el ambiente de las puntocom de San Francisco, más relajado y juvenil, donde podían entretenerse jugando con gente de su edad a la hora de comer, presentarse en la oficina en pantalón corto y chanclas y llevarse el perro al trabajo.

A juzgar por el serio ambiente de su casa, dirigía con mano firme, pero Allegra se sentía capaz de estar a la altura de las expectativas.

Henry continuó trabajando con su teclado y tomando notas hasta la hora de comer. Cuando paró, Allegra reapareció para darle el parte.

—Ya he acabado con los correos. He respondido según me indicó. Había ciento nueve, siete de los cuales eran personales. Se los he reenviado para que pueda responder usted mismo.

—¿Seguro que has contestado a todos los demás? Qué rapidez. —Parecía sorprendido y un pelín receloso.

—Sí. Añadí un breve saludo personal deseándoles que estuvieran bien, y a continuación les dije lo que me pidió.

—Impresionante. ¿Siempre eres tan expeditiva?

—Procuro serlo. —Le sonrió.

Los remitentes de los correos de índole personal daban la impresión de ser amigos, pero no cercanos. Todos mencionaban que no lo veían desde hacía varios meses y deducían que estaba trabajando en alguna película, de modo que se trataba de conocidos más que amigos. Allegra sabía por Carly que Henry estaba divorciado, y se había fijado en la fotografía con un marco de plata que había en la biblioteca, en la que aparecían dos críos, un niño y una niña. La instantánea era antigua y amarilleaba un poco; dio por sentado que eran sus hijos. No había más fotografías de ellos en la sala, aunque sí de él con diversas celebridades y estrellas de cine. Y tenía dos Oscar a la vista.

Louise le llevó un sándwich en una bandeja a Henry, y le dijo a Allegra que, si quería, podía hacerse un sándwich en la cocina, o que ella misma se lo prepararía.

—Puedes salir si lo prefieres, pero la verdad es que no hay ningún sitio donde comer en Bel-Air, salvo en el hotel Bel-Air, que es bastante señorial. Para encontrar un restaurante no tendrás más remedio que ir a Beverly Hills —explicó él.

Allegra había reparado en ello de camino al trabajo; por lo que había visto, en Bel-Air no había ninguna zona comercial.

—Cogeré una manzana y un yogur de la cocina, si no hay inconveniente —dijo simplemente, y él asintió con la cabeza.

Henry no pudo evitar fijarse en su espléndida y esbelta figura, de modo que era evidente que no comía mucho, o quizá no pudiera permitírselo. No conseguía adivinar de qué tipo de entorno procedía, pero era muy educada y había ido a buenos centros de enseñanza.

Sin embargo, un padre militar no significaba tener dinero, y le intrigaba que careciera de familia. No parecía una oveja negra o una rebelde, y hacía gala de una actitud muy amable.

Terminó de comer en un santiamén, como de costumbre, y para cuando ella entró en el estudio a darle el parte una hora después, él había vuelto a su tarea. Estaba conectando unos altavoces y una gran pantalla de vídeo.

—Voy a reunirme con un guionista. Hemos colaborado en varias películas y ahora estamos trabajando en dos. Es Jordan Allen, tiene un gran talento.

Henry le pidió que hiciera diversas llamadas de su parte, para realizar reservas en varios restaurantes donde tenía previstos almuerzos de trabajo, además de otra en el Polo Lounge del hotel Beverly Hills. Acababa de terminar el encargo cuando sonó el timbre y un joven alto, fornido y muy apuesto, con camiseta, tejanos negros y botas de motociclista, entró en el estudio y saludó a Henry con efusividad. Tenía un aire petulante y arrogante, el pelo oscuro y alborotado, y aparentaba unos treinta y cinco años. No se había afeitado desde hacía una semana, pero lucía un aspecto estudiado, no es que se estuviera dejando crecer la barba. Volvió la vista hacia Allegra y se quedó mirándola largo y tendido. Henry se lo presentó como el guionista Jordan Allen; ella fue a la cocina a buscar café para ambos, como le había pedido su jefe.

En cuanto Allegra salió de la sala, Jordan se volvió hacia Henry.

—¡Guau! ¿Dónde la has encontrado? Menudo fichaje para tu oficina. Es despampanante.

—Compórtate —le dijo Henry, bromeando—. Es mi nueva ayudante. Ha empezado hoy mismo, y como me la robes o la

espantes, te mato. Ya me han dejado tirado dos ayudantes en cuatro meses, y estoy desesperado.

—Yo también. La quiero. La necesito más que tú. No he salido con una mujer como Dios manda desde hace seis meses, y tú eres adicto al trabajo. No te mereces una ayudante con semejante aspecto.

—No me había fijado —comentó Henry con decoro, y a Jordan le hizo gracia.

—De eso nada. No estás muerto ni ciego, ni eres tan viejo. Llevaba un año sin ver a una mujer tan guapa, y eso que trabajo en la industria del cine. Si no te habías fijado, es un desperdicio que esté contigo. ¿Qué edad tiene?

—Se me ha olvidado. Veintitrés o veinticuatro, más o menos. Acaba de venir de Nueva York, y te juro que, como me la quites, te birlaré a tu ayudante.

—Puedes quedártela. Trato hecho —dijo Jordan justo cuando Allegra regresaba al estudio con dos tazas de café en una bandeja.

Les dejó el café al alcance de la mano, se dirigió a su despacho y cerró la puerta. Había una ventana a través de la cual podía ver el estudio, y ellos, verla a ella. Se puso a revisar las respuestas que había recibido a los correos electrónicos enviados antes, ajena a los dos hombres en el estudio de grabación. Ambos, con los auriculares puestos, se hallaban viendo fragmentos de las películas en las que trabajaban, y Henry reprodujo las piezas que había compuesto. De tanto en tanto fruncían el ceño, escuchaban de nuevo y tomaban notas, entonces Henry probaba una versión diferente, o algunas veces a Jordan le encantaba lo primero que oía. Se trataba de una labor minuciosa e intensa, y pasaron en el estudio más de dos horas.

Jordan miró fugazmente a Allegra en unas cuantas ocasiones, sin que esta se percatase. Estaba enfrascada en su propio trabajo.

Al término de la reunión, Henry acompañó a Jordan a la puerta. Ambos parecían satisfechos con el resultado del encuentro, y una vez en la entrada, justo antes de marcharse, Jordan se volvió hacia Henry.

—Y no olvides que vamos a intercambiar las ayudantes. Te mandaré a la mía por la mañana. Ten lista a la tuya para el cambio.

Henry se rio. Jordan era un bromista y le gustaba la guasa. Las mujeres caían rendidas a sus pies, y él sacaba el máximo partido de ello. En la ciudad tenía fama de mujeriego. Allegra no le había prestado la más mínima atención, cosa que a Henry le hizo gracia. Ella se tomaba en serio el trabajo, lo cual complacía a su jefe. Si hubiera flirteado con Jordan, le habría sentado mal. Después de que Jordan se marchara, cuando fue a su despacho, la observó de nuevo. Sí que se había fijado en que rezumaba frescura y era joven y atractiva, pero como vestía con un estilo sobrio, profesional y nada coqueto, no había advertido lo guapa que era. Jordan estaba en lo cierto: era despampanante. Sin embargo, eso solo despertaba en Henry un deseo de protegerla de manera paternal, no seducirla.

Tras la reunión le entregó infinidad de cosas para pasar a ordenador, archivar, clasificar e investigar; le sorprendió que se presentara en la biblioteca a las seis en punto para decirle que había terminado lo encomendado. Se disponía a dar por concluida la jornada. La hora establecida era las cinco y media.

—¿Ya? Es imposible que lo hayas hecho todo tan pronto —dijo, incrédulo.

—Pues así es, señor —respondió ella tranquilamente.

—Espero que no lo hayas hecho deprisa y corriendo… —Dudaba de que le hubiera dado tiempo a todo.

—Por supuesto que no. He prestado atención a sus indicaciones, y he terminado el trabajo.

—Está claro que haces magia.

Le sonrió. Allegra había rendido bien a lo largo de toda la jornada, y resultaba agradable y fácil trabajar con ella. Se limitaba a sacar el trabajo adelante a un ritmo constante hasta finalizar las tareas encomendadas, sin dramas. No desperdiciaba el tiempo.

—Has hecho un buen trabajo, Allegra —dijo en tono serio—. Si sigues así, vamos a trabajar muy bien juntos. Gracias.

—He disfrutado mucho hoy. Ha sido muy gratificante.

Le gustaba ser capaz de cumplir con su cometido y pasar a las siguientes tareas. Henry, por su parte, mantenía un flujo constante de encargos para Allegra. No le permitía darse un respiro, tiempo para pensar en su propia vida. Era precisamente lo que ella deseaba.

—Hasta mañana —dijo él, y Allegra se fue.

Tardó una hora larga en regresar al hotel de Santa Mónica. El tráfico era más denso, a lo que se sumó un accidente que ralentizó la circulación. Reflexionando acerca del día, concluyó que le encantaba su nuevo empleo y que le gustaba su jefe. Estaba muy contenta de su traslado a Los Ángeles. No obstante, todavía pasaba momentos duros por las noches, cuando pensaba en Shep, pues lo añoraba. Se preocupaba por él, aunque ya no fuera nada suyo, y el trabajo la mantendría ocupada. Afincarse allí había sido una buena idea, y las cosas se habían encauzado deprisa. Aún le resultaba inimaginable que llegara un momento en el que Shep no le viniera a la cabeza a la mínima ocasión, pero, al menos por ahora, durante el

día no tendría ratos libres para pensar en él. Era una bendición por la que se sentía agradecida. A pesar de que jamás lo olvidaría, debía encontrar el modo de apartarlo de su mente. Eso le costaría mucho más que cualquier tarea que Henry Platt pudiera encomendarle.

Su segundo día de trabajo fue más ajetreado si cabe que el primero. Las idas y venidas de Henry desde el estudio fueron continuas y, cada vez que asomaba, le encomendaba otra tanda de tareas. Ella no paró en toda la jornada, ni siquiera para comer. Fue a la cocina a por una taza de té a las cuatro y charló unos minutos con Louise, que le tendió un plato de galletas para acompañar el té.

—Trabajas tanto como él —dijo Louise en tono de aprobación—. No le agrada la gente perezosa. —A Allegra le hizo gracia el comentario—. Su última ayudante se pasaba el tiempo pintándose los labios y hablando con su novio. Fue una suerte que dejara el trabajo para casarse, pues iba a despedirla —añadió con la mayor naturalidad, y Allegra sonrió mientras se servía otra galleta.

—¿Pasa mucho tiempo con sus hijos? —preguntó en tono inocente, y la empleada torció el gesto y bajó la voz al responder.

—No los ve nunca. Yo llevo aquí dieciocho años y no los conozco. La madre deja mucho que desear. Ahora son mayores, más mayores que tú. Por lo visto la madre habló pestes de él y ellos la creyeron. Así que él no quiere verlos.

—Qué triste —dijo Allegra en un susurro.

Al recordar la fotografía amarillenta de la biblioteca, se preguntó si los echaría de menos. En aquel entonces eran muy pequeños.

—No se volvió a casar. Nunca vienen mujeres por aquí, salvo para fiestas por todo lo alto, como las de los Oscar. Se pasa la vida trabajando. Es un buen hombre —señaló Louise con patente devoción hacia él—. Es un buen jefe, una buena persona.

Que el ama de llaves lo tuviera en tan alta estima y lo admirase tanto decía mucho de él, pensó Allegra.

Se preguntó qué habría ocurrido con sus hijos. Por lo visto, Louise se hacía una idea aproximada a raíz del conflictivo divorcio, pero algo verdaderamente terrible debió de pasar si él no los había visto en los dieciocho años que Louise llevaba trabajando allí. Y al parecer, a diferencia de Isabelle, Henry era una persona cariñosa. Seguro que se sentía tremendamente dolido con su exmujer si esta había provocado una ruptura permanente con sus hijos. Esto le hizo pensar de nuevo en Shep: estaba convencida de que él no habría actuado como lo hizo de haber tenido hijos. De todas formas, estaba tan trastornado que a lo mejor incluso en ese caso habría actuado así. Ya no se encontraba en condiciones de tomar decisiones sensatas ni de mantener una relación. En cierto modo, Allegra lamentaba que no hubieran sido padres. Pero en su momento se consideraba demasiado joven y su vida en común era muy inestable con él en el ejército, y ahora el día a día se le habría hecho infinitamente más cuesta arriba teniendo un bebé al que atender cuyo padre los había abandonado. Ella lo había sufrido en sus propias carnes; no quería eso para un niño. Mejor que no hubieran tenido ninguno.

—Allegra, ¿te encuentras bien? —Louise la sacó de su ensimismamiento.

Se había quedado absorta pensando en Shep de nuevo, a miles de kilómetros de allí por unos instantes, lo cual no le pasó por alto a Louise.

—Perdón, estoy bien. Solo estaba pensando en el trabajo.

—Parecías muy triste. Como si hubiera muerto alguien.

—Qué va, estoy bien. Es que tengo mucho que hacer. Gracias por el té y las galletas.

—¡Deberías comer más! —exclamó Louise en tono admonitorio y apuntándola con el dedo.

Allegra sonrió y enfiló rauda hacia su despacho al tiempo que apartaba a Shep de su cabeza una vez más. Lo que la empleada le había contado acerca de Henry, que no veía a sus hijos, era interesante, y un atisbo de su faceta personal. Él le había pedido que firmase el acuerdo de confidencialidad la víspera. Tal como Carly le explicó, se trataba de un breve documento estándar, un procedimiento de lo más pertinente en el caso de un hombre de su posición, con ella trabajando en su casa y al tanto de información privada, como la que acababa de conocer. La finalidad del acuerdo era evitar que gente codiciosa y malintencionada sacara tajada en la prensa sensacionalista, algo que podía ocurrir fácilmente. Ella no se tomó a mal que le pidiera firmarlo.

A pesar de saltarse el almuerzo, no terminó los quehaceres de la jornada hasta pasadas las siete. Henry aún seguía en el estudio cuando fue a darle las buenas noches.

—Siento que se haya hecho tan tarde. He acabado —le dijo cuando él se quitó los auriculares.

Se había pasado el día entero encerrado en el estudio, y ella, en su despacho. Le había ido llegando a su mesa un aluvión

interminable de papeleo.

—¿Tienes prisa por irte a casa? —le preguntó él, y Allegra sospechó que se aproximaba otra tanda de gestiones; era obvio que pretendía darle más trabajo.

Estaba cansada, pero se lo calló, y no había comido como Dios manda en todo el día, puesto que nunca desayunaba, solo tomaba una taza de café antes de irse a trabajar.

—No, qué va. ¿Necesita que haga algo?

Él también parecía fatigado. Tras su reunión con Jordan Allen la víspera, se había pasado el día entero bregando con la última partitura.

—¿Te gusta el pastel de carne?

Fue una pregunta tan rara que ella se echó a reír.

—Sí, ¿por qué?

—Louise hace el mejor pastel de carne del mundo. Es mi plato favorito para cenar. Y hoy no he visto que hayas parado a comer en ningún momento. Necesito un descanso, y Louise me ha preparado pastel de carne para esta noche. ¿Te apetece quedarte a cenar? Después voy a volver al estudio.

Ella titubeó. No quería empezar con mal pie con él declinando su invitación. Además, se lo había pedido muy amablemente. Estaba cansada, con ganas de irse a casa y no alargar la jornada. Era tarde, y se había pasado allí once horas seguidas trabajando.

A pesar de ello, le dio las gracias y aceptó. Louise puso la mesa para dos en el comedor. A Allegra le pareció un momento refinado que le trajo a la memoria Newport de nuevo. Además del pastel de carne, había puré de patatas y judías verdes, una comida saludable. Llevaba semanas sin tomar nada parecido. Vivía a base de las

ensaladas y los platos preparados que compraba en un establecimiento cerca del hotel, cuando no se saltaba las comidas directamente. Era un rato de relax para ambos después de un largo día.

Él le preguntó por su familia. Se interesó por su padre y por su servicio en el ejército.

—¿Viajabas con él por todo el mundo? —le preguntó, intrigado.

—No, trabajaba en inteligencia militar, normalmente en zonas de guerra: Irán, Afganistán, Somalia, Sudán, Panamá, Libia, Bosnia… No eran lugares a los que pudiera llevarme. Mi padre iba donde hubiera conflictos y se quedaba allí uno o dos años.

A Henry le chocó.

—Entonces ¿estabas con tu madre? —dijo, y ella negó con la cabeza.

—No, de pequeña me quedaba con mis abuelos paternos y, más adelante, cuando fallecieron, pasé siete años en un internado.

Henry pensó que había sido una vida solitaria, si bien Allegra daba la impresión de estar a gusto consigo misma. Se abstuvo de hacer el menor comentario desdeñoso sobre sus padres, lo cual era algo inusual.

—¿Fuiste feliz en el internado? —le preguntó con curiosidad.

Ella negó con la cabeza de nuevo a modo de respuesta.

—De hecho, lo detestaba. Era como una cárcel, y siempre me sentí como un bicho raro, la chica sin familia —explicó con naturalidad—. En verano me iba de campamento a Maine. Y los demás periodos de vacaciones escolares los pasaba con mis abuelos maternos en Newport, en Rhode Island. Tenían una casa allí, y el resto del año vivían en Nueva York. La casa era muy confortable,

pero no les hacía mucha gracia tener a una niña a su cargo. En aquel entonces ya eran bastante mayores, aunque disfrutaban de una ajetreada vida social. Yo me consideraba una intrusa. —Era tan abierta y honesta que resultaba desconcertante.

—¿Y dónde estaba tu madre mientras tanto?, si no te importa que te lo pregunte. —Henry trataba de encajar las piezas del puzle de su vida, y Allegra, para su propia sorpresa, se encontraba la mar de a gusto conversando con él, tal vez porque era mucho mayor que ella y por su actitud bondadosa—. En cierto modo, con la implicación de tus abuelos, el internado, el campamento y un padre ausente, da la impresión de que tu madre se mantuvo al margen.

—En efecto. Se marchó cuando yo tenía seis años. Se fue a Nueva York y al año siguiente se afincó en Inglaterra. De modo que mi padre tuvo que ingeniárselas para dejarme con alguien durante uno o dos años mientras estaba fuera. Entre misión y misión me visitaba en el internado.

A Henry le consternó el relato y se quedó mirándola.

—¿Se marchó sin más? ¿Por las buenas? ¿Adiós, y punto?

—Sin decir adiós. —Allegra le sonrió. Destilaba sabiduría y madurez cuando lo hacía—. Se olvidó de despedirse.

—¿Y tú nunca fuiste a visitarla?

—No me invitó. La he visto cuatro o cinco veces en los últimos dieciocho años. No le entusiasma la maternidad. Era joven cuando se casó con mi padre y un año menor que yo ahora cuando dio a luz.

Allegra, en cambio, por nada del mundo podía concebir la idea de abandonar a un niño a su edad, ni a cualquier otra edad.

—Eres una persona extraordinaria, la verdad —comentó él—. Menuda historia. Entonces ¿a quién tienes ahora? —le preguntó con delicadeza, casi temeroso de preguntar; pero era tan directo y franco como ella.

—A nadie. Mis abuelos han fallecido, y mi padre también. O sea, que estoy sola. Mi madre sigue viviendo en Inglaterra, aunque lo cierto es que no tenemos motivos para vernos. Renunció a mi custodia cuando abandonó a mi padre. La vi hace siete u ocho meses, un día que quedamos para almorzar. Somos extrañas la una para la otra. Creo que ahora las dos lo preferimos así.

No parecía abatida cuando lo dijo. A esas alturas asumía sus circunstancias con normalidad, y lo había superado. La única persona a la que dejó al margen del relato fue Shep, pues sacarlo a colación aún le resultaba demasiado doloroso, y a fin de cuentas ya no formaba parte de su vida. No venía al caso hablarle a Henry de él, o contarle que estaba en trámites de divorcio.

—No me explico que hayas lidiado con todo eso y que seas tan cabal como eres. A mi modo de ver, eres muy cabal.

—Eso espero —dijo ella en voz baja.

—Las relaciones familiares pueden ser complicadas. Y algunos padres les hacen cosas terribles a sus hijos. Yo tengo dos hijos. Pasé por un divorcio muy conflictivo hace treinta años. Mi mujer me dejó por otro, un productor de cine con el que yo trabajaba. Nuestros hijos eran muy pequeños, y ella malmetió contra mí. Se volvió a casar, se trasladó a Italia y movió cielo y tierra para impedir que viera a los niños. Cuando su matrimonio se fue al traste y conseguí retomar la relación con ellos, les había sorbido el seso. Pensaban que yo los había abandonado; no creyeron que ella los había

apartado de mí. No los veo, y desde entonces se han negado a tener el menor contacto conmigo. Eso me dolió en el alma durante muchísimo tiempo, pero ya he asumido la realidad: no me quieren en su vida, ni me necesitan, pero, después de tantos años, por fin me siento en paz. Si alguna vez quisieran verme, aquí estoy. Mi exmujer nunca les ha confesado lo que hizo para impedirme verlos durante quince años. A veces la gente hace cosas espantosas. Al parecer, tú fuiste desafortunada con tus padres por partida doble. ¿Les guardas rencor por haberte abandonado? —preguntó, mirándola fijamente.

—No —respondió ella en voz queda—. No siento nada por mi madre. Y creo que mi padre fue carcomiéndose por dentro, a raíz de lo que hizo en todas aquellas zonas de guerra. Era como una máquina de matar sin corazón. Ese tipo de vida destruye a las personas.

Al decirlo pensó en Shep y notó una familiar punzada en el corazón. Él era su único pesar, la única herida que continuaba sin cicatrizar, aunque sabía que algún día lo haría. Si había superado la pérdida de todos los demás, superaría la suya. Estaba decidida; de ello dependía su supervivencia.

—Eres una mujer muy fuerte, Allegra. Sé de buena tinta lo que se siente al perder a la gente que quieres, a un padre o un hijo. Es como si te cercenaran brazos y piernas y te arrancaran las entrañas. Y luego un día te despiertas y te das cuenta de que lo has superado. El sol vuelve a brillar, sigues vivo y respirando. Trabajas, vives, conoces gente y te ríes. Yo me sobrepuse gracias a mi trabajo; componer música me ayuda. ¿Alguna vez has puesto por escrito cómo te sentías cuando estabas sola? —Ella negó con la cabeza—.

Deberías planteártelo un día, te liberará. Aunque da la impresión de que lo llevas bien.

Sentía un enorme respecto hacia ella. Ya habían terminado de cenar, y Louise, al percatarse de que estaban manteniendo una conversación seria, los había dejado a solas.

—Pienso que soy muy afortunado de que te presentaras para este puesto. Ahora tienes un jefe y un amigo en Los Ángeles —le dijo con el semblante risueño.

A ella la apenaba el distanciamiento de sus hijos, pero todo indicaba que Henry lo había superado. Aquellos tiempos eran agua pasada. Ella había superado sus pérdidas, excepto la de Shep, pero con el tiempo también se sobrepondría. No le quedaba otra. Henry Platt parecía un buen amigo con el que se podía contar.

Louise puso el colofón a la cena con tarta de manzana casera y helado de vainilla. Allegra sonrió a Henry cuando terminaron.

—Gracias por esta velada maravillosa, la deliciosa cena… y el trabajo.

—Gracias a ti por tener la valentía de venir a Los Ángeles. —Le devolvió la sonrisa.

—Eres valiente cuando no te queda otra elección —dijo ella con buen juicio.

Se marchó poco después. Con el intercambio de confidencias, había sido una noche increíble. Realmente pensaba que tenía un amigo. Ahora conocían sus respectivas historias.

Una vez solo, él se quedó pensando en lo que le había contado Allegra, maravillado ante la fortaleza del ser humano en las peores circunstancias posibles de pérdidas y carencias, y porque le parecía extraordinario que hubiera sobrevivido. Era una mujer con arrojo, y

estaba seguro de que había más cosas que se había callado. Él, por su parte, también tenía secretos. Su corazón guardaba rincones donde nadie volvería a adentrase nunca más.

11

Allegra trabajó con entrega para Henry, disfrutando de cada minuto. Las tareas que realizaba eran diversas, y llegó a conocer bien su música, cómo creaba, qué le inspiraba, la increíble disciplina que tenía. A veces, impulsado por la energía creativa que albergaba en su interior, se pasaba la noche en vela trabajando sin descanso. Asimismo, Allegra llegó a la conclusión de que las carencias y desgracias que había sufrido en su vida, como la pérdida del contacto con sus hijos, en cierto modo se plasmaban en la música que creaba. Coincidía con Carly en que era un genio. Disfrutaba mucho aprendiendo de él, y no ponía pegas al trabajo duro ni a las largas jornadas.

Pese a que Allegra no trabajaba hasta tan tarde ni en la misma medida que Henry, nunca mostraba el menor inconveniente en prolongar la jornada si él se lo pedía o le encomendaba tareas adicionales a última hora. Consideraba un honor formar parte de su proceso creativo y hacerle la vida más fácil con la labor que llevaba a cabo. Él comentaba que era la persona más organizada que jamás había conocido.

Tras encontrar un apartamento amueblado que le gustó en West Hollywood, se instaló allí dos semanas después de comenzar a trabajar. Se ubicaba en un pequeño y pintoresco edificio de estilo

colonial español. Los muebles eran *vintage* y muy bonitos. La vivienda era coqueta y acogedora, con acceso a una piscina que rara vez tenía ocasión de usar. En los esporádicos fines de semana en los que Henry no la requería para algo que surgía en el último minuto, disfrutaba quedándose sola en el apartamento. La incesante actividad de su jefe era tan intensa que a veces le encantaba disponer de tiempo para sí misma sin hacer absolutamente nada, tan solo holgazanear en su apartamento. No ocurría a menudo, de ahí que aquellos ratos fuesen tan valiosos. Dedicaba el tiempo a leer y a veces incluso a escribir.

Henry se hallaba en continua actividad, creando sin cesar, siempre inmerso en algo nuevo, mientras ella se ocupaba de las cuestiones prácticas, así él podía concentrarse de lleno en sus obras. Cuando Jordan se ponía a trabajar codo con codo con él, se maravillaba ante todo cuanto Allegra hacía, sin poder apartar los ojos de ella. En el transcurso del tiempo que llevaba trabajando para Henry, este en ningún momento había dado muestras de su famosa mecha corta. Al igual que cualquier otra persona creativa, tenía días de malhumor y sus manías, pero en general parecía ser una persona de lo más razonable, que le hacía el trabajo fácil y la trataba con amabilidad en todo momento.

Allegra telefoneaba a Pippa en Nueva York de vez en cuando y le hablaba de Henry. Pippa se alegraba de que se hubiera labrado un nuevo porvenir en Los Ángeles. Allegra estaba prosperando, con un trabajo que le apasionaba, colaborando con un hombre del que aprendía mucho y enriqueciendo su vida con todo lo que él le mostraba. No se arrepentía de haberse marchado de Nueva York, ahora por fin podía volver a respirar.

Seguía sin tener noticias de Shep, y aún se preocupaba por él. Ni siquiera estaba segura de si se enteraría en el caso de que algo le sucediera, puesto que ella ya no figuraba como su familiar más cercano y sus padres nunca se lo comunicarían, pues ignoraban que estuvieron casados. Procuraba no pensar en ello.

Los papeles con la sentencia de divorcio llegaron a finales de año. Justo antes de Navidad. Pese a estar sobre aviso, se quedó en shock. Fue como borrar de un plumazo un capítulo importante de su vida. Lo había amado durante ocho años, la tercera parte de su existencia. A lo largo de todo ese tiempo, él fue su único amigo. Cuando recibió el documento tomó asiento y lo miró largo y tendido; le venían a la memoria todos los momentos importantes vividos con Shep. Se preguntó si él los recordaría también, o si la habría borrado de su mente además de borrarla de su corazón. Según dijo entonces, la abandonaba para protegerla del daño que podía causarle. Ella, en cambio, pensaba que, de haberla amado, habría dejado el ejército e intentado buscar la ayuda que necesitaba. Pero decidió volver a las andadas, y a estas alturas seguramente habría sufrido un daño irreparable. Era una circunstancia trágica para ambos. Sin embargo, con el paso del tiempo y su nueva vida en Los Ángeles, poco a poco se había ido recuperando del golpe. Hasta que recibir la sentencia oficial la hundió de nuevo.

Cuando le llegaron los papeles del divorcio se pasó el fin de semana entero metida en la cama sin hablar con nadie. No tenía amigos en Los Ángeles. Con Henry nunca disponía de tiempo para trabar amistades o conocer a un hombre. Trabajar para él la absorbía por completo, si bien era cierto que le gustaba muchísimo, de modo que no ponía objeciones. Y le encantaba su actitud

protectora, como un ángel de la guarda, siempre mirando por ella, guiándola, enseñándole y aconsejándola.

Los días que la jornada se alargaba especialmente, Henry la invitaba a quedarse a cenar, y Louise les llevaba bandejas con la cena a la biblioteca o, si no estaban apurados por volver a sus tareas, la servía en la mesa del comedor. A veces se tomaban unos sándwiches en el estudio, para que él pudiera continuar escuchando las bandas sonoras mientras ella observaba, y luego también le permitía oírlas.

Cuando él componía música para una película, primero la veía con sonido y a continuación sin él a fin de concentrarse en las expresiones faciales de los actores; más tarde escuchaba el diálogo prescindiendo de las imágenes para percibir la entonación de las voces. Después leía el guion y tomaba notas. Y luego, finalmente, comenzaba a componer la banda sonora, que fluía. Se enfrascaba en ello toda la noche si hacía falta, plasmando lo que sonaba en su cabeza. Era la música de su alma.

Allegra había aprendido a no interrumpirlo. Se limitaba a permanecer allí, en un segundo plano, por si necesitaba algo o deseaba que escuchara alguna melodía. Nunca se sentía sola mientras trabajaba; no tenía tiempo para ello. Después de pasar un año a su lado a todas horas, poseía un instinto infalible para detectar cualquier cosa que pudiera hacerle falta, y se adelantaba a todas sus peticiones.

Llevaba un año trabajando para Henry cuando este tuvo que viajar a Inglaterra para reunirse con un productor. Le había mencionado esa posibilidad cuando la contrató, pero era la primera vez que le pedía que lo acompañara. Tenía previsto pasar una semana en

Londres para hablar de una banda sonora que querían que compusiera, y después ir a París unos cuantos días. Pidió a Allegra que fuera con él para echarle una mano durante el viaje.

Ella nunca había estado en Europa y se mostró renuente. Henry insistió aduciendo que la necesitaba como ayudante allí. Se mantuvo firme en su petición. El viaje era una simple extensión de lo que hacía Allegra en Los Ángeles, y su jefe esperaba contar con ella. En su día, cuando la contrató, viajar figuraba en la descripción del puesto. Ella hizo lo imposible por librarse, y esgrimió todas las excusas que se le ocurrieron, pero él se mostró inflexible. Finalmente, Henry se dio cuenta de que estaba asustada.

—¿Por qué no quieres ir a Londres, Allegra? —le preguntó un viernes, bien entrada la noche, mientras compartían en el estudio el plato de sándwiches que Louise les había dejado preparado.

Louise se había acostumbrado a Allegra a lo largo del año, y veía con buenos ojos su dedicación. Siempre comentaba a su jefe lo afable que era Allegra, en lo cual él estaba de acuerdo.

—No lo sé. Hasta ahora nunca he viajado tan lejos. A lo mejor se debe a la circunstancia de no haber tenido a nadie que me protegiera durante tantos años. Cada dos por tres me veía en la tesitura de afrontar algo nuevo sola. —Henry no había caído en eso —. A veces me asustan las situaciones nuevas o estar lejos de casa. —Siempre se mostraba abierta y honesta con él.

—Pero esta vez no estarás sola. Yo estaré allí para protegerte. Y no te va a pasar nada malo en el viaje. Harás lo mismo que haces aquí como ayudante.

Allegra temía parecer una niñata al confesarle sus temores. Se sentía ridícula, pero siempre se mostraba sincera con él en lo

tocante a sus flaquezas o a cualquier error que hubiera cometido, algo poco habitual. No le ocultaba sus equivocaciones. Esta era una de las entrañables virtudes que poseía, entre otras muchas. Su honestidad era intachable. Henry se conmovió cuando confesó que estaba asustada.

Lo único que se había guardado para sus adentros era lo concerniente a Shep y al divorcio. Henry desconocía que hubiera estado casada. Para ella el tema era demasiado íntimo y doloroso, por mucho que se hubiese sincerado con él hablándole de su triste infancia.

—A lo mejor es que temo toparme con mi madre en Londres. No quiero verla, la verdad.

—No eres ninguna niña, Allegra. Ella ya no puede hacerte daño.

Hacía mucho tiempo que Henry había comprendido que el rechazo por parte de su madre era lo más devastador que jamás le había sucedido, y que Allegra se había pasado la vida intentando encontrarle una explicación.

—Lo sé. En realidad es absurdo. Almorcé con ella antes de irme de Nueva York. Se mostró de lo más agradable, igual que cada vez que la veía. Simplemente se comportaba como si yo fuese hija de otra persona, como si ni siquiera existiera. Nunca le dio por pensar que perder a mi abuela podía afectarme, aunque no estuviéramos unidas. Me regaló el broche de mi abuela, el del pequeño rubí en forma de corazón que me pongo a veces. Mariette era su madre, pero daba la impresión de que ni siquiera pensara que yo era pariente suya, como si yo no fuese lo bastante buena para formar parte de su familia. No me quería, así que jamás existí para ella. Tampoco me odiaba; no le preocupaba lo bastante para odiarme. En

cuanto a mi padre, le traía sin cuidado estar cerca. Venía a verme por compromiso unas cuantas horas cada año y medio o dos años.

—Qué horror de personas —comentó él, profundamente conmovido.

Allegra se había pasado la vida siendo la niña a la que nadie quería y por la que nadie velaba. Y aunque Henry lo ignoraba, más tarde se convirtió en una mujer a la que su marido rechazó y abandonó. En el caso de Shep, sin embargo, el motivo era algo más complicado, y ella lo entendía. La abandonó porque la amaba. Fue debido a lo destrozado que había quedado y a que había estado en un tris de matarla en dos ocasiones, y por su temor a que se repitiera. Carecía del menor control sobre sus terrores nocturnos o los fantasmas que se habían apoderado de él en Irak y acechaban en su interior. Pero, en definitiva, el resultado fue que, como sus padres, le dio la espalda, la abandonó y la dejó desamparada. Para Allegra, aún era demasiado reciente para sacarlo a relucir con alguien. Y, en algún rincón recóndito de su interior, continuaba abrigando la esperanza de recibir noticias de él algún día. Los papeles con la sentencia definitiva del divorcio truncaron esa esperanza y confirmaron que estaba fuera de su vida para siempre, tal como él deseaba.

—No tienes por qué ver a tu madre mientras estemos en Londres —le recordó Henry—. De todas formas, estarás demasiado ocupada.

—No quiero correr el riesgo de toparme con ella en la calle. No quiero volver a verla nunca más, me trae demasiados recuerdos. Cada vez que la veo, revivo el día en que se fue sin despedirse y me quedé muerta de miedo, aferrada a mi osito de peluche, esperando

que mi padre me dijera qué iba a ser de mí. Verla me resulta demasiado duro.

—Pues no lo hagas —dijo él sin más—. No es la niña Allegra la que va a Londres. Es Allegra la adulta, para echarme una mano en mi trabajo.

Sin embargo, Henry no alcanzaba a concebir lo profundas que eran las heridas, ni tampoco el alcance de estas. Ser abandonada por su madre supuso un golpe mortal para una chiquilla de seis años.

—Me siento estúpida por el mero hecho de contarte estas cosas —señaló ella, avergonzada—. Lo pensaré.

El lunes se presentó en el estudio con aire resuelto. Cuando le dijo con la voz quebrada por la emoción que lo acompañaría en el viaje, daba la impresión de estar consintiendo en ir a la guillotina.

—Lamento haber armado tanto alboroto por esto.

—Me alegro de que vengas; es lo único que importa. Debes enterrar los fantasmas del pasado. Y yo reconozco egoístamente que para mí será estupendo y me facilitará las cosas. Prometo protegerte —afirmó en tono solemne, y, acto seguido, ella sonrió y se dirigió a su oficina a comenzar los preparativos para el viaje.

A instancias de Henry, había tramitado el pasaporte cuando aceptó el puesto.

Jordan Allen pasó por su despacho aquella tarde. Siempre se dejaba caer por allí para charlar con ella. Según Allegra, mantenía una relación extraña con Henry, al que en parte idolatraba y en parte envidiaba.

—Entonces ¿te vas con él? —dijo con un retintín que a ella le desagradó. Insinuaba que pretendía aprovecharse de Henry, y nada

más lejos de su intención. Jordan siempre tergiversaba las cosas—. Londres es una ciudad muy chula. Seguro que te lleva a los mejores restaurantes y fiestas. —Parecía celoso, a pesar de llevar una vida plena.

—Vamos a trabajar —le recordó Allegra.

—Algún hueco hará. Querrá impresionarte —dijo, y ella lo miró con acritud.

—No es ese el tipo de relación que mantenemos. Es mi jefe. —Hizo que sonara como una palabra sagrada, y él se rio.

—Cosas más raras suceden cuando un jefe se lleva a su ayudante de viaje. A mí me gustaría impresionarte si fueras a Londres conmigo.

—No digas tonterías —espetó ella. Puesto que Jordan era mucho más joven que Henry, no tuvo reparos en ponerlo en su sitio—. Esa es tu manera de ser, no la suya. —Pretendía hacerla sentir sucia y culpable en vano. Ella conocía a Jordan y su fama de mujeriego—. Henry es un caballero —le recordó.

—Es un hombre, Allegra. Y mírate en el espejo: cualquier hombre con ojos en la cara te tiraría los tejos. No deja de ser humano.

Era la única faceta de la vida de Henry que Allegra desconocía. Él nunca sacaba a colación el tema de las mujeres con ella. No obstante, Louise había mencionado en varias ocasiones que su jefe no había mantenido una relación seria, ni siquiera esporádica, con una mujer desde hacía años. Que debido al tremendo desengaño sufrido con su exesposa, jamás se había planteado la posibilidad de casarse de nuevo, un asunto que no incumbía a Allegra, la cual siempre se lo recordaba a Louise. Su cometido consistía en ayudarlo, y, como mucho, eran amigos. En el año que llevaba trabajando con

él en ningún momento se le había insinuado, y estaba segura de que no iba a hacerlo ahora por el mero hecho de estar de viaje. Ella misma había reservado dos habitaciones en el hotel Claridge, una estándar para ella y una suite, la de siempre, para él. Henry iba a Londres como mínimo una vez al año, o incluso más a menudo si tenía un proyecto entre manos allí.

—Tiempo al tiempo. Ocurrirá el día menos pensado —dijo Jordan con su habitual arrogancia, tratando de incomodarla.

Con Jordan podría haber ocurrido, tal como daba a entender, pero Allegra sabía que con Henry no, bajo ningún concepto. En ese aspecto el viaje no le preocupaba, y, por lo demás, se sentía mejor. Haber hablado con Henry sin tapujos acerca de sus temores hizo que se disiparan. Ahora se encontraba en la fase de dilucidar qué ropa llevarse, lo cual Henry consideraba una buena señal. Consultó el pronóstico meteorológico a diario con el fin de decidirse.

Cuando finalmente llegó el día, Henry la recogió en su apartamento de camino al aeropuerto. Salió cargada con dos maletas, cosa que le sorprendió, pero no hizo comentario alguno. Quería evitar ponerla nerviosa. Ella pidió disculpas nada más subir al vehículo. Por suerte, iba en la furgoneta que normalmente usaban para comprar provisiones para la casa.

—He leído dos pronósticos meteorológicos que se contradicen entre sí. Uno decía que va a hacer un calor atípico para la estación, y el otro, que el tiempo será lluvioso y frío, de modo que en la maleta llevo de todo por si las moscas —comentó, y a él le hizo gracia.

No había necesidad de preocuparse, ya que viajaban en primera clase. Henry le había pedido a Allegra que reservase los vuelos en clase preferente por si durante el trayecto de once horas quería trabajar. De modo que estaba preparada para hacer cuanto requiriera, o dejarlo tranquilo si tenía ganas de dormir, ver una película o escuchar música.

Allegra se puso a leer un libro después del despegue, y no hablaron hasta que sirvieron el almuerzo. Era una comida elaborada, que él acompañó con vino. Ella, en cambio, no: consideraba que se encontraba «de guardia» y prefería estar pendiente de él por si la necesitaba. Después ambos vieron películas y, más tarde, durmieron durante el resto del viaje. Aterrizarían a las seis de la mañana, hora local, con tiempo de sobra para desplazarse al hotel, ducharse, cambiarse y, espabilados tras dormir bien en el avión, prepararse para su reunión matutina. A pesar del largo trayecto, la planificación del tiempo fue acertada.

El hotel Claridge envió un coche a recogerlos, y Allegra observó la ciudad con unos ojos como platos mientras la atravesaban, pasando por diversos monumentos famosos. Londres era ajetreado y bullicioso, con una mezcolanza de historia y modernidad. A petición de Henry, el conductor pasó junto al palacio de Buckingham, que entusiasmó a Allegra de inmediato.

—Tenías razón. Estoy contenta de haber venido —le susurró.

Le gustó muchísimo el hotel, elegante y anticuado, y le chifló su habitación, decorada con tejidos de *chintz* de llamativos estampados florales. Era la aventura más emocionante de su vida; sonreía de oreja a oreja cuando fue a la suite de Henry para reunirse con él.

Vestida con un traje de lino negro muy chic, tenía un aire elegante y profesional, además de juventud y belleza. Henry sonrió al verla.

—Me alegro mucho de que estés aquí conmigo, Allegra —dijo.

Ella había pedido un surtido completo de café, té y pastas para la reunión. Tras la llegada del productor y su equipo, escuchó en silencio sin hacer ningún comentario. Estaban ansiosos por convencer a Henry para que colaborase con ellos en tres películas, y trataron de presentar la propuesta de la manera más atractiva posible. Él no tenía claro si le apetecía pasar tanto tiempo en Londres como requerían, y prefirió no aceptar más de uno o dos de los proyectos. Allegra disfrutó escuchando la conversación y, al término del largo encuentro, él la invitó a comer.

La llevó a Rules, según él el restaurante más antiguo de Londres, y, a continuación, la despachó en un coche para que viera los lugares de interés e hiciera algunas compras en condiciones inmejorables. Aunque él iba a quedarse trabajando en el hotel, dijo que no la necesitaba.

—Y esta noche iremos a cenar al Harry's Bar. Soy miembro del club. Deberías ponerte algo un pelín elegante.

Se quedó pasmada con la invitación. Hasta la fecha nunca la había invitado a un restaurante, y con esta eran dos invitaciones en un mismo día.

—¿Estás seguro? —dijo un tanto indecisa—. ¿No tienes amigos a los que te apetezca ver? —le preguntó.

—La verdad es que no. Me gustaría que lo pasaras bien en Londres —señaló con una sonrisa—. Mañana por la mañana nos espera otra reunión, y luego tengo planeado mandarte al museo Tate Modern y, a continuación, a la Torre de Londres, para que veas

las joyas de la Corona. ¿Te gusta el teatro? —le preguntó, y ella asintió con la cabeza—. ¿Por qué no reservas entradas para mañana por la noche? Ya puestos, podríamos aprovechar para pasar un buen rato. —Se estaba deleitando agasajándola.

—¿No debería estar trabajando? —se extrañó ella.

—Cuando me hagas falta, te avisaré. El resto del tiempo puedes hacer turismo.

Sus propuestas eran emocionantes y generosas, y hacía hincapié en su deseo de que disfrutara de la estancia.

Después del almuerzo, el chófer dejó a Henry en el hotel y llevó a Allegra a Harrods. Como solo había metido en la maleta un sencillo vestido negro por si acaso lo necesitaba, se compró uno de seda blanco y negro más vistoso, con chaqueta a juego, inspirado en Chanel pero a un precio más asequible, para lucirlo aquella noche.

Tenía un aspecto muy chic cuando Henry se reunió con ella en el vestíbulo a la hora acordada para ir a cenar.

—¿Qué tal el tour? —le preguntó, mirándola con orgullo.

—De maravilla.

Además de comprarse otro vestido, había reservado las entradas para el teatro, como le había pedido él. Henry la estaba cortejando sin ser consciente de ello siquiera; se decía a sí mismo que se mostraba paternal y protector y que Allegra se merecía que la mimaran por una vez en su vida. Deseaba lo mejor para ella y que su primer viaje a Europa fuese un exitazo.

A Allegra le encantó el Harry’s Bar, así como la refinada comida italiana. El ambiente era muy elegante y de postín. Las mujeres lucían vestidos de noche, y los hombres, trajes azul oscuro, lo mismo que Henry, con una impecable camisa blanca y corbata azul marino;

por un momento se acordó de las insinuaciones de Jordan acerca del viaje, pero las borró de su mente. Henry simplemente estaba siendo amable con ella, lo cual era de agradecer, y disfrutando de su compañía. La diferencia de edad de treinta y ocho años que existía entre ellos no revestía importancia para ninguno de los dos. Resultaba apropiada entre jefe y ayudante.

—Si fuera más joven, te llevaría al Annabel's —comentó él camino del hotel—. También soy socio. Conservo mis membresías londinenses para cuando vengo aquí. No tengo ni remota idea de qué baila la gente ahora —dijo entre risas—. Tal vez mi música. — Ella se rio también.

Pasaron una velada amena y distendida, durante la cual él habló de sus estudios de música en la escuela neoyorquina Juilliard, y del año en el conservatorio de París. Su madre fue profesora de piano, y su padre, concertino de la Ópera Metropolitana de Nueva York. Toda su etapa de juventud se había forjado en la música, su pasión de por vida, si bien no llegó a alcanzar el verdadero éxito hasta que se afincó en Los Ángeles y se introdujo en el mundillo del cine. Aunque seguía apasionándole la música clásica, ahora su vida era la composición. Le entristecía que sus padres no hubieran vivido lo suficiente para ver sus logros. Y, al igual que Allegra, Henry era hijo único. Opinaba que sus padres habían sido maravillosos con él, pero muy exigentes en lo que respecta a su formación musical. Abrigaban la expectativa de que fuera pianista de concierto, cosa que estuvo a punto de lograr. En Los Ángeles tomó otro rumbo.

Conoció a la que sería su esposa nada más llegar a Los Ángeles. Ella era un alma cándida. Su relación fue un sueño que se convirtió en pesadilla. Ella lo apoyó al principio y, una vez que él cosechó

éxito, le sacó el máximo partido hasta que al final lo abandonó por un productor conocido suyo, que tenía aún más éxito. Había llovido mucho desde entonces y Henry no dio muestras de amargura al relatarlo. A pesar de que su rabia se había mitigado con el paso de los años, dijo que jamás la perdonaría por haberlo apartado de sus hijos. Era la primera vez que Henry hablaba de su infancia con Allegra, que entendió su carácter disciplinado, después de años y años de formación musical, con unos padres músicos muy exigentes y largas horas de práctica cada día. No había tenido la oportunidad de disfrutar de ninguna de las actividades propias de la niñez, ni siquiera de los amigos.

—A mí me hacía mucha ilusión jugar al béisbol, como a todos los críos. Me sentí agobiado hasta los quince años más o menos y, a partir de entonces, yo mismo me tomé en serio la música. Mi música lo es todo para mí. Es bueno tener disciplina en la vida —dijo—. Como tú, Allegra. Tú también eres muy disciplinada. Hace que la vida resulte más fácil.

Para entonces ya se hallaban de vuelta en el hotel; Henry la acompañó a su habitación.

—Gracias por la cena —dijo ella en tono cariñoso—. He pasado un día increíble gracias a ti.

Él no deseaba que sufriera otro trauma en su vida. Las horas que habían pasado juntos le brindaron la oportunidad de contarle su infancia y juventud, además de su pasión por su oficio.

—Te mereces pasar buenos ratos ahora, Allegra. Muchos. Días agradables y sin complicaciones, rodeada de gente que se preocupe por ti y te proteja.

—Trabajar para ti es agradable y sin complicaciones. Eso es todo cuanto necesito.

Era la mujer más comprensiva que jamás había conocido, y había disfrutado en su compañía más de lo que se imaginaba. Le había encantado salir con ella esa noche. Era una joven hermosa, con su larga melena pelirroja lisa cayéndole por la espalda y aquellos grandes ojos verdes. Aunque por lo general Allegra prescindía del maquillaje para ir a trabajar, esa noche se había maquillado un poco. Así, sus ojos parecían aún más grandes y más verdes.

—Nos vemos en la reunión mañana por la mañana —le dijo, y cuando ella se volvió para entrar en su habitación, él enfiló el largo pasillo hacia la zona de las grandes suites.

La habitación de Allegra era más modesta, pero muy bonita. De momento todo lo relativo al viaje había sido ideal.

Los días siguientes estuvieron repletos de reuniones, almuerzos, visitas a museos, cenas y una obra de teatro que hizo las delicias de ambos. Allegra tenía la sensación de estar de luna de miel más que en un viaje de trabajo, pero no le dijo nada a Henry. Consideraba inapropiado mencionarlo. Se sentía muy agasajada. Además, había visto todos los lugares que figuraban en la lista de visitas turísticas de su jefe. Después de haberse mostrado tan reacia a acompañarlo, ahora le daba rabia que el viaje tocara a su fin. Había conocido otra faceta de Henry, una faceta más relajada. Que hablara más abiertamente de su infancia y sus padres, su matrimonio y sus hijos estrechó el vínculo entre ellos. Él ya lo sabía todo de Allegra, y, una noche, durante la cena, ella por fin le habló de Shep. Henry la compadeció: había sufrido otro abandono innecesario. Pero ella lo relató con calma. Habían pasado quince meses desde que Shep la

abandonó, y ya se veía capaz de verbalizarlo. Ese era el motivo por el que no había tenido interés en salir con nadie desde su llegada a Los Ángeles. No estaba preparada, y tampoco podía afrontar otra decepción, de ahí que se hubiera volcado en el trabajo. Henry comentó que sintió lo mismo cuando se divorció. Mostró una profunda empatía hacia Shep y se hizo cargo de lo demoledor que había sido el revés.

El último día que pasó en Londres, Allegra se enfrentó a un dilema. Estaba sentada en su habitación en un rato de asueto, sopesando qué hacer antes de reunirse con Henry para almorzar y ocuparse de los recados de última hora. Se encontraba en la tesitura de si llamar o no a su madre. La idea la había estado reconcomiendo por dentro desde su llegada. En un principio no lo tenía en mente, pero cada día se planteó si debía hacerlo, si sería diferente, si estaría mal o sería un desaire marcharse sin telefonearla. Pese a que no le debía nada a su madre, en algún lugar de su corazón abrigaba la esperanza de que algo hubiera cambiado y existiera algún vínculo entre ellas para el que Isabelle no estaba preparada en su momento, y tal vez ahora sí. Además, Allegra había madurado. Se negaba a tener miedo de un fantasma, que era lo que su madre había sido en su vida hasta entonces.

Finalmente, diciéndose que no tenía nada que perder y que su madre ya no podía hacerle daño, decidió llamarla. Contuvo la respiración y marcó el número. Una voz femenina respondió y le pidió a Allegra que esperara un momento. Isabelle tardó más de la cuenta en ponerse al teléfono. Parecía titubeante y cautelosa.

—¿Ocurre algo, Allegra? —le preguntó Isabelle con frialdad.

—No, qué va. Es que estoy en Londres por trabajo, y se me ha ocurrido llamar para saludarte.

Resultaba patético que necesitase un pretexto, pero así era la relación que tenían. Isabelle pareció aliviada de inmediato. Temía que Allegra quisiera algo.

—Qué detalle por tu parte —dijo en el tono que habría empleado con un conocido cualquiera.

Allegra se había convertido en la hija que sencillamente rehusaba desaparecer por completo y aparecía cada tantos años, por casualidad, tanto si se esperaban sus noticias como si no. E Isabelle no las esperaba.

—Me voy de viaje mañana, estoy superagobiada. ¿Qué tipo de trabajo te ha traído a Londres?

—Soy la ayudante personal de un compositor. Ahora vivo en Los Ángeles. Él trabaja en el mundo del cine.

Allegra quería que pareciese importante, y Henry lo era, aunque le fastidió seguir pretendiendo impresionar a su madre, como si eso fuese a cambiar las tornas. No era el caso. Tenía presente ya que ella no era suficiente, y nunca lo había sido.

—Qué bien —contestó Isabelle con indiferencia—. Siento mucho estar tan liada hoy. Que tengas una estancia divina.

—También me marcho mañana. Nos vamos a París. Que tengas buen viaje —le dijo a su madre en un tono más frío.

El mensaje de Isabelle era claro: «Lárgate. Por el amor de Dios, desaparece de una vez por todas».

—Igualmente —dijo.

Cuando colgaron, Allegra se quedó mirando el teléfono, preguntándose por qué la había llamado, aunque en el fondo lo

sabía: porque anhelaba que Isabelle la quisiera, pese a que nunca lo había hecho, seguía sin hacerlo y jamás lo haría. Allegra se sintió como una tonta. Pero peor se habría sentido de no haberlo hecho. De pronto, allí sentada, por fin cayó en la cuenta de que no hacía falta que la llamara nunca más. No había nada que decir ni esperar. La niña pequeña aferrada a George, el osito de peluche, había crecido y ya no necesitaba a su madre.

Iba sonriendo cuando se reunió con Henry en el vestíbulo para salir a almorzar.

—He llamado a mi madre —dijo en voz baja una vez en el coche.

Él torció el gesto, temiendo que Allegra hubiera sufrido otro desprecio y alguna forma de rechazo.

—¿Cómo ha ido?

—Un chasco. Estaba ocupada. Yo también. Ya no la necesito —dijo con un suspiro—. Y, aunque parezca increíble, me da igual. No creo que vuelva a llamarla en la vida —añadió, mirando por la ventanilla, mientras Henry la observaba aliviado al ver que se encontraba bien.

Allegra tenía el semblante risueño y la sensación de libertad se reflejaba en su rostro. Por fin se había liberado de su madre. Definitivamente, se acabó.

12

Los tres días en París, después de Londres, fueron mágicos. Hacía años que Allegra veía fotografías y leía libros sobre París. Incluso realizó un curso de literatura francesa en la universidad, pero nada la había preparado para la belleza deslumbrante de la ciudad y la sensación que la embargó al recorrer las calles, cautivada por su encanto. Henry solo tuvo una reunión con un productor de cine francés. Pasaron el resto del tiempo admirando la arquitectura, los monumentos, los jardines y los parques, y contemplando el cielo, recreándose en la luz, que poseía un brillo dorado que no había visto en ninguno de los lugares que conocía. No oscureció hasta las diez de la noche. Allegra se sentía fascinada por todo, y a Henry le encantó compartir su entusiasmo. Era su ciudad favorita desde la primera vez que la visitó con sus padres de pequeño. Y había vivido allí durante un año mientras estudiaba en el conservatorio. Se conocía la ciudad al dedillo.

Observar a Allegra empapándose de todo le infundió un especial regocijo. Se sentaron en las terrazas de los cafés, pasearon por la ribera del Sena, vieron a los críos jugar en los jardines de Luxemburgo y se montaron en el tiovivo de las inmediaciones de la Torre Eiffel. Cada momento forjó un recuerdo especial que ella sabía que guardaría para siempre.

Allegra había reservado en el Ritz de París, un hotel histórico también. Pasaron una mañana en el Louvre y el Jeu de Paume. Dondequiera que fueran, la mayoría de las veces a pie, Allegra se sentía abrumada ante lo que contemplaba. La suite de Henry en el ilustre hotel era palaciega, y el servicio, extraordinario. Compraron crepes en los puestos ambulantes, comieron en los bistrós de la margen izquierda del río, recorrieron Saint-Germain-des-Prés y pasaron junto a todas las tiendas elegantes del Faubourg Saint-Honoré. Caminaron desde la plaza de la Concordia y atravesaron los Campos Elíseos de punta a punta hasta el Arco del Triunfo, bajo el cual ondeaba con la brisa la bandera de Francia más grande que jamás había visto. Tanto los días como las noches eran cálidos; hacía un tiempo ideal. Cuando regresaron al hotel la segunda noche, al desearle buenas noches en la puerta de su habitación Henry la besó, y a ella no le resultó chocante. Parecía algo completamente normal y lo que estaba destinado a suceder. Tras permanecer durante unos instantes en el umbral, él la siguió adentro y la besó de nuevo. La habitación, con gruesas cortinas de brocado de satén azul pálido y una enorme cama con un cabecero antiguo tapizado con el mismo tejido azul, parecía una versión en miniatura del dormitorio de María Antonieta.

Henry no supo qué decirle. Ni siquiera era consciente de hasta qué punto la deseaba, o de lo mucho que había llegado a quererla. Todo les resultó natural a ambos mientras se despojaban de la ropa y acababan en la enorme cama, haciendo el amor como si hubieran esperado una eternidad para encontrarse el uno con el otro. Su pasión parecía no tener límites en aquel bonito escenario, y luego, mientras yacían abrazados, Henry la miró. Era como un tesoro que

había caído en sus manos, y no se explicaba cómo había tenido la suerte de encontrarla por casualidad. La diferencia de edad entre ellos se desvaneció. Allegra lo hacía sentirse joven de nuevo, y él la hacía sentirse mujer, segura entre sus brazos, donde nada podía causarle daño. Los sentimientos de Henry eran como un escudo que la protegía, y, mientras la sostenía entre sus brazos, ella lo besó suavemente en los labios.

—¿Estoy soñando? —susurró Henry.

—A lo mejor estamos soñando los dos —respondió Allegra, y se recostó en la cama, su largo, esbelto y grácil cuerpo como el de una bailarina descansando después de una proeza magistral, al tiempo que él la acariciaba con delicadeza y la excitaba de nuevo.

Allegra infundía fuerza a su cuerpo y vitalidad a su espíritu. Reavivó en Henry la esperanza de que existiera el amor, de que ella fuera digna de ser amada. El torrente de amor que Allegra había contenido durante años se derramó sobre él súbitamente, arrastrándolos a ambos. Lo colmó de sensaciones olvidadas hacía tiempo, y de muchas que hasta entonces nunca había experimentado. Henry ya no podía imaginarse la vida sin ella, y todo había culminado en este momento sublime.

Había una afinidad inesperada entre ellos. Se necesitaban mutuamente en la justa medida, sin desesperación. La sensación era plácida, como si flotaran, mientras Allegra le sonreía. Daba la impresión de que aquello estaba destinado a ocurrir, justo en ese momento, en ese instante, en una ciudad que ella jamás habría imaginado. Deseaba volver con él una y otra vez, apropiársela junto a él.

Permanecieron despiertos, conversando y haciendo el amor, hasta que amaneció y finalmente se durmieron. Henry entrelazó su largo cuerpo alrededor del suyo y la abrazó. Se amoldaban a la perfección. Mientras los vencía el sueño alcanzaron a oír el arrullo de los pájaros, y cuando Allegra se despertó al cabo de unas horas, Henry seguía estrechándola entre sus brazos. Se giró para poder mirarlo, y él sonrió.

—Creo que anoche morí y fui al paraíso. Si esto es un sueño, no me despiertes —dijo en voz baja.

—¿Era tu intención que esto ocurriera? —le preguntó ella con inocencia.

—En absoluto. No se me pasaba por la cabeza que pudiera tener esta suerte. Soy un viejo en comparación contigo, Allegra. ¿Cómo ibas a desearme?

Ella jamás había deseado a nadie hasta ese punto, ni había querido tanto a nadie en su vida. Consideraba que valía la pena haber soportado cada uno de sus tormentos si eran lo que la había conducido hasta él. Habría sido capaz de atravesar el fuego por Henry. Le daba igual lo mayores o lo jóvenes que fuesen; lo que compartían era intemporal y eterno.

—La gente se quedará pasmada por nuestra relación —le advirtió él.

—Qué importa —dijo Allegra, girándose para tenderse de espaldas, y le sonrió mientras Henry, recostado sobre un codo, la observaba fijamente con admiración y asombro.

—Eres la mujer más bella que he visto en mi vida.

Así la hacía sentirse él. Todo era nuevo para ella. Lo acontecido en su vida hasta la fecha se le antojaba un juego de niños que la había

preparado para Henry. Se levantaron de la cama y se asomaron a la ventana juntos. La luz del sol bañaba la place Vendôme, y por encima se extendía un cielo azul perfecto.

Pidieron el desayuno y se lo tomaron envueltos en los albornoces rosas del hotel, se dieron un baño juntos y salieron a pasear. Ella deseaba recorrer todo París con él, pasar juntos el tiempo que les quedaba, para celebrar el milagro que se acababa de producir. Ignoraba por completo qué harían a partir de ahora, o qué pasaría. Lo único que importaban eran los ratos ideales que estaban viviendo. Se sentaron muy pegados en un banco en los jardines de las Tullerías, bajo el cielo azul celeste, y la besó.

—Como vuelvas a hacer eso, echaré una carrera hasta el hotel —comentó Allegra en tono juguetón.

Henry se rio, pensando en lo joven que era Allegra. Estaba disfrutando de lo lindo de todo lo concerniente a ella y se maravillaba de que no diera importancia a los treinta y ocho años que le sacaba. Daba la impresión de que fueran de la misma edad.

—Creo que deberíamos quedarnos aquí para siempre —añadió Allegra acurrucándose contra él. No existía límite de tiempo para lo que estaban compartiendo.

—Quiero despertarme contigo cada día —dijo Henry—. Puedes quedarte conmigo; a fin de cuentas, pasamos todo el día juntos. Nadie notará la diferencia. Tampoco tenemos por qué dar explicaciones a nadie. No tenemos padres, tú no tienes hijos y los míos no me ven. Los dos somos libres.

—¿Qué me dices de Louise? ¿No será un shock para ella? —señaló Allegra con una sonrisa, recordándole la presencia de la fiel ama de llaves.

—Si lo es, lo superará. Pienso que se alegrará por mí, y te adora.

Siguieron hablando de ello mientras caminaban hacia el hotel agarrados de la mano. Había otras parejas paseando. Vieron a una besándose y sonrieron. Ahora formaban parte de un club especial, el de los enamorados en París. Era la ciudad ideal para el amor. Aquella noche la pasaron en la habitación de Henry, aún más señorial que la de Allegra. La había introducido en un mundo totalmente nuevo en el que, por primera vez en su vida, se sintió bien recibida, querida y protegida por un hombre extraordinario. Él colmaba su vida de alegría.

Su idílica estancia en París pasó volando y, cuando embarcaron en el avión de Los Ángeles, la magia aún los envolvía. Ahora se les hacía raro regresar. Durmieron durante la mayor parte del vuelo y, al llegar, Allegra pasó la noche con él en Bel-Air. Henry puso sus maletas en el cuarto de invitados, contiguo a su dormitorio, y le dijo que podía usarlo como vestidor. Por la mañana, cuando bajaron a desayunar, Louise no dijo una palabra al tomar nota de sus peticiones. Tenía la cara sonriente. A las ocho ya se encontraban en el estudio, listos para trabajar. Habían disfrutado de unas vacaciones fabulosas y del comienzo de una nueva vida juntos.

—Echo de menos París —dijo ella estrechándolo entre sus brazos, y él la besó.

Como Henry tenía una cita con Jordan esa mañana, Allegra se quedó en su despacho. No tenía ganas de ver a Jordan, ni sus miradas maliciosas si se olía lo que había pasado entre ellos. En

cierto modo lo desvirtuaría. Cuando llegó le preguntó a Henry qué tal por Europa.

—Ha sido muy productivo —respondió él con expresión seria, y acto seguido se pusieron manos a la obra.

Allegra estaba en la planta de arriba deshaciendo las maletas cuando Jordan se fue.

A partir de entonces no volvió a quedarse en el apartamento de West Hollywood; el primer fin de semana llevaron el resto de su ropa a Bel-Air. En el armario del cuarto de invitados había espacio de sobra. A ambos les sorprendió lo normal que les parecía vivir juntos. Su amor había tardado un año en estallar como un volcán, y tan solo tardaron unos cuantos días en habituarse a compartir el dormitorio. Henry tenía la sensación de llevar mucho tiempo esperándola. Y Allegra sentía lo mismo.

Poco después de mudarse lo acompañó al estreno de una de las películas en las que había colaborado. Caminó por la alfombra roja con Henry, manteniéndose a cierta distancia a fin de facilitar el acceso a los fotógrafos, pero él tiró de ella y le puso la mano en el brazo.

—Este es tu sitio ahora —le susurró, y Allegra sonrió.

Los fotografiaron juntos y, a la mañana siguiente, Jordan lo comentó con Henry.

—¿Es que estás saliendo con Allegra? —le preguntó como quien no quiere la cosa, y Henry pareció sorprendido.

Era una forma banal de referirse a lo que sentían el uno por el otro. Indigna de ella. Henry ni siquiera respondió. Allegra se merecía mucho más. Aquella noche sacó a colación el tema.

—Probablemente deberíamos esperar un tiempo razonable y hacerlo como es debido —le dijo—. Quiero casarme contigo, Allegra. De lo contrario, dará que hablar a la gente, y no me agradan las habladurías que circulan en esta ciudad. Aquí todo es efímero y pasajero. ¿Tú qué opinas?

—Que soy la mujer más afortunada del mundo. ¿No te cansarás de mí? —le preguntó con gesto de preocupación, y él sonrió.

—A lo mejor, dentro de treinta o cuarenta años. Podemos hablarlo entonces.

Se casaron al cabo de seis meses en una ceremonia íntima oficiada por un juez amigo de Henry. Su deseo era evitar la prensa. Pippa voló a Los Ángeles para asistir a la boda como único testigo de Allegra. Pasaron la luna de miel en París, y, a la vuelta, dieron un banquete para un centenar de amigos de Henry. Fue una celebración llena de alegría.

París estaba tan bonito en invierno como en verano. Nevó mientras se encontraban allí; la nieve parecía encaje sobre las farolas y las estatuas, espolvoreada en los árboles como azúcar hilado encima de una tarta nupcial. Pasaron dos semanas en la ciudad, yendo a sus lugares favoritos. Él tenía reuniones en Londres después. Ella seguía ejerciendo de ayudante, cosa que extrañaba a algunas personas, pero a ellos les importaba un comino; disfrutaban de lo lindo trabajando codo con codo. Allegra había telefoneado a Carly Forrest para ponerla al corriente de que iban a casarse, y esta se rio.

—Yo pensaba que os compenetraríais, pero lo que no imaginaba era que el trabajo sería indefinido. De las ayudantes que ha tenido, eres la primera que no lo ha dejado plantado. Las agotó a todas.

La energía de Allegra, sin embargo, se equiparaba a la de Henry. Y lo amaba. Carly les envió una bandeja de plata con las iniciales de ambos grabadas. Fue el primero de otros muchos regalos de bodas. Los chismosos hicieron comentarios sobre la diferencia de edad de la pareja, pero sus amigos se alegraron por ellos. Se complementaban de la mejor manera posible.

La gente envidiaba a Allegra y a Henry cuando los veían juntos. Saltaba a la vista el amor que se profesaban. Y, pese a la diferencia de edad, la pareja no resultaba chocante. Parecían compenetrarse con armonía, admiración y respeto.

Él ganó otro Oscar al año siguiente de casarse. Y en el breve discurso que pronunció le dio las gracias a Allegra por el infinito amor y la alegría que le brindaba. Se refirió a ella como su extraordinaria esposa.

Tras sopesar la idea de tener un hijo, decidieron no hacerlo. Henry opinaba que sería injusto para el niño tener un padre tan mayor, y reconoció que quería a Allegra solo para él. Ella estuvo de acuerdo, a pesar de que le seducía la perspectiva de ser la madre de su hijo. Sin embargo, su infancia había sido tan traumática que le parecía impensable traer hijos al mundo y correr el riesgo de hacerles daño de alguna manera. Lo que anhelaba ahora era cuidar de él, y tampoco deseaba compartirlo. El vínculo que mantenían era tan íntimo y estrecho que no admitía a nadie más, ni siquiera a un hijo en común. Eran felices tal como estaban.

Henry compuso la música para dos películas más con Jordan, que le dijo que era muy afortunado de tener a Allegra. Henry era su

ídolo, su héroe, y confesó sin reparos que lo envidiaba por muchas razones, sobre todo por la mujer que tenía. Pero también reconoció que Henry se la merecía, y que jamás había visto a dos personas tan enamoradas.

Allegra y Henry iban a París todos los años, como homenaje a su primer viaje. Allí fue donde empezó su relación y donde ambos se dieron cuenta de que estaban enamorados.

Era una excelente excusa para viajar a París. Londres nunca llegó a tener el mismo significado para ellos, ni tampoco la misma magia. Y Allegra, cuando una vez casada estuvo en Londres con Henry, no telefoneó a su madre, jamás volvió a hacerlo. Fue la mejor decisión que tomó en su vida. No lamentaba en absoluto haberse desvinculado de ella. Isabelle tampoco volvió a ponerse en contacto con Allegra. Finalmente consiguió el distanciamiento que deseaba con su hija. No quería tener la más mínima relación con ella, ningún recuerdo del pasado. Allegra tampoco. Ahora estaba con Henry; era todo cuanto necesitaba. A lo largo de los años que compartieron se sintió feliz y a salvo.

Henry organizó una fiesta sorpresa para Allegra el día de su trigésimo cumpleaños. A los sesenta y ocho años, gozaba de vitalidad, fuerza y salud. Ella se desvivía por él, que parecía haber rejuvenecido desde que se casaron. Ese año celebraron su quinto aniversario, que pasaron en el Ritz de París, como de costumbre, en la misma suite que en anteriores ocasiones.

Lejos de aflojar el ritmo, Henry trabajaba con el ahínco de siempre. Seguía pasando noches enteras enfrascado en sus composiciones y se entregaba igual que antaño a la música y las bandas sonoras. Allegra se afanaba con la misma diligencia de la que hizo gala cuando comenzó a trabajar para él. Era tan infatigable como su esposo, y los dos formaban un equipo eficiente, dinámico y sincronizado. Ella conocía todos los entresijos del sector y escuchaba las partituras de Henry nota por nota. Le chiflaba la música que componía.

Para entonces, Jordan ya había saltado a la fama, y acudió a la fiesta sorpresa de Allegra con la famosa actriz con la que estaba saliendo. En ese momento, a los cuarenta y un años, el matrimonio continuaba siendo lo último que le pasaba por la cabeza. Siempre había una mujer más joven y guapa a la vuelta de la esquina a la que esperaba conocer. Sus conquistas eran legendarias, y ahora eran siempre celebridades, algo que él pensaba que realzaba su imagen. Era célebre por salir con las mujeres más bellas de Hollywood, aunque nunca durante mucho tiempo. Jordan jamás había dado importancia a las relaciones duraderas. Siempre decía que la suerte no le había sonreído como a Henry, que encontró al amor de su vida. Según afirmaba seguía buscando, pero aún no lo había encontrado. A Henry, en cambio, le había tocado la lotería.

Allegra quería que Henry se pusiera en contacto con sus hijos para ver si era posible retomar la relación con ellos ahora, con su apoyo. Él no lo hizo, consideraba que era demasiado tarde. No se conocían, entre ellos solo existía un parentesco de sangre, lo cual no bastaba

para crear un vínculo. Su exmujer había conseguido separar a los chicos de su padre para siempre, y Allegra lo lamentaba; aun así, le resultó imposible convencerlo. A él le bastaba estar con ella, no necesitaba a nadie más en el ámbito íntimo de su vida en común. Aunque tenían amigos, la única persona con la que mantenía una relación estrecha, y que lo conocía a fondo, era Allegra. Para él, y para ambos, era suficiente.

Vivían juntos, trabajaban juntos, viajaban juntos… Desde que se casaron no habían pasado una sola noche separados. Ella mantenía el contacto con Pippa y la llamaba por teléfono de vez en cuando. La editora estaba contentísima por Allegra. Pippa siempre pensaba en qué habría sido de Shep, pero no se atrevía a preguntar. Allegra lo ignoraba, y en ningún momento trató de averiguarlo. A saber si seguiría vivo o no. Se había desvanecido en las sombras de su pasado, y lo mejor era dejarlo estar. Allí vagaban demasiados viejos fantasmas, como su madre, con los que prefería no volver a toparse, de los que ni siquiera quería saber nada.

Henry solía decir que jamás había conocido a nadie que hubiera sufrido tantos traumas y desengaños y que los hubiera superado con semejante entereza. Se lo comentó a Pippa en el banquete de bodas. Pippa desconocía la mayor parte de la historia, pero coincidió con él a tenor de lo que Allegra le había contado en Nueva York. Pippa y Henry hacían buenas migas, y ella lo adoraba por ser tan bueno con Allegra.

El vínculo entre Allegra y Henry se fue fortaleciendo con cada año que transcurría. Amarlo y ser amada compensó todo el sufrimiento que había soportado en su vida. Él era su recompensa por haber sobrevivido. Y el pasado ya no importaba lo más mínimo.

13

Llevaban siete años casados cuando Henry cumplió los setenta. Con la misma vitalidad de antaño, continuaba colaborando en multitud de películas, y constantemente solicitaban sus servicios. Si bien la gente con la que trabajaba no apreció cambios en él, Allegra empezó a advertir diferencias sutiles a partir de su cumpleaños. Se cansaba antes, aunque en ningún momento lo admitiera ante ella o en su fuero interno. Allegra lo protegía en la medida de lo posible de las exigencias de su estilo de vida y su carrera, aún en auge. Componía más bandas sonoras que nunca y viajaba con mayor asiduidad que antes, si cabe. A lo largo del año había colaborado en dos películas en Francia y en una en Inglaterra, además de las estadounidenses.

Allegra lo acompañaba a todos sus viajes y se ocupaba de organizarle el día a día. Se alegraba de no haber tenido hijos; les habría resultado imposible pasar suficiente tiempo con ellos. Henry vivía la vida de diez personas, con la fortaleza de veinte hombres. Poseía la vitalidad propia de los cuarenta años, y aparentaba sesenta a lo sumo. Ella se encargaba de que comiera bien y velaba por su salud.

La asombró el fuerte catarro que pilló en un avión volviendo de Londres, que derivó en bronquitis y más tarde, en neumonía. Normalmente nunca se ponía enfermo.

Lo reprendió con cariño.

—Te dejas la piel trabajando. No puedes ir de aquí para allá por toda Europa y hacer malabares con tres películas en Los Ángeles a la vez. Nadie puede.

Pero llevaba mucho tiempo así. Nada ralentizaba su ritmo, y sus nuevas e interesantes ideas para la música de películas eran la envidia de todo el mundo en el sector. Fue nominado a otro Oscar, aunque esta vez no lo consiguió.

Cuando contrajo la neumonía, el médico le aconsejó que aflojara el ritmo, cosa que a Henry le constaba que debía hacer. Pasaron tres semanas hasta que Allegra descubrió por qué se encontraba tan mal. No fue debido al viaje, o no exclusivamente. Al final Henry se lo confesó; el médico opinaba que era injusto no poner a Allegra al corriente. Desde hacía cinco meses sabía que padecía un tipo de cáncer de estómago muy poco común que se consideraba incurable. Henry encaró el pronóstico con valentía. Todo cuanto anhelaba era continuar trabajando hasta su último aliento y pasar cada instante que pudiera con Allegra. La quimioterapia le proporcionaría algo más de tiempo, si bien era cierto que los efectos secundarios afectarían en gran medida a su calidad de vida. Por tanto, decidió que no valía la pena. Se negaba a pasar los últimos meses de vida atormentado de dolor y náuseas. No quería que fueran así los últimos recuerdos que Allegra conservara de los dos juntos. Había mantenido la entereza y la fortaleza. Aún no había llegado el final, aunque el médico informó a Allegra de que la esperanza de vida era de meses, no de años. Dispondría de un poco de tiempo para estar con él antes de que se debilitara.

Allegra no dejó a Henry solo ni un segundo a partir de entonces. Se convirtió en su sombra. Se anticipaba a sus necesidades y deseos antes de que a él se le pasaran por la cabeza siquiera. Una vez que la neumonía remitió, puso los medios indispensables para que él trabajase con comodidad. Sin embargo, el médico les advirtió que sufriría una recaída, ya que su organismo cada vez tendría menos capacidad para combatir las infecciones. Además, padecería otras muchas afecciones conforme las defensas de su organismo fueran disminuyendo lentamente. Todavía estaban a tiempo de someterlo a quimioterapia, si es que Henry daba su consentimiento, pero él se mantuvo en sus trece. Deseaba estar plenamente operativo, o lo más posible, hasta sus últimos días. Continuó supervisando sesiones de grabación y trabajando en el estudio a todas horas. Costaba creer que estuviera enfermo. A Allegra le dio por pensar que los facultativos se habían equivocado en el diagnóstico. Daba la impresión de que a veces se encontraba mejor.

Henry y ella salían a pasear juntos, aunque últimamente él se cansaba enseguida. Charlaban sin cesar. Él sentía la necesidad de contarle todo lo que podría olvidar más adelante. Estaba preparado para pasar por un trance muy duro al final, pero aún no se encontraba en esa coyuntura. Quería estar en pleno uso de sus facultades mientras fuera capaz. Allegra le suplicó que probara con la quimioterapia, puesto que cabía la posibilidad de interrumpir el tratamiento en cualquier momento si le resultaba imposible de sobrellevar o le provocaba demasiados efectos secundarios, pero Henry no dio su brazo a torcer. Era un noble guerrero y pretendía irse como tal, para que se sintiera orgullosa de él. Se negaba a

renunciar a lo que tenían. Era demasiado valioso para él, al igual que ella. Su deseo era que recordase los mejores tiempos, no el final.

No dijeron a nadie que Henry estaba enfermo. Él quería evitar que lo vieran así, ajado y débil, menos capaz que en otros tiempos. Su aguante y su coraje eran increíbles. Allegra trató de infundirle sus propias fuerzas para que viviera más tiempo. Rezaba para que se produjera un milagro, pero fue en vano. Albergaba un caudal de amor inagotable para él. De haber podido, le habría dado su propia vida.

En los últimos meses compartieron miles de momentos valiosos, cada uno de los cuales Allegra valoró como un preciado tesoro. Sabía que viviría de esos recuerdos durante el resto de su vida. El viaje sería duro sin Henry, más duro que cualquiera de las situaciones con las que había lidiado hasta la fecha, porque con él había sido inmensamente feliz. Fuera como fuese, tenía la certeza de que siempre sentiría su presencia a su lado. Los últimos días que pasaron juntos fueron uno de los mayores regalos que él le había hecho jamás.

Henry trabajó con denuedo hasta el final, componiendo una hermosa música con un matiz agridulce y estremecedor. Su última creación fue como un estallido de alegría, la culminación de una existencia. Se la dedicó a ella y la tituló simplemente *Allegra*.

Jordan había dejado de ir a verlo. Había llegado a apreciar a Henry a su manera y verlo tan enfermo le resultaba insoportable. En su última visita lloró como un niño al marcharse; sabía que no volvería a verlo. No encontró palabras para explicarle a Allegra lo

que sentía, y la entereza de ambos lo dejó boquiabierto. El amor que se profesaban los sostenía y les infundía fortaleza.

Allegra estuvo con Henry cada instante, día y noche, arropándolo, amándolo, alimentándolo, apoyándolo, haciéndole reír cuando era posible, conversando durante horas o pendiente de él mientras dormía. Henry tomaba la mínima medicación posible para el dolor. Quería estar espabilado para compartir todo el tiempo con ella, en vez de adormecer sus sentidos o desperdiciar sus últimos días durmiendo.

En su último día de vida, se levantó y dieron un paseo por el jardín. Hacía un bonito día de verano. A su alrededor, las flores estaban esplendorosas, las mariposas aleteaban por doquier y un colibrí se detuvo en pleno vuelo para observarlos; Henry se lo señaló a Allegra. Parecía haber recuperado las fuerzas de la noche a la mañana; charló sobre su niñez y sus hijos, y lamentó no haberlos conocido a fondo. No obstante, Allegra había colmado hasta el último rincón de su corazón a lo largo de los mejores siete años de su vida. Era un regalo que se habían hecho el uno al otro. Juntos eran más de lo que cualquiera de los dos había sido previamente. Por primera vez en su vida, Allegra estaba segura de haber sido amada de verdad, y nada podía arrebatarle eso. Nada lo borraría, cambiaría o estropearía, ni ensombrecería el amor que se habían profesado.

—¿Sabes? Hay pocas personas tan afortunadas como nosotros —le dijo a Henry en voz baja mientras se encaminaban de vuelta a la casa. Él mostraba más energía que en las últimas semanas—. La mayoría de la gente jamás llega a vivir un amor como este. Desperdician el tiempo y la vida con personas que no les convienen.

La propia Allegra lo había hecho, persiguiendo a su madre durante años, esperanzada con que su padre regresara, no para desatenderla y rechazarla de nuevo, sino para darle afecto. Había procurado ganarse el amor de sus abuelos empequeñeciéndose lo más posible, y el de Shep aferrándose a él con desesperación cuando este estaba demasiado roto para amarla. Había perseguido todo tipo de sombras y sueños hasta que conoció a Henry, que le entregó su corazón, su confianza y su alegría de vivir de una manera tan noble, generosa y sencilla. No le hizo falta luchar por ello, ni rogarle ni convencerlo.

—Yo tuve tanta suerte de encontrarte que me parece un milagro —dijo él con gesto risueño—. Menos mal que fuiste lo bastante valiente para venir a Los Ángeles. Imagínate si no lo hubieras hecho. Nos lo habríamos perdido todo.

—Mi destino era estar aquí —afirmó ella sin más—. Me enviaron a ti.

A ninguno de los dos le cabía la menor duda.

—Y yo llevaba años esperándote. Podrías haberte dado un poco más de prisa en venir —dijo Henry, y se echó a reír. Su risa aún era fuerte, como su amor y su ánimo.

—Es que andaba ocupada —replicó Allegra en tono remilgado— persiguiendo a las personas que no debía por los caminos que no debí tomar. Eran la lección que debía aprender antes de conocerte.

—Tú sí que eres mi lección —dijo Henry con orgullo—. Yo aprendo de ti cada día.

Volvieron al dormitorio, y él se tumbó en la cama. Desde allí podía ver el jardín. Las ventanas estaban abiertas y entraba una suave

brisa en la habitación. Le encantaba contemplar los llamativos colores, y había perfilado una partitura en su cabeza.

—Más tarde voy a componer —le dijo.

Llevaba tres días sin pisar el estudio, en cuya mesa yacía una pieza que tenía a medias y deseaba terminar.

Cuando se tendió a su lado, Henry apoyó la cabeza en su hombro y ella le acarició suavemente la cara y el pelo. Él sonrió, deleitándose con el roce de aquellos dedos en su piel; era como los besos de un ángel, había comentado en una ocasión.

—Te quiero, Allegra —dijo con una sonrisa y, con un tenue suspiro que a ella le acarició el corazón, se fue.

Se marchó sin despedirse, pero no hacía falta. Allegra sabía lo mucho que se amaban. Cada instante de los siete años que habían pasado juntos había sido un poema de amor de principio a fin, un canto a la alegría. El amor de Henry había disipado todas las penas de su pasado y colmado su corazón de felicidad suficiente para que le durara el resto de su vida.

14

Toda la música que Allegra escogió para el funeral de Henry la había compuesto él. Muchas de las piezas las había escrito para ella. Todas rebosaban de alegría. La música dijo más de él que cualquiera de los numerosos panegíricos que se pronunciaron. Allegra se sentó sola en el primer banco de la iglesia. Ni quería ni necesitaba a nadie a su lado; sentía la presencia de Henry junto a ella.

Llevaba un discreto vestido negro que le había comprado Henry en París, junto con un sombrero que a él le chiflaba. La música transportó a los presentes. Todos los asientos estaban ocupados, y al fondo había filas de personas de pie para honrar al difunto y su talento. A pesar de que Henry era demasiado joven para irse, había llenado cada instante de su existencia de belleza para el disfrute de los demás. Había logrado hacer que la vida de los otros fuera mejor, en especial la de Allegra, porque él había exprimido la suya. Para ella fue el bálsamo que sanó sus heridas y resarció su pasado. Con el desbordante torrente de su amor había limpiado la crueldad de la gente. Sabía de sobra lo afortunada que era de haberlo amado y haber sido correspondida. Henry fue el milagro que había estado esperando.

Allegra había invitado a sus hijos al funeral, pero estos respondieron que en realidad no lo conocían y que se sentirían fuera

de lugar, de modo que no fueron. Pese a que le constaba que Henry lo habría entendido, lamentó que no estuvieran presentes. Habría sido un digno gesto de respeto hacia su padre.

Ofreció una recepción después del funeral en el hotel Bel-Air; en la casa no había espacio para tanta gente. Asistieron todas las personalidades y caras famosas de Hollywood. Acudieron los productores ingleses, así como el director francés con el que Henry había colaborado recientemente. También Carly, por cariño y respeto. Pippa voló desde Nueva York para asistir a la misa y acompañar a Allegra. Jordan parecía hundido; incapaz de hablar, abrazó a Allegra. Ella le había pedido que fuera uno de los portadores del féretro, y a él le conmovió y honró ser reconocido como uno de los amigos más cercanos de su esposo. A Henry le caía bien, entendía su personalidad y lo aceptaba con sus defectos, justificándolo por su juventud. Jordan, que fue al funeral acompañado por la actriz con la que salía últimamente, se quedó asombrado de lo guapa que estaba Allegra. Emanaba serenidad moviéndose con gracia entre la multitud reunida en el Bel-Air y agradeciendo a la gente su presencia al tiempo que tocaba una mano o daba un abrazo. Sin embargo, ella no parecía estar allí. El velo de luto que se había puesto con el sombrero negro realzaba aún más su belleza. Con el paso de los años, arropada por el amor y las tiernas atenciones de Henry, lucía un aspecto más radiante y deslumbrante. Todas las huellas del pasado se habían borrado: el sufrimiento, la ansiedad, las heridas, el tremendo daño que le habían infligido. El amor de Henry lo había disipado, como una piedra blanca y perfecta en la playa, suavizada por el mar.

Allegra regresó a casa tras la recepción. Los amigos de Henry y los compañeros de oficio seguían en el hotel, conversando, bebiendo y riendo, contando anécdotas de él. De joven había sido de armas tomar, si bien se había sosegado con el paso de los años. Al llegar, Allegra se quitó el sombrero, se puso un vestido de algodón blanco liso, fue al jardín a sentarse y se puso a pensar en Henry y en el último paseo que dieron allí, pocos días antes, en su último día de vida, sus últimas horas, aunque ellos no lo sabían. Una gran mariposa azul aleteó hasta posarse en su mano, y ella sonrió y se la acercó a la cara. Cuando le rozó la mejilla con un ala y echó a volar, supo que era él. Ahora volaba en libertad, con las alas de su música, hacia un lugar mejor. A pesar de que ya lo añoraba, sentía la misma alegría cada vez que pensaba en él. Era como una brisa estival que le confortaba el corazón.

Allegra se pasó un buen rato sentada en el jardín; Louise la observaba desde la ventana de la cocina con gesto atribulado. También había asistido al funeral con su mejor vestido negro, y se había cambiado al volver.

—Está tan sola ahora, sin familia, sin hijos… —le comentó a Fred, el empleado que se ocupaba de las limpiezas a fondo—. ¿Qué va a ser de ella?

—Conocerá a alguien. Es joven. Él era mucho mayor. Tarde o temprano, estaba destinada a enviudar —dijo Fred con pragmatismo.

Louise pareció molesta.

—Ella no es así —replicó—. Se querían de verdad. Es una buena mujer.

Henry había fallecido a los setenta y un años. Allegra tenía treinta y tres. Fred estaba en lo cierto; era joven, pero aparentaba mucha madurez para su edad. Poseía una profundidad que la mayoría de las mujeres de su generación aún no habían alcanzado. Tenía toda la vida por delante, posiblemente ni siquiera había llegado a la mitad. Louise no podía imaginarla sin Henry. Tampoco Allegra se imaginaba a sí misma. Ya no alcanzaba a recordar su vida anterior a él.

Allegra deambuló hasta el estudio y miró las notas de la última pieza inacabada que yacían sobre la mesa. A esas alturas sabía leer partituras; Henry le enseñó. Escuchó una de sus obras, una de sus predilectas. La imbuyó de paz. Debía revisar sus papeles, pero todavía era demasiado pronto. Aún se sentía incapaz. Disponía de tiempo. En adelante no tenía nada que hacer sin él. Se había consagrado en cuerpo y alma a su esposo en los últimos siete años. Se le antojaba una vida entera, no una mera parte de ella. Había sido la parte más importante.

Allegra pasó horas en el estudio, tocando cosas, leyendo sus anotaciones, escuchando su música. Permaneció allí hasta que se fue a la cama. No tenía apetito, y Louise la dejó a solas. A partir de ahora debería encontrar su camino; aquello era el inicio. Tenía por delante una larga vida sin él.

El abogado de Henry se puso en contacto con Allegra unos días después del funeral. Quería darle una copia del testamento, que a ella no le interesaba en absoluto, pero según le explicó era preciso que lo viera. Lo había redactado Henry, en términos sencillos, y era vinculante a efectos legales. Había dejado todos sus bienes a Allegra

y un generoso legado a Louise, su ama de llaves. Su exmujer realizó una lucrativa inversión durante la fiebre de las puntocom y se había hecho rica. En cuanto a sus hijos, tenía claro que la madre velaría por ellos, aparte de que ambos tenían buenos trabajos. Henry se había ido informando sobre ellos cada cierto tiempo. Allegra, en cambio, ahora estaba sola. Viviría muy holgadamente durante una larga temporada, para siempre si era precavida y juiciosa. La vivienda era su propiedad más valiosa y podía venderla más adelante en caso necesario. La música de Henry le reportaría ingresos, cuantiosos incluso, el resto de su vida. La había dejado en una posición que garantizaba su seguridad económica, y la posibilidad de hacer cuanto deseara. Gracias a él, no tenía necesidad de trabajar ni de preocuparse. Henry, tal y como había hecho en todos los demás aspectos, se había mostrado responsable y generoso con Allegra. Y había añadido un párrafo según el cual debía ir a París cada vez que se le antojara y hospedarse en el Ritz. Leerlo le arrancó una sonrisa. Lo haría algún día, pero primero necesitaba recuperar el aliento y orientarse. Henry había dejado un inmenso vacío en su vida, e ignoraba cómo llenarlo.

A lo largo de las semanas posteriores, Allegra revisó todos los documentos y las notas de Henry, así como los artículos sobre él y sus datos biográficos, algunos de los cuales conocía. Sin embargo, él no le había dicho todos los galardones que había recibido. Se contaban por docenas, aparte de los tres premios Oscar. Encontró un sobre de fotografías en las que aparecía con sus hijos. Tenían cuatro y cinco años respectivamente cuando se divorció. Cayó en la cuenta

de que era probable que no guardaran recuerdo alguno de él. Encargó copias de las fotografías y se las envió a través del abogado de Henry.

A medida que el taco de documentos aumentaba encima de la mesa de Henry, Allegra dilucidó a qué iba a dedicar el tiempo en lo sucesivo. Siempre había anhelado intentar escribir; había llegado la hora. Henry constantemente la animaba a probarlo. Decidió escribir un libro sobre él, cuyo título le vino a la cabeza al mismo tiempo que la idea: *Oda a la alegría.* Describía su vida a la perfección, con el debido respeto a Beethoven, que estaba segura de que no habría puesto objeciones.

Emocionada, esbozó el proyecto y comenzó a ordenar el material que había recopilado. Sacó viejos archivos y lo fotocopió todo. Escribir el libro daría sentido a su vida y la orientaría, y al mismo tiempo rendiría tributo a su esposo. En muchos aspectos, había sido el héroe ignorado del mundo de la música clásica, puesto que sus obras se consideraban comerciales debido a su éxito.

Se hallaba sentada en el suelo del estudio, rodeada de papeles y fotografías apilados en pulcros montones clasificados en orden cronológico, cuando Jordan fue a verla por primera vez, a las tres semanas de que Henry falleciera. Había preferido no importunarla y concederle tiempo para que empezara a sobreponerse. Aún con la duda de si sería demasiado pronto, entró vacilante en el estudio y la vio sentada en el suelo. Ella, con su mata de pelo rojo recogido en lo alto de la coronilla con un lápiz, levantó la vista hacia Jordan con el semblante pálido y serio. Su belleza lo conmovió profundamente, pero no dijo nada.

—Voy a escribir un libro sobre él —le anunció a Jordan, y este, igual de serio, asintió con la cabeza.

Le entristeció ir a la casa y no encontrar a Henry allí. Antes, la vitalidad que derrochaba llenaba cada centímetro a su alrededor. Ahora reinaba un silencio sepulcral sin él. Jordan se hacía cargo de lo sola que se encontraba Allegra. No obstante, estaba entusiasmada con sus planes de escribir el libro. Le brillaban los ojos cuando puso a Jordan al corriente.

—Deberías. A Henry le encantaría —comentó Jordan, y se acomodó en el suelo a su lado—. Alguien debería haber escrito sobre él hace años. Quizá él mismo. Tenía muchísimas experiencias magníficas que contar.

—Nunca tuvo tiempo para escribirlas, estaba demasiado ajetreado viviéndolas —señaló Allegra, y le tendió a Jordan una instantánea de Henry que le hizo reír.

Henry aparecía en una playa, de joven, haciendo el tonto junto a una chica guapa. Jordan miró el reverso de la foto, donde Henry había escrito: «Verano del Amor, 1967». La chica era clavada a Twiggy, cosa que hizo sonreír a Jordan, como había sonreído antes Allegra. Entonces Henry tenía veinticinco años.

—¿Qué has estado haciendo estos días? —le preguntó a Allegra en tono cariñoso.

Le daba mucha lástima que estuviera tan sola. Ella se había desvivido por Henry, y ahora lo único que tenía era un puñado de papeles y fotografías antiguas, aunque le resultaba grato revisarlos. Así lo mantenía vivo en su cabeza y en su rutina cotidiana.

—Esto —dijo Allegra escuetamente mirando a su alrededor.

—¿Puedo invitarte a cenar uno de estos días, para que salgas de casa? —se ofreció con sinceridad, como amigo.

Estaba seguro de que a Henry le habría gustado que mirase por ella. Allegra no lo veía tan claro; Henry habría tenido mejor criterio.

—Todavía no, es demasiado pronto. Gracias de todos modos. Estoy a gusto en casa, revisando sus cosas. Tardaré meses en mirarlo todo.

—Bueno, pero no esperes meses para salir de aquí unas cuantas horas. Te sentaría bien —señaló Jordan, y ella asintió con la cabeza.

Allegra dedicó el verano entero a revisar los papeles de Henry, entre los que encontró algunos tesoros para el libro que iba a escribir.

Jordan pasaba a verla una vez a la semana. Le llevaba bombones y pastas, o libros en ocasiones, y le contaba algún que otro chiste tonto. Siempre le proponía salir a almorzar o cenar, pero Allegra se sentía bien en casa y no le apetecía salir. No había visto a nadie desde el funeral, salvo a Jordan, y tuvo que reconocer que se estaba portando como un fiel amigo. No tenía segundas intenciones; simplemente estaba preocupado por ella.

Comenzó a escribir el libro en septiembre. Relatar la historia de Henry y compartir su pasado llenó sus días y noches, así como su corazón de alegría, y disponía de montañas de fotografías para ilustrarlo. De momento no había presentado el proyecto a ninguna editorial ni había buscado agente literario. Su intención era esperar hasta terminar el libro, que, al ritmo que iba, se figuraba que le llevaría uno o dos años. Procuraba ser meticulosa y precisa en lo concerniente a los datos biográficos. Le confesaba a Jordan lo

mucho que estaba disfrutando escribiéndolo cuando él se dejaba caer por allí.

—Tal vez intente escribir una novela cuando termine —dijo.

Escribir el libro sobre Henry le estaba reportando un enorme disfrute. Deseaba honrar su memoria, y mientras lo escribía su recuerdo se mantenía vivo. La energía de su esposo emanaba de las páginas y resultaba contagiosa.

Allegra no dejó que Jordan lo leyera conforme avanzaba. Quería que estuviera impecable antes de dárselo a nadie, y el borrador aún estaba en una fase muy rudimentaria. Él se moría de ganas de leerlo.

—¿Salgo en el libro? —preguntó, esperanzado.

—No lo sé —respondió ella—. Todavía no he llegado a esa parte. Lo suyo sería que aparecieras, puesto que realizasteis una gran cantidad de trabajos juntos.

—Él me adoraba —comentó Jordan, y ella se rio.

A pesar de que era narcisista a más no poder, se había portado como un amigo incondicional desde que Henry falleció, cosa que Allegra valoraba.

—Oye —dijo Jordan, cambiando de tema—, ¿me acompañarás al estreno de mi nueva película? Te sentaría bien salir.

Lo dijo como si le recomendara una terapia, pero ella seguía sin sentirse preparada para aparecer en público en un acto con tanta visibilidad.

—Dudo que esté en condiciones para ello. ¿No tienes a ninguna acompañante?

—A nadie con quien me apetezca aparecer en los medios. En este momento me encuentro en un parón entre citas —respondió Jordan,

y Allegra le sonrió.

—¿Cuándo es?

A veces se compadecía de él. Sus relaciones con las mujeres eran muy pasajeras, nunca lo bastante profundas para ser auténticas. Pero a él le gustaba así, de ese modo siempre acaparaba el protagonismo.

—En diciembre.

Para entonces habrían transcurrido seis meses desde la muerte de Henry. A Allegra se le antojaba poco tiempo.

Jordan reiteró su invitación varias veces a lo largo del mes siguiente, con tenacidad.

—Sería una buena promoción previa para tu libro. Puedes anunciar en la alfombra roja que estás escribiendo la biografía de Henry.

Allegra se burló de él.

—Vaya, eso ya es rizar el rizo. Debes de estar desesperado.

Jordan sonrió. Advertía que últimamente estaba recuperando el sentido del humor. Henry y ella eran dados a hacer comentarios irónicos y bromear el uno con el otro. A medida que avanzaba con el libro, Allegra se sentía cada vez más animada. Tenía la sensación de estar pasando los días con Henry conforme narraba la historia de su vida y su extraordinaria trayectoria en el mundo de la música.

Tres días antes del estreno de la película, Jordan se lo pidió otra vez. Seguía sin tener acompañante y, en el calor del momento, Allegra lo sorprendió y se sorprendió a sí misma diciendo que sí.

—Pero nada de fiestas después. No tengo ganas de ir a grandes eventos sociales hasta que acabe el año, y puede que nunca más. —Le resultaba inconcebible ir a una fiesta sin Henry, y tampoco le apetecía. No quería aparecer como la viuda doliente ni asistir a eventos sin él. De todos modos, no se lo pasaría bien—. Me puedes despachar e irte de fiesta tú solito —apostilló.

—¡Gracias! Me hace ilusión que veas la película, y me darás un aire respetable —dijo Jordan, eufórico.

No era una de las películas en las que Henry había colaborado; ir a ver estas habría sido demasiado emotivo para Allegra.

Sacó un sobrio vestido de gala negro del armario y la asaltaron las dudas sobre si ir o no, pero no quería faltar a su promesa y decepcionar a Jordan.

La noche del estreno, combinó el vestido con unos zapatos de tacón alto de satén negro y unos discretos pendientes de diamantes que Henry le había regalado y se recogió la melena pelirroja en un elegante moño francés. Consiguió un aspecto sencillo, elegante y digno, que creía que Henry habría aprobado; a él no le habría importado que saliera.

Caminó por la alfombra roja con Jordan mientras este se pavoneaba ante las cámaras como solía hacer. Un discreto esmoquin de Armani le daba el atractivo de un galán de cine; los fotógrafos tardaron unos instantes en reconocerla, y acto seguido le preguntaron educadamente si podían fotografiarla. No parecían ser pareja sentimental; Jordan les dijo que era la primera noche que ella salía. Los retrataron juntos, y, a continuación, ella retrocedió y tomaron instantáneas de Jordan solo.

A Allegra le gustó la película. Se marchó en cuanto acabó, y Jordan siguió de fiesta. La velada transcurrió sin contratiempos. Ella no es que disfrutara, pero tampoco lo pasó mal. Jordan tenía razón: le sentó bien arreglarse y salir de casa.

Al día siguiente apareció una fotografía de los dos en la sección de entretenimiento del periódico bajo la cual figuraba la leyenda: «El guionista Jordan Allen acompañado por Allegra Platt, viuda de su amigo, el compositor Henry Platt, en su primera salida nocturna desde que su difunto esposo falleciera de cáncer en junio». Era escueta, clara y precisa, sin la menor insinuación. En la foto, Allegra y Jordan posaban juntos como amigos, no como pareja. Y ella tenía el semblante serio, a diferencia de Jordan, que sonreía.

El día posterior al estreno, le dio las gracias a Jordan por la grata velada y volvió al trabajo. El día de Acción de Gracias lo había pasado escribiendo y tenía pensado hacer lo mismo en Navidad. No compró ningún árbol, no lo quería; la confortaban los gratos recuerdos de Henry y de las fiestas que habían celebrado. Jordan pasó las Navidades en Aspen, y no dio señales de vida hasta bien entrado el año nuevo. Había conocido a alguien allí que lo mantuvo ocupado en enero, mientras ella continuaba escribiendo y engrosando el manuscrito. Pippa la telefoneaba de vez en cuando para estar al tanto de sus progresos, y Allegra decía estar contenta. La editora ardía en deseos de leerlo.

Jordan, con una nueva mujer en su vida, la visitó con menos frecuencia a lo largo de enero y febrero, y cuando se veían, Allegra lo chinchaba.

—No te preocupes: mi relación se irá al garete el día de San Valentín —comentó Jordan tan campante—. Me parece que está

esperando a que me declare, y tú y yo sabemos que eso no va a pasar.

No se equivocaba, pues rompieron al cabo de dos días, a raíz de lo cual reanudó sus visitas semanales a Allegra.

En marzo, le pidió que lo acompañase a la gala de los Premios de la Academia en el último minuto. Lo habían nominado otra vez, y le apetecía asistir con una mujer hecha y derecha, no con una «mujer florero», como él las denominaba.

—¿Debería sentirme halagada u ofendida? —preguntó Allegra.

—Las dos cosas. Lo suyo sería que a tu edad fueses más bien una mujer florero, te sentaría fenomenal. Y prefiero ir contigo que con cualquier otra.

—Lo pensaré —se limitó a decir Allegra.

Acompañarlo y mostrarle su apoyo era un gesto de amistad, especialmente si no ganaba la estatuilla. Jordan se había portado como un amigo incondicional con ella, yendo a verla a menudo a lo largo de nueve meses. Al final, hizo el mismo trato con él que en el estreno: lo acompañaría a la ceremonia de entrega de los premios, no a las celebraciones posteriores. Por lo general, las fiestas que se organizaban después de los Oscar eran muy bulliciosas y divertidas, pero no estaba preparada para eso. Aún no había salido a cenar con él, ni con nadie. Los amigos de Henry habían dejado de proponérselo al decirles que su intención era mantener el luto durante un año. Pero los Premios de la Academia eran casi como una noche de trabajo para todo el mundo en la industria del entretenimiento, y para Jordan, ganar uno, si se daba el caso, sería un gran acontecimiento. Sería bonito que a su lado estuviera ella, en vez de alguna ambiciosa actriz en ciernes que apenas lo conocía.

Se puso un vestido de noche de satén negro que se amoldaba a su figura, más sexy que el que había lucido en el estreno. La gala de los Oscar era un evento de gran relevancia y deseaba rendir tributo tanto a Jordan, por su amistad, como a su difunto esposo, y estar guapa. Cuando Jordan la vio con su mata de pelo rojo suelta y unos zapatos de tacón de vértigo, tomó una súbita bocanada de aire y silbó.

—Madre mía, Allegra, pareces Rita Hayworth, solo que mejor.

—¿Demasiado ostentosa? —le preguntó ella, preocupada.

Allegra carecía de práctica, pero las mujeres, y los hombres, lo daban todo en los Premios de la Academia. Su vestido de gala negro era magnífico y muy favorecedor.

—¡Estás fantástica! —confirmó él.

Caminaron por la alfombra roja y esta vez llamaron mucho la atención. Se trataba de un acontecimiento de mucha más relevancia. Jordan era un guionista de cine famoso, y ella, la viuda de una figura destacada. Estaba guapísima, formaban una pareja digna de lucirse ante las cámaras y suscitaron un gran interés en la prensa. Si bien es cierto que Allegra se sentía un tanto expuesta, se centró en animar a Jordan en el transcurso de la velada, y cuando no le dieron el premio le apretó la mano y le dijo que a la tercera iba la vencida.

—Ganarás la próxima vez —susurró mientras otro guionista subía correteando al escenario a recoger la estatuilla.

Jordan parecía realmente deprimido a la salida del teatro donde se celebró la ceremonia. Como no estaba de humor para irse de fiesta y Allegra le había advertido que no lo acompañaría, cuando la llevó a su casa lo invitó a una copa para levantarle el ánimo. Le sirvió un whisky con hielo y fueron a sentarse en el salón. Hacía meses que

Allegra no entraba allí, pero parecía apropiado por cómo iban vestidos.

—Estabas absolutamente despampanante —comentó Jordan, y acto seguido le dio un buen trago al whisky y se instaló a su lado en el sofá—. Me siento como un verdadero perdedor. Seguramente porque he perdido. —Se rio de sí mismo.

—La verdad es que es un palo tener que oír la mala noticia delante de miles de compañeros de oficio y millones de espectadores de la televisión nacional —dijo ella con empatía—. En mi caso, preferiría escucharlo en casa, en vaqueros o en pijama —apostilló, y él se rio de nuevo.

—Sí, pero entonces no habría tenido la oportunidad de presumir contigo en la alfombra roja —señaló Jordan, con aire infantil.

No cabía duda de que transmitía encanto y su vulnerabilidad resultaba atractiva, sobre todo cuando estaba de bajón, como aquella noche. A continuación, le tocó el hombro desnudo, la miró y, de buenas a primeras, se puso a besarla, al principio con sensualidad, despacio, y después con pasión, mientras ella le correspondía al beso. Allegra estaba sin aliento cuando él paró, deslizó las manos sobre ella y las posó en sus pechos y volvió a besarla, y de pronto no quiso detenerlo. Añoraba a Henry, llevaba sola nueve meses, y de repente encontró a Jordan sexy, deseable y joven, y le resultó imposible contenerse. Lo siguió a ciegas escaleras arriba, a toda velocidad, hasta el dormitorio, donde él le quitó el vestido y se desvistió en cuestión de segundos, y, antes de darse cuenta, ya estaban haciendo el amor, y Allegra lo olvidó todo excepto el pálpito intenso que la embargaba y la magia con la que Jordan la estaba hechizando. Fue uno de los momentos más

intensos y apasionados de su vida, más allá de la razón, más allá de la vergüenza o la conciencia, convertida súbitamente en una joven desesperada por un hombre que estaba igual de desesperado por ella. Lo que sentía distaba mucho del amor, era tan solo ansia y deseo. Ambos estaban jadeando cuando pararon. Tendida en la cama, lo miró, incapaz de dar crédito a lo que acababa de hacer. Y sin siquiera probar una gota de alcohol. Se sentía embriagada, pero por él.

—Por Dios, Jordan, ¿cómo ha pasado esto? —le susurró mientras él volvía a tocarle un pecho, que reaccionó al instante a su roce.

—Te deseo desde el primer día que te vi, cuando Henry te contrató. Creo que me enamoré de ti en ese momento, pero él te vio primero.

Allegra, muda de asombro por el comentario de Jordan, se recostó en la cama. Él tenía un cuerpo espectacular, igual que ella. Pero el suyo pertenecía a Henry. Solo que Henry ya no estaba allí. Y Jordan sí.

—No puedes hablar en serio —repuso.

—Pues sí. Completamente. Le tuve envidia desde entonces. Era mi héroe, y consiguió a la mujer de mis sueños. Ni siquiera me importa no haber ganado esta noche. Prefiero estar aquí contigo.

Daba la impresión de que lo decía de verdad, lo cual la descolocó. Ella, que había amado a su esposo más que a nada en el mundo, acababa de darse un revolcón salvaje, desenfrenado y apasionado con otro hombre, y, para colmo de males, había gozado con ello. Se sintió tremendamente culpable.

Al cabo de unos minutos lo hicieron de nuevo, aún sin explicarse cómo había ocurrido la primera vez. Él había conjurado una suerte

de hechizo sobre ella. Allegra no conseguía saciarse de Jordan, y este sentía lo mismo. El vestido yacía tirado de cualquier manera en el suelo, junto con su matrimonio y su buen juicio. En cuanto a Jordan, para él fue uno de los momentos más importantes de su vida. Había rivalizado con Henry Platt desde que lo conoció, y lo envidiaba por todo lo que tenía, en especial, por su esposa. Aquella noche, lo de menos era haber perdido el Oscar. Había tardado nueve años, pero por fin había conseguido a Allegra. Ella era el premio.

15

A la mañana siguiente del encuentro sexual con Jordan, Allegra se despertó a las seis, se levantó de la cama con sigilo, fue de puntillas al cuarto de baño y se puso una bata de satén blanco. Ni siquiera creía que lo de la noche anterior pudiera considerarse hacer el amor. Fue sexo desenfrenado, puro y duro, un tipo de sexo que jamás había tenido con nadie. Jordan era un amante diestro y ella había experimentado y hecho cosas inauditas hasta ahora.

Estaba saliendo del baño cuando lo vio de pie desnudo en el dormitorio, mirándola. Costaba apartar la vista de la lozanía y la juventud de su hermoso cuerpo. Sabía que, muy a su pesar, se había metido en un lío. Hasta el momento nunca había mantenido relaciones íntimas con nadie como él. Solo se había acostado con dos hombres en su vida, Henry y Shep, y se había casado con los dos. Jordan no era un hombre como esos con los que una se casaba, pero tampoco resultaba fácil resistirse a él.

—No huyas —susurró Jordan suavemente—. Vuelve a la cama.

Obedeció y se sentó en la cama, donde él siempre había soñado estar. Y ahora estaba allí.

—Tenemos que hablar —dijo Allegra en tono serio—. No me explico lo que pasó anoche. Perdí la cabeza.

—Yo sí me lo explico —afirmó Jordan, despatarrado sin pudor sobre la cama, mostrando su desnudez en todo su esplendor. Parecía sentirse totalmente a sus anchas—. Pasó que llevo nueve años enamorado de ti y no pude contenerme. Y tú tampoco puedes vivir como una ermitaña para los restos. Eres joven, tienes que vivir, salir de esta casa y repetir lo que hiciste anoche.

—Henry falleció hace nueve meses. Me he portado como una cualquiera —dijo ella, atormentada por la vergüenza y la culpa. Se sentía como si hubiera sido infiel a su marido.

—Tu cuerpo no sabe llevar la cuenta del tiempo, Allegra. Estuviste casada con un hombre que te sacaba casi cuarenta años. Ahora necesitas rebobinar la película, vivir como la joven que eres, con alguien de una edad más parecida a la tuya. No has hecho nada malo.

—¿Y a partir de ahora qué? ¿Soy el capricho del mes? Jordan, te conozco. Jamás en tu vida has estado con una mujer más de seis semanas, igual siete. Esto no va conmigo, no es lo que quiero.

—Porque no podía tenerte, y pensaba que jamás podría. Ahora las reglas del juego han cambiado. Eres libre.

—No soy libre. Y esto no es juego, por lo menos para mí. Yo amaba a Henry. Pasarán años hasta que desee estar con otro, a lo mejor no lo deseo nunca. No quiero tener un rollo desenfrenado, ni ser tu esclava sexual.

Él sonrió.

—Usted perdone, señorita decorosa, señora: quienes estuvieron en la cama anoche fuimos usted y yo. Yo no noté ninguna vacilación, y en el caso de que hubiera algún esclavo sexual aquí, después de lo de anoche es más probable que sea yo.

—Tenemos que reflexionar —insistió ella—. Prefiero esperar otros tres meses, hasta el aniversario de la muerte de Henry, y si te planteas ir en serio, podemos hablarlo y tomarnos las cosas con calma. No pienso precipitarme. No quiero hacer ninguna locura o cometer una tremenda equivocación.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —dijo él con voz aterciopelada.

Entonces deslizó los dedos entre sus muslos, y seguidamente la besó y la tendió con delicadeza sobre la cama. En cuestión de minutos ya estaban retozando de nuevo sin parar hasta que la hizo llegar al orgasmo tantas veces que vio las estrellas. Cuando alcanzó a ver con nitidez de nuevo, Allegra se levantó.

—¡Esto tiene que parar! —exclamó, de pie junto a la cama, fulminándolo con la mirada.

Jordan se rio.

—¿Lo dices por mí o por ti? —le preguntó.

—Por los dos —respondió, aunque esta vez ni siquiera sintió remordimiento. Ansiaba más—. Está claro que he perdido la cabeza.

—A lo mejor la has encontrado. Henry fue el hombre adecuado para ti durante los años que compartiste con él, pero hace casi un año que se fue. Tú estás viva. Tienes derecho a estarlo. Debes vivir, Allegra. Es preciso que salgas de esta casa. Te estás enterrando en vida tú misma. ¿Por qué no podemos estar juntos? Hace años que te espero. Tenemos derecho a disfrutar de la juventud y enamorarnos. Ahora es nuestro momento.

—No tengo claro que esto sea amor —puntualizó ella, que seguía hablándole desde cierta distancia.

De hecho, abrigaba serias dudas al respecto. Era totalmente diferente a lo que compartió con Henry y que tanto añoraba. Jordan no era la respuesta.

—Entonces averigüémoslo. Pasémoslo bien. Probemos a ver cómo funciona. De momento a mí me parece que va de miedo. Y, desde luego, es innegable que hay química. Hacía años que no tenía sexo tantas veces en una noche. Madre mía, tengo cuarenta y cinco años, no veintidós. Me haces sentir como un chaval.

También él la hacía sentirse así. Había disfrutado, más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Ese era el problema: que se sentía de fábula. Pero ¿era lo correcto? No quería precipitarse y ya lo había hecho.

—Es que no me parece real —dijo—. No me acosté con Henry hasta un año después de conocernos; ni siquiera se nos pasó por la cabeza. —Y, en el caso de Shep, transcurrieron dos años antes—. Anoche nos lanzamos a la piscina como dos niñatos irresponsables.

—Te he esperado durante nueve años —dijo él, y todo indicaba que decía la verdad.

Allegra se conmovió. Tal vez fuera sincero. Tendría que demostrarlo. Si es que eran capaces de mantenerse alejados de la cama durante el tiempo suficiente para conversar.

—Voy a darme una ducha —dijo ella— y después te prepararé el desayuno.

Louise tenía el día libre, estaban solos en la casa, por suerte. Allegra no quería que Louise se enterase de que Jordan había pasado la noche allí, y mucho menos de lo que había ocurrido. Se habría quedado de piedra, y con razón. Ni la propia Allegra podía creerlo.

Fue a ducharse, dejó que el agua cayera a mares sobre ella al tiempo que intentaba dilucidar lo que estaba haciendo y, mientras estaba allí de pie con los ojos cerrados, notó a Jordan a su espalda, que la hizo girarse con suavidad.

—No vas a librarte de mí, Allegra. Llevo demasiado tiempo esperándote. Estoy enamorado de ti. Dame una oportunidad y te lo demostraré.

Lo rodeó con sus brazos e hicieron el amor de nuevo en la ducha. Tardaron una hora en bajar a la cocina. Él con la toalla alrededor de la cintura, y ella con la bata de satén blanco. Le preparó el desayuno y se lo puso delante. Se sentía como si hubiera viajado a la luna y acabase de aterrizar en la tierra.

—No me agobies, Jordan. De verdad que necesito tiempo para pensar. No quiero meterme en un berenjenal contigo. Si esto es de verdad, lo sabremos —dijo, y él asintió con la cabeza.

—Te lo prometo. No quiero pifiarla, para mí es demasiado importante. Creo que Henry se alegraría por nosotros.

—Pues yo no. A mí me parece que pensaría que estamos chiflados —repuso ella.

Le constaba que Henry desaprobaba cómo se relacionaba Jordan con las mujeres, que entraban y salían sin cesar de su dormitorio.

Después de desayunar, Jordan por fin se vistió y se marchó, ataviado con el esmoquin de la noche anterior, la camisa desabrochada y la corbata asomando en el bolsillo. Ni a él ni a Allegra les quedaba energía para hacer el amor otra vez.

La llamó por teléfono ese mismo día a medianoche. Ella estaba tumbada en la cama, pensando en lo ocurrido y en él, preguntándose si estaría siendo sincero con ella y consigo mismo.

—¿Puedo pasarme? —le preguntó con voz sensual.

—No. El ama de llaves estará aquí muy temprano por la mañana. —Al decirlo, se sintió como una maestra reprendiendo a un crío y notó su decepción—. Además, llamar por teléfono a medianoche es llamar para asegurarse un polvo.

—Tú no eres un polvo, Allegra —afirmó él.

—Eso espero. Es que tienes algunos malos hábitos, Jordan —dijo ella con severidad, y, acto seguido, suavizó el tono—. Y otros muy buenos.

—¿Cenarás conmigo una noche? —le preguntó él.

—Sí.

—¿Mañana?

—Vale.

Cuando colgó, Allegra se dio cuenta de que le hacía mucha ilusión. Muy a su pesar. Fue consciente de lo sola que se había sentido sin Henry; Jordan le había tocado la fibra sensible, y ella había sido incapaz de resistirse. Quería probar, tantear el terreno y comprobar si era sincero o si la consideraba otro mero capricho pasajero. Tenía claro que no estaba preparada para pasar página, aun cuando se hubiera desmelenado con Jordan. Este había ejecutado su táctica de seducción muy pero que muy bien. ¿Fue una farsa o algo real? El tiempo lo diría.

La cena a la noche siguiente fue perfecta. Jordan la llevó a un pequeño restaurante italiano de Santa Mónica donde servían una pasta fantástica. Conversaron como la gente normal y corriente y él la hizo reír. A ella le sentó bien salir y charlar. Lo puso al corriente de

sus progresos con el libro. Siempre le gustaba cuando adoptaba una actitud seria en vez de comportarse como un *playboy.* No alcanzaba a imaginar cómo sería estar juntos. Después de Henry, Jordan le parecía inmaduro. Pero nadie estaba a la altura de Henry. Y probablemente nadie lo estaría jamás.

Acabaron en la cama tras la cena, sí, pero luego Allegra le pidió que se fuera porque estaba segura de que de ninguna manera conseguiría sacarlo de allí por la mañana antes de que llegase Louise. A ella le gustaba ponerse a trabajar temprano, a las seis. No obstante, la velada fue más tranquila, y también el sexo. Jordan le envió un mensaje de texto cuando llegó a su casa diciéndole que la quería. Sin saber por qué, ella no lo creyó. Pensó que lo decía porque sabía que debía decirlo. No le pareció auténtico ni sincero. Además, ella no lo quería. Le gustaba, pero no estaba enamorada de él. Todavía. Las cosas estaban sucediendo demasiado deprisa.

A lo largo del mes siguiente, Jordan llevó a Allegra a cenar y a almorzar, y para ella fue agradable salir por ahí de nuevo y tener a alguien con quien conversar. Él mitigó su soledad y lo mucho que añoraba a Henry. Continuó trabajando en el libro, si bien es cierto que en menor medida. Fueron al cine, y pasó un fin de semana con él en Palm Springs. Llevaban saliendo poco más de un mes y a Allegra aún se le antojaba que era demasiado pronto desde la muerte de Henry, pero Jordan la hacía sentirse joven y viva, por lo que decidió aceptar la teoría de que no hacía falta estar locamente enamorada para tener sexo, se podía disfrutar de ello sin más. Hasta la fecha jamás lo había hecho, y prefería su antigua filosofía de

acostarse con un hombre solo si realmente lo amaba, pero estaba intentando darle una oportunidad a la relación.

El domingo por la noche, al regresar de Palm Springs, compraron comida y cenaron en la cocina. Se sentía más relajada con Jordan, habituada a verlo casi todos los días. En ocasiones, Jordan pasaba por allí de camino a su casa desde el gimnasio, una vez que Louise se había marchado, y subían corriendo al dormitorio. Allegra empezaba a creer que la quería. A lo mejor realmente cabía esa posibilidad.

Allegra se había puesto a recoger después de cenar cuando por un momento tuvo la sensación de que Jordan estaba raro, como si tuviera algo que decir y no supiera cuándo o cómo hacerlo.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—¿A qué te refieres?

—Me ha dado la impresión de que estabas a punto de decir algo.

—Yo…, bueno…, tenía intención de decírtelo: voy a comenzar la preproducción de una película pronto.

—Qué bien. ¿Cuándo?

—De hecho, me voy dentro de una semana —respondió, incómodo.

—¿Adónde?

Ella no esperaba su respuesta, ni por asomo.

—A Londres. Vamos a rodar la película en Inglaterra.

—¿La película entera? —Parecía atónita.

—Sí. Los coproductores e inversores son británicos.

—¿Y cuánto tiempo estarás fuera? ¿Seis meses? Además de la posproducción.

—Más o menos —dijo Jordan con aire acongojado, como un crío de nuevo.

—¿Y te lo has callado? Seguro que lo sabías desde hace seis meses, o como mínimo tres. Lo sabías cuando empezó lo nuestro.

—Pensé que no querrías saber nada de mí si te lo contaba.

—¿De modo que decidiste ocultarlo? ¿Y ahora qué?

—He pensado que podías venir un par de semanas este verano —dijo él.

—¿Un par de semanas? ¿Y estarás fuera seis u ocho meses? —Jordan no supo qué decir. Lo tenía contra las cuerdas. Era demasiado lista—. ¿En teoría has esperado nueve años al amor de tu vida y ahora te largas, de la noche a la mañana, y se supone que debo ir a pasar allí un par de semanas? Jordan, te conozco. Somos amigos desde hace siglos. ¿Te has aburrido ya? ¿Acaso solo querías demostrar que podías conquistarme? Bueno, pues lo hiciste, y estaba empezando a creerte. ¿Esto es una invitación o una despedida?

—Quizá un tiempo para aclararnos las ideas y decidir si de verdad es esto lo que queremos.

—Ah, vale… Un tiempo. Deja que te diga una cosa: no hay necesidad de fingir que llevas nueve años soñando con alguien para llevártela a la cama. Ni siquiera conmigo. Se te da bien esto. Las mujeres se mueren por meterse en tu cama, y se lo pasan bomba una vez que lo consiguen. Das la talla. Eres increíble. No tienes por qué camelártelas y luego andarte con milongas cuando pones pies en polvorosa. Yo me lo he pasado en grande. Seguramente no vuelva a hacer nada parecido nunca más. Pero lo auténtico es mejor.

Me parece que esto se ha acabado. Y tú también lo sabes. Que te lo pases genial en Inglaterra, y suerte con la película.

Allegra se levantó, dándole a entender que se marchara, y Jordan tuvo el detalle de quedarse avergonzado. Ella se sentía como una tonta; lo había sido. La había embaucado porque era vulnerable, estaba sola y echaba muchísimo de menos a Henry.

—Allegra, no te pongas así. Yo no suelo actuar de esta manera. Esto es muy intenso, estar juntos todo el tiempo. Y es verdad: te he deseado desde el día en que te conocí.

—Me deseabas porque Henry me tenía y tú lo envidiabas y ansiabas poseer lo que él tenía. De modo que debías demostrar que podías conquistarme. Lo he pillado. Ha sido como asestarle un golpe bajo a un viejo amigo. No hacía falta que lo hicieras, salvo por tu ego. Ganaste: me conquistaste. El sexo ha sido fabuloso; las milongas, no tanto. No es justo. Que tengas un buen viaje.

—Lo siento —dijo él, cabizbajo por unos instantes—. Te llamaré desde Londres —añadió con vacilación.

—No. De eso ya tuve de sobra antes de conocer a Henry. De gente que hace promesas que no cumple, que miente, que no llama y no vuelve, que dice cosas de boquilla o que no dice nada, y me importa un bledo. Pensaba que me había librado de esto, y con Henry así fue. Contigo, simplemente es más de lo mismo. Búscate a alguna que se trague el cuento durante uno o dos meses. Nunca has tenido el menor problema en encontrarlas.

Jordan no dijo ni pío. Allegra lo tenía bien calado. No tenía nada que argumentar. Ella sabía la verdad, y de qué pie cojeaba.

Salió de la cocina en dirección a la puerta principal, y la cerró sin hacer ruido al marcharse. En lo que ella reparó fue en que se había

olvidado de despedirse, lo mismo que todos los demás. Menos mal que no estaba enamorada de él, nunca lo había estado. Había cometido un desatino, pero lo superaría. Más que a Jordan, necesitaba perdonarse a sí misma. Era patético, no valía la pena malgastar el tiempo, ni las lágrimas, con él. Se había acabado lo de llorar por gente como Jordan; Henry le había curado todas esas heridas. Había tenido un tropiezo, nada más. Jordan le había hecho perder el tiempo durante un mes, no le había roto el corazón. Ella había conocido al gran amor de su vida, mientras que Jordan era un fraude, como Henry siempre sospechó. Ahora estaba segura de ello.

16

La breve aventura con Jordan fue para Allegra un recordatorio de cosas que ya sabía. No volvió a tener noticias de él. Se enteró de que había regresado de Inglaterra a los nueve meses, y, a juzgar por los tabloides, la puerta giratoria de su dormitorio continuaba en funcionamiento. Alrededor de dos años después leyó que se había casado con una joven actriz, y al cabo de un año, que se había divorciado. Y finalmente ganó un Oscar. Allegra no tenía ningún interés en retomar el contacto con él, cosa que Jordan tampoco intentó. En resumidas cuentas, era un farsante, y siempre lo fue.

Tras su último encuentro con Jordan, Allegra continuó trabajando en el libro. Tardó un año en terminarlo. Escribió las últimas palabras en el segundo aniversario de la muerte de Henry. Fue simbólico. Aún lo añoraba muchísimo, si bien era cierto que el libro la había mantenido ocupada y a él presente en su día a día. Encontró a un agente literario y una editorial interesada en publicarlo. A Pippa le encantó cuando lo leyó, pero ella no editaba libros de no ficción.

La biografía de Henry Platt, *Oda a la alegría*, se publicó tres años después de su muerte. En esa época la música que compuso para el

cine había adquirido más fama si cabe. Era una leyenda. Y el libro tuvo un considerable éxito.

Allegra envió ejemplares del libro a los hijos de Henry, con la esperanza de que conocieran a fondo a su padre y el tipo de persona que fue a través del libro. Merecían conocer su historia, que también era la suya, porque él formaba parte de ellos. Fue un hombre del que sentirse orgulloso. Confiaba en que lo leyeran, aunque nunca tuvo noticias de ellos. El veneno con el que su madre los había emponzoñado contra su padre acabó destruyendo la relación que nunca llegaron a mantener con él, y fue una pérdida aún mayor para ellos que para Henry.

Antes de que la biografía se publicara, Allegra escribió una novela. Sus habilidades con la edición la ayudaron a afinar el proceso. Fue una primera obra de ficción digna de respeto.

En los nueve años posteriores a la muerte de su esposo, escribió la biografía y cinco novelas. Las dos últimas se mantuvieron durante varias semanas en la lista de superventas; la más reciente, en el número uno. Era un motivo de orgullo para ella, y estaba segura de que Henry también se habría sentido orgulloso. Trabajaba sin descanso, lo mismo que él en su música. Había aprendido eso de él, uno de los regalos que le había hecho junto con los siete años de matrimonio.

Aparte de escribir día y noche hasta finalizar cada libro, hacía poco más; sus libros eran su vida. Los personajes que aparecían en ellos eran su familia y sus amigos. Encontró su camino cuando Henry ya no estaba; anteriormente había estado demasiado ocupada con él para escribir. A los cuarenta y dos años, era una escritora de éxito y llevaba una vida tranquila. Su mes de locura con Jordan Allen fue

una experiencia insólita en su vida por la que finalmente llegó a perdonarse.

Continuó viviendo en Los Ángeles, en la casa que Henry le había dejado en herencia en Bel-Air. Louise seguía trabajando para ella, aunque amenazaba con jubilarse. Allegra iba a París todos los años a pasar una semana en junio, en el aniversario de su primer viaje allí con Henry, y se hospedaba en el Ritz. Vivía para ese viaje, y a estas alturas se conocía la ciudad al dedillo. Su libro más reciente estaba ambientado en París y hablaba de un asesinato en el Ritz. Había dedicado todos los libros a Henry.

A Allegra no se la había visto en público desde su última aparición en los Premios de la Academia con Jordan. Su editorial se quejaba sin cesar de que no se promocionaba lo suficiente. Apenas participaba en actividades mediáticas, con la salvedad de alguna entrevista telefónica o por correo electrónico de uvas a peras. Seguía siendo un misterio para la mayoría de sus lectores, cosa que ella prefería. Creía que los libros debían destacar por derecho propio, sin necesidad de exponerse a los medios. Se sentía a gusto con la vida que llevaba. No le atraía en absoluto la idea de hacerla pública, ni de hablar de su infancia o sus matrimonios.

Había empezado a escribir un nuevo libro, un mes después de haber terminado el último. Había trabajado hasta las tantas la noche anterior, como acostumbraba a hacer Henry, y acababa de ponerse manos a la obra con una taza de café al lado cuando Louise fue a decirle que había un hombre llamado Galen Fairchild al teléfono. A Allegra no le sonaba el nombre. Louise tenía presente que Allegra odiaba que la interrumpiesen cuando escribía, pero en este caso

estaba todavía al principio del libro. La empleada se cuidaba de no molestarla cuando se encontraba ultimando uno.

—No lo conozco —dijo Allegra distraídamente, sin levantar la vista del ordenador—. Averigua qué quiere y que deje un recado. Dile que estoy escribiendo.

Por lo general, consultaba los mensajes al final de la jornada, o bien Louise le dejaba notas en las bandejas con la comida. Encontró la de Galen Fairchild mientras se tomaba un sándwich a mediodía. Por lo visto trabajaba en *The New York Times.* Allegra gruñó al leerlo. En ocasiones deseaba tener una ayudante, aunque la mayor parte del tiempo no necesitaba ninguna.

Allegra estuvo sopesando la idea de devolverle la llamada después de comer. Lo más probable es que quisiera entrevistarla, a lo cual se negaría. Pero los periodistas eran tenaces, y volvería a llamar. Resultaba más fácil zafarse de él y ahuyentarlo sin dilación. Experimentaba un especial placer cuando hacía algo así y confirmaba su reputación de huraña. Jordan le había quitado las ganas de volver a probar las «citas»; seguramente solo le habrían complicado la existencia, o habría caído rendida ante alguien como él. Nadie estaría a la altura de Henry. La fortuna se puso de su parte en una ocasión, pero no quería tentar la suerte otra vez. Tuvo un gran amor, y ahora tenía una profesión, que iba viento en popa. Con eso le bastaba.

Descolgó el teléfono y marcó el número que Louise había anotado; era un número de Los Ángeles. Respondió un hombre, y ella preguntó directamente por Galen Fairchild. Este se puso al habla enseguida. Tenía una voz grave y agradable y hablaba en un tono alegre y cordial.

Allegra se presentó y él le dio las gracias por devolverle la llamada.

—Trabajo para *The New York Times* —dijo él—. Cubro los libros y autores de la zona de Los Ángeles. Leí la biografía de su esposo recientemente y disfruté mucho. Ahora acabo de leer su última novela, que me ha encantado también. Soy un admirador del trabajo de su esposo desde hace años. Además, siento un cariño especial por París. Como pasé un año estudiando allí, la novela me enganchó con la localización y el Ritz. Y, bueno, aquí estoy. Tengo entendido que no concede entrevistas —señaló en tono jocoso—. A pesar de ello, se me ha ocurrido probar suerte y ver si accedería a hablar conmigo. Es para la revista dominical, un reportaje a fondo. Sería bueno para las ventas del libro —añadió, con la esperanza de resultar convincente, mientras Allegra titubeaba.

—Es cierto, no concedo entrevistas, y acabo de empezar un nuevo libro. Igual podíamos hablar dentro de seis u ocho meses —dijo ella escapando por la tangente, con la intención de darle largas, y él se rio.

—Oh, qué mujer más cruel —comentó—. ¿Y qué le digo a mi director?

—Que soy una antipática de tomo y lomo, que me he negado a hablar con usted. Puede mentir y aducir que ha sido imposible contactar conmigo.

Galen Fairchild se echó a reír de nuevo.

—Un momento, deje que apunte eso… Una antipática de tomo y lomo… Por cierto, ¿por qué no le gustan las entrevistas?

—Porque no tengo nada que decir. No creo que las entrevistas tengan relevancia. Si el libro merece la pena, daría lo mismo que

estuviera loca de atar. Además, mi vida personal es cosa mía, no del público.

—Cierto. No da la impresión de estar loca de atar.

—Es que no lo estoy. Solo soy arisca y celosa de mi intimidad. Mi difunto esposo también lo era.

—Lo sé. Era una persona extraordinaria, la verdad —comentó Fairchild con admiración—. Lo plasmó magníficamente en el libro. Leyéndolo, me enamoré de él.

Había recibido un ejemplar para escribir la reseña.

—Yo también. Era una persona muy especial. —La voz se le suavizó al decirlo, cargada de emoción.

—¿Se tomaría un café conmigo? En plan totalmente confidencial, sin entrevista. Quizá podamos dilucidar algo sobre lo que le gustaría hablar. París, por ejemplo. Es que, en mi opinión, sus lectores merecen conocerla mejor. Tengo la sensación de que la mujer que escribió sobre Henry Platt también es especial. Entendía todas las singularidades de su personalidad artística. Eso es un verdadero don, y ser capaz de contarlo y transmitirlo al lector es otro. Escribe bien, y es una perspicaz observadora de la especie humana.

—No siempre —puntualizó ella, pensando en Jordan Allen—. Desde pequeña me han fascinado las personas. Pensaba que era invisible, que podía verlas y pasar desapercibida.

A Fairchild le pareció que eso indicaba una infancia infeliz, pero no se pronunció. Su padre era un borracho que le propinaba tremendas palizas de pequeño, al igual que a su madre. Él sobrevivió; ella no. Murió a causa de un traumatismo craneal cuando él tenía diez años, y su padre ingresó en prisión. A Galen Fairchild lo internaron en un orfanato y tuvo la suerte de que una cariñosa pareja de Boston lo

adoptara, seis meses después del fallecimiento de su madre, y le cambiara la vida. Bajo ningún concepto habría salido adelante sin ellos. Lo llevaron a París y él se quedó prendado de la ciudad. Habían sido como unos padrinos mágicos que le abrieron horizontes en el mundo.

—Yo también me sentí invisible durante un tiempo —le confesó Galen Fairchild a Allegra—. Aunque me costaba pasar inadvertido, todo sea dicho. Soy pelirrojo.

A ella le hizo gracia el comentario.

—Y yo —dijo Allegra sonriendo.

—Lo sé por las fotos que aparecen en la contracubierta de sus libros. Entonces ¿nos hacemos invisibles y tomamos café? ¿Estaría dispuesta a quedar conmigo para un café, si puede aparcar el libro que está escribiendo?

Allegra titubeó. La verdad era que no tenía ganas de conocerlo, pero parecía un tipo decente. En su opinión, pocos periodistas lo eran.

—Odio que me interrumpan —rezongó ella.

—No hace falta que me conceda la entrevista —dijo él—. El café no la obliga a nada. Y puedo entrevistarla dentro de un año, o cuando se publique su próximo libro, si le parece bien. A la editorial le gustará.

Era cierto, y él era perseverante, con amabilidad y a la vez tenacidad.

—Se muestra muy persuasivo para ser un tipo pelirrojo invisible —comentó Allegra, y Fairchild se echó a reír.

—Quién sabe, a lo mejor acabamos siendo amigos. Cosas más raras han pasado. Por lo general, los personajes con los que trato

me caen bien. Si no, soy incapaz de escribir sobre ellos.

—En mi caso me tienen que gustar los personajes de mis libros —le confesó ella.

—Es afortunada. A mí me gustaría escribir un libro algún día. Ahora, con mi trabajo, no dispongo de tiempo.

—Mañana por la mañana a las once en punto.

Allegra le dio el nombre de una cafetería a la que iba ocasionalmente, donde nadie se fijaba en ella.

—Allí estaré. —Lo anotó—. Y gracias. No la entretendré mucho.

—Quiero estar sentada a mi mesa para el mediodía —dijo ella con firmeza.

—A las doce menos cuarto me levantaré con la frase a medias. —Sabía que vivía en Bel-Air—. Hasta mañana, y gracias.

Galen Fairchild tenía una voz suave, y había algo en él que le gustaba. No tenía claro por qué, dado que era periodista, y los periodistas no le inspiraban mucha confianza.

A la mañana siguiente, después de ducharse, Allegra se disponía a ponerse una sudadera y unos tejanos cuando se quedó mirando su pelo rojo en el espejo. Lo tenía enmarañado, y se lo cepilló. Le caía liso por la espalda, y, haciendo un pequeño esfuerzo, decidió ponerse unos tejanos negros y un suéter blanco. No quería ser de esas escritoras que iban hechas unos zorros para demostrar que eran intelectuales. Se puso unos pendientes de oro, enfiló rauda hacia la puerta y se metió en el coche.

Llegó a la cafetería con cinco minutos de antelación y esperó en el coche hasta que lo vio; no le apetecía sentarse a una mesa sola. Seguía siendo tímida, más si cabe desde la muerte de Henry, que ya no estaba allí para protegerla. Durante aquellos siete años mágicos

se había sentido muy segura a su lado. Ahora se encontraba sola de nuevo y debía protegerse ella misma.

A Allegra le sorprendió la estatura de Galen Fairchild. Era muy alto, de hombros anchos. Parecía un gran oso de peluche. Le llamó la atención su pelo rojo al instante. Iba vestido con una camisa azul, un bléiser, tejanos y mocasines. Tenía el aspecto de la gente de la costa este, y parecía el típico periodista de *The New York Times*: respetable, tradicional, de la vieja escuela.

Entró en la cafetería un minuto después que él, que sonrió bajando la vista hacia ella. Se sintió diminuta a su lado, aunque no lo era. Calculó que rondaría el metro noventa y tantos de altura.

—Me estaba observando —dijo él, sonriendo con aire divertido.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó, y el periodista apuntó con el dedo hacia su pelo.

—La he visto en el coche. No es tan invisible como se piensa. Yo tampoco. Medía un metro noventa y tres a los quince años. Cuesta pasar inadvertido, con este pelo.

Pidieron los cafés y, cuando tomaron asiento, Allegra le preguntó de dónde era.

—De Boston.

Hablaron de París y la costa este, y ella le habló de la casa de Newport. Galen había estado allí en una ocasión. Dijo que le gustaba muchísimo Los Ángeles, donde llevaba cinco años viviendo. Mencionó que estaba divorciado y que no tenía hijos. Que estudió en Yale, Literatura Inglesa, como ella. Cuando dijo que era adoptado, Allegra intuyó que había una historia detrás. Ambos tenían un pasado. Según afirmó, su exmujer y él eran buenos amigos. Ella se

había vuelto a casar y tenía cuatro hijos, uno de los cuales era su ahijado.

—Como yo no quería tener hijos, rompimos, y más adelante ella encontró al tío adecuado.

—Yo tampoco quise. Quería evitarles una infancia desdichada por mis posibles errores —confesó Allegra.

—Sí, lo mismo que yo, algo así. Los pecados de los padres y todo eso.

Allegra sabía exactamente a qué se refería. Su temor había sido convertirse en una madre como la suya. ¿Y si lo llevaba en el ADN? Galen Fairchild le sacaba dos años, aunque aparentaban más o menos la misma edad. Recordaba vagamente que tenía cuarenta y tres; lo había buscado en Google. Mientras conversaban, él se puso de pie y miró su reloj.

—Se acabó el tiempo.

Allegra se quedó de piedra, pero acto seguido se acordó del pacto y sonrió al tiempo que se levantaba.

—Tienes que volver al tajo o no volverás a dirigirme la palabra —dijo Fairchild.

Probablemente no lo haría de todas formas, y decidió ser honesta con él mientras salían de la cafetería.

—No voy a hacer la entrevista, ¿sabes?

—Me lo figuraba. —No parecía sorprendido—. Solo quería conocerte. Tus libros son muy interesantes, me encantan. Ahora estoy leyendo tu segunda novela.

Allegra se rio.

—Yo también sentía curiosidad —reconoció.

Galen le gustaba. Le parecía una persona normal y auténtica, y daba la impresión de que también había recorrido un arduo camino hasta llegar allí. El hecho de no querer ser padre era revelador. Sospechaba que tenían más cosas en común que el color del cabello. Sin embargo, nada indicaba que sintiera rabia o amargura. Además, le chiflaba París, de modo que tampoco sería tan malo. No había apostado por nadie en nueve años, desde que Henry falleció, y se preguntó si había llegado el momento. Ni siquiera se lo había planteado después de la aventura con Jordan, ni lo echaba en falta. Los libros habían llenado su tiempo. Pero algo de cierto había en lo que Jordan le dijo: debía vivir. Y los libros no bastaban. Además, necesitaba gente auténtica en su vida. Los libros eran su vía de escape a un mundo de fantasía, y lo habían sido desde su niñez. En aquel entonces los leía; ahora los escribía.

Galen Fairchild acompañó a Allegra a su coche. Se sentía diminuta a su lado.

—¿Puedo volver a llamarte? —le preguntó él.

—Ya te he dicho que no haré la entrevista —le recordó.

—Lo sé, te he oído. Me refiero para quedar a comer o cenar algún día. A título personal, sin entrevistas. Un encuentro invisible —dijo, y ella se rio—. O igual podemos quedar a comer en París. Allí están todos mis restaurantes favoritos. Aunque conozco un pequeño y agradable restaurante francés en Melrose que es bastante genuino. Sirven *cassoulet,* pastel de carne y patata, confit de pato, morcilla…, platos típicos de bistró. Comida de verdad.

Él también parecía de verdad, no solo por sus gustos culinarios. Se daba cuenta de que era un hombre noble y honesto.

—Estaría bien —respondió Allegra.

Llevaba huyendo mucho tiempo, y se planteó si era hora de parar. Huir del mundo sola resultaba agotador, y no muy divertido. Daba la impresión de que Galen podría ser interesante. Fuera lo que fuese, ignoraba qué la había empujado a acceder a quedar con él. Tal vez hubiera sido cosa del destino, o de pura suerte, como cuando acudió a la entrevista de trabajo con Henry y se abrió un mundo totalmente nuevo para ella.

—¿Te llamo dentro de ocho meses, cuando termines el libro? —preguntó él en tono esperanzado y con un brillo pícaro en la mirada.

—Igual dentro de tres o cuatro semanas, una vez que tenga perfilado el esquema de la novela —respondió Allegra.

Él, satisfecho, asintió con la cabeza. Tenía la fuerte sensación de que se habían conocido por una razón, lo mismo que ella.

—Por mí bien. Estaré libre dentro de ocho meses también, por si perdieras la noción del tiempo. Sé cómo son los escritores —dijo Galen, y Allegra soltó una carcajada—. Por cierto, voy a decirles que no quisiste atender mi llamada. Así te dejarán en paz y no le asignarán el artículo a nadie más, al menos durante una temporada.

—Gracias.

Mientras miraba a Galen, Allegra percibió que un hilo invisible los conectaba. Como una especie de vínculo potente. Él también lo notó. Tal vez fueran las similitudes entre sus respectivos pasados, o algo parecido.

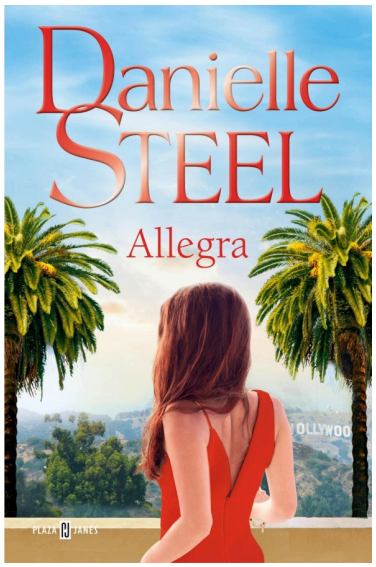
—Gracias por venir —añadió Galen cuando ella subió al coche y levantó la vista.

—Hasta pronto —dijo Allegra, segura de que así sería.

Galen retrocedió y ella le dijo adiós con la mano mientras se alejaba. Alcanzó a ver por el espejo retrovisor cómo subía a su

coche, un todoterreno desvencijado, con gesto sonriente. En el trayecto de regreso a Bel-Air cayó en la cuenta del legado más preciado que Henry le había dejado. Lo había enterrado durante largo tiempo y procurado olvidarlo; pero había aflorado a la superficie de nuevo y sentía cómo crecía en su interior. Era la alegría. Y cuando se le añadía el amor, se obraba la magia. Eso era lo que Henry le había dejado para que lo conservara de por vida. Residía en lo más profundo de su ser, y nadie podría privarla de ella. En Galen había percibido la misma alegría, así como amabilidad y valentía. Se requería valentía para aferrarse a la alegría, y determinación para no perderla. Las malas personas y las malas rachas hacían que uno se fortaleciera y valorara aún más la alegría al sentirla de nuevo, todavía intacta, con su luz brillando con más fuerza que antes. Le hacía ilusión volver a ver a Galen. Y, pasara lo que pasase, sentía alegría en el alma. La había recuperado, más brillante y fuerte que nunca.

Danielle Steel vuelve a emocionarnos con la historia inolvidable de una mujer que se niega a rendirse en su búsqueda de la felicidad.



Allegra Dixon nunca se había sentido querida. Cuando tenía seis años, su madre, una bella mujer de la alta sociedad que siempre la trató con frialdad, se marchó sin siquiera despedirse de su hija. Su padre, militar de oficio al que veía raramente, decidió enviarla a casa de los abuelos, donde Allegra se crio en soledad, con el único consuelo de los libros y su mundo de fantasía.

Sin embargo, su vida da un giro cuando, durante su estancia en un internado, conoce a Shep Williams, un joven y apuesto cadete de West Point del que se enamora perdidamente. Después de la universidad, Allegra empieza su carrera como editora y Shep

asciende en el ejército. Deciden casarse y, entre misión y misión, se aferran a sus breves momentos juntos. Pero los horrores de la guerra no tardan en transformar a Shep en un hombre al que no reconoce. Cuando creía haber encontrado la felicidad se siente de nuevo sola.

Decidida a volver a empezar, Allegra se muda a California y acepta un puesto como asistente de un reputado compositor de bandas sonoras, un hombre de genio creativo y personalidad intensa.

¿Podrá encontrar, por fin, la felicidad que merece?

Danielle Steel es, sin duda, una de las novelistas más populares de todo el mundo. Sus libros se han publicado en sesenta y nueve países, con ventas que superan los mil millones de ejemplares. Cada uno de sus lanzamientos ha encabezado las listas de best sellers de *The New York Times*, y muchos de ellos se han mantenido en esta posición durante meses.



Título original: *Allegra*

Primera edición: julio de 2026

© 2024, Danielle Steel
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, María del Mar López Gil, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de Derek Walls / Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87512-55-2

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

Allegra
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Sobre este libro
Sobre Danielle Steel
Créditos